

KRIS L. JORDAN

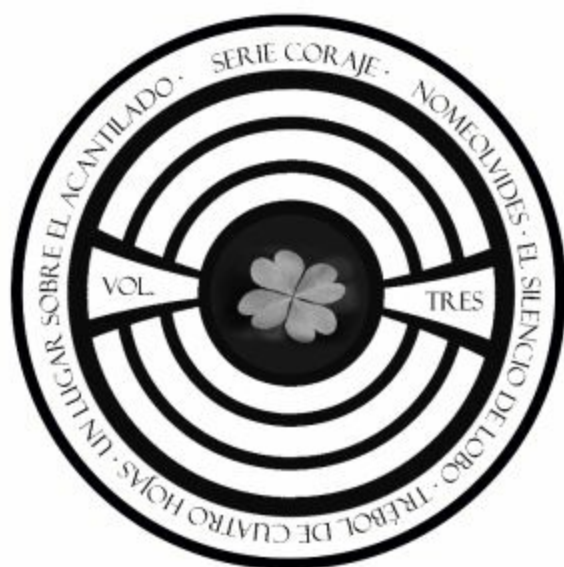


VOL. 3

SERIE CORAJE

TRÉBOL DE
CUATRO HOJAS

D.J.57



VOL. 3

SERIE CORAJE

TRÉBOL DE
CUATRO HOJAS

KRIS L. JORDAN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Todos los hechos y personajes que aparecen en esta historia son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

@Kris L. Jordan 2019.

Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Corrección: Carol Rz.

Twitter: @Kris_L_Jordan

Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com

www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan

Página web: <http://kris-l-jordan.webnode.es/>

Instagram: @kris.l.jordan

Este libro es el tercero de la Serie Coraje. Tan solo queda uno más en el que aparecerán personajes secundarios que tendrán su propia historia.

Cada una de las novelas de la serie es conclusiva, de tal forma que los personajes principales resolverán todos sus conflictos y todas las tramas quedarán cerradas.

En la Serie Coraje encontrarás personajes fuertes, con carisma, personas luchadoras que no se rinden y el coraje, las ganas de vivir, será la característica que los una.

Atrévete a conocer a estos hombres y mujeres cuyo coraje les hace sobrevivir y superar cada uno de los obstáculos que les pondrá la vida.

Contenido

Conociendo a Sex

1. Mafia
2. Escenario. Unos días después
3. Cloroformo. Una semana después
4. La carretera
5. El cadáver
6. Lilas. Dos días después
7. El café
8. El guardaespaldas
9. Comerse el mundo
10. La carrera
11. Deseo. Unas semanas después
12. El hada
13. La fiesta
14. Una oportunidad
15. Su aroma
16. Tentación
17. Y después...
18. Detenido
19. Solo una vez más
20. Su casa
21. La llamada
22. Sentir
23. La visita. Viernes
24. Lo siento
25. Huye. Sábado
26. Me rindo. Una semana después. Sábado
27. La primera vez
28. ¿Quién es Olga?
29. Hacerme daño
30. Libre

[31. La playa](#)

[32. Adivina quién viene a casa](#)

[33. Y ahora cuéntamelo todo. Lunes](#)

[34. Atrapados](#)

[35. La duda](#)

[36. Todo está bien](#)

[37. La despedida](#)

[38. ¡Maldito marine!](#)

[39. Ha vuelto](#)

[40. Ya nada nos separará](#)

[41. Sex ha muerto. Una semana después](#)

[42. No te rindas. Seis meses después](#)

[43. Mi vida junto a él](#)

[44. El principio de un chiste malo. Un año después](#)

[45. Delante de todos](#)

[46. No quiero que esto termine nunca](#)

[Nota de Anastasia](#)

[Agradecimientos](#)

[Primer capítulo de la siguiente entrega de la Serie Coraje: Un lugar sobre el acantilado](#)

*Dedicada a ti papá,
porque siempre te sentiste orgulloso de mi faceta
como escritora.*

Besos al cielo.



Conociendo a Sex

Sé luchar por lo que quiero porque la vida nunca me ha regalado nada. Soy consciente de que para obtener lo que deseo, tengo que pelear.

Todo lo que soy, cómo soy, he de agradecerérselo a mi madre. Ella me enseñó una lección muy importante: la vida nunca te da rosas, sino espinas. Sé que puede parecer duro, quizá mucha gente la censuraría, pero yo siempre le estaré agradecida, pues por ella he sabido manejar mi suerte, gestionar mis sentimientos.

He luchado por encontrar tréboles de cuatro hojas y llevar una vida —a pesar de los pocos medios con los que siempre he contado— sin traumas, sin dolor y con una sonrisa en los labios.

Mi madre también me enseñó a conformarme y a ser feliz con lo poco que tenía. A ver el vaso medio lleno y a tirar para adelante sin pensar en el pasado, sin regocijarme en la pena y en la compasión. A ser una guerrera y a no dejarme dominar. Fue una gran mujer con una vida complicada, pero que siempre hizo lo que quiso, sin ataduras, sin tener que darle explicaciones a nadie.

Sin sus enseñanzas, seguramente a estas alturas de mi existencia sería una mujer amargada, llena de dudas, complejos, traumas y con mucho miedo a vivir. Así que todos los días le doy las gracias. Su recuerdo siempre permanecerá en mi corazón y me acompañará.

A pesar de la vida que he llevado, de en lo que me convertí, estoy totalmente segura de que estaría orgullosa, pues he sabido salir adelante por mí misma.

No me arrepiento de nada, ni de lo que fui ni de lo que soy. Gracias a mi

cuerpo, he podido sobrevivir en esta jungla que llaman vida donde los hombres se mueven por el placer, por el dinero. Donde durante un tiempo no fui nada más que un objeto y donde el instinto me ayudó a saber cómo actuar, cómo manejar a los hombres para sacar el máximo beneficio.

Empecé siendo una simple meretriz y ahora soy la dueña de uno de los clubs de *striptease* más famosos de Manhattan. Yo soy la que decide, la que manda. Selecciono quién entra y quién se queda en la puerta. Soy yo la que estipula si su dinero sirve en mi club y ellos tienen que acatar mis órdenes. Sus más bajos instintos me hacen poderosa.

Delante de mi armario y con una taza de café en las manos, busco entre mi ropa lo que me voy a poner hoy. Mi madre también me enseñó a valorar lo que tengo, pues por un tiempo fue escaso, así que no me gusta acaparar ni desperdiciar el dinero en prendas caras. Soy muy selectiva, en todos los aspectos.

Me decanto por un vestido color chocolate de manga larga y escote en forma de uve. La falda de tubo, que me llega hasta las rodillas, se ciñe a mis caderas.

Con él puesto, me miro en el espejo. Siempre he vestido de forma llamativa porque siempre he tenido que exhibir mi cuerpo, mis curvas. Aunque actualmente no es necesario, sigo eligiendo los modelos que me hacen sentir sexi. Mi ropa se ha transformado en mi sello, en parte de mi personalidad, y me siento tan orgullosa de mi cuerpo que no temo mostrarlo.

Ya frente al espejo, comienzo a maquillarme. Por un instante observo mi rostro, lo analizo. No he cambiado mucho, sigo siendo aquella chica que tan solo quería vivir, aquella que luchaba cada mañana y cada noche por encontrar su espacio, su sitio, su trébol de cuatro hojas.

Sonrío porque creo que por fin lo he encontrado. Ahora tengo un trabajo que me hace feliz, que me llena, pero también unos cuantos años más que confieren a mi rostro serenidad y el brillo en los ojos de quien ha vivido y visto muchas cosas.

No me gusta pensar en el pasado, pero a veces mi mente tiende a hacerlo y comienzo a recordar...

Por raro que parezca, no tengo malos recuerdos ni traumas. Siempre he sabido aceptar lo que me tocaba vivir, lo que soy. Aunque en algunas ocasiones las circunstancias han sido bastante desagradables, he luchado por olvidarlas, por no dejar que manipulasen mi mundo, por liberar mi memoria de ellas y, en la mayoría de los casos, lo he conseguido.

Cierro los ojos y veo a la chica de dieciocho años que perdió la virginidad de una manera muy poco convencional y que, gracias a su fuerza interna, no fue traumática.

Por aquel entonces, mi madre había muerto. Vivíamos en un gran edificio donde los alquileres eran bajos y las miserias de los que los habitábamos, muchas.

Mi madre siempre había luchado por sacarme adelante, pero el dinero escaseaba y cambiábamos de vivienda tan a menudo que apenas lográbamos ahorrar nada. Tenía un defecto: le gustaban mucho los hombres; pasaba de uno a otro como quien se cambia de bolso porque no le combina con la ropa y según los dejaba, nos trasladábamos a otro lugar. Siempre pensé que lo que buscaba era el amor, pero el amor la rehuía.

Tuve muchos padrastros, conviví con hombres diferentes y de cada uno aprendí algo distinto, algo que en el futuro me ayudó a comprenderlos, a saber cómo obtener lo que necesitaba de ellos sin tener que atarme a ninguno.

Por aquella época, el hombre que pasó los últimos días con mi madre se llamaba Anthony. De él guardo un amargo y grato recuerdo. Sé que suena contradictorio, pero cuando os cuente mi historia, lo comprenderéis.

Anthony fue el encargado de mostrarme el camino que debía seguir si quería salir de ese bloque de veinte plantas, atestado de drogadictos y pobreza, para encontrar una vida mejor. Pero también fue la primera persona que me vendió. Mejor dicho: la única que lo hizo, pues más adelante sería yo misma quien haría transacciones con mi cuerpo, solo yo.

No le guardo rencor ni odio, tan solo intentaba sobrevivir. Me utilizó, eso no lo voy a negar, pero yo también salí beneficiada.

Recuerdo aquella noche, incluso si cierro los ojos, puedo ver el vestido que llevaba. Uno comprado en un mercadillo, sencillo, de tirantes —pues hacía mucho calor—, largo hasta las rodillas y con vuelo, nada llamativo. Era un vestido insulso, sin más cometido que cubrir mis ya incipientes formas de mujer.

Nunca olvidaré cuando lo vi entrar en casa. Mi padrastro lo invitó y llegó puntual. Era un hombre muy apuesto, alto, rubio y elegante. Parecía un banquero o un abogado.

Destacaba en nuestro pequeño piso, limpio y ordenado, pero viejo y con muebles de saldo. Me extrañó su presencia, pues la gente como él nunca baja a los suburbios, jamás se mezcla con la plebe. Éramos como el aceite y el agua, que de ningún modo se unen.

«¿Qué hace él aquí?», me pregunté nada más verlo. Enseguida supe la respuesta.

—Anastasia. Este hombre ha venido a verte.

—¿A mí? —pregunté extrañada.

—Necesitamos el dinero... —Anthony sudaba copiosamente. No solo era producto del calor, algo le preocupaba.

—No te entiendo. —En realidad, sí lo hacía. Lo supe nada más ver cómo él me miraba. Me sentí desnuda, parecía querer devorarme. Pero yo no era un ratoncillo indefenso y en ningún momento bajé la mirada.

—Anastasia..., no me lo pongas difícil...

Mi relación con Anthony en los dos años que viví con él siempre fue muy escasa. Me limitaba a soportarlo porque traía el dinero, porque fue con el único hombre con el que mi madre se casó —y eso lo convertía en mi padrastro de manera oficial— y porque nunca me molestó. Él hacía su vida, mientras yo mantenía la casa limpia, la comida en la mesa y traía algo de dinero cuando encontraba un trabajo.

«No me lo pongas difícil» me dijo, y no lo hice. Asumí mi suerte y acepté mi destino, encontraría la manera de sacar beneficio a la situación.

Con la cabeza muy alta, entré en el dormitorio. Sabía que él me había seguido, aunque en ningún momento me volví a cerciorarme, porque su aroma a colonia cara se coló dentro de mi cuarto.

Anthony vendió mi virginidad, pero no se lo reprocho. A veces el hambre nos obliga a hacer cosas que no deseamos y sabía que se había tenido que ver muy mal para tomar la decisión de cambiarme por unos cuantos dólares. Además, podría haber sido peor. Podría haber buscado a uno de esos asquerosos y gordos banqueros o a un abogado viejo, pero para terminar con mi virginidad, Anthony me había traído a un hombre atractivo, de mediana edad y con un delicioso aroma a colonia cara.

Me quedé frente a la cama, no pude evitar sobresaltarme al sentir cómo la puerta se cerraba. Mi vello se erizó al notarlo en mi espalda...

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—No es necesario que lo sepas, ¿no crees?

La verdad es que no me importaba nada, qué más me daba si se llamaba John o Dilan... Al fin y al cabo, no volvería a verlo nunca más.

—Quiero la mitad de lo que le vas a dar a Anthony —le dije.

—Si eres complaciente, te daré exactamente la misma cantidad que le he prometido a él. —Noté cómo sus manos se agarraban a mis hombros

ejerciendo un leve masaje.

Asentí, no pensaba oponer resistencia, tan solo esperaba que no fuese muy rudo, pues iba a ser mi primera vez, y la verdad es que fue muy dulce y delicado.

Perdí la virginidad con un extraño, con un hombre al que no volvería a ver. No fue placentero ni tampoco detestable u odioso. Simplemente, me dejé y obtuve un beneficio a cambio.

Recuerdo no haber sentido nada, ni asco ni dolor, nada. Entregué mi virginidad y no sentí nada...

Después de él, del hombre con traje caro y perfume costoso, me marché de casa, abandoné a Anthony que, lloroso, me pedía que lo perdonara. Pero yo no tenía nada que perdonarle, pues gracias a él descubrí que podía ganar mucho dinero a cambio de sexo, que resultaba tan atractiva a los hombres que estaban dispuestos a pagar ingentes sumas de dinero por follar conmigo, que mi cuerpo era pecado. Mi virginidad compró mi pasaporte a una nueva vida, una mejor. Una en la que no me faltaría de nada, en la que sería dueña de mi destino y en la que el amor no tendría cabida.

Ese día dejé de llamarme Anastasia. A partir de ese día, todo el mundo me conocería por Sex, la meretriz Sex.



1. Mafia

—Sex, un hombre pregunta por el jefe. —Landon, uno de los chicos de seguridad, asomó la cabeza dentro del despacho.

—¿Quién es? ¿Un cliente?

—Ni idea. —Se encogió de hombros.

—Dile que pase.

La puerta se abrió del todo y entró un hombre alto, elegante y muy atractivo. Su cabello rubio y engominado brillaba. Pero Sex supo desde el primer momento que lo vio que, a pesar de su bella sonrisa, le traería problemas.

—Encantada, señor...

—Nikolay, Nikolay Vorobiov.

Con suma delicadeza, tomó la mano que ella le tendió y en vez de estrecharla, como ella suponía que haría, se la llevó a los carnosos labios y la besó, como lo haría un caballero.

El vello de Sex se erizó al instante, no le agradó nada su gesto. Todo su cuerpo lo rechazaba y ella siempre le hacía caso a su instinto, sobre todo, con los hombres. Ese Nikolay no tenía buenas intenciones, lo podía ver en su fría mirada y en su sonrisa falsa de anuncio de dentífrico.

—Mi nombre es Sex. —Intentó ser cortés a pesar de que lo que más deseaba era largarle de su despacho.

—Bonito nombre...

—Gracias. Y bien, señor Nikolay, ¿qué le trae por Trébol de Cuatro Hojas?

—Negocios. Deseo hacerle una proposición muy jugosa a su jefe.

—¿Mi jefe?

—El dueño. ¿Acaso no está?

—Yo soy la dueña del club.

Nikolay la miró como si hubiera dicho una obscenidad.

—Disculpe..., Sex, pero me dijeron que el dueño era un compatriota.

—Lo fue, pero ahora lo soy yo.

—¿Usted? —La miró de arriba abajo como con asco.

Sex se irguió, estaba acostumbrada a los tipos que la consideraban poca cosa para llevar sobre sus hombros un negocio en el que básicamente los dueños eran todos hombres. Siempre tenía que demostrar su valía y hacer frente a prejuicios injustos, pues ella era igual de válida que cualquier hombre.

Se dirigió a su mesa y se sentó de frente.

—Por favor, Nikolay, siéntese. —Le indicó la silla que ocupaba el otro lado.

Él aceptó. No le gustaba tratar con mujeres, y menos sobre negocios de prostitución y drogas, pero pensó que quizá sería una ventaja. Las mujeres eran débiles. Si la amenazaba, seguramente se asustaría y se podría deshacer de uno de los clubs que le proporcionaban más quebraderos de cabeza, pues se encontraba dentro de la zona que trataba de controlar.

Nikolay se acomodó en la silla. Colocó una de sus largas piernas sobre la otra y clavó su mirada en ella como si fuese un tierno bocado.

—Usted dirá —lo alentó a hablar. No le agradaban nada ni su mirada fría ni esa sonrisa maquiavélica.

—He venido para proponerle un trato muy interesante.

—Siga.

—Usted deja que mis chicos distribuyan mi mercancía en su local y yo le ofrezco a cambio el quince por ciento de las ganancias y mi protección.

A Sex se le revolvió el estómago. Desde que estaba en el negocio de la noche, había visto morir a muchas de sus chicas por culpa de la droga. Ni al antiguo dueño, Iván, ni a ella les gustaba que en su club se vendiera ningún tipo de estupefacientes. Siempre lo habían perseguido y pensaba continuar con la misma dinámica.

—No —contestó tajante.

—Vaya, veo que eres una chica dura. —Le dirigió una sonrisa lasciva—. Piensa que es dinero limpio, tú no tendrás que hacer nada y mis chicos son muy discretos. Además..., estarás bajo mi protección. Junto a mí, nada

malo os puede pasar a ti o a tus chicas.

Esa fue la primera amenaza que le hizo de manera sutil, pero Sex no pensaba amedrentarse.

—He dicho que no.

Nikolay se revolvió inquieto en su asiento. Según parecía, comenzaba a perder la paciencia y Sex dudaba que tuviese mucha.

—Preciosa —dijo entre dientes—, veo que eres muy ambiciosa y eso me gusta. Seré generoso, al fin y al cabo, eres la primera mujer con la que hago tratos. Te daré el veinticinco por ciento.

—En mis locales no se venden esas mierdas. —Fue tajante y por la manera en la que las sienes le palpitaban a Nikolay, Sex se dio cuenta de que había dado con uno de esos hombres sin escrúpulos.

Soltó una profunda carcajada que produjo en Sex un escalofrío.

—Vamos, muñeca, en todos los clubs se vende coca.

—Pues en el mío no, nunca.

Nikolay resopló de forma poco caballerosa.

—Creo que no sabes con quién estás tratando. Por eso no me gusta hacer negocios con mujeres, a pesar de que seas tan... bonita. No te interesa ponerte a mal conmigo.

Sex ya no podía soportarlo por más tiempo. Ese tipo era tan odioso que le estaban dando ganas de pegarle un puñetazo en su perfecta nariz. Se puso de pie e, indicándole la puerta con una mano, le dijo:

—Salga ahora mismo de *mi* despacho y de *mi* local. —Hizo énfasis en el posesivo—. No quiero verle por aquí, ni a usted ni a ninguno de sus chicos. Si pillo a alguno vendiendo droga, iré a la policía.

Nikolay rio de nuevo, pero esta vez de una manera atronadora.

—¿Crees que la pasma te ayudará? —Se puso de pie lentamente con la mirada clavaba en Sex—. Ahora te sientes segura y eres muy valiente. Estás arropada por tu gente, en tu despacho, pero no siempre va a ser así. Alguna vez tendrás que estar sola, en tu casa, en el garaje cuando salgas tarde de trabajar, por la calle...

—¿Me está amenazando? —cortó su discurso.

—Piensa lo que quieras. Eres demasiado bonita y, trabajando en un club, cualquiera te podría confundir con una prostituta. Ya sabes..., son cosas que pasan. O quizá alguna de tus chicas desaparezca... Quién sabe lo que puede ocurrir si no cuentas con mi protección.

Se miraron durante un largo rato. Nikolay pretendía amedrentar a Sex,

pero ella en ningún momento bajó la mirada. Estaba aterrada, aunque no lo demostró de ninguna manera, y eso enfureció más al ruso.

—¡Fuera! —dijo con tono autoritario.

Nikolay le sonrió y el vello de Sex se erizó de nuevo.

—Feliz día, princesa. Seguramente, nuestros caminos se volverán a encontrar y la próxima vez no será para hacer negocios...

Salió del despacho, cerró de un portazo y Sex se dejó caer sobre la silla, temblorosa, aterrada.



2. Escenario. Unos días después

Ser dueña de un club donde se ejercía la prostitución, donde se practicaba sexo en vivo y donde los espectáculos de *striptease* se representaban casi todos los días de la semana era complicado. El mundo de la noche tenía muchos prejuicios y muchos estereotipos. Así que Sex tuvo que abrirse paso casi a codazos para conseguir el respeto, tanto de los dueños de otros clubs de la ciudad como de muchos de los clientes que se creían con el derecho —al ver que era una mujer atractiva y con curvas— de tratarla con desprecio, e incluso alguno que otro había intentado meterle mano. Pero ella no se dejaba intimidar por nadie ni por nada, era una mujer con recursos, inteligente y con carácter. Tan solo tenía un punto débil frente a ciertos indeseables, y era su escasa fuerza y destreza. Así que después de la visita de Nikolay y de lo que sucedió cuando esa noche se marchó a casa, tomó tres decisiones: ponerse en forma, dar clases de defensa personal y contratar a un guardaespaldas.

Era la noche del lunes, único día en el que el club Trébol de Cuatro Hojas cerraba. Pero no por eso cesaban las actividades en la sala, porque los lunes había ensayo.

Si algo caracterizaba al club, era el alto nivel de sus bailarines. El Trébol no solo era el lugar donde se encontraban las prostitutas más bonitas de la ciudad, también era un local donde se ofrecía arte, donde sus bailarines ejecutaban complicadas e incluso arriesgadas coreografías sobre una barra y donde los bailes no solo tenían como finalidad el desnudarse, sino también hacer que el público disfrutara con una bonita exhibición.

Sex contaba con un buen elenco de bailarinas y bailarines que actuaban con pasión. No era requisito obligatorio ejercer la prostitución, si lo hacían,

era bajo su libre elección. Muchos de ellos tan solo bailaban —y cobraban de manera muy generosa por su trabajo— y otros, para sacar algo más de dinero, al final de su actuación se acostaban con alguno de los clientes.

Sex estaba orgullosa de su club, de sus empleados y de todo lo que había logrado trabajando muy duro.

Contemplaba la sala desde el pasillo central. Hacía tan solo unas horas que habían terminado de limpiarlo todo y el escenario, así como las tres barras que lo flanqueaban, brillaban. Sonrió, le gustaba ver la sala vacía e imaginar nuevos espectáculos para mantener a la clientela siempre fiel a su local.

En el mismo instante en el que sintió sus manos envolviendo su cintura, supo quién era, su aroma lo delataba. Su poderoso cuerpo le transmitía un agradable calor, uno que Sex necesitaba, y se dejó llevar.

—Hola, preciosa —dijo con su profunda voz.

—Hola, Patch.

Sex no se retiró ni intentó alejarse, sino todo lo contrario, se dejó caer sobre el duro cuerpo del hombre y cerró los ojos disfrutando de su contacto.

—Siempre hueles delicioso —susurró Sex.

—Soy delicioso.

Sex soltó una carcajada.

—Eres un creído.

—Puedo serlo, mi cuerpo me lo permite.

Sex se permitió un momento de placer, de sentir cómo los brazos fuertes de un hombre la abrazaban sin ningún motivo sexual, simplemente por cariño. Pero el tiempo siempre es oro y, tras un suspiro, se separó de su cuerpo.

—Llegas tarde —lo riñó, pero no como una jefa enfadada, sino como una amiga, pues entre Patch y ella existía una bonita amistad.

—No —replicó él—, llego justo a tiempo.

Sex miró su reloj de pulsera y tuvo que darle la razón. Le sonrió y acarició una de sus mejillas sin afeitar.

—La sala ha quedado perfecta —dijo Patch observando el escenario.

—La verdad es que han hecho un buen trabajo.

Hacía tan solo unos días que la obra de remodelación había terminado. Ahora la pista era más grande.

—Con este escenario, podremos hacer coreografías más complejas. — Se notaba el entusiasmo en la voz de Patch. Él era el encargado de entrenar a

los bailarines y montar las coreografías, así que era muy importante que estuviera cómodo.

Sex lo miró satisfecha. Sabía que Patch le sacaría partido a ese colosal espacio, el gasto de dinero y el tiempo que esa sala había permanecido cerrada durante la obra habían merecido la pena. Él haría que la mereciera.

De un salto, Patch se subió a la tarima. Llevaba un pantalón de chándal viejo, de un tono gris ya desgastado y muy usado. Se desabrochó la sudadera y la tiró sobre uno de los asientos del público, dejando al descubierto una camiseta sin mangas tan ceñida que permitía ver sus músculos.

Patch era un hombre muy atractivo, con un cuerpo hecho para el pecado. Las mujeres llenaban la sala para verlo bailar, para ver cómo se desnudaba. Muchas se querían acostar con él, pero solo unas pocas —y por una gran suma de dinero— eran las elegidas. Patch era muy selectivo, no todas valían para pasar por su cama.

Comenzó a moverse de un lado a otro. Bailaba, se mecía, saltaba y hacía giros que demostraban lo buen bailarín que era. Sex lo miraba orgullosa. Era el mejor, de eso no le cabía ninguna duda. Tan solo había que verlo, ni siquiera necesitaba música para llenar todo el escenario y para hacer que el vello de sus brazos se erizara al contemplar las bonitas figuras que realizaba sin ningún esfuerzo.

Se notaba que había sido bailarín de clásico, se podía observar en la elegancia de sus movimientos, en los saltos y giros que hacía propios de un profesional. También usaba sus conocimientos en algunas de sus coreografías y de sus piruetas, y Sex lo había visto más de una vez —cuando él creía estar solo— bailar como la primera figura de un *ballet* importante. Pero Patch era muy reservado y por más que Sex intentaba averiguar sobre su pasado, se cerraba y no desvelaba nada, era muy hermético. Cuando ella le preguntaba, cambiaba de tema o no respondía. Así que Sex dejó de intentarlo; pensaba que tal vez, con el tiempo, terminaría contándole cosas de su vida anterior.

Continuó bailando, recorriendo palmo a palmo el escenario sin música, ¡quién la necesitaba! Patch podía sentirla dentro, como si el latido de su corazón bastase para representar toda una orquesta.

Sex lo contemplaba y, de repente, en su cabeza se dibujó con total claridad la primera vez que lo vio sobre ese escenario. Buscaba un bailarín, deseaba integrar hombres a su elenco de *strippers* y él fue el primero que tuvo una audición.

Aún recordaba con total exactitud lo que sintió al verlo por primera vez

cuando elevó su mirada hacia el escenario y lo contempló.

Su[CR1] imponente presencia la obligó a pararse de golpe, pues temía trastabillar. Nunca había sido una mujer torpe, por eso sus dudas y su miedo a caer la hicieron frenar en seco.

Lo observó con detenimiento y él se dejó. Incluso estaba segura de que, si se lo hubiera pedido, se habría girado para que ella lo hubiera podido apreciar desde todas las perspectivas.

No podía negar que, a pesar de que su cara no era la típica faz de un modelo, tenía algo muy especial. Un atractivo casi animal, salvaje, una belleza natural.

Se recuperó y continuó andando hacia la tarima. Sus ojos permanecían clavados en ese cuerpo fibroso que él mostraba con orgullo. Llevaba unas mallas negras de ballet, ajustadas a sus gruesos y fuertes muslos, que le llegaban hasta las rodillas y dejaban al descubierto sus gemelos, que parecían dos gruesas maromas. Su pecho desnudo subía y bajaba de forma rítmica, como si estuviera en total estado de reposo, denotando que no estaba para nada nervioso.

Caminó hasta las escaleras que le permitirían el ascenso a la tarima. Cada peldaño que subía la acercaba a él y conseguía poner a Sex, una mujer que jamás se inmutaba con ningún hombre, todo el vello de punta.

Se colocó frente a su poderoso pecho desnudo y se entretuvo observando la tinta que lo adornaba.

—Se pueden cubrir con maquillaje. —Esas fueron las primeras palabras que salieron de su garganta. Su voz varonil, grave, fuerte e intensa la hizo estremecer.

—Ya. —Dejó de mirar esos perfectos y maravillosos dibujos que exhibía en parte de su piel y se centró en sus ojos, castaños, brillantes y con un toque de perversión—. ¿Cómo te llamas?

Él se giró permitiendo a Sex observar un perfecto y durísimo trasero. Las mallas se le ajustaban como un guante y, cuando se agachó para tomar una carpeta que estaba tirada de manera descuidada en el suelo, lo demarcó con más nitidez.

Se la tendió y ella la tomó, abriéndola al instante.

—Patch Jacobs —leyó en voz alta. Lo que tenía entre sus manos era el currículum del bailarín, pero estaba segura de que algunos de los datos no eran reales. Sex conocía a los hombres, tenía un máster en ellos, y ese tal

Patch pertenecía al grupo de los mentirosos, de esos que inflan sus currículums con tal de ser aceptados. Patch era de los depredadores.

—Y tú eres... Sex, la dueña... —La miraba con descaro, parecía desafiarla.

—Exacto. La dueña y la mujer que decidirá si eres lo suficientemente bueno para poder trabajar en mi club. —Recalcó el posesivo, dejando claro que él tan solo iba a ser un empleado. Patch era impresionante en todos los aspectos, pero Sex nunca se dejaba llevar. No pensaba permitir que tomara el mando ni de esa conversación ni de su local—. ¿Te supone algún problema? —lo encaró.

—¿Problema? —Por primera vez desde que había entrado en esa sala, lo vio descolocado. Según parecía, no entendía su pregunta.

—Quiero saber si tener una mujer como jefa te supondría algún problema.

Una brillante sonrisa se dibujó en los preciosos labios de Patch.

—Por supuesto que no, adoro que las mujeres me den órdenes —dijo con un tono tan sensual que Sex se sintió excitada.

—Entonces, estoy segura de que nos llevaremos bien porque yo soy la que manda, en todo.

—Por mí perfecto.

Sex sonrió abiertamente, le gustaba. A pesar de que sabía que ocultaba algo que en cierto modo era peligroso, le gustaba mucho.

Sin más, caminó hasta las escaleras. Las descendió despacio y se sentó en uno de los reservados, en el que estaba más cerca de la tarima y le permitiría ver la actuación del bailarín casi como si estuviera en el escenario.

—Cuando quieras —lo alentó.

Patch hizo una seña a la persona que estaba en el control de luces y música, y el espectáculo comenzó.

La melodía empezó a sonar. Era una canción conocida por Sex, quizá una de sus preferidas, y eso consiguió que el vello de todo su cuerpo se erizase. Take me to church, de Hozier, desencadenó tal expectación que para Sex el mundo se paralizó. En ese instante tan solo existían ellos, Patch, su danza, la música y la nada.

Sex no estaba preparada para lo que vio, nunca hubiera imaginado que esa entrevista que tendría para escoger a un bailarín de striptease sería lo mejor que había visto en su vida.

Se movía con soltura, como si antes de andar, antes ni siquiera de nacer, su destino fuese bailar, saltar, danzar y llenar todo el espacio como si fuese etéreo; como si sus saltos, sus piruetas y sus acrobacias fuesen sencillos; como si cualquiera, incluso ella, pudiera hacer cosas tan maravillosas.

Patch era bello, era sensual, era sexi. Si esa sala hubiera estado llena de gente, estaba segura de que todos lo habrían mirado a él, hombres y mujeres habrían quedado prendados del bailarín.

Sus saltos la dejaron sin aliento, sus giros parecían infinitos y su aspecto, casi felino, era el reclamo que Sex buscaba para sus espectáculos.

No tenía ninguna duda, era el mejor y lo quería en su club. Pero... ¿sería capaz de desnudarse frente a un público ávido de sexo?

La música cesó, él dejó de bailar y Sex pudo recuperar la respiración.

Durante unos segundos, todo quedó sumido en un silencio tan espeso que se podía palpar. Un silencio que Sex temía romper porque lo que acababa de vivir era tan especial, tan maravilloso, que sobraban las palabras, los gestos. Pero se obligó a reaccionar y, sin poder evitarlo, comenzó a aplaudir.

—Espectacular —dijo, tras recuperar la voz.

—Gracias. —Patch hizo una reverencia tan profesional que a Sex no le cupo duda, ese hombre había nacido para estar sobre un escenario, para danzar. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué buscaba trabajo de stripper?

—Me ha gustado, pero... no busco una primera figura de ballet. Solo quiero un hombre que sea capaz de desnudarse ante una sala llena, tanto de hombres como de mujeres.

—Yo lo haré —dijo con determinación—, pero no solo me quitaré la ropa, crearé coreografías que dejarán al público sin aliento, sensuales, únicas, haré que deseen, que me deseen...

Sus palabras denotaban tal seguridad que Sex sintió admiración.

—Una cosa es decirlo y otra... —Su alegato quedó silenciado cuando, en un rápido movimiento, Patch se quitó las mallas y se quedó totalmente desnudo frente a ella.

—Lo haré. Sé que puedo y no solo lo haré, seré el mejor.

Por primera vez en su vida, Sex se quedó sin palabras. Carraspeó, pues la visión de ese falo, que por cierto estaba totalmente abultado y enhiesto, la dejó sin aliento.

—El trabajo es tuyo.

Sex sonrió, siempre había sido un descarado.

Él de repente paró y, de un salto, se bajó de la tarima. Se puso delante de Sex y, tomándola de la cintura, la acercó a su cuerpo. Hundió su cabeza entre el pelo rojo como el fuego de la mujer y aspiró su aroma.

—¿De qué te ríes?

—Estaba recordando la primera vez que te vi. Te quedaste en pelotas...

—Y tú alucinabas. Jamás habías visto un cuerpo igual.

Sex puso los ojos en blanco.

—Eres insufrible.

—Lo soy, pero me adoras. Anda, baila conmigo —le susurró con los labios pegados a su oído.

Comenzaron a mecerse al ritmo de una música inexistente. Sex se agarró a su cuello y se dejó llevar.

—Dime una cosa, Sex, ¿algún día me permitirás disfrutar de tu cuerpo?

Ella soltó una carcajada.

—Eso estropearía nuestra relación, ¿no crees?

Siguieron bailando abrazados.

—Quizá —dijo él tras un suspiro—. ¿Qué temes? ¿Tal vez enamorarte de mí?

—Para ti simplemente sería una más, y yo no quiero eso. Además, estoy segura de que nuestra amistad se terminaría. Dime, Patch, ¿arriesgarías lo que tenemos por un polvo?

Patch suspiró y dejó de bailar de golpe, se separó de su cuerpo y la miró con una brillante sonrisa.

—Lo que temes en realidad es enamorarte, y lo entiendo. Un cuerpo como este es pecado. —Se señaló con las manos de una manera descarada y provocó la risa de Sex.

—Eres un presumido —apuntó riendo.

—¿No crees que puedo serlo? —le contestó con una pregunta a la que Sex no estaba dispuesta a responder por no inflar más su ego, porque su respuesta sería afirmativa. Patch podía presumir, tenía razones para hacerlo.

La conversación se vio interrumpida por la entrada del resto de los bailarines, que venían al ensayo.

Según fueron llegando, se subieron al escenario. A todos les gustó el resultado final de la obra y, deseosos de comenzar a trabajar, se calzaron las zapatillas y pusieron la música. Patch empezó a dar las órdenes oportunas para realizar una nueva coreografía, una que sería la más espectacular que se

había hecho hasta entonces y que les serviría para la próxima inauguración de la nueva pista del Trébol de Cuatro Hojas.

Tanto Sex como él estaban seguros de que no dejaría a los espectadores indiferentes y de que durante mucho tiempo se hablaría en toda la ciudad sobre su espectáculo. No eran solo cuerpos desnudándose al ritmo de la música, eran bailarines profesionales ejecutando su arte.

Sex se quedó un buen rato viendo el progreso de sus chicos, pero decidió marcharse a casa ya que el sueño la hizo cabecear un par de veces. Se despidió de todos.

Cuando ya había alcanzado la puerta, sintió cómo la mano de Patch la tomaba por el brazo.

—¿No quieres que te acompañe?

—No hace falta, tengo el coche en el garaje.

—No me gusta que salgas sola a estas horas.

Sex miró su reloj, eran las doce de la noche.

—No seas paranoico, Patch, llevo toda la vida moviéndome sola por la noche.

—Sí, pero antes no eras la dueña del club que cerró la puerta en las narices a un mafioso ruso —advirtió en referencia a la visita de Nikolay.

Sex le acarició una de las mejillas con cariño.

—No te preocupes, papi, tendré cuidado del hombre malo —dijo con sorna.

—No bromees con eso, Sex, ese tipo es muy peligroso. ¿Acaso no sabes quién es ese Nikolay Vorobiov? —Usó un tono autoritario. Le tenía un gran aprecio a Sex, quería que se tomase en serio la amenaza del mafioso porque sabía con certeza de lo que era capaz.

—Pues claro que lo sé y te recuerdo que fui yo la que lo tuvo delante. Pero no pienso paralizar mi vida porque un hijo de puta venga a mi casa y me amenace.

—Joder, Sex, ese tipo no solo trafica con droga, también lo hace con mujeres. Se rumorea que forma parte de una banda que está metida en trata de blancas. Necesitas un guardaespaldas —sentenció.

—Ya tengo seguridad.

—No es lo mismo, Sex. Tienes seguridad en el local, pero no puedes pasarte la vida aquí metida. —Señaló la sala—. Necesitas alguien que te acompañe a casa, que te proteja cuando no están los chicos.

—Bah, qué tontería. Los famosos son los que tienen guardaespaldas y

yo no lo soy.

Ella sonrió, depositó un beso en la mejilla que había estado acariciando y salió de la sala sin mirar atrás.

—¡Mira que eres cabezota! ¡Por lo menos llama cuando llegues a casa!
—lo escuchó gritar.

Tan solo se oía el sonido de sus tacones sobre el asfalto del garaje, pero en cuanto se paró para buscar el mando del coche dentro de su bolso, todo quedó en total silencio. Sex maldecía por lo bajo, rebuscó, metió la mano hasta el fondo, pero el maldito mando no aparecía. Enfadada, chasqueó la lengua. Seguro que se había quedado al fondo.

De pronto, el sonido de la puerta del garaje al abrirse le llegó acompañado de los pasos de unos zapatos acercándose a gran velocidad.

Dejó de rebuscar y aguzó el oído. Sex nunca había sido una mujer asustadiza, pero en ese instante sintió miedo. Las palabras de Nikolay inundaron su cabeza: «Alguna vez tendrás que estar sola, en tu casa, en el garaje cuando salgas tarde de trabajar, por la calle...».

—¡Mierda! —exclamó en voz baja.

¿Sería Nikolay capaz de hacerle daño? «Sí, sí y mil veces sí», se dijo.

Las pisadas se acercaban..., ya estaban muy cerca... Sin pensarlo un segundo más, se agarró al asa de su bolso como si fuese un salvavidas y echó a correr hacia su coche.

El terror se apoderó de ella y corrió con desesperación hacia su vehículo. El sonido que hacían sus tacones encubría el de las pisadas, pero Sex sabía que estaba muy cerca.

Llegó a su coche y, angustiada, metió la mano en el bolso, pero temblaba tanto que se le cayó al suelo, esparciéndose su contenido. Se agachó desesperada y rebuscó entre todos los objetos.

Cada vez estaba más cerca, podía escuchar los pasos con total claridad, aunque el galopar de su corazón y sus lágrimas de miedo los atenuaban. Estaba perdida, ¡ya lo tenía a su lado!

De repente, sintió que una mano agarraba su brazo y luchó con desesperación por soltarse. Gritó pidiendo socorro, pero no lograba desprenderse de ella, era tan fuerte.

—¡Shhh! ¡Tranquila, Sex! —vociferó una voz de hombre. Entonces recapacitó, se giró y lo vio frente a ella. Se lanzó a sus brazos, asustada.

—¡Patch!... ¡Oh, Dios mío, Patch! —chillaba mientras dejaba salir un torrente de lágrimas—. Había alguien..., alguien me siguió. —Se aferró a la

sudadera del bailarín con angustia.

—Lo sé, lo sé. Tranquila, ya se fue, nadie va a hacerte daño. —Patch la abrazaba con fuerza, acariciaba su cabello, lo besaba—. Yo estoy a tu lado, tranquila —decía una y otra vez.

Poco a poco, Patch sintió cómo Sex se relajaba entre sus brazos, cómo dejaba de llorar con desesperación.

—Vamos, preciosa, te llevaré a casa. —La soltó tan solo un segundo para recuperar el bolso y todas sus cosas. Tomó el mando, abrió la puerta y la acomodó, incluso le puso el cinturón.

Se sentó en el lado del conductor, arrancó y salió del garaje.

Ya en la carretera, dejó un segundo el volante para acariciarle el cabello.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

Sex cerró los ojos y asintió.

—¿Lo viste? —Anhelaba una respuesta negativa por parte de Patch, deseaba que todo hubiera sido tan solo producto de su imaginación, que nadie la hubiera seguido.

—Sí. Pero no me dio tiempo a verle la cara. Cuando escuchó que entraba en el garaje, salió corriendo a la calle. Menos mal que no me quedaba a gusto dejándote sola y decidí salir detrás de ti, si no, no sé qué hubiese pasado...

—Dios mío, Patch, ¿crees que quería hacerme daño?

Patch no contestó. Era evidente que el que había entrado a hurtadillas en el garaje no iba a pedirle una cita, sino a intentar asustarla. Y lo había conseguido.

—¿Me harás caso?

—¿A qué te refieres?

—Debes buscar ayuda. Aprende a defenderte, busca un guardaespaldas... ¡Haz algo ya!

Sex cerró los ojos. Patch tenía razón. Con la llegada de Nikolay, su vida había cambiado; ahora estaba amenazada y debía proteger su negocio, a sus chicas y a ella misma.



3. Cloroformo. Una semana después

Como todos los lunes, los bailarines se reunieron en la nueva pista del Trébol para ensayar. Si algo caracterizaba al club, era la calidad de sus trabajadores, que se dejaban la piel en cada actuación. Sabían que para alcanzar la excelencia era necesario trabajar mucho y muy duro.

Patch buscaba las coreografías, las más complicadas y profesionales, no le servía cualquier cosa. Ellos eran los mejores *strippers*. Usaban su cuerpo para atraer a los clientes, pero lo hacían con mucha profesionalidad.

Toda la plantilla había estudiado en alguna escuela de baile. Eran buenos en su trabajo, pero ese mundo era tan complicado que muchos terminaban en el club con el fin de sacar dinero para pagar las facturas y algunos para poder continuar con sus estudios.

De todos los bailarines que componían el elenco del Trébol, tan solo Patch venía del clásico, y eso se notaba. El resto de los chicos y chicas aprendían del maestro, que disfrutaba enseñando cada paso, cada movimiento.

Patch era el mejor, pero también tenía muy mala fama. Tan solo se movía por dinero, incluso se murmuraba que estaba metido en cosas ilegales. El secretismo con el que protegía su pasado y su carácter no hacía más que acrecentar la leyenda.

Muchas mujeres e incluso hombres habían probado el cuerpo del bailarín, pero todos con un pago por adelantado. Patch no hacía nada si no había muchos billetes de por medio.

Después de unas cuantas horas ensayando las nuevas coreografías, poco a poco la sala se fue vaciando. Los chicos se despedían de Patch según

pasaban por su lado y él estrechaba la mano de cada uno de ellos. Hacían un buen equipo, todos se cuidaban y se mantenían unidos como una familia.

—¿Madeline? —Patch miró a una de sus mejores bailarinas. Estaba sentada en el escenario con los pies colgando hacia fuera, aún vestida con la ropa de ensayo compuesta por una camiseta de tirantes negra y unos pantalones del mismo color tan cortos, que sus glúteos se escapaban de la escasa tela—. ¿Qué haces ahí? Ya se han ido todos.

Patch estaba recogiendo la sala. Esa tarde habían ensayado con telas de colores con las que envolvían sus cuerpos, con las que se acariciaban como si fuesen manos. Iba a ser una de las coreografías más originales y vistosas. Doblaban las telas de seda con mucho cuidado y las iba dejando dentro de una caja, cuando se percató de que la bailarina seguía allí.

—¿Te ayudo? —preguntó.

—No, no es necesario. Ya queda poco.

Ella asintió, pero continuó observándolo.

—¿Quieres algo? —Patch levantó de nuevo la vista de su labor para mirar a la pequeña rubia.

Madeline era tan bajita y ligera que Patch la usaba en muchos de sus *portés*, en los más complicados, porque no pesaba nada y la manejaba sin ningún tipo de esfuerzo.

—Sí, bailar.

Le sorprendió tanto su respuesta que dejó la tela que estaba doblando en esos momentos a medias y clavó sus ojos en ella.

—¿Bailar?

Madeline asintió.

—Solo para divertirnos, sin pensar en coreografías, en trabajo. Tan solo bailar. Tú y yo. ¿Te animas?

Se puso de pie sobre la tarima y le tendió la mano.

Patch sonrió. Muchas veces, cuando estaba solo, bailaba por disfrutar, por sentir la música y su cuerpo. Sin ninguna pretensión más que pasarlo bien. Pero siempre lo había hecho a solas y sin que nadie lo viera.

Caminó despacio mirando a Madeline. Era preciosa, tenía un cuerpo de infarto que había probado en una ocasión cuando los dos estaban tan borrachos que apenas sabían lo que hacían. Casi no recordaba nada de ese encuentro y le daba pena, pues Madeline debía ser una fiera en la cama, los clientes se la disputaban.

Pero Patch creía que en su petición de esa noche no iba implícito el

sexo. Ella no estaba pidiéndole que la follara, quería simplemente bailar. Además, salvo aquella vez en la que el alcohol tomó el mando, ninguno de los dos se acostaba con nadie sin dinero por adelantado.

Sus piernas se pararon, pues chocaron con el borde del escenario. Miró la mano que Madeline le tendía y se agarró a ella, pero no la usó para subir, no le hacía falta ayuda, pegó un salto y se irguió sobre el escenario como si fuera la estrella del espectáculo.

—¿Tienes música?

La mirada de Patch era intensa, pero en esta ocasión tenía unas leves chispas de humor y diversión. Le gustaba pasarlo bien y la propuesta de Madeline era de lo más atractiva.

—Por supuesto. —Sonrió traviesa y colocó un altavoz sobre el escenario, en un rincón. Apretó el botón de encendido. Los acordes de *Let her go*, de Passenger, comenzaron a sonar y Patch soltó una carcajada.

—¿No tienes algo más movido?

Madeline negó con la cabeza y de nuevo le tendió la mano.

—¿Bailas o vas a ponerle pegas a mi música?

Patch se encogió de hombros, la cogió de la mano y empezaron a bailar.

La música, la letra y sus cuerpos hacían una perfecta combinación.

Patch la ayudaba a girar, la tomaba entre sus brazos. Madeline se dejaba llevar, parecía que volaba y disfrutaba como una niña pequeña en su fiesta de cumpleaños.

Ese hombre lograba que su cuerpo vibrara. Sus pies se movían sin descanso. Era fácil seguirlo, hacía que fuese sencillo. Daba la impresión de que esa coreografía la tenían ensayada desde hacía tiempo, cuando en realidad era la primera vez que la ejecutaban. Todos los movimientos eran improvisados.

Sin esfuerzo, Patch la elevó por encima de su cabeza y giró y giró hasta que la dejó caer de tal manera que sus cuerpos se rozaron.

Cuando la música cesó, estaban uno frente al otro. Patch sujetaba su cintura evitando que los pies de la bailarina tocasen el suelo. Sus miradas permanecían conectadas y sus respiraciones alteradas por el ejercicio. Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de ella y una traviesa en los de él.

Madeline se lanzó a su boca y él en un principio se dejó hacer, pero después recapacitó. No se podía dejar llevar por el momento, por la sensualidad que se había creado por culpa de la música, del baile, de la letra de la canción.

Se separó, la dejó en el suelo y negó con la cabeza.

Madeline asintió con tristeza. Patch no era para ella ni para nadie. Al menos, lo había intentado.

Caminó cabizbaja hasta el borde de la tarima, se bajó de un salto y, sin decirle nada, tomó su bolsa y se marchó.

Llevaba horas vigilando a escondidas, sin que nadie lo viera.

Había seguido cada movimiento de los bailarines, cada paso y cada giro con tan solo un propósito.

El jefe fue muy claro: tenía que darle una lección a Sex, una que nunca olvidase. Así que decidió hacerle daño a través de uno de sus bailarines preferidos.

Ahora su blanco, gracias a su reticencia a abandonar el club y a ese beso, había cambiado. Al jefe le daría igual, tan solo deseaba hacer sufrir a esa puta que se había entrometido en el negocio del sexo, un negocio que debería estar en manos solo de hombres. Las mujeres tan solo servían para proporcionar placer, no para gestionar o llevar un club.

Pero esa mujer se lo estaba poniendo muy difícil y le había hecho perder mucho tiempo. Todos se habían ido menos ella, que permanecía en la sala. ¡Estaba tan cabreado! Un trabajo que en un principio iba a ser sencillo se estaba complicando por culpa de esa bailarina.

Estaba en la calle, observando a esa rubia de voluptuosas tetas que andaba sola sin preocuparse. Se frotó las manos pensando en el dinero que el jefe le iba a dar por un trabajo sencillo, sin complicaciones.

Arrancó la furgoneta azul y se colocó a su lado. Sus planes habían sido otros, pensaba que su noche terminaría de manera diferente, pero ahora su objetivo sería esa pequeña e insignificante mujer.

Madeline caminaba aferrada al asa de su bolsa. Estaba furiosa, enfadada y triste. Patch era el hombre con el que soñaba, y más después de haberlo probado. Él quizá no recordase nada porque estaba borracho, ya se ocupó ella de que así fuera, pero ella jamás lograría olvidar esa noche, sus besos y su manera de amarla. Pensó que tal vez, si forzaba la situación, él... Bajó la cabeza con tristeza. No, él no sería suyo ni de nadie.

Estaba tan metida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que una furgoneta la seguía, parándose a su lado, y que de ella descendía una persona que se colocó a su espalda cubriendo su boca y su nariz con un pañuelo mojado. El olor que desprendía era agradable, pero enseguida comenzó a sentir cómo su garganta parecía abrasarse y se retorció tratando de escapar, pues unos brazos la tenían fuertemente amarrada. De pronto, sus ojos empezaron a cerrarse y su cuerpo dejó de responder a sus órdenes.

Cayó en un profundo sueño, un sueño mortal y aterrador.



4. La carretera

El alcohol se terminaba al mismo ritmo que sus ganas de vivir. Imaginó lo fácil que podría ser acabar con todo en ese instante, tan solo tendría que coger su pistola y pum, disparar a su sien. La contempló colgada en la silla dentro de su funda. Intentó levantarse para cogerla, pero le costaba tanto, apenas podía moverse y decidió continuar tirado sobre la cama. O tal vez no deseaba tanto morir y su inmovilidad fuese tan solo una burda excusa.

No tenía prisa, iba a continuar tumbado bebiendo, viendo pasar las horas encerrado en la habitación de ese sucio motel y mirando las horrorosas cortinas con la única compañía de una botella de *whisky*, y no uno de calidad, pues ni siquiera tenía dinero para beber en condiciones y al final se había decantado por una marca desconocida. Observó la etiqueta, era la más barata que había encontrado en la licorería y sabía a colonia.

Dio un largo trago, soltó un «puaj» y clavó la mirada en las cortinas de cuadros rojos y negros que cubrían el ventanal e impedían que el sol de la mañana entrase en la habitación.

—Joder, parecen un puto mantel —dijo en voz alta—. Brindo por el decorador.

Levantó la botella hacia la espantosa tela y volvió a beber hasta que la vació. Entonces la dejó caer y rodó hasta chocar con la sucia pared. «¿En qué me he convertido?», suspiró al pensar en lo que había sido y en la imagen que el espejo que estaba sobre la cama le devolvía. Se miró: estaba tumbado bocarriba, con las piernas y los brazos extendidos; era tan alto, que sobresalían del colchón y quedaban colgando. Sus ropas estaban sucias. Ni siquiera se había molestado en desnudarse. Además, no tenía ninguna de

cambio, pues no había traído equipaje, porque tan solo había pensado en huir, esconderse, desaparecer... Tembló de ira, ya no quedaba nada de su esencia, se había transformado en un desecho humano.

Con la idea de escapar, de esconderse en algún agujero, se había subido a su moto sin pensar en nada más, sin saber a ciencia cierta hacia dónde dirigirse.

Tan solo dejó que las ruedas giraran a gran velocidad sobre el asfalto, a tanta que la moto parecía volar. Apretó el acelerador, le dio más caña y se inclinó sobre el manillar todo lo que pudo para oponer menos resistencia. Le gustaba esa sensación en la carretera, le hacía sentirse libre.

Llegó cuando estaba amaneciendo, cansado física y mentalmente.

—Necesitaba intentarlo —se dijo con pesar.

Siempre había vivido en un barrio tranquilo y pequeño donde casi todos los habitantes se conocían, donde al doblar la esquina se podía encontrar a alguno de sus vecinos chismorreando sobre su vida, sobre su relación con Lizz, y eso no lo ayudaba en nada.

¡Necesitaba un cambio ya!, un giro de ciento ochenta grados y salir de la tranquilidad de su barrio.

Se levantó de la cama y caminó con paso tambaleante hasta la ventana de la pequeña habitación. Se asomó. «Seguro que va a ser un buen día...», pensó para animarse.

—Ja —soltó con ironía—. Un buen día..., una mierda. No para mí, no para mí... —dijo en voz alta con tristeza.

Para Roy, ese sábado veinte de mayo quedaría marcado en su memoria para siempre, y no precisamente por tratarse de uno de los días más felices de su vida.

Suspiró y miró su reloj. Más o menos en cinco minutos la que había sido la mujer de su vida, la única que había conseguido que el lobo solitario que había dentro de él pensase en dejar de serlo y en formar una manada, iba a casarse con otro.

—¡Joder! —Cerró los ojos enfadado, furioso. Necesitaba golpear algo, deseaba descargar toda esa ira, pues sentía cómo le estaba destrozando por dentro.

Apoyó la cabeza sobre el cristal, cerró los ojos y comenzó a recordar...

Hacía unas horas estaba en la habitación de su casa pensando en ella. No pudo aguantar más y decidió salir a buscarla. Se vistió con premura.

Dentro de esas cuatro paredes se ahogaba, estaban tan llenas de recuerdos.

Se abrochaba los pantalones cuando su mirada se posó en la cama, su cama... donde tantas veces hicieron el amor. El cinturón quedó olvidado y cayó suelto a ambos lados de la cremallera, tan solo sujeto por las trabillas. Los recuerdos de... de Lizz lo golpearon crueles, despiadados. Cerró los ojos y soltó un «joder» que seguramente se habría escuchado por toda la casa. Pero no le preocupaba, sabía que nadie acudiría a ver qué era lo que le pasaba. Su madre..., bueno, ella hacía años que había muerto y su padre..., seguramente estaría durmiendo la mona.

Maldijo su vida, su suerte.

Al abrir los ojos, la realidad lo golpeó de nuevo. Ya no volvería a disfrutar del cuerpo de Lizz, no volvería a besar sus labios ni a follarla...

—¡Basta! —se reprendió. Si algo no le gustaba a Roy, era recrearse en sus miserias. Roy era valiente y lanzado, no se amedrentaba por nada ni por nadie. No le tenía miedo a la vida, a pesar de que esta no se lo estaba poniendo nada fácil. Él era..., bueno, más bien había sido un militar de élite, un marine entrenado para entrar en combate, y aunque en esos momentos ya no ejercía como tal, lo llevaba en la sangre y eso nadie ni nada lo podría cambiar.

«No puedes dejarla ir», se dijo. Terminó de abrocharse el cinturón, se puso una camiseta y salió a la carrera.

Corrió con su moto por las calles aún desiertas, era entrada la noche y casi todo el mundo dormía.

Sabía que era una locura, pero debía intentarlo, tenía que hacerlo. Nunca se había rendido y no lo iba a hacer aquel día, aunque fuese veinte de mayo, ese veinte de mayo que iba a suponer un antes y un después en su vida.

La determinación lo acompañó hasta casa de Lizz. El valor, o quizá mejor dicho la insensatez, le hizo golpear su puerta una y otra vez hasta que, somnolienta, le abrió y lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Roy... —dijo como si delante de su puerta estuviese un alienígena y no un hombre de metro noventa, con un cuerpo curtido por el duro entrenamiento y con una mirada cargada de promesas, de furia, de... ¿pena? —. Pero... ¿qué haces tú aquí?

Desde que mantuvieron esa conversación, esa en la que ella le comunicó que iba a casarse, que ya no estarían juntos nunca más, no había vuelto a tenerlo delante de sus ojos. Pensó que después de lo que había pasado, nunca más vería su pelo castaño, ese pelo por el que más de una vez

había pasado sus manos o del que había tironeado cuando lo tenía entre sus piernas y le hacía esas cosas maravillosas con la lengua y con esa boca perfecta de labios hechos para el pecado. Pensó que no vería más sus preciosos ojos azules, que miraban con tal intensidad que parecían poder ver dentro de su alma.

Roy era sexi, sexi y con una belleza salvaje, tanto que de nuevo sintió un fuerte cosquilleo recorriendo su cuerpo y se tuvo que recordar otra vez, como si fuese un mantra, todos los motivos por los que no debía estar con él y sí con Elkin, su futuro esposo. Ya no había marcha atrás.

—¡No lo hagas! —gritó Roy con tal entusiasmo que Lizz dudó, y no quería que eso sucediese porque la fina línea que la separaba de un futuro estable o uno caótico e incierto se difuminaba tan solo con mirarse en esos ojos azules como el cielo.

—No te entiendo. —Intentó disimular.

—Sí lo haces.

Lizz se cruzó de brazos, suspiró, se rindió y le indicó que pasara a casa. No quería que Roy montase un espectáculo delante de su puerta y más aún cuando la boda era en pocas horas.

Roy sonrió, pensó que quizá había esperanza. Ella le había permitido entrar, no estaba todo perdido.

Lizz se paró en medio del pequeño salón de su casa y Roy lo hizo delante de ella. Alargó una mano para atraerla hasta su cuerpo, pero Lizz sabía que si la tocaba estaría perdida, así que dio un paso hacia atrás y, levantando las manos, le gritó con contundencia:

—¡Ni se te ocurra tocarme, Roy!

—¿Por qué? —Puso esa sonrisa torcida, esa con la que se derretiría hasta el hielo del Ártico—. Lo estás deseando, puedo verlo, olerlo..., sentirlo.

Alargó de nuevo sus manos y ella reaccionó de la misma manera, dio dos pasos hacia atrás.

—He dicho que no.

La sonrisa se esfumó de sus labios y un gruñido furioso salió de su garganta.

—¡No te entiendo, Lizz! —El grito la hizo sobresaltarse, sabía que Roy no se caracterizaba por ser contenido. Era un hombre explosivo y, en ocasiones, a quien no lo conociera podría incluso parecerle violento—. Sé que estás deseando que te bese.

Lizz se volvió sin decir palabra y se dejó caer sobre el sofá que presidía

su salón.

—He venido hasta aquí porque quiero que todo vuelva a ser como antes, Lizz. —Su tono se suavizó. Se quedó de pie, apoyado en la mesa del salón y con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. La miraba con tal intensidad que el corazón de Lizz se paró de golpe. Le estaba haciendo daño, se reflejaba perfectamente en su mirada, y eso para ella era una tortura. Pero no le quedaba más remedio, no existía la posibilidad de rectificar.

—No puede ser, Roy. No me pidas... —Un sollozo se le escapó. Cerró los ojos y aguantó las lágrimas. No podía mostrarse débil delante él. Si notaba sus dudas, estaba perdida.

—Pero ¿por qué?

—Mira, Roy... Por favor, vete. Necesito descansar, en unas horas me caso y no puedo aparecer en la iglesia con ojeras.

Lizz se encaminó hasta la puerta. Tenía la esperanza de que él se marchara dócilmente, pero Roy nunca se dejaba doblegar, le costaba dar su brazo a torcer y continuó apoyado en la mesa con las manos dentro de los bolsillos, como si la cosa no fuese con él.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —preguntó desesperada. Cada segundo que pasaba le era más complicado rechazarlo. Su aroma intenso, exótico y diferente al de cualquier hombre llenaba su pequeño salón y le traía recuerdos de tiempos mejores. Había sido tan feliz entre sus brazos...

Roy se incorporó y caminó hacia ella, con esa manera de andar tan atractiva y tan característica de él.

Se paró frente a ella, sin tocarla, y clavó sus preciosas pupilas en las suyas.

—No pienso marcharme hasta que me digas por qué.

Lizz cerró los ojos, no quería seguir mirándolo, no podía...

—Por muchas razones, pero la más importante es que mañana me caso y no debes estar aquí.

—¿Temes que él se entere?

—Pues sí, esa también es una razón de peso.

Roy bajó la mirada y se frotó el pelo con una mano.

—Antes no te importaba lo que pensasen los demás. Éramos solo tú y yo.

—Tú lo has dicho, Roy, eso era antes. Ahora soy otra Lizz y esta te ruega que te vayas a casa.

—¡No quieres que me vaya! —gritó desesperado—. Sé que aún sientes

algo por mí. —Intentó acariciar una de sus mejillas, pero ella volvió la cara—. No puedo creer que hayas olvidado lo bien que estábamos juntos. Lo felices que éramos.

Lizz se quedó en silencio. Podía mentirle, podía..., pero no lo iba a hacer.

—Nunca podré olvidarlo, Roy. Siempre estarás en mi memoria. Pero tan solo serás eso, un bonito recuerdo, mientras que Elkin será mi futuro. Ya nada volverá a ser como antes. Nada...

Le dolió, Roy sintió tal dolor que cerró los ojos.

—No sé por qué haces esto, por qué nos haces esto. —Para Roy, dar una batalla por perdida era lo peor que le podía pasar. Salir de casa de Lizz con el rabo entre las piernas, además de doloroso, suponía un duro golpe a su orgullo que con tanto esfuerzo había dejado a un lado para ir a verla y que ella pisoteaba sin compasión.

Lizz le vio tomar el pomo de la puerta con la mano. Suspiró aliviada, se iba, la dejaría por fin sola...

—Siento hacerte daño, pero... —Él se giró con tal rapidez que no le dio tiempo a escapar de sus brazos. La apresó con fuerza y la besó.

En un principio Lizz luchó por separarse, pero tenía tantas ganas de él que, sin poder evitarlo, se rindió. Dejó que la besara con el pensamiento de que sería la última vez que probaría la boca de Roy, sería la última que su lengua recorrería sus labios... La última.

Una lágrima furtiva salió de uno de sus ojos y Roy sintió cómo le mojaba la boca.

La apartó de su cuerpo, no quería hacerle daño. Quizá había sido muy brusco. ¡Joder, a veces no medía su fuerza y luego...!

—Lizz, perdona. ¿Te he hecho daño? Lo siento. —Desesperado, trataba de buscar su mirada, pero ella lo rehuía.

—No me has hecho daño.

—¡Joder, soy un animal!

—No me has hecho daño, Roy.

—No pienso en lo que hago...

—¡No me has hecho daño! —gritó para hacerse oír y que él dejase de echarse la culpa. Clavó los ojos en él con furia. Lizz ya no podía más—. No se trata de un daño físico, Roy, no se trata de que me has besado cuando te he pedido muchas veces que no lo hagas, no se trata de que sigas en mi salón cuando te he rogado que me dejes sola...

—Entonces, dime, Lizz, ¿de qué se trata? Dímelo, porque ya no entiendo nada. —Si ella estaba enfadada, Roy lo estaba aún más. Era desesperante porque todas sus emociones siempre eran más intensas, más fuertes y para Lizz resultaba agotador.

—Se trata de que tú no me amas, Roy. —Él arrugó la frente, sorprendido. Esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿Cómo?

—¡No me quieres!

—Pero... —Estaba tan descolocado ante sus palabras que no sabía ni qué decir—. Tú qué sabes... Joder, pues claro que te quiero. Estoy enamorado de ti.

—No, Roy. Ni lo estás ni lo has estado nunca. Tan solo estás marcando tu territorio, tan solo quieres lo que crees que es tuyo. Para ti... —Ya no pudo más y sollozó con fuerza—. Para ti soy como tu moto, te pertenezco, soy de tu propiedad.

Roy negaba con vehemencia, movía la cabeza con cada palabra que Lizz escupía con rabia, con desesperación.

—¡No, estás dentro de mí! —gritó—. ¡Claro que te amo!

—¡Vete! —Lizz abrió la puerta con tal fuerza que la madera golpeó la pared—. ¡Lárgate de mi casa y no vuelvas más!

Lloraba con angustia, ya no le importaba que él pudiese ver sus lágrimas ni que los vecinos se asomasen a mirar qué pasaba; le daba todo igual, tan solo quería quedarse sola para lamer sus heridas.

—¿Cómo puedes decirme que no te quiero después de todo lo que he dejado por ti? ¿Sabes qué? —Su mirada, antaño transparente, en esos instantes parecía turbia—. Creo que estás loca, Lizz, porque te vas a casar con otro, pero a quien amas es a mí. Creo que no vas a ser feliz con nadie si no soy yo y lo que más me jode es que no entiendo por qué lo haces. ¿Por qué me alejas?

Lizz sollozó.

—Roy, sabrás que lo que sientes por mí no es amor cuando lo encuentres en otra. Entonces, me entenderás. Comprenderás el porqué. Búscalo, Roy, busca a quien será tu pareja para toda tu vida. Yo no lo he sido nunca ni lo seré.

Roy asintió, seguía sin entenderla, pero decidió que lo mejor era irse. Dio un paso detrás de otro hasta la salida; como la puerta estaba abierta, la atravesó sin mirarla, sin volver la vista atrás, pero antes de subirse en su

moto la escuchó gritar:

—¡Te deseo lo mejor, Roy, lo mereces!

Se puso el casco y arrancó. Condujo como un loco sin respetar los límites de velocidad, sin pensar, tan solo deseaba alejarse, poner millas de por medio.

Condujo durante horas hasta que sintió la necesidad de parar. Una vez se detuvo, puso la pata lateral y se bajó de su moto. Se quitó el casco y lo dejó sobre el sillín.

Se quedó un buen rato mirándola. «Para ti soy como tu moto, te pertenezco, soy de tu propiedad», recordó las palabras de Lizz. Se llevó las manos a la cabeza con desesperación. ¡Joder! ¿Cómo podía pensar eso?

Reanudó la marcha y siguió conduciendo durante un tiempo.

Cuando por fin se decidió a parar de nuevo, la carretera le había llevado hasta Manhattan y hasta ese sucio motel. Hacía calor y el sol comenzaba a salir. Ese veinte de mayo iba a ser uno de esos días soleados, sin amenaza de lluvia y con temperaturas altas, pero Roy por dentro sentía frío...

Estaba furioso, cabreado. Dejó de mirar por la ventana y soltó las cortinas que sujetaba con la mano, quedando de nuevo el cuarto en penumbras. Miró su reloj, eran ya las doce de la mañana.

Gruñó enfadado. Eran las doce y Lizz estaría en ese preciso instante frente al cura dando el «sí, quiero».



5. El cadáver

El detective de homicidios Jared entró en la oficina seguido muy de cerca por el que, en un principio, le habían asignado como compañero.

Jared llevaba cuatro años trabajando en la comisaría de Tribeca y hacía poco que se había ganado el ascenso por sus méritos y tesón.

Se sentó en la silla y encendió el ordenador para entrar en la base de datos de la policía.

Hacía tan solo unas horas que habían llamado a la oficina avisando de la aparición de una mujer muerta en un callejón y Jared, deseoso de entrar en acción, le pidió al comisario que le permitiera trabajar en el caso.

Necesitaba demostrar todo lo aprendido, deseaba ponerse manos a la obra. Por algo se había hecho detective y qué mejor manera que empezar por un asesinato.

Junto a Josh —uno de los veteranos—, después de que el comisario Martín le hubiera dado el visto bueno, había acudido al lugar de los hechos.

El primer muerto que vio en su vida fue unos cuatro años atrás en el parque Rattford y de casualidad, pues se lo encontró una mañana que había salido a correr. Después vinieron muchos más, así que ver el cadáver de esa mujer no le supuso ningún trauma, pero sí le impactaron las condiciones en las que se encontraba.

Lo que lo noqueó nada más llegar fue el olor a descomposición. Sus manos tenían señales en ambas muñecas que demostraban que había permanecido atada. Estaba desnuda y tirada en el asfalto en una posición casi imposible, parecía que la habían arrojado desde algún vehículo y sin ningún tipo de delicadeza, como quien arroja un fardo.

En primer lugar, debían averiguar de quién se trataba, su nombre y apellidos. Tendrían que esperar a la autopsia y a la búsqueda con las huellas dactilares.

De momento, Jared iba a hacer el informe y a recopilar todo lo que habían encontrado en el escenario del crimen.

—Eh, novato...

Jared levantó los ojos del teclado y lanzó a Josh una mirada furiosa, no le gustaba que lo llamasen así.

—Llevo más de cuatro años en esta comisaría, ¿no crees que debes dejar de llamarme así? —Pero estaba seguro de que toda su vida, aunque pasasen los años, para él sería «el novato».

Josh se limitó a sonreír y se colocó tras él.

—Eres bueno, tío. —Josh miraba sobre su hombro el informe que Jared estaba redactando.

—Gracias... —Le molestaba tenerlo pegado a la espalda espiando lo que escribía, así que dejó el teclado y se giró para enfrentar su mirada—. ¿Quieres algo, Josh? —preguntó con impaciencia.

—Me voy, novato, es la hora de comer. Esto no está así por hacer ayuno —se pasó una de las manos por su orondo estómago—, y tú deberías hacer lo mismo.

—Termino esto y me voy.

—Tú mismo, novato. —Le hizo un gesto de despedida con la mano y, sin más, se marchó dejándole solo.

Suspiró. A Jared no le gustaba dejar el trabajo a medias. Era muy metódico y organizado, no se iría hasta que no terminase de escribir el informe, la comida podía esperar. Pero, de repente, sintió que su móvil vibraba dentro del pantalón de su impecable traje.

—Hola, cariño —contestó al ver que se trataba de April, la mujer con la que dentro de muy poco tiempo tenía la intención de pasar por el altar.

—Mi amor, ¿dónde estás?

—En comisaría.

—Oh, por Dios, Jared... —dijo con tono desesperado—, ya te has olvidado.

—¿Olvidado? —Jared arrugó la frente—. ¿De qué?

La escuchó resoplar.

—¡Lo sabía! —refunfuñó—. Le dije a tu madre que te habías olvidado.

—¿Mi madre? ¡Mierda! —exclamó mientras chocaba la palma de la

mano que tenía libre del móvil contra su frente—. Joder, perdona, ahora mismo voy para allá. —Jared acababa de recordar que la noche anterior le había prometido a April que comería con ella y con su madre.

Colgó el teléfono y miró el reloj de la pantalla. ¡Llegaba una hora tarde! Guardó todo el trabajo que había hecho en el portátil, lo apagó y salió a la carrera hacia el restaurante donde habían quedado.

Por el camino, se fue poniendo la americana y colocando los puños de la camisa para que quedasen en su sitio. Dentro del coche se observó en el espejo, se ajustó el nudo de la corbata y se pasó una de las manos por el pelo, alisándolo hacia atrás. Todo en su aspecto parecía perfecto: el rasurado de su barba, su cabello rubio corto, su traje caro...

Condujo atento a las señales y a la velocidad estipulada por las normas de circulación. Estacionó cerca del restaurante y, después de bajarse del coche cerciorándose tres veces de que lo había dejado cerrado, caminó con las manos en los bolsillos hasta el local.

Era un lugar acogedor, con buena comida y muy tranquilo. April y él solían cenar allí alguna que otra noche. Costaba reservar, pues siempre estaba lleno, pero merecía la pena, la cocina era de las mejores de Manhattan.

April había reservado hacía ya unas semanas y, como conocía lo despistado que era con las cosas cotidianas, le había avisado la noche anterior; pero Jared era un auténtico desastre y se había olvidado de su cita, algo habitual en él cuando se ponía a trabajar.

Jared encontró la mesa sin necesidad de preguntar a la camarera. Sonrió feliz al ver a Charlotte, adoraba a su madre.

Caminó con una sonrisa en la boca mientras que las dos mujeres, ajenas a su llegada, conversaban entre ellas.

Charlotte era una mujer de carácter fuerte y muy valiente, para Jared era como una heroína. Se había quedado viuda cuando él tan solo tenía tres años y, rota de dolor, lo único que la hizo seguir adelante fue su pequeño niño, que la necesitaba. Se volcó en su educación y le dio tanto amor que para Jared su madre era el pilar que asentaba su vida, la mujer a la que más amaba en el mundo, incluso por encima de la que iba a ser su esposa.

A ella le debía todo lo que era, lo que tenía.

Jared inició su carrera de abogado —como se esperaba del hijo de un prestigioso juez—, pero no llegó a terminarla. Desde niño, su mayor deseo era ser policía.

Charlotte ignoraba el sueño de su hijo, pero lo conocía muy bien, y

desde que empezó la carrera, supo que no era feliz. A pesar de esforzarse para sacar las mejores notas, a pesar de que nunca se quejaba, Jared detestaba lo que estaba estudiando. Así que un día Charlotte se sentó con él, como muchas otras veces hacían, e intentó que Jared le abriera su corazón y le contara sus verdaderos deseos. Y lo logró, ya que en ese mismo instante le confesó que lo que realmente le apasionaba era ser policía.

Entonces lo apoyó, lo animó y lo empujó a cumplir su sueño.

Jared había crecido sin su padre, pero con el amor inmenso de su madre que lo ayudó a no añorarlo, a no necesitar nada más.

—Siento llegar tarde —dijo apoyando la mano derecha en el hombro de su madre, mientras le daba un beso en una de sus mejillas.

—No importa, cariño. —Charlotte le palmeó la mano que él tenía sobre su hombro y sonrió feliz.

—No le digas eso, Charlotte —replicó April enfadada—, lo único que le faltaba es que apoyes sus despistes. Llevamos una hora esperando y nos morimos de hambre.

Jared no hizo caso a las protestas de April, se acercó y le dio un rápido beso en los labios.

Se sentó frente a su madre y al lado de su novia.

—Hoy he comenzado mi primera investigación. —Charlotte lo miró orgullosa.

—Oh, cuánto me alegro, cariño.

—Sí, sí..., estupendo. —El tono de April no era de entusiasmo—. Hemos estado eligiendo el vestido de tu madre. —Cambió al tema que más le interesaba desde hacía un tiempo: la boda—. Va a estar preciosa, aunque no tanto como la novia, por supuesto.

—No, querida, jamás podría estar a tu altura —replicó Charlotte.

—Mamá..., ¿te encuentras bien?

Jared dejó de escuchar la cháchara incansable de April en el preciso instante en el que reparó en la palidez de su madre que, a pesar del perfecto maquillaje que siempre lucía, tenía muy mala cara.

—Pues claro que está bien. —April fue la que contestó y Charlotte se limitó a asentir. En realidad, estaba un poco mareada, pero no quería preocupar a su hijo.

Llevaban toda la mañana de compras y como la salud de Charlotte no era muy buena, su cuerpo comenzaba a pasarle factura.

—Será mejor que pidamos la comida, el camarero nos mira mal. —April

tomó la carta entre las manos.

Jared no se quedó muy convencido y se pasó el resto de la comida observando de reojo a su madre, analizando cada gesto que hacía. Fue al llegar los postres cuando de nuevo April tocó un tema complicado.

—Jared... —llamó su atención—, he estado mirando viajes...

—Ya hemos hablado de eso antes. —Intentó zanjar el tema. Llevaban un tiempo dándole vueltas y habían llegado a un acuerdo, pero April trataba de quemar sus últimos cartuchos, pensaba que tal vez su futura suegra la apoyaría y ayudaría.

—Pero quizá... —insistió otra vez.

Jared puso los ojos en blanco. Cuando April se ponía tan cabezona, le desesperaba. No quería discutir en público, y menos delante de su madre, así que intentó serenarse.

—Sabes perfectamente que no puedo viajar ahora. Puede que más adelante, pero ahora no —soltó de manera tajante, pero intentando moderar su tono.

—Charlotte, por favor, dile a tu hijo... —La miró suplicante.

—¡No! —la interrumpió. El tono de Jared subió y por ello recibió la mirada inquisidora de los comensales de la mesa contigua. Chasqueó la lengua enfadado y procuró volver a serenarse—. Acaban de ascenderme a detective, no puedo pedir días. Por fin tengo un caso, algo que he deseado desde que tengo uso de razón, y ahora no voy a ir ningún lado. Tienes que entenderlo.

Los ojos de April se anegaron de lágrimas, a veces tenía reacciones demasiado infantiles y eso sacaba más de quicio a Jared.

—Te importa más tu trabajo que yo —gimoteó su prometida.

—No digas eso, querida. —Charlotte intentó serenar los ánimos. Tomó las manos de su futura nuera entre las suyas—. Jared siempre ha sido un chico muy responsable y quiere quedar bien con sus superiores, pero se va a casar contigo, eso es porque te ama. —Y, mirando a su hijo, dijo—: ¿Verdad, Jared?

Los ojos de ambas mujeres se clavaron en los azules de él. Jared tragó saliva con dificultad y soltó un «por supuesto» en voz demasiado alta.

—Pues si tanto me ama, debería estar más atento a mis deseos. —April no pensaba dar su brazo a torcer y continuó su acoso, de nada sirvió el intento de mediación de Charlotte.

—Siempre estoy atento a tus caprichos —dijo con los dientes apretados.

Jared quería disimular su enfado, aunque cada vez lo hacía peor—, pero en este caso no voy a ceder. No habrá viaje y no se hable más.



6. Lilas. Dos días después

Las luces se apagaron y se hizo el silencio. Parecía increíble que, en un local lleno a reborar de mujeres, pudiese reinar tal mutismo. La expectación del público era tan evidente que casi se podía palpar.

De entre las cortinas que ocultaban la parte trasera, salió un hombre que se situó en el centro, vestía de manera muy elegante un impecable traje gris claro e incluso llevaba bombín y un bastón. Permaneció oculto entre las penumbras hasta que de pronto un foco se encendió iluminándolo, apuntándolo sin compasión. Se escuchó una exclamación general entre las mujeres deseosas de que el espectáculo por el que habían pagado comenzara.

Se tapaba la cara con el bombín que sujetaba con su mano derecha, mientras que la izquierda sostenía el bastón firmemente.

La música empezó a sonar, pero el hombre permaneció quieto, como si fuese una estatua. Hasta que, en un determinado momento, comenzó a mover el bastón de un lado a otro, en un balanceo casi hipnótico. Lo giró entre sus dedos como si de una *majorette* se tratara, con gran agilidad y destreza.

El foco se apagó dejando la sala, de nuevo, sumida en una total oscuridad y cuando se encendió otra vez, enfocándolo, él se retiró el bombín de la cara, lo arrojó al público y levantó la mirada mostrando unas facciones varoniles, una sonrisa sexi y unos ojos marrones que derretirían el corazón más frío.

Algunas de las mujeres comenzaron a vitorearlo, otras gritaban y las más comedidas suspiraban.

Patch era el mejor bailarín de *striptease*, el más cotizado y reclamado por el público, tanto femenino como masculino, y gran parte de su éxito

residía en la seguridad con la que pisaba el escenario y la certeza que le brindaba el saberse el mejor.

Era totalmente consciente de su atractivo, de que cualquier movimiento que hacía era seguido y vitoreado por el público y de que, en esos instantes, sobre ese escenario, podría hacer lo que quisiera con cualquier espectador que escogiera al azar.

Le gustaba sentirse así: observado, deseado, incluso idolatrado por alguna de ellas. Le encantaba el poder que sentía estando sobre la tarima. Su ego siempre había estado inflado como un globo, pero gracias a su trabajo, cada día crecía más y más.

Se dio la vuelta, dando la espalda al auditorio, y comenzó a mover el bastón haciendo piruetas con él en el aire, lanzándolo y recuperándolo con precisión, hasta que lo tiró lejos, hacia la cortina. Entonces el baile se volvió más insinuante y la música más sensual; la sala comenzó a calentarse y la ropa a caer sobre el público, que la recibía como si fuera la prenda de su ídolo.

Con cada parte del cuerpo que iba descubriendo, el fervor de los espectadores aumentaba. Los gritos y piropos que le lanzaban hacían que Patch se insinuase más, que buscarse la provocación.

Cuando tan solo le quedaban los pantalones puestos, la música se volvió más lenta. Patch se acercó a una de las mujeres que ocupaban los asientos pegados al escenario, que al verlo delante enmudeció. Se arrodilló frente a ella y se estiró para tomarle las manos que, tras una mirada sexi, llevó hasta su pecho. La mujer enrojeció, sonreía de manera histérica, pero palpó los duros pectorales del bailarín con entusiasmo. Patch la alentó a que tocara sus abdominales y la mujer no dudó ni un instante. Entonces, acercó su cara a la de ella e hizo ademán de besarla, pero retrocedió al instante, de nuevo se puso de pie en el centro del escenario y continuó bailando.

Llegado ese punto, los gritos eran ensordecedores. El público sabía que quedaba poco para el momento álgido del espectáculo y Patch se giró, dándole la espalda a las gradas. Tomó los pantalones entre sus manos y tiró con fuerza hasta que los velcros que llevaba cosidos a los lados se despegaron, permitiéndole deshacerse de ellos en un limpio movimiento.

No llevaba ropa interior y en esos instantes brindaba el bonito espectáculo de sus nalgas duras y prietas. En ningún momento se giró, tan solo comenzó a caminar despacio, con paso firme, hacia la cortina y cuando iba a traspasarla, en el último instante, se volvió. El grito ensordecedor del

público le hizo sonreír. Pero el espectáculo terminaba y él solo les permitiría ver por un fugaz instante esa parte de su anatomía tan cotizada por sus clientes. La luz se apagó de golpe y Patch atravesó el telón dejando el escenario vacío.

Corrió hacia su camerino, entró y se vistió tan solo con un pantalón negro y una pajarita del mismo color.

Patch era uno de los bailarines que, además de representar su espectáculo, ofrecían su cuerpo. Así que después de cada pase, salía a la sala en busca de clientes; no le importaba que fuera hombre o mujer, tampoco que fueran varios, tan solo quería dinero.

Ya en el local, caminaba entre las mesas; sabía que podía elegir con quién acostarse, no tendría problema ninguno. Una mujer trató de llamar su atención, pero no era para nada su tipo. Con elegancia, la rechazó y continuó oteando a todas y cada una de las personas que llenaban la sala.

De repente, vio a una preciosa rubia que parecía estar incómoda, fuera de lugar. Le gustó, las tímidas le ponían, así que se acercó a ella que, en el mismo instante en el que sus ojos se encontraron, bajó la mirada avergonzada.

—Hola, dulce —le dijo al llegar a su lado—. Eres el bocado más apetitoso de esta sala. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Dallas —contestó con voz temblorosa. Parecía tan inocente...

Las amigas de la elegida dejaron de cuchichear entre ellas y lo miraron boquiabiertas. Con un gesto firme, le exigió a la que estaba sentada al lado de la rubia que le hiciese un hueco. Ella obedeció al instante y Patch se acomodó junto a Dallas.

—Oye, bombón —pasó uno de los brazos por sus hombros y la atrajo hasta su cuerpo—, ¿qué te parece si tú y yo... nos vamos a un lugar más discreto?

—¿Yo? —Dallas parecía confundida. Cuando salía con sus amigas, todas ligaban menos ella. Siempre era la que volvía a casa sola y esa noche ese hombre tan..., ¡tan hombre!, la había elegido a ella.

—Claro, bombón, *tú*. —Recalcó la última palabra, que susurró a su oído con voz sensual.

Patch pasó la lengua por el cuello de Dallas, que cerró los ojos excitada.

—Puedo hacerte esto en otra parte de tu cuerpo, puedo hacer que te corras en mi boca y que te quedes sin aliento. —Su voz era hipnótica y las palabras que pronunciaba tan calientes que Dallas sintió que solamente con

susurros ese hombre sería capaz de hacerla explotar—. Dime, bombón, ¿te gustaría?

—Yo..., sí... sí..., claro. —Los nervios provocaban que balbucease como una niña pequeña.

—Pues tan solo tendrás que pagar un pequeño precio. —Patch sentía que ya era suya, podía oler su deseo. Sonrió satisfecho y le dijo su precio al oído.

La rubia abrió mucho los ojos, suspiró y confesó con tristeza.

—No tengo tanto dinero.

—¿Estás segura, bombón? —insistió Patch, su olfato nunca le había fallado. No perdía el tiempo si no estaba seguro de que la elegida tenía suficiente dinero para pagar. Esa chica llevaba ropas caras, Patch se había movido casi toda su vida entre gente con dinero y el vestido que Dallas lucía no era de saldo, era de una conocida marca.

Dallas cerró los ojos y maldijo porque ese mes precisamente su padre le había lanzado un ultimátum, retirándole su paga si no comenzaba a trabajar.

—No tengo ahora, pero el mes que viene... —dijo esperanzada.

—No, lo siento, siempre cobro por adelantado. Cuando tengas el dinero, hablamos.

Sin más, Patch se levantó, le dijo adiós y, tras depositar lo único que obtendría de él, un beso en los labios, se acercó a la barra.

—Ponme un *whisky* doble con hielo —le pidió a la camarera.

—¿Una mala noche? —preguntó mientras se lo servía.

—Muy mala —contestó, pero entonces reparó en un hombre que permanecía apartado del resto de la gente. Estaba sentado al otro lado de la barra y no dejaba de mirarlo. Le atraía y eso que apenas distinguía su cara—. Pero quizá se arregle. —Sonrió, se bebió la copa de un trago y caminó hacia él.

Esa noche Jared había dejado a su prometida en casa después de una cena terrible en la que, de nuevo, habían discutido por el dichoso viaje de luna de miel.

A los mandos de su coche, se sintió relajado por primera vez en varias horas. Quería poner distancia de por medio, no le apetecía permanecer más al lado de April. Durante el camino se fue preguntando por qué y cuándo había

decidido casarse con ella y la verdad, no lograba recordarlo. Con una mano sostenía con fuerza el volante y con la otra se aflojó la corbata que, por primera vez en mucho tiempo, parecía ahogarlo. Siempre llevaba traje y corbata, estaba acostumbrado. Entonces, ¿por qué en ese momento se sentía tan agobiado, tan incómodo?

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó una y otra vez mientras golpeaba el volante intentando sacar toda la tensión acumulada.

Aparcó. Había llegado a su destino. En un primer momento no había pensado ir allí, podría haber ido cualquier otra noche, pero puesto que no pensaba dormir con su novia ni le apetecía ir a su apartamento, decidió que podía dar una vuelta y ver el ambiente en el que la chica asesinada se movía.

El resultado de la autopsia esclarecía muchas cosas. Hacía más o menos una semana que había muerto por un fuerte golpe en la cabeza. Según parecía, escondieron el cadáver todo ese tiempo. Pero sin duda, lo más importante era que por fin sabían a quién pertenecía el cuerpo: Madeline Stanffor, una bailarina de *striptease* y *escort* del club Trébol de Cuatro Hojas, y precisamente allí era a donde se había dirigido.

Antes de entrar miró el cartel que anunciaba que esa noche la actuación era de un hombre. Al parecer, los viernes el club se cerraba para despedidas de solteras, cumpleaños o simplemente para grupos de amigas que deseaban pasar un buen rato. Eso no lo amedrentó, al fin y al cabo, tan solo iba por trabajo. Así que entró en el local, que por supuesto estaba atestado de mujeres.

Se acomodó en una banqueta pegado a la barra e intentando alejarse del bullicio. Observó la sala. Estaba llena a rebosar, parecía que el negocio iba muy bien. La decoración se veía elegante, nada chabacano como en la mayoría de ese tipo de locales.

Le pidió a la camarera un vodka con hielo y se limitó a observar el lugar donde, según parecía, Madeline había pasado sus últimas horas.

Recordar el informe de la autopsia le produjo escalofríos. Esa pobre chica había sido secuestrada, maniatada y asesinada de un golpe certero. Era tan espantoso. ¿Qué demente era capaz de hacer una cosa así? Tenía que encontrar al asesino y encerrarlo de por vida.

Esa no era una visita formal como policía, esa la haría junto a Josh, pero no podía esperar al día siguiente, estaba impaciente por saber más del caso y en este lugar estaba seguro de que averiguaría muchas cosas sobre la forma de vida de Madeline.

Cuando la sala se quedó a oscuras y en total silencio, clavó su mirada en el escenario. No pensaba prestar mucha atención, que fuese un hombre el que se desnudara no era precisamente lo que más le apetecía ver. Pero cuando lo vio de pie en el centro de la tarima con un elegante traje, un bombín cubriendo su rostro y un bastón, no pudo evitar sonreír. Ese tipo vestía como un *gentleman* inglés y sus raíces pertenecían a ese país, así que tuvo curiosidad y se quedó contemplando todo el espectáculo.

Mirando a ese hombre desprenderse prenda a prenda de su ropa, pensó: «¿Qué narices hago yo rodeado de mujeres y viendo cómo un tío se quita la ropa?». Sacudió la cabeza, le dio un último trago a su bebida y decidió marcharse. Pero la camarera le ofreció otra copa, así que se lo pensó mejor y aceptó.

Dejó de seguir el espectáculo en el preciso instante en el que él se giró y se arrancó los pantalones.

Estaba disfrutando de su segundo vodka cuando reparó en el bailarín que, sentado al otro lado de la barra, lo observaba como si fuese un postre exquisito.

Se acercó a él y se sentó a su lado.

—Hola. —Su voz era grave—. ¿Te gustó el espectáculo? —le preguntó como si fuese su amigo de toda la vida. Se notaba que estaba acostumbrado a moverse entre el público.

—No mucho, la verdad.

—Entonces, ¿por qué te has quedado hasta el final? —Por su tono áspero, parecía molesto.

—El vodka es muy bueno —le contestó enseñándole su copa.

—¿Me invitas a uno?

Jared soltó una carcajada.

—¿No estarás intentando ligar conmigo?

—¿Y si fuera así?

—No me gustan los hombres.

—¿Estás seguro?

Jared sonrió y asintió con la cabeza, pero sus ojos no podían dejar de mirar la boca de ese hombre, parecía que lo hubiese hipnotizado.

—Quizá si probaras conmigo, cambiarías de opinión.

—Lo dudo...

—Pues yo creo que te mueres por probar mi boca.

Jared no podía apartar la mirada de esos labios carnosos y más cuando él

pasó su lengua de manera lenta, provocadora. Sacudió la cabeza para desprenderse de los pensamientos lascivos que lo sacudían.

—Perdona... —carraspeó nervioso—, ya te he dicho que no me gustan los hombres.

Patch se limitó a soltar una carcajada.

—Pues no sabes lo que te pierdes, nadie mejor que un hombre para saber complacerte. Yo sé perfectamente lo que tengo que hacer para que grites de placer, sé cómo y dónde quieres que te toque, lo sé todo... —Su voz sensual atrapó a Jared. Su forma de pronunciar las palabras, como si lo acariciasen en lo más íntimo de su cuerpo, consiguió ponerle el vello de punta.

Patch sabía que en esos instantes había sembrado la duda en aquel tipo, podía oler su excitación, pero al mirarse en sus preciosos ojos azules, algo lo golpeó con fuerza en el centro de su pecho. Por primera vez en su vida, fue consciente de que con él se acostaría sin pedir dinero a cambio. Se asombró. «Hace tanto que no busco sexo tan solo para divertirme, hace tanto que follar es sinónimo de dinero», pensó con tristeza.

Alejó su cara que, sin querer, sin haberse dado cuenta, estaba pegada a la del extraño, pues ahora le molestaba la cercanía. Debía separarse de él porque tenía algo especial..., porque era distinto...

En ese preciso instante, un olor familiar golpeó la pituitaria de Patch y le hizo girarse para intentar localizar de dónde provenía, pero no vio a nadie.

Ese aroma en especial le traía malos recuerdos, pesadillas y le llenó de terror. Olía a lilas de una manera casi agobiante. Ese aroma lo llevaba a un rincón oscuro, a un lugar donde nunca querría regresar.

—Eh, ¿estás bien? —Jared lo miró preocupado. De repente, ese tío estaba pálido y miraba hacia todos los lados como si buscara a alguien.

—Yo... —la voz se le quebró, necesitaba huir, salir de allí—, estoy bien, gracias. Perdona..., disculpa por todo..., yo... —se excusó y corrió hacia el camerino.

«No es posible, no, no. Ha sido mi cabeza, que me ha jugado una mala pasada», se repetía una y otra vez.

Entró en su camerino y se vistió. Necesitaba sentirse seguro, tenía que irse a casa. Condujo sin hacer caso a las señales, exponiéndose a una multa o tal vez incluso a ser detenido, pero en esos momentos le daba igual. Tan solo quería cerrar la puerta de su casa y dejar fuera sus miedos, sus fobias...

Ese olor le provocaba incluso arcadas, le revolvía el estómago... No lo

soportaba.

Ya en casa, caminó por el salón de un lado a otro mientras se pasaba las manos por el pelo con desesperación. No quería que los recuerdos de nuevo lo golpearan, no dejaría que ella tomara el mando de su vida otra vez.

Se paró de golpe, tomó aire con fuerza y recordó sus terapias, esas con las que le habían enseñado a terminar con sus ataques de pánico.

Poco a poco se fue serenando, pero un fuerte dolor lo obligó a correr hacia el baño y, abrazado al inodoro, vació todo el contenido de su estómago.

Se dejó caer en el suelo tembloroso, respirando con dificultad y cuando cesaron las náuseas, se levantó y se dio una larga ducha.

Se encontraba mucho mejor después de secarse y ponerse ropa cómoda.

Sentado en el sofá, lo asaltó la pena y tuvo una fuerte necesidad de hablar con alguien, deseaba más que nada desahogarse. Pensó en Sex, era su mejor amiga, pero desconocía su pasado, aún no había tenido el suficiente valor de contárselo.

Tomó el móvil entre sus manos temblorosas y buscó los contactos. Sabía perfectamente a quién llamar... Pero... era tan tarde y ella... Lizz estaría en su luna de miel. Miró el número y, sin darse cuenta de lo que hacía, dio a llamada. Seguro que no contestaba..., seguro que...

—¿Patch? —susurró soñolienta—. ¿Pasa algo?

—Lizz —dijo su nombre con la voz entrecortada. Parecía que al nombrarla sus pies por fin regresaran a la realidad y su cabeza dejara de pensar en el pasado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, sí, tan solo quería hablar contigo.

—¡Dios mío, Patch, casi me da un infarto! ¡¿Sabes la hora que es?! —le reprochó—. Cariño, es Patch. Duerme, voy a charlar un poco con él, me necesita. —Patch permaneció a la espera, sabía que Lizz estaba intentando explicar su llamada a horas intempestivas a su marido.

Pudo escuchar sus pasos y cómo se cerraba una puerta.

—Ya estoy de vuelta. ¿Qué pasa, Patch? Si me estás llamando y a estas horas, es por algo malo. —Sonó a reproche y Patch lo aceptó porque ella tenía toda la razón, hacía mucho que no la llamaba tan solo para charlar.

—Perdona, es que..., ella..., creo que ella ha estado aquí... —Parecía confuso, asustado. Comenzaba a marearse, el aire escaseaba y daba bocanadas intentando recuperar el aliento.

Al otro lado de la línea Lizz podía escuchar cómo luchaba porque

entrarse aire a sus pulmones. Lo había visto más de una vez así, sabía cómo tenía que actuar. Lo más importante era que recuperase el control de su mente y de su cuerpo, así que en voz muy baja y con muchísima calma, comenzó a hablarle:

—Tranquilo, Patch, respira. Respira despacio. Todo está bien. ¿Me oyes? Ella no está, no está... ¿Recuerdas la frase que repetías una y otra vez tras tu terapia? Repítela conmigo, Patch: ella no puede hacerme daño... Vamos, Patch, repite conmigo...

—Ella no puede hacerme daño —dijeron juntos.

Patch cerró los ojos y poco a poco se tranquilizó, Lizz siempre conseguía ayudarlo cuando tenía sus crisis, lástima que ya no podía tenerla a su lado. La vida los había alejado.

—Gracias, Lizz —suspiró al cabo de un buen rato.

—¿Estás mejor?

—Sí, sí, pasó, ya pasó. Perdona que...

—No, Patch, no te disculpes por acudir a mí. Sabes que puedes hacerlo siempre que lo necesites.

—Joder, Lizz... —Nunca había sido bueno para expresar agradecimiento o cariño y le costaba mucho pronunciar un simple «gracias». Su mente luchaba, su orgullo pesaba más que la conciencia.

—Lo sé, lo sé. No hace falta que digas nada más. —Le echó una mano, lo conocía tan bien que sabía todo de él, de su lucha interior, y no pensaba forzarlo.

Un silencio pesado se implantó al otro lado de la línea y Lizz quiso terminar con él. Sentía que de nuevo Patch se perdía, se le escabullía entre los dedos.

—Me habría gustado que hubieses venido a la boda. —Intentó cambiar de tema, hacerle volver, ayudarlo a olvidar.

—Lo sé. —Carraspeó tratando de deshacer el nudo que se apretaba en su garganta—. Pero sabes que no podía..., sabes que yo... —Calló. A pesar de los años pasados, de las terapias, aún no era capaz de decirlo en voz alta, de nombrarla...

—Ella ya no está, Patch, recuérdalo, ya no te puede controlar. Hace mucho que eres libre, no lo olvides nunca.

—Yo..., de verdad que lo siento tanto. —Se golpeó la frente con la mano que tenía libre. Sus ojos se anegaban, pero no pensaba dejarse llevar por las lágrimas y la pena.

—Te echo mucho de menos —susurró.

—Yo también a ti... Dime, ¿cómo fue?

—¿Mi boda?

—Sí, claro. —Intentó disfrazar su tono de emoción, pero Patch solo era buen actor con el resto del mundo, con Lizz no podía fingir.

—Bien, muy bien —dijo ella, pero... tampoco era buena actriz. Algo le pasaba.

Durante unos segundos se hizo un incómodo silencio y Patch supo el motivo.

—Viste a Roy, ¿verdad?

—Sí. —La escuchó sollozar y su corazón se sacudió herido—. Vino a verme la noche antes de la boda. Quería... quería que lo dejase todo por él.

—Debiste hacerlo.

—¡No! —Sonó enfadada, molesta—. Ya hemos hablado mucho de ello. Roy..., él simplemente no es para mí.

Patch dejó el tema. Ya lo habían tratado muchas veces, no compartía lo que Lizz había hecho, pero lo respetaba. Ella tenía muy claro que Roy no la amaba, aunque para el resto del mundo estaban hechos el uno para el otro.

—Patch... ¿Lo has visto?

—No.

—Ayúdalo.

—¿Cómo?

—Por favor..., hazlo por mí. Búscalo y échale una mano, estoy segura de que estará perdido. Ya sabes cómo es.

—¿Te preocupas por él?

—Siempre lo haré.

—¿Lo amas?

—No quieras saberlo, Patch, no me hagas decirlo en voz alta.

—¡Joder, no deberías haberte casado con Elkin!

—¡Basta! No vuelvas a cuestionar mis decisiones.

—Pero...

—Nunca vuelvas a cuestionarme —lo interrumpió.

Patch jamás obedecía órdenes de nadie, menos si provenían de Lizz; con ella, todo era diferente. Era la única que se hacía un poco con el control del caótico Patch.

—¿Lo harás, Patch? —preguntó Lizz después de unos segundos en silencio.

—¿Cómo?

—¿Hablarás con Roy?

—Sí, sí, claro.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La escuchó suspirar con fuerza.

—Patch...

—Sigo aquí.

—Nunca podré olvidar el tiempo en el que los tres éramos uno. Me gustaría tanto que esos años regresaran...

Patch cerró los ojos, no pensaba pronunciarse al respecto, no quería hacerle daño porque, si era sincero, él no añoraba esa época. Durante esos años había sufrido mucho, tanto que tenía heridas que marcaban su cuerpo y su alma. Heridas que jamás llegarían a cicatrizar.



7. El café

Todo el camino hacia la cafetería había dudado en encontrarlo allí, era demasiado cabezota. Así que, al entrar y verlo sentado delante de un café a la hora acordada, cabeceó asombrado.

Se permitió mirarlo por un instante, analizar su aspecto antes de que él lo viera. Y lo que descubrió no le gustó nada: su ropa estaba sucia, una espesa barba ocultaba sus bonitas facciones y llevaba las gafas de sol puestas, a pesar de estar dentro de un local y de ser casi medianoche.

Le costó unas quince llamadas conseguir que Roy descolgase, pero había prometido a Lizz encontrarlo y Patch siempre cumplía sus promesas.

Si fue difícil comunicarse con ese cabezota, más lo fue lograr verlo. Pero a Patch no lo ganaba nadie a persistente, así que allí estaba, a punto de sentarse frente al que por un tiempo fue su mejor amigo.

Para Patch, Roy parecía un extraño, no le recordaba nada a ese joven que soñaba con ser marine, ese que se quería comer el mundo y al que conocía desde niño, con el que había vivido tantas cosas.

¿Dónde habían quedado sus ojos brillantes y ahora ocultos por unos cristales oscuros? ¿Y su sonrisa? ¿Dónde estaba el marine, el héroe que había salvado tantas vidas? Ahora parecía un pordiosero, incluso su olor era desagradable.

—¿Cuánto llevas sin bañarte? —preguntó nada más sentarse frente a él.

Roy se limitó a encogerse de hombros.

—Bonita manera de saludarme después de tanto tiempo sin saber de mí.

—¿No esperarías que te besara en la boca?

—No seas cerdo.

La camarera se acercó a tomar el pedido y ambos callaron de golpe. Miró con asco a Roy y con deseo a Patch.

—Hola, bombón. ¿Me traes un café?

Ella asintió y, con paso rápido, se dirigió a la barra.

—¿Siempre tienes que hacer eso? —lo interrogó Roy nada más irse la camarera.

—¿El qué? ¿Ser amable?

—¿Amable? —dijo con sorna—. Suenas como un actor de telenovela. ¡Bombón!, por Dios, nadie usa esa táctica para ligar.

—Pues como verás —señaló a la camarera, que no le quitaba el ojo de encima y regresaba con el pedido de Patch. Lo dejó sobre la mesa, frente a él, que agradecido le regaló una de sus brillantes y atractivas sonrisas—, a mí me da resultado —dijo cuando les dejó solos de nuevo.

—Vale, lo que tú digas. —Utilizó un tono condescendiente y desagradable—. Ve al grano.

—Perdona, pero por tu aspecto no creo que tengas prisa ni nadie que te esté esperando.

—¿Y tú qué coño sabes?

—Hombre, por las pintas que llevas..., no creo que tengas un trabajo o una cita...

—¡Vete a la mierda!

—Nadie se acercará a ti, hueles a rata mojada y esa barba...

Roy hizo amago de levantarse, pero Patch lo cogió del brazo y lo obligó a sentarse.

—No te ofendas y pon solución. No puedes presentarte en tu trabajo nuevo con esa pinta.

—¿Qué trabajo? —preguntó arrugando la frente.

—El que te he conseguido.

—No necesito tu ayuda de mierda —dijo con ira.

—Creo que sí la necesitas porque eres tan gilipollas que por una mujer tiras tu vida por la borda.

Roy se levantó con tal brusquedad que la silla cayó al suelo.

—¡Tranquila, no pasa nada! —explicó Patch a la camarera que, asustada, los miraba—. ¡Haz el puto favor de sentarte! —pidió a Roy.

Obedeció porque en el fondo sabía que no podía seguir así y que necesitaba un empujón para sacar la cabeza fuera del agua y respirar. Se dejó caer sobre la silla.

—Bien —susurró Patch.

—Bien —repitió Roy.

—En mi coche tengo un traje, creo que será de tu talla. Mañana a las nueve en punto de la mañana tienes una reunión en esta dirección. Dúchate, aféitate esa barba y, coño, sonríe un poco. —Le tendió una tarjeta. Por primera vez desde que habían llegado, Roy se quitó las gafas para poder leerla. Para Patch fue un duro impacto ver su mirada. Ahora entendía por qué no se dejaba ver, en sus ojos se reflejaban la pena y el dolor, y estaban enrojecidos, opacos.

—¿No te habrás metido nada? —preguntó asustado.

—¿Cómo?

—Joder, ya sabes a qué me refiero... Tienes los ojos de un yonqui.

Roy lo miró furioso.

—Yo no tomo esas mierdas.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

Patch suspiró desesperado.

—¿Por qué tienes esos ojos? —Intentó ser paciente.

—¿Por qué crees tú que los tengo así? Por falta de sueño, porque me he bebido todo el *whisky* que he podido hasta perder la conciencia y dejar de sentir el puto hueco que siento aquí —dijo llevando la mano a la zona donde su corazón latía.

Roy resopló. ¿Acaso no era evidente? Estaba pasando una mala racha. ¿Por qué Patch no entendía el dolor que padecía? La mujer que amaba se acababa de casar con otro. ¿No era suficiente excusa para perderse por un tiempo?

—Muchas veces parece estar vacío por dentro, Patch. ¿Has mirado si tu corazón late?

El aludido soltó una fuerte carcajada.

—Te aseguro que late y muy fuerte, sobre todo, cuando follo con mis clientas.

—Sí, tu trabajo debe ser muy divertido —soltó con sorna.

—No me quejo. Disfruto mucho.

Roy miró la tarjeta y abrió los ojos asombrado.

—¿Esto es un club de *striptease*?

—Sí. Es mi lugar de trabajo.

Lo miró ofendido.

—No me gustan estas mierdas. Yo no pienso desnudarme.

—¡Gracias a Dios! —dijo con tono cómico y elevando la mirada al cielo—. Aunque tienes muy buen cuerpo, eres totalmente arrítmico. Eso déjaselo a los profesionales. —Se señaló con un dedo y sonrió.

—¿Tú?! —alzó la voz—, ¿tú te desnudas por dinero?! —preguntó asombrado.

—Por mucho dinero.

—Joder, la última noticia que tuve de ti era que trabajabas como puto.

—Y así es, pero también hago arte.

Roy lo miró de arriba abajo y resopló.

—Claro, arte —repuso con ironía.

—Puedes venir a verme algún día, así podrás juzgarme con alguna base.

Se quedaron en silencio. Roy seguía mirando la tarjeta de visita. Era de un elegante negro y las letras rojas destacaban. Jugó con ella entre sus dedos.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo? ¿Secarte el sudor?

Patch soltó una melodiosa carcajada.

—Más quisieras. —Le guiñó un ojo—. Serás el guardaespaldas de la dueña.

—Yo no soy guardaespaldas.

—Tienes pistola, eres fuerte y estás entrenado para la lucha.

—Pero yo...

—Eres el mejor para ese trabajo. Sé que cuidarás de ella con tu propia vida. Sex es mi amiga, no la dejaría en manos de alguien inexperto. Yo confío en ti.

Roy se quedó en silencio. Había sido el mejor una vez entrado en conflicto. Era un tirador experto y tenía un sexto sentido para el peligro.

—OK —dijo.

—¿OK?

—Sí, joder, vale..., lo haré.

—Bienvenido al Trébol de Cuatro Hojas. —Le tendió la mano y Roy se la estrechó.



8. El guardaespaldas

—Madeline ha sido asesinada. La policía ha estado aquí interrogando a todo el mundo —dijo Sex con pena.

—¿Madeline? —Desde el otro lado de la línea, Patch se levantó como un resorte de la cama.

—Sí, Patch, nuestra Madeline.

—¡Dios! Joder... Llevaba unos días sin venir, pero pensé... —Se restregó la cara y a su memoria llegó la última vez que la vio. El lunes, cuando bailaron juntos y ella lo besó...—. ¡No puede ser!

—Cuando la encontraron, ya llevaba muerta unos días.

—Joder, joder. —Se puso de pie y comenzó a caminar por su dormitorio mientras se llevaba la mano que tenía libre a la cabeza con desesperación. Madeline era su amiga, una de sus mejores bailarinas, tan joven, con un futuro por delante...—. Pero ¿quién...?

—La policía está investigando.

—Ja, pues menudo consuelo —dijo con sorna.

Sex conocía la animadversión que Patch mostraba a los policías. Era tan fuerte que incluso en sus espectáculos se disfrazaba de muchas cosas, pero jamás de lo más demandado: el cuerpo de policía.

—¡Dios mío, Patch, ahora sí que estoy asustada! ¿Crees que tendrá algo que ver con lo que me pasó en el garaje?

—No, no. Tranquila, no creo... —Pero no estaba tan seguro y decidió callar—. ¿Has contado algo a la poli de lo que te pasó?

—Pensé en hacerlo, pero... —suspiró—, ¿crees que debería haber dicho algo?

—No, no, sabes que no confío en ellos. Nosotros solucionaremos nuestros propios problemas. La pasma tan solo es un estorbo.

Patch tenía motivos para aborrecerlos, pues durante su adolescencia más de una vez fue detenido y conoció de cerca el abuso policial y la violencia que alguno de ellos empleaba en los interrogatorios.

—Sex, relájate, ya nada podemos hacer por ella, pero he solucionado tu problema de seguridad. Dentro de... poco —miró el reloj del despertador que tenía sobre la mesilla—, irá mi amigo.

—No me gusta la idea de tener a un tío pegado a mí todo el día.

—Lo sé, lo sé, pero es lo mejor. Nikolay es un mafioso sin escrúpulos, con Roy estarás protegida. Es el mejor, Sex. A su lado, nada malo puede pasarte.

—Está bien..., sé que tienes razón. Anda, descansa. Siento haberte despertado, supongo que la noche fue muy larga y es temprano...

—Ni te imaginas. —Soltó un profundo suspiro porque lo que Sex suponía era que había estado con alguna clienta, disfrutando de una buena sesión de sexo, pero, en realidad, Patch no había pegado ojo por un motivo menos placentero.

Esa noche los fantasmas de su pasado se colaron en sus sueños y, después de una pesadilla de la que despertó empapado en sudor y temblando de terror, ya no había vuelto a conciliar el sueño hasta el amanecer.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada al notar su tono de tristeza.

—Sí, tranquila. Solo estoy agotado. Pero me alegro de que me hayas llamado. Me visto y voy.

—De eso nada. Puedo yo solita con tu amigo guardaespaldas.

Patch rio, Sex sería capaz de conquistar a cualquier hombre. Roy estaba perdido.

—Conociéndote, sé que te harás con él. Por cierto, ¿has redactado ya la propuesta de contrato?

—¿Lo dudas?

—¡Jamás! —exclamó, y soltó una carcajada.

Por un instante, quedaron en silencio.

—¿De verdad que estarás bien? —insistió ella.

—Me costará asimilar la muerte de Madeline. Le tenía cariño, era una buena chica, pero... la vida sigue y no nos queda más remedio que continuar en la lucha.

—Llevo luchando desde que nací, pero lo peor de todo es perder a la gente a la que tienes aprecio.

—Lo sé, lo sé. Pero recuerda que eres una guerrera, Sex. Si algún día me enamorase de alguien, me gustaría que fueses tú.

La que rio en ese momento fue Sex.

—Gracias, Patch, siempre me haces sonreír. Anda, cuelga y duerme, porque comienzas a decir tonterías y te necesito fresco para el estreno de tu próximo número.

—Lo estaré.

—Lo sé. Eres el mejor.

—Sex... —dudó.

—Dime.

—Ten paciencia con mi amigo, lo ha pasado mal y a veces es un poco bocazas, pero es buena gente y el mejor para ese trabajo. No te defraudará.

—Tranquilo, sé lidiar con todo tipo de hombres. Confío en ti y no dudo ni un solo instante de que has elegido al mejor.

—La verdad es que os hacéis un favor mutuo.

—Venga, duerme un poco y yo te llamo para contarte qué tal fue la entrevista.

—¿De verdad que no quieres que vaya?

—Que no, pesado.

—Está bien, está bien.

Ambos colgaron después de decirse adiós.

Sex se recostó en la silla y cerró los ojos. Madeline había sido una de sus mejores bailarinas, llevaba mucho tiempo con ellos, pero apenas conocía nada de su vida. Le apenaba que hubiese sido asesinada, pues era una mujer muy joven y llena de vida.

Notó unos golpes en la puerta, eran firmes y rítmicos. ¿Sería el guardaespaldas que le había mandado Patch? Miró el reloj, que marcaba las nueve en punto.

—Pase —dijo mientras se ponía derecha en la silla.

La puerta se abrió despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y con paso firme, ágil, la atravesó un hombre alto, vestido con un traje gris que no le quedaba muy bien, pues hubiera necesitado más talla. Seguro que no le pertenecía, quizá Patch se lo había prestado.

Era bastante atractivo y por eso el pequeño detalle del traje, al observar el conjunto, dejaba de tener importancia.

Sex se levantó y se colocó frente a él. No le quedó más remedio que mirar hacia arriba, pues era muy alto.

Tenía la perfecta postura de un soldado ante su general, firme, con los brazos a ambos lados. Le faltó levantar la mano para hacerle el típico saludo militar.

—Encantada. Soy Sex, la dueña del club y su futura jefa —le dijo extendiendo la mano a modo de saludo y con una preciosa sonrisa.

—Roy. —Se la tomó y la estrechó con fuerza, pero sin apretar mucho.

Sex sintió cómo los callos de sus dedos rozaban su suave piel y se estremeció.

Roy quedó fascinado con la mujer que tenía delante. Su belleza era impactante y su aroma flotaba por el gran despacho de una manera exquisita. Su melena pelirroja brillaba y sus ojos, de un verde intenso, se clavaron en él.

Cuando le estrechó la mano no pudo remediar quedarse mirando la gran diferencia con la suya. Su piel era suave y sus uñas pintadas de rojo contrastaban con el color oscuro de su curtida piel y la rugosidad de su palma debido al trabajo duro.

—Siéntese —le dijo con gran amabilidad señalando la silla que estaba justo enfrente a la de ella, y él la ocupó de inmediato.

Al sentarse, tiró de sus mangas para que los puños se colocasen en su sitio y se removió inquieto. No se sentía cómodo vestido así, pero no le quedó otro remedio que aceptar el traje que Patch le había prestado, aunque por desgracia no era de su talla. Se prometió que con su primera paga compraría algo más decente. Se sentía un tanto ridículo ante esa mujer tan elegante.

—Bien, señor...

—Hayes, Roy Hayes.

—¿Puedo llamarle por su nombre de pila?

—Por supuesto, señora.

—Relájese, Roy, no está en el ejército.

—Lo sé, señora. —Parecía molesto.

—Perdone, no intentaba incomodarle, tan solo pretendía...

—Hablemos sobre el trabajo, si no le importa.

—Claro, por supuesto. Patch me ha dicho que es el mejor. Me dijo que trabajó para el ejército.

—Sí, señora. Fui marine.

—¿Por qué lo dejó?

—Problemas personales. —No pensaba contar nada más.

Sex

Cuando lo veo entrar y llenar el espacio no solo por su tamaño, sino también por la energía que emana, sé que este es el hombre que necesito.

Se le ve fuerte, musculado y lo suficientemente grande como para cubrir mi cuerpo por completo.

Su traje no es el adecuado, pues le queda pequeño, aunque no le doy importancia ninguna. Pero observo que, en un determinado momento, a él sí parece molestarle.

No puedo evitar sonreír al reparar en lo inadecuado de su calzado: botas militares. ¡¿Quién usa botas militares con un traje?! Me gusta, sé que suena loco, pero me resulta sexi y atractivo.

Intento pasar por alto lo mucho que me pone su aspecto, incluso siendo un tanto... atípico, y decido analizar sus palabras. ¿Problemas personales? ¿Qué querrá decir con eso? En este preciso instante y tras esa simple respuesta, me doy cuenta de que me fascina, me gusta mucho, y eso no suele pasarme con mucha frecuencia.

Pero tiene algo especial, es como un difícil jeroglífico que debo descifrar y eso me atrae como la luz a las polillas.

No es un hombre sencillo, simple, sin nada escondido; no, él es totalmente enigmático. Lo puedo ver en esos ojos que no expresan nada, ningún sentimiento, y eso me resulta seductor.

En cuanto al género masculino, tengo un máster. En un primer vistazo sé cómo son, cómo debo actuar, pero este es diferente. Es un reto, uno que acepto encantada.

—Necesito que comience hoy mismo. ¿Cree que habrá algún problema?

—No, señora.

Señora, esa palabra me gusta. Muestra respeto y la verdad es que muchos hombres no son capaces de demostrarlo, y menos cuando saben a qué me dedico.

—Patch me dijo que tenía una pistola.

Se ahueca la americana y me la enseña. No quiero mostrar la aprensión que me producen las armas, pero no he debido disimular muy bien, pues con un movimiento rápido la oculta de mis ojos y se disculpa.

—Creo que es necesaria —me explica.

—Sí, por supuesto.

—Le prometo que no la verá en ningún momento.

—Se lo agradecería.

¿Cómo será su sonrisa? Me encantaría verlo reír y lo hará tarde o temprano, se acaba de convertir en un reto.

—No hemos hablado del sueldo —le digo intentando quitar de mi mente la imagen de los hoyuelos que con seguridad se le formarán al sonreír.

—No, no lo hemos hecho.

—Aquí tiene el precontrato. En él se especifican todos los términos. — Saco el documento del interior de una carpeta—. Tan solo falta poner sus datos. Si está de acuerdo con todo, lo haremos en un momento.

Simplemente asiente, toma el documento y se pone a leerlo. Veo cómo sus ojos se mueven de un lado a otro siguiendo la línea del escrito.

Cuando llega a la parte donde aparece el sueldo que percibirá por sus servicios, sus ojos se abren y me mira, asombrado.

—¡Esta cifra es muy elevada!

—Mi seguridad no tiene precio y necesito que pase muchas horas del día pendiente de mí.

Por su mirada, sé que está sopesando mi oferta, pero finalmente asiente. Sabe que, si firma ese contrato, pasará todos y cada uno de sus días velando por mi seguridad, y eso no está pagado.

—¿Me deja un bolígrafo? —pregunta.

Le tiendo una de mis plumas preferidas, no sé por qué motivo deseo verlo con ella entre sus fuertes dedos.

Él la toma y, apoyándose sobre la mesa, rellena los espacios en blanco con todos sus datos y estampa su firma.

—¿No tiene nada que objetar? ¿Le parecen todos los términos correctos?

—Está perfecto, señora.

Me levanto y él lo hace al mismo tiempo. De nuevo me sitúo frente a él. Elevo la mirada y extendiendo mi mano. Me apetece tanto volver a sentir el roce de sus duros callos contra mi piel. La toma con firmeza y me estremezco.

—Bienvenido al Trébol de cuatro Hojas.

Él se limita a asentir.

—Si le parece bien, le enseñaré el club y le presentaré al equipo de seguridad. Supongo que querrá coordinarse con ellos.

—Claro, por supuesto.

Lo acompaño por todo el local y le presento al personal que en este momento está trabajando, al resto lo conocerá más tarde. También conoce a los chicos de seguridad, con los que habla un buen rato. Landon se encarga de mostrarle el sistema de alarma y los dispositivos de los que disponen las salas.

Aunque intento en todo momento quedarme a su espalda para poder contemplar su perfecta y atractiva manera de andar, él siempre consigue ponerse detrás de mí.

A su lado me siento más segura que en toda mi vida. Lo vigila todo, hace preguntas sobre las entradas y salidas, horarios, mis hábitos. Se le ve muy profesional y... muy, muy atractivo.

Hace mucho tiempo que no me fijo en un hombre, pero este me resulta tan interesante que deseo saberlo todo de él.

Después de recorrer todas las salas e incluso el exterior, regresamos a la oficina, donde paso la mayor parte del tiempo.

Le enseño a Roy el lugar que será su puesto de mando, el sitio en el que se quedará mientras yo estoy en el club. Es una pequeña sala contigua a mi despacho a la que se accede por dos puertas: una que se encuentra en el interior de mi oficina, y otra exterior, en el pasillo. En esta sala se encuentran los monitores donde se ve lo que las cámaras de seguridad registran a todas horas.

—Me gustaría hacer algunos cambios, si no le molesta, señora.

—¿Cambios?

—Sí. Quisiera poner más cámaras, mover algunas... Tratar con su personal tema de horarios, quizá hacer algún tipo de entrenamiento.

—Por supuesto, tiene carta blanca. Hablaré con Landon y los chicos al respecto. No creo que pongan ninguna pega. A partir de ahora, estarán a sus órdenes.

Desde que el club se abrió, Landon se ha ocupado de la seguridad. Es muy eficiente, siempre está alerta. Estoy segura de que le facilitará mucho las cosas a Roy.

—Pues si le parece, me pongo con ello.

—Perfecto. Le dejo solo. Si necesita algo, estaré al otro lado de la puerta. —Se la señalo con una sonrisa. Pero estoy segura de que no me necesita, ni a mí ni a Landon. Se nota que sabe lo que hace, con él estaré totalmente segura.

Me despido con un ademán de cabeza y entro en mi despacho. Decido llamar de nuevo a Patch para contarle todo.

—Hola, dormilón.

—Ya no estoy durmiendo, jefa. ¿Qué tal fue?

—¡Ya tengo guardaespaldas personal! ¡Yupi! ¿A que suena bien?

—Suena genial —dice riendo—. ¿Y qué hace ahora?

—Mi guardaespaldas personal se ocupa en estos precisos instantes de mi seguridad. —Intento hacerme la interesante y eso causa más risas.

—Te garantizo que no te vas a arrepentir.

Eso lo tengo claro.

Mientras hablo con mi amigo, me pongo a ojear los datos personales que él mismo ha cumplimentado. Algo llama mi atención.

—Dime una cosa, Patch... ¿Sabes dónde vive? Estoy mirando la ficha que ha rellenado y no me lo especifica.

Escucho un largo suspiro.

—Pues la verdad es que no lo sé. Pero conociéndolo, seguro que está en un sucio motel.

Chasqueo la lengua. No me gusta nada pensar que «mi hombre» malvive en uno de esos sucios y apestosos.

—Hoy mismo le pondré remedio a eso.

Nos despedimos y retomo mi trabajo. Pero unos leves golpes en la puerta me obligan a levantar la cabeza del ordenador.

—Pase —digo en voz alta y Landon la atraviesa con andares rápidos.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta con tono serio.

—Claro. —Arrugo la frente intrigada, algo le pasa—. Siéntate.

Lo hace frente a mí. Cruza las piernas y me suelta:

—¿Tienes algún problema con mi forma de trabajar?

—¿Cómo? —interrogo sorprendida.

—No entiendo qué hace este tipo aquí, dando órdenes, cambiando las cosas. Mira, Sex, llevo un tiempo al mando y ahora, de pronto...

Se revuelve inquieto en el asiento, parece incómodo.

Creo que lo entiendo, ha llegado otro gallo al corral y le molesta.

—Tú sabes que para mí eres un pilar muy importante en el club, no tienes que sentirte amenazado, pero las cosas se han complicado y, tras la amenaza de Nikolay, necesitamos más apoyo. Además, Roy tan solo está de paso.

—Tú eres la jefa. —No parece muy conforme, pero acatará mis órdenes

sin rechistar.

—Exacto, Landon, yo soy la jefa.

Ya de madrugada, cerramos el club y Roy me acompaña a casa.

Él conduce mi coche y yo se lo agradezco, estoy tan cansada. Le indico la dirección y, por mi seguridad, sube conmigo.

Me pide que espere fuera mientras él revisa la vivienda.

—¿Es necesario? Llevo toda la vida entrando en mi apartamento yo sola —pregunto. ¿Quién iba a estar en mi salón esperándome? Me parece un poco desproporcionado.

—Sí, lo es. Patch me explicó lo sucedido con Nikolay, sé que la amenazó, así que ahora tiene un enemigo declarado y un guardaespaldas. Su vida ha cambiado, señora. Yo no me meto en su trabajo, así que no lo haga usted en el mío —contesta con el semblante serio.

Y yo, en vez de pensar en el peligro y en el maldito ruso que me ha amenazado, lo hago en lo borde que ha sonado su discurso y en las posibles consecuencias de meterlo en mi mundo. Me limito a mirarlo y a reflexionar sobre lo mucho que me gustaría verlo sonreír.

Obediente y agarrada a mi bolso, me quedo en la entrada a la espera. Aguzo el oído, quizá esperando escuchar voces o tiros...

—Todo en orden —dice cuando estoy a punto de ponerme de los nervios—. Dígame una cosa, ¿no tiene cámaras?

—Hasta el momento no me han hecho ninguna falta.

Arruga la frente. Parece molesto.

—Pues habrá que ponerle remedio. Mañana mismo haré que instalen un par de cámaras. Que tenga una buena noche, señora. A primera hora pasaré a buscarla. Descanse.

Se va y yo lo retengo agarrando su brazo como hace un momento lo hacía con el asa de mi bolso de marca.

—Roy... Verá..., estoy muy asustada, apenas puedo dormir por las noches pensando en que alguien puede entrar. Además, tengo una habitación libre, con un baño gigante incluido... —digo con una radiante sonrisa—. ¿Podría... podría quedarse? Me quedaría más tranquila. Por lo menos, hasta que instalen las cámaras. —Intento ser lo más convincente posible. No estoy asustada ni temo quedarme sola, pero sé que es la única manera de que

acceda a quedarse en una habitación gratis. Por lo poco que veo de él y puesto que soy una experta en hombres, sé que es del tipo «no acepto ayuda, no me mires con pena y ten cuidado con mi orgullo, que es lo más importante para mí».

Nada como hacerse la damisela en apuros para que un machote como él acepte una proposición sin plantearse nada.

Sé que a Roy le puede resultar un tanto extraña mi reacción. Primero, no quiero que entre a revisar mi casa, y ahora le digo que estoy asustada y que no quiero quedarme sola.

—¿Quiere que pase la noche aquí, con usted? —pregunta sorprendido, y sin hacer ninguna alusión a mis extraños cambios de opinión.

—Sí, y ya puestos podría quedarse a vivir... Es más seguro, ¿no cree? —Pongo mi mirada de dar pena, de dama desamparada y espero impaciente a ver si con este tipo surte efecto.

—¿A vivir? —repite como si le hubiera ofrecido algo ilegal—. ¿Con usted?

—Claro. Es por mi seguridad, no querrá que me pase nada mientras estoy sola, en mi casa...

Roy lo sopesa, su frente se llena de arrugas y finalmente asiente.

—Vale. Pero me descontará el alquiler del sueldo.

No presiono más, estoy segura de que no aceptará un no por respuesta. Sonrío feliz, me dan ganas de bailar, pero no es plan con él mirándome. Lo que sí tengo muy claro es que ni loca le voy a dejar marchar.

Y así es como Roy entra a formar parte de mi vida.



9. Comerse el mundo

Roy despertó el primer día de su nueva vida con ganas de empezar, de ser otro hombre.

Le habían dado una nueva oportunidad, un nuevo comienzo y no quería desperdiciar ni un solo instante pensando en el pasado, en Lizz...

Cerró los ojos, habían pasado tantas cosas malas en tan poco tiempo... Él había dejado su profesión, temporalmente había vuelto a vivir con su padre, Lizz se había casado con otro... La herida aún dolía, pero ahora la tortilla se daba la vuelta y miraba al futuro con esperanza. Tenía un buen trabajo, un sueldo elevado con el que podría poner un poco de orden en sus cuentas —cuyo saldo rozaba la bancarrota— y estar de nuevo lejos de su padre. En cuanto a Lizz..., la olvidaría, estaba seguro de que terminaría siendo tan solo un espejismo. Solo necesitaba tiempo.

—Ella no te merece —se animó en voz alta.

Recordó lo que Patch le había echado en cara cuando le dijo que no necesitaba ayuda: «Creo que sí la necesitas porque eres tan gilipollas que por una mujer tiras tu vida por la borda».

«¿Podré cerrar ese capítulo de mi vida?» se preguntó, y para hacerlo un poco más posible, para dar un paso al frente y aclararse, tomó su móvil e hizo una llamada, una muy importante.

—¿Sí? —contestó ella al segundo toque. No reconoció su número pues el móvil con el que hizo la llamada tenía una numeración nueva.

—Hola, Lizz.

Se hizo un largo silencio.

—Hola, Roy. ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien. —Carraspeó, notó que su voz se enturbiaba por las sensaciones que estaba teniendo al escuchar la de Lizz. No le traía buenos recuerdos, no le resultaba agradable y placentera—. ¿Y a ti?

—Bien. Estamos de luna de miel.

Roy apretó tanto la mandíbula que sus dientes sonaron los unos contra los otros.

—¿No pretenderás que te dé la enhorabuena? —Soltó una risa que denotaba mofa.

Silencio de nuevo. Seguramente, Lizz se sentiría incómoda, pero eso a él le importaba una mierda.

—¿Qué quieres, Roy? ¿Para qué me has llamado?

—Te seré sincero. Tan solo deseaba saber qué siento al escucharte.

—¿Y qué has sentido?

—Dolor. Tu voz me trae malos recuerdos.

Al otro lado de la línea escuchó que Lizz sollozaba, intentaba disimularlo, pero a él no le podía engañar. Se sintió complacido, feliz. Ella también sufría y eso le gustaba, deseaba que se sintiese tan mal como él.

—Entonces, no vuelvas a llamar.

—No lo haré, Lizz. Esta será la última vez.

Roy cortó la llamada y soltó el teléfono como si fuera una tea ardiente.

El placer de saber que Lizz también sufría duró muy poco. Se evaporó dejándole tan solo una sensación amarga en la boca.

—No debí llamar —se dijo.

Pero en el fondo no se arrepentía. Toda ayuda era poca y el saber que su voz le traía tan solo malos recuerdos lo ayudaba a no ser débil y a no volver a marcar su número. ¿Qué necesidad tenía de sufrir y más ahora?

Ese era el primer día del resto de su vida y se tenía que vestir con un traje que no era de su talla, porque hasta que no cobrase su primer sueldo no tenía otra cosa que ponerse. Era eso o sus vaqueros viejos.

Estaba terminando de abrocharse la camisa cuando sintió unos leves golpes en la puerta, acompañados de una voz cantarina.

—Roy, ¿está visible? —Algo dentro de él se sacudió. Esa voz no le era desagradable, es más, le encantó escucharla decir su nombre.

—Pase.

—Por favor, abra usted, yo no puedo.

Roy tomó el pomo y tiró de la puerta.

—Gracias —dijo Sex, y entró como una exhalación cargando entre sus

brazos con tantas bolsas que apenas se la veía.

Sin ninguna delicadeza, las arrojó sobre la cama, que Roy había dejado ya hecha.

—¿Eso qué es? —preguntó confundido.

—Su ropa.

—Yo no tengo tanta ropa.

—Ahora sí.

Sex pudo ver cómo las venas del cuello de Roy empezaban a hincharse, cómo se ponía rojo, y supo al instante que se estaba sintiendo ofendido y que seguramente rechazaría la ropa, así que corrió a explicarse antes de que sus venas estallaran.

—No puedo permitir que mi guardaespaldas personal lleve un traje que no es de su talla. Además, te lo descontaré del sueldo.

La cara se le suavizó.

Roy se acercó a la cama y, con un poco de timidez, empezó a mirar el contenido de las bolsas.

Sex sonrió feliz y, apartándolo sin delicadeza, comenzó a sacarlo todo.

—Te he traído dos trajes. Pero tendrás que comprar alguno más. — Abrió las largas bolsas y se los mostró. Uno era azul y el otro, gris oscuro—. También cinco camisas. —Se las tendió y él miró los colores—. Combinan muy bien. Unas corbatas, calcetines, ropa interior y un par de zapatos.

Fue colocando, conforme nombraba las prendas, todo sobre la cama.

—De esto no necesito, tengo los míos —dijo señalando las cajas de *slips*. Por fortuna, Patch le había dado unos cuantos que tenía sin estrenar y él esa misma noche, antes de acomodarse en la habitación del apartamento de Sex, había ido al motel a por sus pocas pertenencias.

—No pasa nada. Puedes quedarte con esos también, ya está todo pagado.

Roy arrugó la frente, no le gustaba que compraran su ropa interior, siempre lo había hecho él, incluso cuando era tan solo un crío. Se sintió extraño pensando en esa mujer, a la que conocía de hacía solo unas horas, seleccionando sus calzoncillos. De repente, lo asaltó una duda:

—¿Cuándo ha comprado todo esto? ¿No habrá salido sola?

—Tranquilo, lo encargué por internet.

—¿Y se lo trajeron tan rápido?

—El dinero hace magia —dijo sonriente.

Roy tocó la tela de uno de los trajes. Se veía de calidad, seguro que

costaba una pasta, pero mientras fuese él quien lo pagase, no sería un problema.

—No quiero caridad.

Sex puso los ojos en blanco y contestó como si le estuviera hablando a un niño.

—No lo es. Ya te he dicho que se te descontará del sueldo.

Roy continuó con la frente arrugada y pasando sus largos dedos por la lana del traje.

—¿Cómo sabe que me quedará bien?

Sex soltó una carcajada.

—Querido, solo con mirarte sé hasta tu talla de zapatos.

Y, efectivamente, así era. Roy tomó entre sus manos el par que Sex había escogido para él. Eran de la mejor calidad y, por supuesto, de su número. Estaba tan sorprendido que se quedó sin palabras.

—No podía permitir que llevases un traje con esas botas. Anda, ahora pruébate la ropa. —Se sentó en la cama y se quedó aguardando a que él obedeciera—. ¿A qué esperas? —preguntó impaciente.

—No pienso desnudarme con usted delante, señora.

Sex comenzó a reír, primero intentando contenerse, pero poco a poco las carcajadas salían sin control ninguno hasta el punto de hacerla llorar.

—No pretendo que te desnudes delante de mí, aunque la verdad es que no pasaría nada. He visto a muchos hombres desnudos en mi vida, no creo que me enseñases nada nuevo.

«¿Ha visto a muchos hombres? ¿A cuántos?».

—Entra en el baño y sal para que te vea, prometo no asustarme.

«¿Siempre es tan directa? ¿Y cuándo ha empezado a tutearme?».

Roy obedeció, tomó uno de los trajes y entró en el baño. Se desnudó y se puso la ropa nueva.

Cuando salió para que ella le diese el visto bueno, tan solo le quedaba por ponerse la corbata y se estaba abotonando las mangas.

—¡Guau! —soltó Sex al verlo—. Estás muy guapo. Tienes un cuerpo hecho para llevar traje.

Roy se tocó el pelo un tanto azorado por sus palabras, no estaba acostumbrado a escuchar piropos.

Sex se puso de pie y se colocó frente a él. Pasó las manos por sus brazos como quitando una arruga, le colocó las solapas y, de entre todas las corbatas que había traído, seleccionó la que más le gustaba a ella.

Le pidió que se agachara un poco y cuando él lo hizo, pasó la corbata por su cuello, la metió bajo la camisa y comenzó a anudarla. Lo hizo con mucha destreza, a pesar de que las manos le temblaban un poco. Roy la miraba con tal intensidad que, por primera vez, se ponía nerviosa ante un hombre.

Cuando terminó, acomodó el nudo y le indicó que se mirase en el espejo de pie que había al lado de la cama.

Roy se observó con atención. No se veía nada mal. La verdad es que había acertado de lleno con la talla y el traje se le ajustaba como si hubiera sido confeccionado en exclusiva para él.

—El nudo es perfecto. ¿Dónde aprendió a hacerlo?

—A muchos hombres les gusta que una mujer les anude la corbata.

Roy no entendió y clavó su mirada en ella.

—Dime algo, Roy, ¿qué te ha contado Patch de mí?

—Tan solo que es la dueña de un club.

—¿Solo?

Sex suspiró. Le hubiera gustado ahorrarse la parte en la que él descubría que había sido una prostituta de lujo.

—Solo.

Sex se dejó caer en la cama y se acomodó con las manos sobre las rodillas. Nunca le había supuesto un trauma o se había sentido avergonzada de su pasado, pero la verdad era que le costaba un poco decirlo en voz alta y, sobre todo, a un extraño, alguien que no la conocía y que probablemente la juzgaría, al igual que hacía el resto de la gente.

—Siéntate a mi lado, Roy. —Palmeó la cama y él obedeció. Como estaba descalzo, colocó una pierna bajo la otra. Así podía estar de frente para mirarla.

Sex suspiró. Era guapo, muy guapo, pero tan serio. Parecía un soldado a punto de entrar en combate; incluso allí, tirado en la cama con una postura cómoda, se le veía tenso.

—¿Nunca te relajas, Roy? —le preguntó.

—¿Cómo? —Parecía confundido y Sex decidió dejarlo pasar y volver al tema que le interesaba.

—Hace unos años ejercí la prostitución —soltó sin más. ¿Para qué dar rodeos?

Se quedó helado, sin palabras. Nunca pensó que aquella mujer hubiera sido puta. La palabra le pareció tan fea referida a ella que se reprimió

mentalmente.

—No me arrepiento de nada. Tenía que sobrevivir y lo hice. Salí adelante y mírame, ahora soy la dueña de un club. Soy feliz y me gusta mi trabajo.

Roy continuó callado, necesitaba hacerse a la idea y, la verdad, le estaba costando.

—Creo que Patch tendría que habértelo dicho antes de ofrecerte el trabajo. —Se levantó de la cama y caminó hasta la puerta—. No te preocupes, te pagaré la parte proporcional a estas horas que has trabajado para mí. Puedes llevarte la ropa... —Sex había malinterpretado su silencio y Roy, de un salto, se colocó frente a ella.

—No me importa lo que ha sido, para mí siempre será una señora —le dijo.

Sex sonrió.

—Veo que no me he equivocado contigo.

Entonces hizo algo que dejó a Roy sin respiración: le acarició una de sus mejillas con ternura.

—Vamos a trabajar.

Pero a Roy le costó moverse, hacía mucho tiempo que no sentía una caricia así y le hizo recordar lo que reconfortaba.



10. La carrera

Las noches en las que Patch salía del club a una hora decente, en las que no tenía ningún servicio, esas en las que estaba solo, siempre fueron para él duras y largas, pues deseaba que llegase el amanecer. Necesitaba ver el sol, la oscuridad lo aterraba; sabía que los monstruos de su pasado, que lo perseguían e intentaban atraparlo de nuevo, se ocultaban en las sombras de la noche.

Su trabajo le servía de excusa. Noche tras noche bailaba y después se marchaba acompañado de alguna clienta, así no estaba solo. Pero las últimas no había tenido mucha suerte, o quizá no deseaba tanto los brazos de una mujer enredándose en su cuello, así que llevaba varios días durmiendo solo y sus pesadillas habían regresado.

Esa noche en concreto decidió irse a casa sin probar suerte. Desde que había conocido a ese tipo tan atractivo deseaba más el sexo con un hombre que con una mujer, pero últimamente no había ninguno en la sala que le resultase apetecible. Patch follaba por dinero, pero era muy selectivo, pues no le valía cualquiera, no se acostaba con nadie que no le atrajera de una manera u otra. Para ser sincero consigo mismo, lo que en realidad le pasaba era que deseaba acostarse con el rubio trajeado y no le apetecía follar con nadie que no fuese él. Le había excitado mucho verlo sentado en el taburete, con su copa en la mano, y saber que lo había estado observando, mirando cómo bailaba, cómo representaba su número. No solo se le había calentado el cuerpo, sino también el alma, y por primera vez en su vida, sintió la necesidad de acostarse con una persona sin que después hubiera un intercambio de dinero.

Entró en su apartamento y encendió todas las luces. Desde niño era incapaz de dormir en total oscuridad. En el escenario no le ocurría igual, pues estaba rodeado de gente y eso le hacía sentirse seguro. Y cuando dormía con alguien, tampoco tenía problemas. Su fobia era la combinación de oscuridad y soledad.

Su terrible miedo a la noche le había causado más de un problema, por ejemplo, cuando hubo un apagón y, aterrado, terminó en el armario con una potente linterna iluminando el espacio, o la vez que se le fundió la luz del baño y los nervios de verse encerrado no le permitieron abrir el cerrojo. Desde entonces siempre mantenía las puertas abiertas, aunque estuviese en su camerino del club.

Patch había recurrido a terapias, incluso a la hipnosis, pero nada había sido efectivo.

Ya seguro en su cama, se arropó e intentó dormir. Pero al poco rato su propio grito desgarrador lo despertó. Estaba tembloroso, el sudor bañaba su cuerpo y se aferraba con firmeza a las sábanas, como si estas pudieran librarlo de todo mal.

—¡Joder! —gritó en voz alta.

Abrió los ojos en un vano intento de borrar las imágenes que se le habían colado, pero aun con ellos tan enormes como los de un búho, la cara de ella seguía dentro de su cabeza como un fantasma.

Cuando eso le ocurría, Patch necesitaba salir de su apartamento y buscar algo, alguna sensación que lo obligase a apartar de su cabeza el terror, el miedo.

Su cuerpo le pedía a gritos adrenalina para poder deshacerse de todo su pesar.

Se levantó de un salto, se duchó y se vistió. No quedaban más que un par de horas para el amanecer, pero no le importó. Le hubiera dado igual que fuesen minutos o segundos, no podía más, y decidió salir en busca de algo fuerte.

Tomó del garaje su moto y condujo hasta el lugar donde encontraría lo que tanto necesitaba.

Era una zona alejada del bullicio de la ciudad. Quienes iban allí, además de buscar el anonimato, huían de los ojos de la policía, pues lo que hacían era ilegal. En ese lugar al que Patch acababa de llegar con su moto se organizaban carreras clandestinas. Pero no eran solo máquinas compitiendo por ver cuál de todas era la más rápida, también se buscaba el mejor piloto, el

que más arriesgaba con tal de llegar a la meta el primero. La carretera por la que corrían permanecía cerrada al tráfico porque nunca fue acabada y terminaba de manera abrupta en un gran socavón.

Como estaba a punto de amanecer, ya no quedaban casi corredores y los que estaban allí permanecían alrededor de sus máquinas, bebiendo y charlando sobre cómo había transcurrido la noche.

Patch se bajó de la moto, dejó el casco sobre el asiento y caminó con seguridad hasta un grupo de personas que enseguida reconoció. Estaban sentados sobre sus máquinas, reían y bebían cervezas frías que sacaban de una nevera portátil. Distinguió entre ellos a Evan, uno de los más jóvenes corredores con el que tenía una gran camaradería. Los otros eran tres hombres, también competidores habituales: Joe, Mathew y Pat. Con ellos estaba una mujer que nunca había visto por allí pero que, a juzgar por cómo se abrazaba a Joe, supuso que era su chica.

—Buenas noches —dijo con una brillante sonrisa.

—Hola, Patch —contestó Evan, y todos los ojos se volvieron hacia él.

Uno a uno, fueron saludando y la mujer lo miró de arriba abajo como si fuese un bocado exquisito.

Como en aquel momento no tenía ninguna intención de meterse entre Joe y su chica, retiró la mirada de inmediato de la preciosa rubia. Sabía que esos tipos trataban a sus mujeres como posesiones, como hacían con sus motos. Entonces, un pensamiento lo asaltó. «Quieres adrenalina, ¿verdad?», se dijo. «Pues ya sabes cómo obtenerla». Sonrió encantado con el plan que se le acababa de ocurrir.

Evan sacó de la nevera una cerveza y se la ofreció.

—¿Cómo te va, tío? —preguntó con su peculiar sonrisa.

Evan era el corredor más joven y osado. Acababa de entrar en el círculo. No seguía nunca las normas, se guiaba por sus sensaciones y con Patch sentía mucha afinidad.

—Bien. ¿Y tú, Evan? ¿Qué tal ha ido? —Patch se centró en él. Lo apreciaba. Era el único que valía la pena de todos esos despojos humanos, incluso más que él.

—Ha sido una noche muy productiva. Mira todo lo que he ganado. —Le mostró un gran fajo de billetes y Patch le palmeó la espalda.

—¡Vaya, según parece, hoy ha sido tu noche!

—Porque tú no estabas, cabrón —le dijo riendo.

Solo unos pocos se atrevían a apostar contra Patch, pues nunca perdía.

Era muy apreciado por los apostantes, pero no por los corredores, que veían en él a un rival imposible de vencer.

Patch le dio un buen trago a su cerveza, estaba bastante fría y le supo a gloria, mejor incluso que el caro champán que bebía en el club.

«Esas bebidas pijas son una puta mierda», pensó mientras la saboreaba con deleite.

—Oye, Evan, ¿qué pasó al final con tu trabajo?

Evan llevaba un tiempo preocupado, la fábrica donde trabajaba estaba en crisis.

—Bah, una mierda, tío. Me han largado.

—¡No me jodas!

—Tengo que encontrar algo porque mi casero es un tipo muy estricto y no me pasará ni una.

—Intentaré buscar algo para ti en el club.

—¿De verdad lo harías? —preguntó entusiasmado.

—Claro, hombre. Somos colegas, ¿no?

Ambos chocaron sus botellines y sonrieron.

—Eh, pijo. —El apodo le molestó. Sabía que todos lo llamaban así por su forma de vestir, pero no le gustaba nada.

Miró a quien lo increpaba. Se trataba de Joe, uno de los motoristas más veteranos en las carreras. Al llegar Patch, fue desbancado de su pedestal y por eso le tenía animadversión.

Patch lo ignoró y continuó charlando con Evan. Sabía que sería una provocación y sonrió contento cuando escuchó los pasos acercándose. Deseaba acción y ese gilipollas le iba a ayudar a obtenerla.

—Eh, tú... —Lo tomó del brazo y le hizo girarse para encararse—, ¿no ves que te estoy hablando?

Patch miró primero la mano de Joe sobre su brazo y después lo miró a él.

—Yo no atiendo a ese nombre.

Joe soltó una carcajada.

—¿A qué has venido? ¿A tocar las pelotas?

—Más quisieras tú —masculló.

—Eh, chicos. Haya paz. —Evan intentó interponerse entre los dos hombres, pero la mirada de Patch le hizo retroceder.

—¿Sabes una cosa, Joe? Ya que estoy aquí, me gustaría hacer una apuesta. —Patch se colocó frente al corredor, sus narices se podían tocar y se

retaban con la mirada.

—Ya es tarde, tío. Hemos terminado hace un rato. —El que contestó fue Evan. Quería impedir el enfrentamiento que tanto buscaba su amigo.

Evan sabía que Patch muchas veces hacía cosas peligrosas, se enfrentaba a tipos más fuertes, parecía buscar que lo golpeasen. Normalmente, no se metía en sus mierdas, pero esta vez... Patch pisaba terreno muy peligroso. Joe y su banda no se andaban con tonterías y por poca cosa, como un pisotón en la pista de baile de una discoteca abarrotada, sacaban una pistola; y, por supuesto, eran capaces de dispararla.

—¿Tú también crees que es tarde? —Patch miró directamente a los ojos verdes de Joe—. ¿O tienes tiempo de que te gane una vez más?

—Mierda —soltó Evan con los dientes apretados. Sabía que ya nadie podría parar el enfrentamiento entre los dos hombres.

—Haz tu apuesta, pijo, y yo la doblaré.

En esa ocasión a Patch no le molestó el apodo ni intentó que rectificara. Se limitó a sacar del bolsillo de su cazadora de cuero un fajo de billetes que dejó sobre el sillín de la moto de Joe.

—Esto será tuyo si me ganas.

Joe lo miró y tragó saliva con dificultad, él no tenía tanto dinero.

—No puedes doblar mi apuesta, ¿verdad?

—No tengo el dinero ahora, pero puedo...

—No hace falta —lo interrumpió—, yo no quiero dinero.

Los ojos de asombro de todos los presentes se clavaron en Patch, estaban deseando saber cuál era el precio que quería cobrar si salía vencedor de la carrera.

—¿Y qué es lo que quieres, niño pijo? —preguntó Joe.

Patch sonrió y giró la cabeza para mirar a la rubia.

—¿Quién es ella? —Joe arrugó la frente, ¿a qué venía esa pregunta?

—Es mi chica —respondió.

Patch caminó hasta ponerse frente a la preciosa muchacha que, lejos de sentirse intimidada por su imponente presencia, lo miraba de manera descarada.

—¿Cómo te llamas, bombón?

—Moly —contestó con voz chillona.

—Moly... Vaya, de joven tuve una novia que se llamaba así. —Era mentira, pero Patch quería provocar a Joe, cabrearlo más de lo que ya estaba.

—¡Hijo de puta! ¿Qué coño quieres? —preguntó con los puños

apretados.

—Fácil. —La sonrisa de Patch le heló la sangre. No parecía humano, era como si de repente alguien maligno, un ser perverso, lo hubiera poseído—. Quiero a Moly —soltó con descaro y Joe se lanzó a golpearlo, pero tanto Evan como Pat lo sujetaron con fuerza de los brazos.

—¿Qué te pasa, Joe? ¿Temes perder? —Utilizó en sus preguntas un tono inocente, pero su mirada era perversa—. ¿Tienes miedo de un niño pijo? —Se señaló y rompió a reír.

—¡Acepto! —gritó Joe.

Patch cerró por un instante los ojos, complacido. Ya lo tenía, ya era suyo.

—¡Soltadlo! —ordenó Patch, y ambos hombres liberaron los brazos de Joe.

—La apuesta es esta —dio un paso y se colocó frente a todos—: mi dinero contra Moly. La carrera comenzará en este punto —señaló una línea imaginaria, justo donde estaba la moto de Evan—, y ganará quien se acerque más al socavón sin detenerse.

Se escucharon todo tipo de exclamaciones.

—¿Aceptas, Joe? —Le tendió la mano.

Joe dudó por un instante, pero nunca rechazaba un reto, y más viniendo de ese tipo al que odiaba.

Se limitó a asentir y estrecharle la mano.

Patch sonrió encantado. Con su peculiar manera de caminar, se acercó hasta su moto y se subió. Mientras se colocaba el casco, Evan se aproximó a él y, en voz muy baja para que nadie lo oyera, lo reprendió.

—Pero ¿qué coño haces? Joder, tío, eres un loco. Es peligroso.

—Voy a ganar.

—Eso es lo que temo, joder. Sé que no pararás hasta verte vencedor y eres capaz de caer al socavón. Si la rueda de la moto lo toca, te matarás.

—Eso no va a pasar.

Evan vio cómo ambos hombres se colocaban en la línea de salida. Moly, que parecía contenta por ser el centro de atención y no estaba en absoluto ofendida como sería lo normal dadas sus circunstancias, sacó un pañuelo y, al dejarlo caer, ambas motos salieron a toda velocidad.

—Loco de mierda —susurró Evan.

Las apuestas siempre eran fuertes, no todo el mundo podía participar y jamás se perdonaba una deuda, así que quien entraba en el círculo no salía

nunca. Pero jamás había escuchado que nadie apostara a su novia, era de locos.

¿Por qué había elegido a esa mujer y no un cuantioso fajo de dinero? Siendo sincero consigo mismo, lo había hecho porque sabía perfectamente que para Joe suponía una patada fuerte en su orgullo si resultaba vencedor. Patch era consciente de que le jodería mucho más verlo irse agarrado de la cintura de su chica, que ver cómo se metía sus billetes dentro de uno de los bolsillos de sus vaqueros. Sonaba cruel, pero necesitaba derrotarlo, hundirlo, humillarlo. Deseaba más que nada en el mundo ver sufrir a Joe.

Sus propios pensamientos pusieron a Patch el vello de punta. Sabía que era inhumano y retorcido, tanto, que muchas veces se asustaba de sí mismo.

En muchas ocasiones se miraba al espejo y veía a un demonio perverso, y lo peor de todo era que le gustaba.

La velocidad lo ayudaba a cerrar la mente, a olvidar, a sentirse vivo por unos breves instantes, y la crueldad..., el sadismo le otorgaba poder, en esos momentos era él quien hacía daño. Esas pocas veces en las que la cabeza se le nublaba, en las que perdía el norte y se volvía inhumano, a riesgo de parecer una locura, se sentía libre como si todo su dolor se evaporase al ver el sufrimiento en otra persona.

No reparaba en Joe, ni siquiera le preocupaba que lo adelantase porque él llegaría más lejos, de eso no le cabía ninguna duda. Joe frenaría mucho antes de llegar al socavón porque le importaba su vida, él no lo haría porque detestaba la suya hasta tal punto que le daba igual perderla.

El sudor empapaba la espalda de Joe. «¿Qué le ocurre a este gilipollas?», pensó al ver que quedaban pocos metros para llegar al final de la carretera y Patch no disminuía nada la marcha. Sus manos temblaban, era un loco, un jodido loco, y si seguía así, se iba a matar. A él no le merecía la pena jugarse la vida por una mujer, y menos con esa que se dejaba sobar por cualquiera, que ni siquiera se había ofendido porque la ofrecía como premio de la carrera. «¡Menuda puta!», pensó. No le gustaba la idea de verse vencido, pero apreciaba más su vida, así que frenó y dejó al demente de Patch solo.

En la distancia, Evan seguía la carrera. Ya había amanecido y la luz le permitía ver las dos motos. Observó que Joe frenaba, pero Patch seguía corriendo y ya le quedaba muy poco para llegar al socavón.

—¡Para, joder, Patch, frena! —le gritaba aun a sabiendas de que él no lo podía escuchar. Se desesperó. Esperaba que no terminase así, no sería justo.

Patch tan solo pensaba en correr, en ganar, en sentir cómo la adrenalina corría por sus venas. Iba ciego, tan ciego que frenó justo al borde del vasto agujero. Las ruedas chirriaron y la moto derrapó. Solo gracias a su gran pericia, Patch no dio con sus huesos en el asfalto, y solo por una milésima de segundo, la moto no cayó al socavón.

Patch se quitó el casco y soltó una carcajada de satisfacción. No le importaba nada, tan solo que era el ganador y que por unos minutos su vida había tenido un sentido, aunque fuera uno tan absurdo como vencer en una estúpida carrera.

Regresó junto a Evan y los demás, seguido muy de cerca por Joe.

Ambos hombres, subidos en sus motos, se colocaron uno al lado del otro.

—Lo siento, Joe, pero de nuevo he ganado —le dijo con una sonrisa cínica.

Joe no dijo nada, se limitó a arrancar y largarse con el rabo entre las piernas.

—Bien, bombón —Patch se dirigió entonces a Moly y le tendió una mano—, ¿nos vamos?

La chica se subió detrás y se agarró a su cintura. No le importaba para nada irse con él.

Follaría en honor a Joe y eso le provocó un escalofrío de placer. «¡Qué se joda ese cabrón!», pensó satisfecho.

Condujo su moto con la rubia presionando sus tetas contra su espalda. Y, de repente, la sombra de la duda y el remordimiento atravesaron su corazón haciendo que por un instante detuviese su latido. Algunas veces Patch se asustaba de su manera de actuar, de pensar. Quizá era cierto que estaba maldito. Quizá ella tenía razón... Sacudió la cabeza, desechó ese pensamiento y se centró en Moly. Al final iba a tener su ración de sexo y eso era lo único importante.

«Basta de lamentos, basta de mierdas sentimentales», se dijo. Y otra vez se vistió con la máscara de la indiferencia.



11. Deseo. Unas semanas después

El trabajo de Roy de momento no era muy estresante. La vida de su jefa, lejos de parecer complicada, era de lo más sencilla y cotidiana.

Se limitaba a acompañarla a todas partes y vigilarla constantemente. No quería que ningún error la pusiera en peligro.

La seguridad en el club funcionaba bastante bien, los tres gigantones que Sex había contratado eran muy responsables, pero no tenían muchas nociones con respecto a la seguridad privada, eran más bien matones que imponían por sus cuerpos fuertes y musculados. Necesitaban ayuda y por supuesto Roy les enseñó, les explicó conocimientos básicos que llevaron a cabo sin rechistar, ganándose su confianza al demostrarles lo capacitado que estaba para el puesto.

Landon colaboraba en todo. Hasta que él llegó había estado al mando, y ahora tenía que cederlo, aunque no estuviera muy conforme, pero debía reconocer que en cierto modo era un alivio no complicarse la vida llevando la batuta de un club donde la violencia estaba a la orden del día. Sexo y alcohol, junto con la testosterona de algunos de los clientes, hacían una combinación peligrosa, una bomba de relojería. Pero Roy lo controló todo desde el principio de una forma muy profesional, y Landon y los chicos se limitaban a obedecerlo.

Su vena militar se notaba, aunque intentaba por todos los medios no abusar de ella. Pero había pasado tantos años con los marines que no podía remediarlo y muchas veces sus órdenes parecían más las de un capitán a sus soldados que las de un jefe. Pero los chicos no se molestaban, aceptaban su manera de trabajar pues era justo y muy profesional.

Todo marchaba, Sex estaba segura, el club protegido de indeseables y la vida regresaba a la normalidad.

—Roy. —La vio entrar en el que era su centro de operaciones. Estaba tan preciosa como siempre. Llevaba un vestido estampado que marcaba sus curvas de infarto y su cabello rojo suelto y brillante.

—Señora. —Bajó la cabeza a modo de saludo y Sex sonrió, lo único que le faltaba era llevarse la mano a la frente y realizar el típico saludo militar.

—Nos vamos de compras —dijo enseñando la hilera perfecta de dientes blancos.

Roy no dijo nada, no le apetecía pasar la mañana de tiendas, pero Sex era la jefa, así que se levantó.

—Landon, te dejo al mando de todo. —El aludido asintió y ocupó su lugar.

Roy caminó detrás de ella hasta el garaje.

—¿Dónde quiere que la lleve? —preguntó ya subido en el coche. Se empeñaba siempre en conducir él y a Sex no le importaba, nunca le había gustado.

—Yo te iré guiando.

Recorrieron las calles hasta llegar a una pequeña tienda. Roy la miró asombrado, él pensaba que Sex se compraría la ropa en algún lujoso comercio, de esos situados en el barrio más caro. Cada cosa que conocía de ella le asombraba más.

Aparcó, salió y corrió a abrirle la puerta. Esa era otra de sus manías, siempre salía él, miraba la calle y luego lo hacía ella. A Sex le costó amoldarse a todas esas órdenes estrictas, pero poco a poco se iba adaptando.

Entraron en la tienda y una preciosa mujer, de unos cincuenta y pico años, salió de detrás del mostrador y se dirigió a Sex con una bonita sonrisa.

—Oh, mi niña, qué alegría verte. —Le dio un cariñoso abrazo, al que Sex correspondió. Se la veía feliz, dichosa, y a Roy se le escapó una sonrisa que trató de disimular al instante.

—Rina, te presento a Roy —dijo tras separarse del cuerpo de la pequeña mujer—, es mi guardaespaldas.

—Vaya. —Rina lo miró de arriba abajo con una preciosa sonrisa en sus labios pintados de rojo intenso—. Qué importante, querida, ya tienes hasta un guardaespaldas como si fueras una princesa.

Roy saludó con una leve inclinación de cabeza, pero Rina no se conformó con ese simple gesto y, para su sorpresa, lo abrazó como si lo

conociese de toda la vida. Lo soltó y se dirigió de nuevo a Sex.

—Lo escogiste bien guapo, ¿eh? Mi chica es muy lista. —Le sonrió con picardía y, si no fuera porque a Roy nunca le pasaban esas cosas, Sex juraría que le habían subido los colores.

—Dime, Rina, ¿está ya mi vestido? —Lo notó tan tenso que intentó acaparar la atención de la dependienta; era su amiga y la conocía muy bien, para los extraños podía ser demasiado..., intensa.

—Pues claro que sí. ¿Lo dudabas? —Puso los brazos en jarras.

—Nunca dudo de tu trabajo. Estoy deseando verlo.

Roy se hizo a un lado y, si hubiera sido posible, le habría encantado hacerse invisible.

La tienda era muy pequeña, tanto, que apenas había espacio libre por el que moverse sin tropezar con un perchero.

Roy

Me siento bastante incómodo. Deseo salir de aquí para escapar de la mirada de esa mujer que parece analizarme como si fuese un virus bajo el microscopio.

Debe tener más de cincuenta años, posee una figura espectacular y viste de manera elegante y discreta. Lo que llama más mi atención es su pelo teñido en un intenso color azul claro y sus labios y uñas pintados de rojo. Cualquiera otra mujer parecería un adefesio con esa mezcla de colores, pero en ella se ve elegante. Está muy delgada y es mucho más baja que Sex, lo que a mis ojos la convierte casi en una niña, pues ni siquiera me llega al pecho.

Su abrazo me deja descolocado, pero si soy sincero, me gusta. Hace mucho que nadie me abraza, hace años que no siento el contacto de otra persona, una caricia, y mi cuerpo ha reaccionado de forma positiva, pues me siento algo más cómodo e incluso, por un instante, mis labios dibujan una sonrisa.

Decido quedarme cerca de la puerta, lo más lejos que el pequeño espacio de la tienda me permite de las dos mujeres, que miran un vestido que Rina ha sacado de uno de los percheros que están tras el mostrador.

—Vamos, niña, pruébatelo —dice Rina entusiasmada a Sex, y esta lo toma entre sus brazos y se dirige al probador.

Veó cómo desaparece en su interior y pasa lo que temo: Rina aprovecha

que estamos solos para de nuevo clavar sus ojos color..., juraría que violetas, en mí.

—Y bien, Roy..., cuidarás de mi Sex como es debido, ¿verdad?

—Por supuesto, señora.

—No te ofendas, muchacho, pero quiero tanto a esa chica que todo es poco para ella...

Sé que Rina sigue hablando porque escucho sus palabras, pero no comprendo lo que está diciendo y tampoco me importa, porque mi mente está pendiente de la mujer que acaba de salir del probador con un vestido rojo. Es tan preciosa que me corta el aliento y hace que mi corazón lata más rápido de lo normal.

—¡Madre mía, nena, estás deslumbrante! —exclama Rina.

Sex se gira para mirarse en un espejo y, al hacerlo, puedo ver su espalda totalmente libre de tela. Creo que los ojos se me van a salir de las órbitas. Creo que incluso la contemplo con la boca abierta, como un tonto. Pero esa espalda..., esa piel llena de pequeñas pecas se ve suave, delicada, tan apetecible. Me obligo a moverme, tengo que hacer dos cosas importantes, incluso vitales, en este momento para mí. Una: abrocharme la chaqueta, pues una muy indiscreta erección ha hecho presencia sin yo pretenderlo; y dos: meter las manos en los bolsillos porque de repente tengo una desmedida necesidad de acariciar esa espalda, esa maravillosa...

—Roy..., Roy. —La voz de Sex me saca de mi ensoñación.

Carraspeo y lucho porque la voz salga de mi boca.

—¿Sí? —pregunto de manera estúpida.

—Roy, ¿estás bien?

—Sí, sí, perfectamente.

—Llevo un buen rato preguntándote.

¿De verdad? Joder, qué vergüenza.

—Perdón. —Carraspeo de nuevo y paso un dedo por debajo de mi corbata, que de pronto me ahoga.

—Te preguntaba... ¿Te gusta?

Da una vuelta y se queda de frente a mí con los brazos abiertos.

—Bueno..., yo... —¡Pues claro que me gusta! Está tan bonita que quita el aliento—. No está mal. —Intento parecer neutral, como si no me muriese de ganas de... Abro los ojos de par en par, acabo de darme cuenta de que me muero por tocarla.

Niego para mis adentros, sacudo la cabeza para sacar a mi jefa de ella y

deseo que Sex deje de mirarme de esa manera... Parece que sabe lo que está pasando por mi mente sucia y desea ponerlo en marcha. Pero no, no, no voy a joder este trabajo, no voy a estropear lo único que tengo por un polvo, por una necesidad...

Rina analiza la escena como si fuera un espectador ante una pregunta de un concurso en el que, al acertar, se pudiese llevar una buena cantidad de dólares.

Me doy la vuelta porque ya no puedo más, disimulo como puedo.

—La espero fuera, señora —digo atropelladamente y, tras hacer un gesto con la cabeza para despedirme de Rina, salgo como alma que lleva el diablo.

Me quedo en la puerta el tiempo suficiente para escuchar la risa de Rina y lo que le dice a Sex: «Si no te lo tiras tú, te juro que lo haré yo».

Me cuesta aceptar que esa mujer ha pronunciado esas palabras. Me regaño por sentirme como un quinceañero pillado por sus padres besando a su chica. Soy un soldado, un militar de élite, uno que ha pasado penalidades, que ha visto la muerte frente a sus ojos, que ha matado, y no puedo sentirme estúpido por el comentario de una mujer. No puedo...

Decido quedarme esperando a que salga Sex justo delante de la puerta y observando la calle. No quiero saber nada de lo que está pasando en esa pequeña tienda de barrio.

Mis manos sudan, me coloco las gafas de sol para ocultar mis ojos y sé que ella sale porque escucho la campana de la puerta y porque su aroma se mete dentro de mi nariz y me hace cosquillas en el estómago.

—¿Roy? —Sex está frente a mí y me mira con sus preciosos ojos verdes —. ¿Estás bien?

—Claro, señora, perfectamente. —Le doy las gracias a mis gafas de espejo que no le permiten ver mis pupilas, que seguramente estén dilatadas, y mi mirada que, conociéndome, muestra mi calentón.

—Pareces acalorado.

Me toca una de las mejillas y salto como si ella hubiese accionado un resorte.

¡Dios, su mano sobre mi piel ha hecho que entre en combustión espontánea! Intento recomponerme y disimulo tirando de los puños de mi chaqueta.

—¿Nos vamos? —pregunto como si no la hubiera escuchado.

—Sí. Vámonos.

Si ha notado algo, no lo exterioriza. Simplemente, comienza a caminar hacia el coche y yo, al ver que va cargada con la bolsa del vestido, me adelanto y se la quito de la mano.

En el viaje de vuelta no dice nada durante todo el trayecto y a mí me parece tan extraño que en un semáforo aprovecho para observarla por el retrovisor.

Está muy seria, mira por la ventanilla y parece encontrarse a millas de distancia.

—¿Señora? —Nuestras miradas se encuentran a través del espejo—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, Roy.

De nuevo sus ojos se centran en la ventanilla, en la calle, y siento que la pierdo.

Una sensación desagradable me asalta, no me gusta que esté así. Hasta ahora siempre la he visto alegre, feliz.

—¿Puedo hacer algo por usted? —Cuando termino de hacer la pregunta, me siento raro. ¿Por qué me preocupo tanto por esa mujer a la que apenas conozco?

—Eres muy amable, Roy. —Por fin aparece una de sus preciosas sonrisas—. Yo..., es solo... —Baja la mirada y ya no puedo continuar observándola pues el semáforo está en verde desde hace un rato y el coche de atrás ya me ha pitado dos veces—. Me preocupa Rina.

—¿Qué le pasa? —No suelo ser curioso, pero esa mujer me ha caído muy bien.

—El negocio va mal y temo que tenga que cerrar la tienda. Compró toda mi ropa allí. Es mi amiga desde hace mucho y quiero ayudar, pero... no es suficiente.

Chasqueo la lengua. ¡Qué mierda, joder! Toda la vida trabajando para verse sin nada. No sé qué decir, así que me quedo en silencio y respeto su pena, su necesidad de aislarse de todo.

Cuando llegamos al club, la acompaño hasta la oficina y dejo el vestido sobre una de las sillas.

—Roy —me llama cuando ve que me dirijo a mi despacho. Me vuelvo y la miro—, mañana es la fiesta de inauguración del nuevo escenario.

—Lo sé. —Ya tengo preparados a mis chicos, saben cómo deben actuar y dónde se colocarán para vigilar la fiesta y que nada malo pase.

—¿Tienes esmoquin?

—¿Es necesario?

—Para ti, sí. Quiero que estés a mi lado toda la noche.

—Me haré con uno, no se preocupe, y no pensaba separarme de usted.

Ella sonríe y yo lucho porque mi boca no lo haga. Tengo que ser profesional, no puedo mostrarme. Consigo que mis labios no dibujen una curva como la de ella y, con un movimiento de cabeza, me despido de Sex.

Ya en mi despacho, me dejo caer sobre la silla y suelto el aire de mis pulmones; si no fuera imposible, pensaría que llevo desde que salí reteniéndolo.

Al cabo de una media hora unos golpes suenan en la puerta y me tenso. ¿Será ella?

No, es Patch, que entra, tira una bolsa de traje sobre la mesa, cierra y se sienta en la otra silla del pequeño despacho.

—¿Cómo va?

—¿Qué quieres?

—Joder, qué borde eres. Vengo a ver a mi amigo.

Levanto una ceja, incrédulo.

—¿Tu amigo?

—Lo eres, ¿no? —Parece confuso o quizá sea un buen actor—. Ya tienes esmoquin —dice señalando la bolsa que ha dejado con descuido sobre la mesa.

—¿Cómo?

—Ahí lo tienes. —La señala de nuevo y me mira como si fuese tonto.

Arrugo la frente.

—Acaba de llegar y Sex me ha mandado tra rtelo.

Me levanto y abro la bolsa. Leo la etiqueta. ¡Es mi talla!

—Ya lo puedes cuidar, hay que devolverlo intacto.

Cada día Sex me asombra más. ¿Cómo le ha dado tiempo a buscarme uno? Sonrío al recordar lo que hace poco me dijo: «El dinero lo puede todo», y según parece, tiene mucho.

—Es alquilado, así que nada de mancharlo.

Asiento.

—Sex es una mujer muy práctica, no le gusta gastar el dinero si no es necesario, por eso alquila la ropa que no se usa de manera continua. —Me da una explicación, y eso que yo no se la he pedido.

Me siento de nuevo tras mi ordenador, estoy trabajando en la seguridad, en planos del local y planificando los turnos. Tecleo a dos dedos, sin prestar

atención a Patch, espero que se marche. Ya ha dejado el esmoquin. ¿Qué más quiere?

—Roy... —Duda y eso hace que le preste toda mi atención. No es muy normal ver a Patch nervioso, me temo que algo malo pasa.

—Suéltalo ya —lo aliento.

—¿Has hablado con Lizz?

Me recuesto en la silla.

—No creo que sea de tu incumbencia.

Patch se pone en pie, se apoya en la mesa y clava sus ojos en mí. Parece cabreado.

—Sabes que sí lo es.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿No hablas tú con ella?

—Sí, pero no mucho. Hace poco lo hice por ti...

Arrugo la frente, sorprendido, o quizá no, tenía que haberlo imaginado.

—¿Te llamó para que me buscaras trabajo?

—Sí —contesta con rotundidad.

—Me parecía raro que saliese de ti.

—¿Solo se te ocurre decir eso?

—¿Y qué coño quieres que diga? Me jode que mi exnovia llame a un tío del que no he sabido nada en años para pedirle que me busque un trabajo porque le doy pena.

—No le das pena.

—¿No?

—No, ella sigue enamorada de ti.

Entonces soy yo el que se levanta y me encaro a Patch.

—¡No me jodas más!

—No quiero joderte, al menos, no en el sentido que tú piensas. —Sonríe descarado. Patch es así, no lo puede remediar, siempre tiene que soltar alguna de sus bromas, aunque no sea el momento—. Tan solo pretendo que recapacitéis los dos: estáis hechos el uno para el otro.

—¿Y qué se supone que quieres que haga?

—Ve a por ella.

Tengo ganas de darle un puñetazo en esa bonita nariz que tiene, pero sé que gracias a su cara se gana la vida y no es cuestión de dejar a Sex sin uno de sus mejores bailarines. Así que me siento de nuevo, me pongo a trabajar y decido ignorarlo.

—¿De verdad que no vas a hacer nada? ¿Te vas a quedar ahí tecleando?

Levanto la mirada. «Paciencia», me digo. «Relájate», me ordeno.

—Ya lo intenté. Le pedí que no se casara, le rogué incluso y ella no me hizo caso. No pienso arrastrarme más, ya ha sido suficiente. Ahora déjame en paz, vete. —Señalo la puerta y él gruñe, furioso, pero camina hacia ella.

—Sois dos cabezones —dice antes de abrir.

—No te equivoques, Patch, ella es la única que no ha querido volver. Yo simplemente intento sobrevivir, olvidar y continuar adelante. Lo dejé todo por ella, pero Lizz no lo ha sabido valorar.

Patch asiente, parece avergonzado, sabe que tengo razón. Yo era marine, me gustaba mi trabajo, me hacía sentir útil, feliz, y lo dejé por ella. Lo sabe, conoce toda la historia y sé que no es capaz de defenderla, al menos delante de mí.



12. El hada

Al día siguiente, Sex se levantó temprano. Quería dejar algunas cosas preparadas, pues esa noche era «la noche», la que había estado esperando tanto tiempo: la inauguración del nuevo escenario del club Trébol de Cuatro Hojas, y todo tenía que estar a punto. Pero esa mañana había quedado con Alicia, necesitaba contarle todas las novedades y estaba ansiosa por ponerse al día de las de ella. Aunque se hablaban por teléfono con frecuencia, sus visitas se habían espaciado y ya era hora de hacerle una.

Seguían estando tan unidas que, a pesar de no verse muy a menudo, cuando lo hacían era como si el tiempo se hubiese congelado. Lo único que demostraba que no era así eran los hermanos de Alicia y su hija, que cada día estaban más grandes y, como decía su amiga, las hacían viejas.

Esa mañana se puso su ya típica falda tubo y una blusa negra. En esta ocasión escogió una un poco más discreta de lo que solía llevar, pues apenas tenía escote, y que se abrochaba en los hombros con unas pequeñas cuentas de nácar.

Se retocó el maquillaje y repasó su cabello antes de salir de la habitación en busca de Roy.

Tocó a la puerta de su cuarto un par de veces. Roy dijo algo que no llegó a entender, su voz sonaba extraña y decidió entrar.

Nada más dar el primer paso dentro de la habitación, se quedó paralizada. Roy estaba totalmente desnudo, tan solo una toalla envolvía sus caderas.

—¡Joderf! —exclamó y la palabra sonó extraña, pues tenía la boca llena de pasta de dientes y el cepillo fuertemente agarrado como si fuese un escudo

protector.

—Perdón —dijo Sex muerta de risa, pues su guardaespaldas se había puesto colorado como un tomate maduro. Le hubiera gustado seguir contemplando ese cuerpo duro y magníficamente formado, pero se apiadó de él y se giró—. Te espero fuera.

—*Sif, meforj.*

Sex cerró la puerta y lanzó un suspiro. «¡Madre mía, cómo está el guardaespaldas!», se dijo.

Después del... incidente, Roy apenas le dirigió la palabra; no fue hasta que se subieron al coche que por fin se dignó a hablarle.

—¿Al club? —preguntó.

—No. Yo te iré indicando el camino.

Roy se limitó a seguir sus indicaciones, estaba tan serio, tan concentrado, que parecía un robot programado.

Llegaron a un barrio residencial de casas unifamiliares. Un lugar donde la gente normal, con vidas normales, criaba a sus hijos; uno de esos lugares en los que no existe la delincuencia ni la perversión camina por sus calles. «¿A quién iré a ver Sex aquí?», se preguntó Roy.

Aparcó donde ella le indicó y salió para abrirle la puerta.

Juntos caminaron hasta una de las casas y Sex tocó el timbre.

La puerta se abrió y Sex se arrojó a los brazos de una preciosa morena que la recibió encantada.

—¡Qué ganas tenía de verte! —le dijo, y entonces reparó en Roy—. Tú debes ser el guardaespaldas. —Tenía una preciosa sonrisa y Roy comprendió inmediatamente que Sex la había puesto al corriente de su nuevo empleado.

—Ella es Alicia —explicó Sex, y Roy asintió a modo de saludo.

Tras un intercambio de miradas entre ellas que Roy no llegó a descifrar, Alicia les indicó que pasaran a la casa y caminaron hasta el jardín trasero. Entonces, de repente, una pequeña niña disfrazada de hada, con unas hermosas alas de purpurina y una varita que agitaba conforme corría, se arrojó a los brazos de Sex gritando a todo pulmón:

—¡Tía, tía, tía!

Sex la tomó entre sus brazos, dejó un reguero de pequeños besos en sus regordetes mofletes y la niña rio encantada.

Roy

Me siento un intruso. No puedo remediarlo. Esa mujer y esa niña deben ser familia de Sex y no sé qué narices pinto yo aquí, de pie, observando cómo se abrazan. Se respira mucha complicidad y cariño entre ambas mujeres. Pero no me queda otra que aguantar y acostumbrarme, estas son las cosas de ser guardaespaldas.

Cuando terminan los saludos, Sex deja a la pequeña en el suelo y me mira. Me observa con tal atención que me hace sentir incómodo. Nunca he tenido trato con niños y no sé cómo comportarme.

—Hola, me llamo Alina —me dice con voz chillona.

—Hola..., Roy —contesto, intentando no parecer inseguro.

Tras la breve presentación, respiro tranquilo al ver que la atención de la pequeña regresa a Alicia.

—He preparado té. —Con un gesto de la mano nos indica que la acompañemos hasta un cenador que está a un lado del jardín.

Alina corre delante y nosotros la seguimos. Decido quedarme atrás, tomo una silla y me coloco alejado de ambas mujeres; creo que necesitan intimidad. Sex parece apreciar mi gesto, pues me sonrío.

Ellas se acomodan en un sofá de mimbre y Alina, tras servir tres tazas de té, me acerca la mía.

La pequeña se sienta sobre las piernas de Sex mientras come un trozo de tarta. Las tres charlan y yo no puedo remediar escucharlas. Nunca he sido curioso, pero me transmiten tantas cosas olvidadas, cosas como el cariño, la complicidad, la aceptación, que en vez de abstraerme e intentar no seguir el hilo de su conversación, estoy atento a todo lo que dicen.

—Es raro, ¿no? —dice Alina.

—¿El qué? —interroga mi jefa.

—No sé..., me parece raro tenerlo ahí detrás.

—¿Te refieres a Roy? —Me tenso al saber que soy el centro de la conversación. Según parece, ellas piensan que no las escucho. Claro que no saben que tengo un oído muy fino.

—Sí. No estoy acostumbrada...

—Yo tampoco —Sex suelta una carcajada y yo disimulo las ganas de reír—, pero no me queda otro remedio. No te preocupes por él, es muy discreto.

—Y está muy bueno. —Casi me da la tos al escucharla.

—Ya te digo —replica Sex, y ambas ríen. Seguro que estoy colorado. Parezco un tonto, ¿por qué me alegra gustarle?

—Hoy es el día —afirma feliz Alicia. Me relajo al darme cuenta de que van a cambiar de tema.

—Sí, por fin. —Suspira mi jefa. Sé que hablan de la inauguración y me provoca más curiosidad, parece que Alicia se siente cómoda hablando de un club como el que regenta Sex—. Ya está todo preparado —prosigue—. Tenemos un espectáculo que estoy segura de que pasará a la historia, todos hablarán de él. Patch es un artista y ha creado unas coreografías increíbles.

Al escuchar el nombre de mi amigo, aguzo más el oído. Al final voy a tener que ver uno de esos espectáculos de los que tanto hablan, porque me ha picado la curiosidad.

A Alina parece aburrirle la conversación y, de un salto, se baja de las piernas de Sex y corre hacia la casa.

—Ese Patch... —La que toma la palabra es Alicia.

—Sí, ese Patch, yo solo conozco a un Patch.

—Ah... —dice con tono pensativo—. Por cierto..., ¿hay algo entre vosotros?

Ahora sí que pongo todos mis sentidos. No sé por qué, pero me interesa mucho su contestación.

—¡No! —exclama sorprendida—. ¿Cómo quieres...? Eso sería como una aberración. Para mí, Patch es como un hermano.

—¿Seguro? —insiste Alicia y me muevo nervioso en la silla. No entiendo por qué coño duda de la palabra de Sex y lo peor de todo es que no sé por qué me molesta tanto.

—Te confieso que en un principio me resultó atractivo, pero nunca tendría nada con él. Patch no le conviene a nadie como pareja, le gusta demasiado volar libre..., ya sabes.

—Ya, un mujeriego. Pero he de recordarte que mi Declan también era así, y mira ahora...

Oigo a Sex soltar una carcajada.

—Te aseguro que tu querido marido nada tiene que ver con Patch. Él es..., es..., no es hombre para una sola mujer, ni para un solo hombre...

—¿Es gay?

—No, no es gay, pero tampoco hetero.

—Ya entiendo.

Cuando más interesante se pone la conversación, Alina aparece de

nuevo en el jardín. Se acerca hasta donde estoy sentado, toma una de mis manos y me insta a seguirla. Me siento perdido, no sé qué hacer y me limito a levantarme e ir tras una niña ataviada con un tutú rosa y unas alas multicolor.

—Mira —me dice, y me muestra un pequeño tubo, sopla a través de él y un montón de pompas de jabón vuelan libres. Me lo tiende y me alienta a soplar yo.

Nunca he hecho nada parecido, la imito, pero soplo con tanta fuerza que la espuma cae al suelo y no sale ni una sola pompa.

—Tienes que hacerlo con suavidad. —Alina chasquea la lengua, molesta, me arrebató el artilugio y me muestra de nuevo cómo se hace—. Vamos, inténtalo otra vez.

Vuelvo a soplar y esta vez salen un montón de pompas de colores que ella se dedica, entre risas, a perseguir.

Sonrío, me gusta ver a esa pequeña hada revolotear jugando a explotar las esferas de jabón que flotan por el aire. Es curioso, jamás hubiera pensado que hacer algo así podría gustarme.

Sex

Hace tanto que no veo a mi amiga que se pasa el tiempo volando y no es hasta que miro el reloj de mi móvil que no me doy cuenta de que se me hace muy tarde.

—Tengo que marcharme, aún me queda tanto por hacer... —le digo con tristeza.

—La próxima vez espero que te quedes a comer. —Siempre se nos hace poco el tiempo que pasamos juntas.

—Te lo prometo. —Le sonrío. De repente me acuerdo de Roy, he estado tan absorta con mi amiga que me he olvidado de mi guardaespaldas—. ¿Dónde está Roy? —pregunto.

Entonces escucho la risa de Alicia y, al seguir su mirada, lo veo. Abro la boca y la cierro, no sé qué decir y me limito a observarlo, a sonreír porque la imagen de ese hombre tan fuerte, tan grande, tan intimidante, vestido con un perfecto traje haciendo pompas de jabón, me inspira tal ternura que noto, a pesar de que no soy muy dada a la sensiblería, cómo mis ojos se humedecen.

—¿De dónde lo has sacado? —me pregunta Alicia, que parece encantada.

No contesto, no quiero romper ese momento mágico y me limito a sonreír como una boba.

Nos cuesta despedirnos, pero se hace tarde. Alina se abraza a Roy como si lo conociera de toda la vida y él parece encantado. En un primer momento se le ve tenso, pero poco a poco se relaja y al final parece no querer soltarla.

—¿Vendrás otro día a jugar? —le pregunta mi pequeña hada.

Roy me mira, no sabe qué decir, así que soy yo quien contesta.

—Por supuesto que sí.

Ya en el coche, el gesto de Roy se ha suavizado, parece relajado.

—Eres una caja de sorpresas. —Intento mantener una conversación, pero él no entiende por qué le digo eso y deja un segundo de mirar la carretera para mirarme a mí.

—¿Cómo?

—Jamás pensé que te podrían gustar los niños.

—Ni yo. —De pronto parece confundido—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro que sí.

—¿Alicia pertenece a su familia?

—No, pero como si lo fuese. La conozco desde hace... —Intento recordar los años que nos unen, pero mi memoria para eso es escasa—. Desde hace mucho. Fue una de nuestras bailarinas.

—¿De veras? —Le ha sorprendido tanto que de nuevo ha dejado de mirar la calzada.

—Sí. Pero esa vida no era para ella.

Nos quedamos en silencio, aunque creo que no va a durar mucho. Según parece, mi guardaespaldas es un hombre curioso.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo dejó?

—Se enamoró de un agente del FBI.

Otra vez le sorprende y me mira con los ojos muy abiertos, pero no me pregunta nada más. Si lo hubiera hecho, le habría dicho que el amor mueve montañas, lo complicado es encontrarlo.



13. La fiesta

Un *catering* se ocupaba de mantener a los asistentes siempre con la copa llena en la mano y de servir canapés originales y muy sabrosos.

Todos los invitados eran clientes asiduos del club, gente de todas las categorías sociales, hombres de negocios, actores de fama mundial, amas de casa que usaban las instalaciones para poder realizar sus fantasías sexuales, para ver un espectáculo diferente o para obtener sexo por dinero. Tan solo se requerían respeto y discreción.

Las puertas del Trébol de Cuatro Hojas se abrían a cualquier persona sin distinción alguna, se trataba a todos por igual.

Sex caminaba por la sala revisando que todo estuviese preparado. Tras ella iba Roy como una sombra, con los ojos puestos en todos los sitios y la pistola bajo el brazo, dispuesto a usarla en caso de ser necesario.

La invitación, que Sex personalmente había enviado a los miembros más destacados del club, pedía explícitamente que vistieran de blanco o de negro haciendo juego con la decoración de la sala. La única que destacaba por su color era ella que, como dueña del Trébol, iba vestida de un rojo tan intenso como el tono de su cabello.

Sex saludaba a todos los invitados con los que se iba cruzando, supervisaba que estuviesen bien atendidos y que disfrutasen de una noche especial mientras tomaba copas con ellos.

Patch, vestido con un impecable esmoquin, también se movía como pez en el agua por la sala. Esa noche no actuaba, Sex quiso que estuviera presente, que la ayudase con los invitados. Todo tenía que salir perfecto, pues la inauguración era un acontecimiento muy importante para el club. Con el

escenario nuevo se abría un abanico de posibilidades para obtener más público, querían atraer a más espectadores.

En la pista, esa noche, tres de las chicas y dos de los chicos bailaban para amenizar la velada. Dos de ellos, en las barras de los lados, realizaban complicadas acrobacias con poca ropa y de manera sensual, y el resto, en el centro, ejecutaban un baile ensayado hasta la saciedad. Entre todos calentaban el ambiente, demostrando que el Trébol era el mejor club de sexo en Manhattan.

Roy intentaba no mirar la espalda desnuda de Sex, pero le era prácticamente imposible, pues no se separaba de ella y caminaba siempre detrás. Su manera de andar denotaba seguridad. Sex irradiaba sensualidad y nadie podía resistirse a admirar su exótica belleza.

Cuando la vio en el apartamento ya preparada, con el pelo rojo sujeto en un moño tirante que permitía admirar la elegancia de sus rasgos, con los labios del mismo tono que el vestido —que le quedaba como un guante— y esos ojos maquillados con pericia haciendo que resaltaran como dos brillantes focos, se había quedado sin aliento.

Intentó fingir que no le atraía, pero Sex era una experta en hombres y nada más verlo supo que le gustaba y mucho. Disimulaba, pero se le notaba tenso a su lado, incluso más de una vez lo había pillado oliendo su cabello cuando pensaba que ella estaba distraída.

Sex atendía a los invitados, pero estaba siempre atenta a Roy, lo notaba a su lado y eso la ayudaba a sentirse más segura que nunca.

Se hacía ya muy tarde y poco a poco la sala se iba vaciando, los invitados se marchaban satisfechos, había sido una velada muy entretenida y especial. Sex se fue despidiendo, como buena anfitriona, de cada uno de ellos.

Cuando todos se fueron —incluso Patch, que lo hizo muy bien acompañado por una de las invitadas y ya casi de madrugada—, Sex, agotada, se dejó caer en uno de los sofás de piel que estaban repartidos por el salón.

La fiesta había sido todo un éxito, estaba segura de que se hablaría de ella como uno de los más grandes acontecimientos del año y Sex así se aseguraba de que los socios regresaran a su club noche tras noche.

—¡Pensé que nunca se irían! —le dijo a Roy mientras se recostaba en el cómodo sofá y se quitaba los zapatos, que le estaban destrozando los pies—. Creo que he bebido demasiado. —Cerró los ojos, notaba los estragos del

alcohol, de las copas de champán y del vino que había saboreado con los invitados.

Sintió que el sueño la atrapaba. Con pereza y mucho esfuerzo, logró abrir los ojos y mirar a su guardaespaldas, que seguía firme y de pie observándola.

—¿No estás cansado, Roy?

—No, señora.

—Claro, olvidé que eras un marine y que seguramente estarás acostumbrado a pasar horas de pie.

—Sí, señora.

Sex chasqueó la lengua, molesta.

—Dime algo, Roy. —El aludido arqueó una ceja y esperó, impaciente—. ¿Alguna vez me llamarás por mi nombre?

—No sería apropiado.

Sex sacudió la cabeza hacia los lados y lo dejó por imposible.

—Roy, llévame a casa.

El guardaespaldas asintió y, sin pensar en lo que hacía, se arrodilló y le colocó los zapatos.

Sex lo miraba entre sorprendida y encantada. Tener a ese hombre a sus pies era más de lo que podía desear. Además, mientras la calzaba, le prodigó una suave caricia y fue tan delicado que le resultó excitante.

Le tendió una mano, que ella tomó, y Roy tiró para ayudarla a ponerse en pie.

—Mmm, Roy —dijo perezosa—, ¿qué haría yo sin ti?

La sonrisa que le dedicó fue la mejor recompensa para Roy. Se la veía agotada, pero tan bonita como siempre.

Sex caminó despacio balanceándose más de la cuenta por culpa del alcohol, que influía negativamente en su sistema locomotor.

Roy iba tras ella, pendiente en todo momento. Nunca, por nada del mundo, la dejaría caer.

—¿Quiere música, señora? —preguntó ya sentado al volante con ella ocupando el asiento de atrás.

—Sí, por favor.

Puso la radio y en ese preciso instante los acordes de *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, comenzaron a sonar llenando el espacio.

El corazón de Sex empezó a galopar; la letra y el significado de esas palabras encadenadas formando la canción se colaron dentro de su confusa

cabeza. El alcohol, el peso de la soledad y la voz de Ed la hicieron sentirse nostálgica, triste. ¿Disfrutaría ella alguna vez del amor?

Sex jamás se había enamorado. Ningún hombre le había atraído lo suficiente como para comenzar una relación ni había experimentado esas mariposas en el estómago que dicen que se sienten cuando estás ante la persona amada. Pero Roy..., él era diferente, él era... Negó con la cabeza y deseó que la canción dejase de sonar.

—Roy... —dijo.

—¿Sí? —preguntó al ver que pasaba el tiempo y no se decidía a decir nada.

—¿Tienes novia? —En el preciso instante en el que la pregunta salió de sus labios se arrepintió, pero ¿quién podía ponerle un filtro a su cabeza llena con las frases de la canción, mezcladas con el alcohol y el cansancio?—. Perdona, no me hagas caso. Si no quieres, no respondas... Yo... creo que he bebido mucho.

A pesar de estar alejada de él había notado su incomodidad y se maldijo por ser tan estúpida.

—No —contestó seco al cabo de un buen rato—. La tuve, se llamaba Lizz. Pero se casó con otro.

—Oh, vaya. —De todas las respuestas que Sex podía esperar, esa nunca la hubiera imaginado—. ¿Fue hace mucho?

—No.

—Roy...

El tiempo pasó y el guardaespaldas pensó que la jefa se había quedado dormida, pero miró por un instante en el espejo retrovisor y la vio con sus preciosos ojos verdes abiertos y la frente arrugada, deseaba preguntarle algo y quizá no se atrevía.

—¿Sí? —la alentó con miedo. Si Sex dudaba, seguramente lo que quería saber era comprometedor para él. Pero ella tenía algo que le hacía sentirse cómodo a su lado, y la tensión al mirarse en sus ojos se esfumaba como el humo del cigarro que se moría por encender.

—¿Estás bien?

Roy carraspeó, la respuesta a esa pregunta era bastante complicada.

—Aún duele. —Fue sincero y no se arrepintió de ello. Pero necesitaba cambiar de tema y, aprovechando el momento de intimidad que se había creado entre ellos, se atrevió a preguntarle—. Y en su vida, ¿hay alguien?

—¡Qué locura! —Sex soltó una carcajada—. Ahora mismo en mi vida

no hay tiempo para esas cosas. Desde que me quedé a cargo del club, no hago otra cosa que trabajar.

—¿Hace mucho que es la dueña? —A Roy le había picado la curiosidad.

—Unos años... —Suspiró recordando el tiempo en el que Iván era el jefe y ella una simple empleada—. El antiguo dueño era muy amigo mío, pero esta vida le pesaba demasiado, así que terminó cediéndome el mando y dejando el club en mis manos.

El resto del camino fueron en silencio, Sex pensando en lo injusto que había sido el destino con su guardaespaldas y Roy, en lo cómodo que se encontraba hablando de su vida con una mujer a la que apenas conocía.

Aparcó el coche en una rápida maniobra.

—Hemos llegado —dijo al ver que ella no se movía—. Señora... ¿Señora?

Se giró en el asiento para mirarla y entonces se dio cuenta de que Sex se había quedado dormida. Sonrió, estaba preciosa.

Se bajó procurando no hacer ruido, abrió su puerta y, con mucho cuidado, la tomó entre sus brazos.

Era ligera como un pajarillo. Sex se acomodó, se agarró a su cuello y dejó caer la cabeza sobre su pecho. Se sentía cómoda, tanto, que en su duermevela sonrió feliz.

Caminó con ella fuertemente cogida, sintió su aroma y sus pequeñas manos en su cuello. Suspiró con fuerza, se sentía tan bien...

Dentro del ascensor el olor a Sex se intensificó y no pudo remediarlo: después de cerciorarse de que seguía dormida, acercó la nariz a su cabello y la hundió para empaparse de su perfume.

—Señora —la llamó—, necesito que se despierte y saque la llave de su bolso.

Sex abrió los ojos por un instante y, de manera perezosa, lo obedeció. Roy cogió la llave de su mano y, haciendo equilibrios para no soltarla, abrió la pesada puerta.

Entraron y cerró de una patada. Caminó hasta el dormitorio de Sex y, con mucha delicadeza, la dejó sobre la cama.

Tan solo se deshizo de los zapatos de tacón, no se atrevía a quitarle el vestido. La arropó y, cuando iba a salir por la puerta, ella lo llamó.

—Roy... —dijo con un tono de voz que denotaba cansancio.

—¿Señora? —Se acercó a la cama.

Sex le pidió que se aproximase más y él bajó la cabeza hasta ponerla

casi sobre la de ella, que tiró de su corbata obligándolo a acercarse tanto que sus narices casi se podían tocar.

—Gracias —susurró y le dio un dulce beso en una de sus mejillas, uno que dejó *KO* a Roy y tan sorprendido, que por un instante contuvo el aliento.

Sex se giró dándole la espalda, se abrazó a la almohada y él se quedó quieto y en cuclillas por un buen rato hasta que, avergonzado por su comportamiento pueril, se levantó con cuidado de no hacer ruido y salió de la habitación.



14. Una oportunidad

Sex entró en su despacho con paso vacilante, estaba agotada.

«Me hago mayor, ya no estoy para estos trotes», pensó.

Soltó el bolso sobre la mesa, retiró la silla y se dejó caer pesadamente sobre el mullido asiento. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos.

Un suspiro salió de su boca, la silla era tan confortable que la invitaba a dormir. Pero no pudo evitar que en su mente se representase la perfecta y atractiva imagen de su guardaespaldas. Esta vez el suspiro que salió de su boca fue más profundo y fuerte, sus labios sonrieron al acordarse de lo guapo que lo había visto esa mañana. «Definitivamente, el traje gris es mi favorito», se dijo. Dejó que el recuerdo de esa mañana le inundara los sentidos.

Cuando Roy entró en la cocina, ella ya estaba saboreando su café. El dolor de cabeza era tan intenso que apenas podía abrir los ojos.

—Buenos días, señora —dijo Roy.

—Por favor... —susurró ella sin ni siquiera abrirlos—, no grites.

Roy arrugó la frente. Él nunca gritaba.

—¿Resaca? —preguntó intentando hablar lo más bajo que su profunda voz le permitía.

—Dios, sí, una tremenda que me está matando. —Apoyó la frente en la fría superficie de la mesa, que la reconfortó por un breve espacio de tiempo.

No se dio cuenta de que él estaba a su espalda hasta que lo escuchó susurrar en su oído.

—Recuéstese, señora.

—¿Cómo? —Intentó girarse para poder mirarlo a los ojos, pero un fuerte pinchazo en la sien le recordó que eso era una muy mala idea.

Roy tomó con delicadeza sus hombros obligándola a ponerse recta y a apoyar la espalda sobre él.

—Así —le dijo.

A Sex le sorprendió ese acercamiento, pero lo que terminó de desconcertarla fue como él, de manera delicada colocando sus manos a ambos lados de su cabeza, la apoyó sobre su pecho y, con mucha suavidad, comenzaba a masajear sus sienes con sus fuertes y hábiles dedos.

—¿Roy?

—Shhh... Límitese a disfrutar.

Roy hizo magia con sus manos, movió los dedos en círculo y masajéó su cuero cabelludo hasta lograr arrancar un gemido de placer de los labios entreabiertos de Sex.

El aroma de ambos, la cercanía de sus cuerpos y las caricias hicieron que la temperatura de la cocina aumentase.

Sex podría haber pasado toda la vida así, apoyada sobre el duro torso de ese hombre, sintiendo sus caricias...

—Dios, Roy, sigue..., no pares.

Fue decir esas palabras y, de repente, se sintió privada de lo que más anhelaba en ese momento: sus manos, su calor.

Lo escuchó tragar con fuerza, él seguía a su espalda. Se giró para ver qué era lo que le había hecho detenerse y por un instante pudo apreciar el brillo de sus ojos, ojos de deseo, que inmediatamente ocultó dándose la vuelta.

—Debemos irnos —dijo tras carraspear.

Sex sonrió al recordar. Roy la deseaba casi tanto como ella a él.

El camino hasta el club lo hicieron en total silencio, pero Sex no pudo borrar su eterna sonrisa al ver que los ojos de él, a través del espejo retrovisor, se clavaban en los suyos de vez en cuando.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación.

—Pasa —invitó. Patch entró, cerró la puerta y se sentó, se le veía tan cansado—. ¿Estás bien? Tienes muy mala cara.

Sex se levantó de su silla y se acercó a él, negras ojeras vestían sus preciosos y vivos ojos, y eso la preocupó. Le tocó la frente, pero él la tomó entre sus brazos y la obligó a sentarse sobre sus piernas.

Sex reía e intentaba zafarse de su amarre.

—¡Déjame, anda!

—¿No te apetece estar entre mis fuertes y musculosos brazos?

La soltó y ella se levantó de inmediato.

—Venga, tonto —lo regañó, pero no muy firmemente: le gustaban sus chiquillerías. Entre ellos existía tal complicidad que podían hacer esas cosas sin sentirse incómodos.

Patch se recostó en la cómoda silla.

—¿Ves estas ojeras? —dijo mientras se señalaba las dos bolsas oscuras que lucían sus ojos—, son producto de una noche de fiesta y de sexo salvaje.

—Por lo que veo, te fue bien anoche.

—Genial. —Puso una sonrisa bobalicona en los labios—. Estuve con Emma.

Emma era una de las clientas más antiguas y asiduas del club, una mujer con una cuenta bancaria de muchos ceros y con unas ganas tremendas de disfrutar del sexo sin compromiso.

—Esa mujer es maravillosa en la cama —continuó narrando—, he disfrutado de tres orgasmos y uno de ellos gracias a su preciosa boca. Me encanta mi trabajo, me divierto y encima me pagan.

—Creo que no necesito escuchar más sobre tu noche con Emma.

Patch soltó una carcajada.

—¿Celosa?

Sex no le contestó, se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Y tú, Sex? Tampoco tienes muy buena cara. ¿Mojaste también anoche?

—No, qué va. —Su deje de tristeza hizo que Patch se enderezase en la silla—. Mi cara es producto de la resaca. Bebí demasiado.

—Es lo que tiene tener que beber con todo el mundo, querida.

—No me quedó más remedio —suspiró—. Pero... con los maravillosos remedios caseros de Roy, mi malestar se ha paliado.

—Sí, Roy es un experto en resacas. Aún recuerdo la primera vez que me emborraché. Fue por su culpa. El muy cabrón robó una botella de un licor con un nombre muy extraño... Solo sé que estaba muy bueno y que entre Roy y yo nos liquidamos la botella enterita. Tan solo teníamos quince años. —Sex lo escuchaba con mucha atención. Patch no solía contar cosas de su pasado. Era muy reservado y le extrañó que lo hiciera con tanta naturalidad.

—Sigue —lo alentó.

Patch estaba con los ojos cerrados, parecía que el recuerdo era placentero a pesar de hablar de resacas. Los abrió de golpe y su cara se transformó. ¿Por qué le estaba contando esas cosas a Sex?

—No seas cotilla, jefa.

—No seas tan reservado. Tú lo sabes todo de mí, hasta la talla de sujetador que uso, te he contado incluso cómo perdí la virginidad, y, sin embargo, yo desconozco hasta si tienes hermanos. No sé ni de dónde eres.

—Bah, son cosas sin importancia.

Desvió la mirada. No podía..., no podía. Debía callar porque a pesar de los años pasados, no había logrado superar sus traumas, no lograba olvidar.

«Hora de huir», se dijo. Era mejor salir del despacho de Sex antes de que ella notase lo tenso que se estaba poniendo.

—Te dejo. Tengo cosas que hacer.

—No confías en mí, ¿verdad?

La voz de Sex sonó triste.

Patch estaba con la mano en el pomo de la puerta y cerró los ojos al escuchar su pregunta. Le dolía no poder desnudar su alma y su corazón delante de su mejor amiga, pero no podía..., no podía...

—Sex, por favor. —Tragó saliva con dificultad. No se giró en ningún momento, no quería que viera sus ojos llenos de pena—. Déjalo estar.

Abrió, salió del despacho y cerró casi de un portazo.

Patch

En una hora saldré a escena, pero antes tengo otra conversación pendiente, esta vez con Roy. Mi supuesto amigo de la infancia con el que llevo años sin tener contacto ninguno.

Lo encuentro en la sala grande, esa en la que voy a bailar en breves instantes. Está controlando la entrada, revisando la seguridad y dando instrucciones a sus chicos.

—Hola, Roy. —Llamo su atención poniendo una mano sobre su hombro. Él la mira como si llevase adherida una bomba a punto de estallar y se mueve molesto, intentando zafarse de ella.

¿Qué coño le pasa conmigo? ¿Por qué le molesta tanto que lo toque?

—Patch —saluda con tono seco.

—¿Estás enfadado conmigo? —Sé que mi tono es irascible, pero me

está cabreando mucho su actitud desdeñosa.

—No.

Continúa a lo suyo, pasa de mí y consigue ponerme al límite.

—Necesito hablar contigo. —Intento ser paciente, pero nunca me ha resultado fácil.

Se gira para mirarme, cruza los brazos, hincha el pecho como un pavo y me dice:

—Dime.

Aprieto los dientes tanto que mi mandíbula cruje. ¿Qué coño le pasa? De niños y adolescentes éramos inseparables. Cuando ella me permitía... Cierro los ojos por un instante para recuperarme de su recuerdo. ¡Putá mierda!, se queja mi mente. Siempre que la rememoro, aunque sea como ahora por un breve instante, un sudor frío me recorre la columna. «Tengo que superar esto, tengo que superar esto...», me repito una y otra vez.

—¿Patch? —pregunta mi *amigo* al verme pálido y con los ojos cerrados con fuerza—. ¿Estás bien? —Por su tono, parece preocupado. Quizá siga importándole, como cuando éramos pequeños y me curaba las heridas que las zapatillas de *ballet* habían hecho en mis pies.

—Sí, sí. —Abro los ojos e intento disimular. Lo hago muy bien, pues con el tiempo he perfeccionado mis actuaciones para que nadie sepa cómo es Patch, cómo soy de verdad.

—¿Y bien? —Pero él también sabe jugar a ese juego y de nuevo ha regresado la indiferencia a su semblante. Otra vez es el Roy frío, el marine sin sentimientos, el que me está mirando.

—Tengo un amigo que necesita trabajo.

Arquea las cejas.

—¿Y a mí qué coño me importa?

—He pensado que quizá..., sé que necesitas otro chico para la seguridad. Mi amigo es bueno con los puños...

—No solo por ser bueno con los puños se puede trabajar en seguridad.

—Lo sé, lo sé..., pero te aseguro que no te arrepentirás.

—¿Has hablado con Sex? Yo tan solo me encargo de los turnos y eso..., ella es la jefa.

—Si a ti te parece bien, hablaré con ella.

—Ya te he dicho que yo no soy el que decide a quién se contrata.

—Creo que estás equivocado. Sex te ha cedido el mando en cuanto a la seguridad se trata, así que eres tú el que decide quién entra y quién se va.

Me mira sorprendido. Por un instante, temo que me vaya a mandar a la mierda, pero asiente y antes de marcharse añade:

—Dile que venga mañana y le echaré un vistazo, pero no te prometo nada. Si no lo veo capacitado, no le diré a Sex que lo contrate.

—Gracias, tío.

Me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento hasta que me ha respondido. Suelto el aire con fuerza e intento recuperar la respiración. No conozco a Evan desde hace mucho, pero tengo una conexión muy especial con él y algo me dice que merece la pena. Me recuerda a mi hermano pequeño, ese que perdí... y sé que necesita un empujón para salir adelante, necesita una oportunidad para demostrar lo que vale.

Inmediatamente, lo llamo y le doy la buena noticia. Sé que será bueno en este trabajo, Evan es un tío responsable a pesar de que algunas veces comete locuras como yo, a pesar de que en cierto modo somos muy parecidos. Pero a diferencia de mí, él no está podrido por dentro, él es buena persona y merece un buen futuro.



15. Su aroma

Roy llevaba viviendo bajo el mismo techo que Sex un tiempo y no había noche que no buscara desahogarse con su mano.

Sex era una tentación y no solo pasaba todo el día con ella mirando su manera de contonearse al caminar, la forma en la que se quitaba su cabello rojo de la cara, cómo sus labios sonreían y sus ojos brillaban; también tenía que soportar el delicioso aroma que desprendía su cuerpo y que flotaba a su alrededor dejando cada lugar en el que se encontraba impregnado de él.

Su apartamento y su club olían a ella, pero también las sábanas en las que Roy dormía, el baño en el que se duchaba y el sofá donde se sentaba de vez en cuando a ver algún partido, cuando sus horas libres se lo permitían.

Roy se estaba volviendo loco. Había llegado a un punto que se colaba en sus sueños. Él intentaba que fuese Lizz, su amor, la mujer de la que *tenía* de estar enamorado, quien lo desvelara. Pero no era así, llevaba poco tiempo con la pelirroja y la había desbancado para apoderarse de sus sueños más calientes y eróticos. Este hecho lo llevó a pensar que quizá Lizz estaba en lo cierto cuando le dijo que lo dejaba porque no estaba enamorado. La facilidad con la que la estaba olvidando y la forma sutil con la que desaparecía de su cabeza le hacían dudar; tal vez nunca la amó, tal vez solo la utilizó para no sentirse tan solo.

Tampoco ayudaba a frenar su libido la necesidad que tenía de estar con una mujer. Al fin y al cabo, su mano le quitaba el calentón, pero no lo saciaba, y llevaba sin sexo mucho, muchísimo tiempo.

La abstinencia, mezclada con el olor de ella, su belleza y los ratos en los que estaba en el club y presenciaba un *striptease*, o las chicas se le insinuaban

escasas de ropa, comenzaba a pasarle factura, y su resistencia se esfumaba como el humo del tabaco que había empezado a fumar en un vano intento de conseguir un poco de relax.

Esa mañana se había levantado duro y dolorido, como todos los días. La ducha tan solo servía para atenuar un poco el calentón, pero nada más poner los pies fuera de la habitación que Sex le había alquilado, su miembro adquiría vida de nuevo y toda la sangre se acumulaba en ese punto caliente.

Entró en la cocina tratando de acomodar su erección y tapándola con la chaqueta de su traje.

—Buenos días —dijo Sex sonriente y feliz, como si no fuese consciente de lo que le estaba haciendo sufrir.

—Buenos días —contestó Roy entre dientes, intentando no mirarla mucho, pues esa mañana estaba especialmente atractiva. Se había puesto un lencero de tirantes bajo el cual parecía no llevar sujetador, su ya típica falda negra de tubo que marcaba sus caderas y el carmín rojo como su cabello.

—Ven, Roy, siéntate a mi lado. —Palmeó la silla y Roy gimió desesperado. ¿Sentarse a su lado? No, no pensaba exponerse más.

Sin hacer ningún caso a su petición, se colocó en la otra punta de la mesa. Sex no dijo nada, así era Roy, tan reservado que aún no había conseguido que la llamara de tú ni por su nombre, tan testarudo que por no discutir con él siempre viajaba en el asiento de atrás, como si fuera la protagonista de la película *Paseando a miss Daisy*.

Siempre procuraba mantener el mínimo contacto con ella y jamás le ponía ni un solo dedo encima.

Pero lejos de suponer para Sex un inconveniente, era un aliciente. Cuanto más trataba él de poner distancia, más se acercaba ella y más atractivo le resultaba.

Sex tomó entre sus manos la cafetera antes de que él llegase a alcanzarla, le sirvió una taza y se la tendió para que la cogiese. Roy alargó la mano, pero no llegaba y ella tampoco ponía de su parte, pues la tenía casi pegada a su pecho.

Mascullando entre dientes, se levantó de la silla y finalmente se sentó a su lado, justo donde ella le había indicado.

—Así me gusta. —Sex premió su obediencia con el café recién hecho. Dio un bocado a su tostada. Sus ojos expresaban alegría, brillaban y no dejaban de mirarlo—. Roy... —A ella le encantaba usar su nombre de pila para referirse a él—. ¿Cuándo piensas dejar de llamarme señora? Me

encantaría escuchar en tus labios mi nombre. —Su tono, de lo más insinuante y descarado, no pasó desapercibido a Roy.

—Yo..., no creo que eso esté bien —dijo con voz estrangulada, como si tuviera algo metido en la garganta.

Sex puso los ojos en blanco, eso era exactamente lo que le respondía siempre que le pedía ir a su lado en el coche.

—Y dime... Roy —recalcó su nombre—, ¿por qué no estaría bien?

—Porque usted es mi jefa y yo... —Dejó la frase a medias y se limitó a beber su café sin ni siquiera mirarla.

Sex chasqueó la lengua. ¡Por Dios, qué hombre más difícil!

Se acabó el suyo y se levantó de la silla.

—Vámonos o llegaremos tarde —le dijo.

—Termino el desayuno y voy.

Sex resopló, pero no le dijo nada y salió de la cocina dándole un poco de espacio para recuperarse. Roy necesitaba estar a solas y que su pene volviera a tener su tamaño normal, porque si seguía creciendo así, quizá terminase explotando.

Cuando ella desapareció de su vista, Roy suspiró con fuerza y dejó caer la frente sobre la mesa, golpeándola una y otra vez.

Entonces llegó otro momento delicado: el recorrido en coche hasta el club. Dependiendo del día y del humor con el que Sex se levantaba, decidía si discutía con Roy por sentarse delante junto a él, o lo dejaba tranquilo y se colocaba detrás.

Era un momento tenso para Roy. Esa mañana, como todas, la esperaba con la puerta abierta y al verla dejarse caer dócilmente sobre el asiento de detrás, lo agradeció con un profundo suspiro de alivio. Hasta que al mirarla por el espejo retrovisor vio cómo su estrecha falda se había subido y se le veían los muslos, juntos, rozándose uno contra el otro.

Inmediatamente cerró los ojos, imploró compasión y ya no volvió a mirarla en todo el trayecto.

La mañana pasó rápida. Sex le encargó algo de comida, pues no pensaba salir del despacho, y él compró algunos de sus platos preferidos en un restaurante cercano. No pudo resistir la tentación de llevarle esa tarta de queso que tanto le gustaba porque no se quitaba de la cabeza los ruiditos de placer que soltó la primera vez que la vio comer una porción... Lo hacía de manera inconsciente, parecía que era lo más exquisito que había probado en su vida, y a él le había vuelto loco escucharla. Se preguntaba si en el sexo

emitiría los mismos sonidos excitantes y todo su cuerpo se tensó al imaginarla.

Roy estaba fantaseando con la tarta y Sex cuando la puerta de su pequeño refugio se abrió y el objetivo de sus sueños calenturientos entró sin llamar. Se incorporó con rapidez e intentó disimular su calentón posando la mirada sobre los monitores que le mostraban todas las dependencias del club.

—Roy..., me gustaría ir a la sala. ¿Me acompañas?

—Sí, claro.

—Patch estrena espectáculo —fue explicando por el camino—, y tengo muchas ganas de ver cómo ha quedado.

El local estaba abarrotado tanto de hombres como de mujeres. Desde que Sex estaba al mando del Trébol, había dejado de ser terreno vetado a las féminas, que cada vez se animaban más a disfrutar de todos los placeres que el club les ofrecía.

El espectáculo acababa de empezar y se situaron en una de las zonas con más visibilidad, pero donde ellos permanecían en la penumbra.

A Roy se le secó la boca en cuanto vio de qué se trataba. Podría haber soportado otro *striptease*, pero no lo que en esos momentos estaba ocurriendo sobre el escenario.

Patch tan solo llevaba una malla ajustada y danzaba con una mujer totalmente desnuda.

La acariciaba, la besaba, parecía hacerle el amor con cada nota de la música.

El universo se había alineado contra Roy con el fin de torturarlo y, para rematar, Sex se colocó con la espalda casi pegada a su pecho justo en una salida de aire que hacía que su rojo cabello se moviera, soltando su aroma y golpeándole la cara.

Roy no quería mirar y procuraba no hacerlo, pero sus pupilas se dirigían libres hacia los cuerpos que danzaban de una manera sensual y provocativa.

Nunca se lo confesaría a Patch, pero tenía toda la razón cuando le dijo que hacía arte. El baile era sexo puro, pero también sutil y con movimientos complicados, piruetas y *portés* que demostraban lo que era su amigo: un magnífico bailarín.

«Mierda», pensó en el preciso instante en el que, entremezclados con la música, se pudieron escuchar gemidos y jadeos.

Un camarero, en su rápido trasiego de copas, tropezó y él salvó a Sex de mancharse con las bebidas que llevaba en la bandeja poniendo una mano

sobre su vientre y acercándola a su cuerpo.

—¡Jesús! —exclamó al sentir los glúteos de Sex sobre su dura erección.

Quería apartarse, quería dejar de tocar con la palma abierta el vientre de ella, quería... ¡No, no quería!

Sex jadeó al sentir cómo el falo de Roy se le clavaba. Podía notar su dureza, su gran tamaño y esa mano..., el calor que le transmitía la excitaba.

Apoyó todo su peso sobre él y ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos. Sonrió al ver que los tenía cerrados, no le era tan indiferente como pretendía hacerla creer. Aunque eso ella ya lo sabía, ese hombre se moría por follarla, la deseaba.

Roy abrió los ojos y la miró. ¡Dios, estaba tan bonita que cortaba la respiración! Con un dedo le indicó que acercase la cara, obedeció y Sex le susurró al oído:

—¿Te gusta el espectáculo?

Roy asintió, era incapaz de soltar una palabra, su garganta estaba cerrada.

—Esto pone muy cachondo tanto a hombres como a mujeres y si alguno solo ha venido a mirar, lo más seguro es que termine buscando a alguna de mis chicas o de mis chicos para acostarse —dijo con voz ronca y entrecortada.

—Una idea muy buena. —Por fin pudo articular palabra.

—La verdad es que no fue mía, fue de él. —Señaló a Patch.

Ambos clavaron la mirada en la pareja del escenario y sus respiraciones cada vez se tornaron más jadeantes.

—Quiero irme a casa —anunció Sex.

Roy sabía que tenía que moverse. Intentó dar una orden clara a su mano derecha, que seguía sobre el vientre de Sex, para que la soltase, pero no fue capaz hasta que ella dio el paso para separarse de su cuerpo.

Sex andaba despacio, moviendo las caderas de una manera natural y, en un determinado momento de su caminar hasta el coche, giró la cabeza para mirarlo y sonreírle.

Roy iría detrás de esa mujer hasta el fin del mundo, la seguiría sin pensarlo. Y lo hizo hasta el coche, y después hasta el apartamento al que entraron a trompicones, pues nada más poner los pies en la entrada Roy se agarró a la cintura de Sex como si le fuera la vida en ello.

Ambos daban profundas bocanadas con las que pretendían llenar sus pulmones, sus labios casi se podían tocar, pero no lo hacían y se aferraban el

uno al otro con las manos.

—No debemos hacer esto —dijo Roy apoyando su frente sobre la de ella. Tenía los ojos entreabiertos y la mandíbula apretada como si estuviera haciendo un duro esfuerzo.

—Lo sé.

—Joder —gruñó enfadado, excitado, noqueado por su necesidad de ella —, solo..., tan solo una vez —rogó desesperado.

—Sí, sí —jadeó Sex, intentando llegar a los labios que él le negaba.

—Luego no habrá reproches. —Cada vez le resultaba más costoso hablar, cada vez tenía menos resistencia.

Sex tomó su cara entre sus manos, lo obligó a mirarla de frente.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo ni que me jures amor eterno, tan solo quiero que me folles.

Escuchar esa palabra en sus labios terminó por destruir la poca resistencia que le quedaba. Esa simple palabra cargada de tanto erotismo hizo que Roy se olvidase de sus obligaciones, de su deber, de que ella era la jefa, de Lizz, de su vida, de su alma...

Con hambre, se lanzó a su boca. Con fuerza, la empujó contra la pared, pero puso la mano entre ella y su cabeza para que no se golpeará. Con ansia, le levantó la falda hasta dejarla enredada a su cintura.

Sus manos lucharon con la chaqueta de Sex hasta que consiguió desprenderse de ella.

Sex no podía casi ni respirar, se sentía mareada, pero no podía dejar de besarlo. Había estado con muchos hombres, pero jamás había sentido nada. Sin embargo, con Roy...

Necesitaba tocar su piel como si fuera una función vital, como si el no hacerlo implicara morir. Tiró de su americana intentando quitársela, pero no había tiempo y la dejó para desabrochar los botones de su camisa. Separó las dos partes y metió la mano para acariciar su pecho duro y caliente. Roy la obligó a parar, no porque no le gustase lo que estaba haciendo, sino porque necesitaba que tuviera los brazos libres para deshacerse de su precioso lencero blanco. Cuando lo tuvo entre sus manos, cuando ya no cubría la desnudez de Sex, lo arrojó al suelo.

Satisfecho, descubrió lo que intuía desde que la había visto esa mañana con la prenda puesta: no llevaba sujetador.

Por primera vez, Sex lo vio sonreír y creyó que moriría derretida. «¡Tiene dos hoyuelos a ambos lados de su boca!», pensó feliz.

—Lo sabía —susurró sin darse cuenta, en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Roy.

—Nada..., sigue, sigue, hazlo —suplicó.

—No puedo... —apenas podía articular palabra, le costaba respirar—, no seré delicado. Llevo mucho sin...

—¿Quién quiere que lo seas?

Roy estaba tan cegado por el deseo que se bajó el pantalón y el *slip*, dejándolos caer al suelo. La iba a tomar contra la pared, en la entrada de su casa y sin apenas preliminares. Parecía una locura, pero Sex lo deseaba tanto como él.

—Espera —le dijo—, en mi bolso..., preservativo —susurró entre jadeos, pues él había tomado uno de sus pezones entre sus dientes.

Roy entendió a la perfección, menos mal que uno de los dos seguía cuerdo. La soltó y buscó el maldito bolso con la mirada hasta que dio con él, estaba tirado a sus pies. De manera poco delicada, lo vació tirando todo su contenido al suelo. Se lanzó desesperado sobre el envoltorio plateado y, después de romperlo con los dientes, se lo colocó.

La tomó entre sus brazos al mismo tiempo que las piernas de Sex se enredaban en sus caderas de forma automática. Roy arrancó su ropa interior como si fuera de papel, la arrojó junto al resto de sus prendas, que permanecían a sus pies, y entró de una certera y fuerte estocada.

Sex jadeó al sentirlo tan dentro, tan duro. Roy comenzó a balancearse de manera brusca, firme, mientras con su boca degustaba sus pechos y la agarraba con firmeza de los glúteos aprovechando para masajearlos, para acariciarlos. Sex se aferraba a sus hombros sin miedo, sabía que él nunca la dejaría caer.

Era perfecto, increíble y perfecto. Cada golpe de su pelvis la hacía chocar con la pared, cada lametazo que daba a uno de sus pezones le hacía sentir una corriente que le atravesaba todo el cuerpo.

—Más, más —suplicaba.

El sudor manchaba la camisa que Roy no había tenido tiempo de quitarse, su americana incrementaba el calor sofocante, pero no era capaz de parar para desprenderse de ambas prendas.

Imágenes del espectáculo se mezclaban en su cabeza junto con el aroma, el sexo húmedo de Sex y el sabor de su piel, haciendo un cóctel que logró que explotara sin poder frenarlo.

Sex sintió cómo le llegaba el orgasmo y por primera vez en su vida ella

también lo notó, experimentó la fuerza que los espasmos de placer tenían sobre todo su cuerpo. Pensó que podría morir, que quizá había conseguido tocar el cielo, y en el último momento lo obligó a mirarla a los ojos. Tiró de su pelo hasta que él levantó la cabeza de uno de sus pechos y se miraron con tanto calor que se intensificó el orgasmo, obligándolos a boquear como lo harían los peces fuera del agua.

Roy dejó caer la cabeza sobre el hombro de Sex. Su cuerpo temblaba por la intensidad del clímax. Durante un buen rato se quedaron muy quietos, intentando recuperar el latido regular de sus corazones y la respiración.

El sudor empapaba la espalda de Roy, que durante todo el rato había permanecido cubierta con la camisa y la chaqueta que la necesidad no le había permitido quitarse; pero a pesar del calor no podía separarse del cuerpo de Sex, no quería salir de su interior.

Cuando su mente dejó de estar nublada por la pasión, cuando su cuerpo se recuperó del todo, la conciencia empezó a martirizarlo. Al principio de una manera lenta, suave, pero poco a poco una terrible sensación lo asaltó, lo noqueó y se separó del cuerpo de Sex de una forma tan brusca que casi la dejó caer al suelo, pues ella aún estaba disfrutando de un estado de relax poscoital de lo más placentero.

La depositó sobre el suelo y la miró con el entrecejo arrugado. Sex abrió los ojos de golpe, sintió las rodillas flojas, las piernas le temblaban y apenas podía sostenerse. Lo miró y pudo ver perfectamente el arrepentimiento escrito en el semblante de Roy.

—No le des vueltas, Roy. —Se bajó la falda, que estaba arrugada en su cintura—. No hemos hecho nada malo, tan solo hemos follado y ha sido increíble.

¿Increíble?, había sido más que eso... Quizá lo describiría más como mágico, único. Jamás había sentido nada igual. Había estado con varias mujeres, por supuesto había disfrutado del sexo, pero lo que acababa de ocurrir nunca lo había experimentado. Porque acababa de saltarse todas las reglas, todas las normas que se había trazado de forma férrea. ¡Joder, había echado un polvo con su jefa! Se llevó una mano a su sudorosa frente y se tapó los ojos.

—¡Dios! —susurró desesperado.

—Eh, eh... —dijo, obligándolo a regresar a sus ojos—. Quedamos que sería una vez y sin reproches, ¿recuerdas? —Para Sex parecía no tener importancia lo que acababa de ocurrir y, por un lado, Roy se sintió ofendido.

Pero ella tenía razón, no debía darle más vueltas. Lo hecho, hecho estaba y ya no tenía remedio.

Sex recogió el contenido de su bolso, su chaqueta y su lencero del suelo junto con sus braguitas rotas, y todo bajo la atenta mirada de Roy, que ni siquiera se había subido el pantalón.

Permanecía desnudo de cintura para abajo, con su pantalón de traje enredado entre sus pies y el preservativo aún colocado. Seguramente, se le vería ridículo, así que decidió adecentarse un poco.

—Buenas noches, Roy.

La miró con la boca abierta por el asombro, ¿se iba a dormir y lo dejaba ahí tirado?

«Eres un gilipollas, ¿pensabas que te iba a pedir que la acompañases a la cama?». Sacudió la cabeza, enfadado consigo mismo.

La siguió con la mirada, esperando que se diera la vuelta y le hiciera algún tipo de seña para indicarle que lo deseaba en su cama. Pero lo único que ocurrió fue que cerró la puerta sin ni siquiera mirarlo.

Caminó hacia su propio cuarto. Se dio una ducha y se acostó. No quería pensar, necesitaba cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Pero cada vez que lo hacía, las imágenes de Sex, de sus senos, de su cabello rojo, se colaban en su mente y de nuevo le calentaban el alma.

Suspiró con fuerza y decidió que ya estaba bien de pensar en esa mujer, que con un polvo había sido bastante y que, después de lo ocurrido, podía volver a su vida normal. Se asombró al descubrir que incluso deseaba que regresase Lizz a su cabeza.

«Solo hemos follado», le había dicho ella. Pero si solo era eso..., ¿por qué sentía ese vacío en el centro de su pecho? ¿Por qué deseaba más?

Se colocó de lado en la cama, se abrazó a la almohada y pensó que ahora que la había probado anhelaba más de ella, que nunca le bastaría una vez y que estaba perdido. A partir de ese momento todo sería más complicado, porque había saboreado su cuerpo.

Sex

Me miro en el espejo.

—Guau —digo en voz alta. Según parece, es cierto eso de que el buen sexo embellece. Mis ojos brillan, mis mejillas están sonrosadas e incluso mi

cabello se ve más lustroso.

Sonrío feliz, ¡ha sido increíble!

Me meto en la ducha, aunque lo que más deseo es dormir. Tengo la misma sensación que me invadía al tomar uno de los somníferos que me daba mi amigo Iván cuando era incapaz de conciliar el sueño.

«No hay nada mejor que un buen polvo para que el cuerpo necesite descanso», pienso dichosa. Sí, feliz, porque al experimentar un orgasmo mi cuerpo ha segregado una hormona que me hace sentir la mujer más feliz del mundo.

«¿Se sentirá él igual?», me pregunto.

Ya en la cama, me quedo por un buen rato mirando el techo e intentando reflexionar. Digo intentando porque los ojos se me cierran y más que meditar detenidamente acerca de lo que ha pasado, en mi cabeza se cuelan las ganas de atravesar la distancia que nos separa y volver a hacerlo de nuevo. Solo que esta vez sería de forma lenta, en esta ocasión me gustaría probarlo, saborearlo..., verlo desnudo. Chasqueo la lengua enfadada, he tenido la oportunidad de admirar su cuerpo y ni tan siquiera fui capaz de quitarle la chaqueta. Eso sí, sonrío, pude tocarlo y está tan duro, tan deliciosamente duro.

Pero dejando aparte lo maravilloso del acto en sí, no va a volver a ocurrir. Nos lo prometimos, una vez, solo una.

Para mí, en realidad, ha sido mi primera vez porque nunca sentí nada igual, porque las otras no contaban, tan solo eran dinero.

«¡He tenido un superorgasmo!», me grito a mí misma entusiasmada. Por primera vez, he experimentado el placer del que tanto he oído hablar, ese por el que los hombres son capaces de pagar ingentes sumas de dinero. Y he de confesar que yo... por fin lo entiendo. Hasta entonces me había parecido absurdo y ahora yo misma pagaría por volver a tenerlo dentro de mí, por lamer su piel, por sentir sus manos... Pero no volverá a ocurrir, nos lo hemos prometido.



16. Tentación

Sex y Roy no terminaron de ver el espectáculo, pero entre las sombras, escondido para que nadie lo viera, estaba Jared, y él sí se quedó hasta el final.

Después de pasar gran parte del día trabajando en el caso de Madeline, había llegado a casa agotado, con ganas de acostarse.

Se dio una larga ducha y el calor del agua consiguió relajar los músculos doloridos de su espalda, que le pasaban factura después de haber estado mucho tiempo en tensión y delante del ordenador. Josh siempre le dejaba a él las tareas burocráticas y la elaboración de los temidos informes. Según su compañero, lo hacía porque sabía que Jared disfrutaba con ello. Y en realidad era así, pero también era cierto que Josh detestaba los ordenadores y que se aprovechaba de manera descarada de su condición de veterano.

Ya con su pijama de rayas azules de algodón abotonado, se encaminó a la cocina. Rebuscó en la nevera, pero estaba tan vacía que podría escuchar el eco si gritase dentro. Miró en los estantes y vio un bote de sopa que por suerte no había caducado.

Estaba observando cómo el plato con el contenido acuoso daba vueltas en el microondas, mientras trataba de concentrarse y así olvidar el largo y apesadoso día que acababa de tener, cuando le llegó el sonido de la puerta al abrirse.

Jared

—¡Cariño, estoy en casa! —escucho gritar a April.

Chasqueo la lengua, molesto, y me arrepiento de haberle dado una llave.

No me apetece nada verla. Si tenemos apartamentos separados, es por algo. Necesito mi libertad. Me gusta llegar a casa y no escuchar nada más que el sonido de mi respiración y la paz que me aporta el sentirme solo.

¡Putá mierda! Cuando me case, todo eso se terminará. Así que lo mejor será ir acostumbrándome.

April entra en la cocina y se lanza a mis brazos.

—Hola, mi amor —dice con su voz chillona dejando un reguero de besos en mi cara.

No me queda más remedio que estrecharla contra mi cuerpo. La siento tan pequeña, tan poca cosa, y no me gusta, quisiera separarla de mí.

El sonido del «piii» del microondas me sirve como excusa para alejarme de ella.

—¿Qué haces en pijama? —April no espera mi respuesta, se asoma para ver qué hay dentro del plato que acabo de sacar con cuidado de no derramar ni una gota de caldo—. ¿Qué te has preparado? Tiene una pinta asquerosa.

—Es lo único que tenía en casa —explico sin ninguna gana.

—Anda, deja eso y vístete.

La miro como si se hubiese vuelto loca, como si me propusiera hacer algo ilegal.

—¿Para qué quieres que me vista?

—¿Te has olvidado? —No me hace falta responderle, mi cara lo dice todo. April suspira ruidosamente. La verdad es que está acostumbrada a mis despistes...—. Hace un par de días me dijiste que hoy saldríamos a bailar.

—Pues no lo recuerdo, la verdad.

—Como siempre, querido.

—De todas formas, no me apetece salir. Estoy agotado, ha sido un día muy duro.

—Pero... ¡Es sábado noche!

—En mi trabajo, no existen los sábados noche ni los domingos...

—Pues vaya mierda —dice muy enfadada—. No sé si me apetece tirarme toda la vida con un poli.

Abro los ojos como platos, me lo está poniendo en bandeja, pero... «No hagas tonterías», me regaño. April es la mujer de mi vida, sé que somos compatibles y que con el tiempo me voy a amoldar a ella.

—No digas más estupideces. Mira, te propongo un plan B, uno mejor.

Pedimos comida china y vemos alguna de esas pelis que tanto te gustan, ya saldremos otro día.

—Eso me dijiste hace un par de días. Me prometiste que hoy saldríamos y mírate. Te volverás viejo antes de tiempo.

Me acerco a ella, que está apoyada en la encimera, y la tomo de la cintura.

—Te prometo que cumpliré mi palabra, la próxima vez lo dejaré todo por estar contigo, te llevaré a bailar...

—No te creo.

—Te lo juro.

—Se te olvidará y me harás lo mismo.

Intento besarla, pero ella se escabulle.

—Venga, nena, vamos, es un buen plan: chino y peli. —Pongo una gran sonrisa, una de esas con las que siempre me salgo con la mía, pues hace resaltar mi atractivo.

—No. —Esta vez April no cae en mis redes—. Si no te vistes y salimos hoy, me voy con mis amigas. Esta noche han quedado para bailar.

—¿No te importa? —pregunto con rapidez y entusiasmado al ver la solución perfecta para quedarme libre y solo.

April me mira con rabia, seguro que esperaba un poco más de resistencia por mi parte, pero no tengo ganas. Me empuja para que me separe de su cuerpo y sale de la cocina, furiosa.

—¡Pásalo bien! —le grito. Sé que se marcha muy cabreada, pero ya la recompensaré con algún caprichito de esos caros que a ella tanto le gustan. Lo importante es que estoy libre, totalmente libre y solo.

Me froto las manos encantado, tomo el plato y camino con él haciendo equilibrios hasta la mesa del salón.

En el último momento decidido acompañar la sopa, que se ha quedado fría y con un aspecto un tanto repugnante, con una copa de uno de mis mejores vinos. Sé que puede sonar caprichoso gastarse mucho dinero en un vino y que el sueldo de policía no da para caldos tan exquisitos como los que a mí me gustan, pero la verdad es que me lo puedo permitir. Gracias a la herencia de mi padre, nunca me falta el dinero.

Pruebo la sopa y me cercioro de que no solo su aspecto es asqueroso, su sabor lo supera. La dejo a un lado, le doy un buen sorbo a mi copa y enciendo el ordenador.

Sin pensar en lo que hago, escribo: «Trébol de Cuatro Hojas club», y

entro en la página oficial del lugar donde Madeline trabajó hasta el mismo día de su muerte.

No es la primera vez que la visito, es parte de la investigación, pero me llama la atención algo nuevo, un anuncio que antes no estaba. Según pone en letras grandes y rojas, esa misma noche estrenan, tras una fiesta de inauguración, un nuevo espectáculo. «Sensual, erótico y muy caliente», reza el texto. Junto a él, una foto de dos bailarines en una postura de *porté*. La hago grande y me fijo en el hombre.

Sin poder evitarlo, una sonrisa se asoma a mi boca. Es el mismo tipo que se me insinuó la primera noche que acudí al club.

Es un hombre fuerte, musculado y, tengo que reconocerlo, muy atractivo.

Le doy otro trago al vino y por mi cabeza pasa un estúpido pensamiento que trato de descartar: ¿y si voy a ver ese espectáculo?

Ahora siento que me apetece salir. Tengo curiosidad, pero también me vendrá muy bien para la investigación. Si soy sincero, es una manera de convencerme de que no estoy haciendo nada malo o raro, o...

Y así fue como Jared terminó en esa banquetta, tomando una ginebra cara y mirando cómo sobre ese escenario se representaba una de las escenas más eróticas y sensuales que había visto en su vida. No era como esas películas pornográficas, no era soez ni escandaloso, era arte. Dos cuerpos moviéndose con elegancia por la tarima, tocándose como si se amaran, besándose y consiguiendo con cada uno de sus gestos, de sus piruetas y sus *portés*, que el calor de la sala subiera de tal manera que con tanto ser humano dentro quizá el edificio saliese ardiendo.

No deseaba admitirlo, ni lo haría delante de nadie, pero estaba tan cachondo, tan sumamente duro, que dolía.

Sus ojos estaban clavados en los bailarines, pero en especial en el hombre. No podía desviar la mirada ni un segundo de esa figura semidesnuda que bailaba con tanta pasión que transmitía todo lo que experimentaba en su cuerpo, de tal manera que a Jared también le pareció sentirlo en el suyo propio.

Podría haber estado horas y horas con los ojos clavados en el escenario,

podría mirar esos cuerpos moverse durante días.

Pensó que el grado de excitación que había alcanzado por la danza que observaba no podría ser más elevado, pero se equivocó de lleno, pues los movimientos de los bailarines, sobre todo los de él, se volvieron más rápidos, más salvajes, al mismo tiempo que la respiración de Jared se volvía más pesada. En un determinado momento soltó un gemido y, un tanto avergonzado, miró a los lados para cerciorarse de que nadie se había percatado; suspiró aliviado ya que, gracias a la zona oscura de la sala donde se encontraba, tenía la intimidad suficiente como para no ser visto ni oído.

El baile terminó y el escenario se quedó tan oscuro que no se veían los cuerpos que hasta entonces habían estado moviéndose por toda la tarima.

Jared se tomó de un trago su ginebra y le pidió otra a la camarera, tenía que recuperarse y en cuando estuviese mejor, saldría de ese local lo más rápido que sus piernas se movieran. Necesitaba intimidad porque podía explotar de un momento a otro. Pensó en llamar a April, pero desechó la idea, ella seguramente lo mandaría a la mierda y la verdad era que le apetecía más usar su mano que el cuerpo de su novia.

—Vaya, esto parece un *déjà vu*. —Escuchó la voz profunda a su espalda, una que conocía.

Se giró y ahí estaba él. Como la otra vez, tan solo vestía un pantalón. Su piel brillaba, seguramente, por algún tipo de crema especial para resaltar la textura de su epidermis.

Patch no se lo podía creer, ese tipo tan atractivo que dejó tirado por culpa de su pasado estaba otra vez en el local y sentado en el mismo sitio.

No lo vio por casualidad, la verdad era que lo esperaba y cada noche miraba hacia ese rincón deseando que estuviera allí.

Se sentó a su lado y le pidió a la camarera un *whisky* doble.

—¿Te ha gustado el espectáculo? —le preguntó.

—La verdad es que apenas lo he visto.

—Mientes, y lo haces muy mal.

Ambos se miraron por primera vez desde que Patch se había dejado caer sobre la banqueta.

—¿Por qué crees que miento?

—Se ve en tu postura. Estás como... tenso y ahora que me fijo en tus... —acercó su cara a la de él— ojos, tienes las pupilas dilatadas.

Jared carraspeó nervioso y rompió con violencia el contacto visual. Intentó disimular lo inquieto que le estaba poniendo su cercanía, su olor...

—Será cosa del alcohol.

—Ja —soltó Patch—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Jared. ¿Y tú?

Patch movió su banqueta hasta pegarla tanto a Jared que sus rodillas se tocaron, al igual que los brazos que tenían apoyados en la barra. De nuevo, ambos se miraban con intensidad y Jared no pudo remediar quedarse observando el movimiento que sus labios hacían al pronunciar:

—Patch.

—¿Eres inglés? —interrogó Jared.

—Sí, ¿tan evidente es?

—Tu acento te delata. ¿De dónde eres?

—¿Conoces Falmouth?

—Sí.

Jared sonrió. Pues claro que lo conocía, había estado un par de veces en esa bonita ciudad.

—Y ahora que nos hemos presentado formalmente, ¿me dirás la verdad?

—¿Cómo? —Intentó deshacerse de la hipnosis en la que parecía que lo tenía sumido esa boca.

Patch se acercó más aún, tanto, que su aliento le golpeó la cara.

—Quiero que seas sincero y que me digas que has seguido cada paso, cada movimiento, cada caricia, cada respiración. Quiero que me digas que te he puesto tan cachondo que estás deseando besarme...

Jared tragó saliva con gran dificultad y sacudió la cabeza.

«No, no mires su boca, no lo hagas», se dijo.

—Ya te he dicho que no me gustan los hombres.

Patch se mordió el labio inferior en una clara provocación, lo soltó poco a poco y sonrió.

—Mientes de nuevo.

Una alarma se encendió en la cabeza de Jared. Un piloto rojo intermitente le decía que estaba en peligro, que debía salir corriendo de allí, huir de ese hombre.

—Lo lamento, pero creo que te estás confundiendo.

Sin más, se levantó de la banqueta bajo la atenta mirada de Patch, que no dejaba de sonreír y de negar con la cabeza.

—Es una pena que no lo aceptes, lo podríamos pasar tan bien.

Jared no le volvió a dirigir la mirada. Pagó las bebidas de ambos arrojando un par de billetes en el mostrador y se marchó abriéndose paso

entre la gente, casi a empujones.



17. Y después...

A Roy le hubiera gustado verlo todo de manera diferente al día siguiente cuando se la encontró en la cocina tomando un café. Pero nada había cambiado, su olor seguía excitándolo, su cabello rojo tentándolo y su verde mirada volviéndole loco.

De nada había servido tener un buen orgasmo, más bien había sido contraproducente, porque ahora la deseaba con más fuerza.

Se sentó frente a ella, pero ni siquiera lo miró, se limitó a decir un «buenos días» entre dientes y a continuar ojeando una revista mientras le daba sorbos a su café.

¿Por qué ella estaba tan normal? Le cabreaba verla actuar como si nada pasara, como si sus cuerpos no hubieran entrado en ebullición la noche anterior simplemente con el roce de su piel.

Roy decidió hacer como ella, ignorarla, y se limitó a tomar su café en absoluto silencio.

—¿Nos vamos? —le dijo Sex con una brillante sonrisa.

Roy gruñó un «ajá» y juntos se encaminaron al club.

Gracias a los dioses, que en el fondo eran benevolentes con él, Roy se podía aislar en su despacho y no tenía que soportar la presencia de la pelirroja, que hoy vestía una de sus faldas ajustadas y una blusa blanca de manga corta con un escote que le permitió, por un breve instante, divisar el perfecto canalillo por el que le gustaría pasar la lengua y...

«Joder», gimió enfadado por el derrotero que tomaban sus pensamientos.

A la hora de la comida Sex no lo reclamó y él volvió a dar gracias al

cielo. Le dijo que tomaría algo en la oficina y que, si a él le apetecía salir, por ella no había ningún problema, en el club estaba segura. Las cámaras y el sistema de vigilancia, cuya instalación se había encargado de supervisar personalmente Roy, eran los mejores del mercado: el despacho y el club eran zona de seguridad absoluta. Además, todo el tema de la protección de Sex estaba controlado por las cámaras y con los muchachos en sus puestos.

Roy decidió salir, necesitaba despejarse, limpiar la mente. Cuando salía, se encontró con Patch en la sala, que le propuso ir a comer juntos.

Escogieron el restaurante que había cerca del club y allí la mesa que estaba justo al lado de una ventana que les permitía ver en todo momento quién entraba y salía del Trébol.

Patch le dijo que era un paranoico, pero en el fondo le gustó que se preocupase tanto por Sex.

—¿Qué tal va Evan? —preguntó sin rodeos.

Llevaba trabajando en el equipo de seguridad del local un par de días.

—De momento, bien; ya veremos más adelante...

Roy sabía perfectamente que ese chico apuntaba maneras para ese trabajo, si no, no lo habría recomendado a Sex por muy amigo que fuese del *stripper*.

—No te defraudaré. Te lo aseguro.

—Eso espero —masculló.

—Y dime, Roy, ¿tú cómo estás?

La camarera les acababa de retirar la carta después de tomar nota del pedido.

Roy saltó como un resorte y, casi tartamudeando, contestó:

—¿Por qué me preguntas eso?

—Eh, tranquilo, es una pregunta inocente.

Roy se removió nervioso en el asiento, nunca había sido bueno para ocultar secretos y menos a su amigo porque, aunque se habían distanciado, aunque la vida les había llegado incluso a enfrentar, siempre serían amigos, a pesar de todo y de todos. Sabían mucho el uno del otro, habían vivido muchas cosas y eso los uniría hasta el final de sus días.

—Aquí pasa algo raro... —Patch lo estudió con los ojos entornados, como si quisiera leerle la mente—. ¡No me jodas que te has tirado a Sex! —alzó la voz.

—Shhh —lo reprendió mientras miraba hacia todos los lados—. Pero qué tonterías dices..., ¿cómo...? Anda ya...

—Lo has hecho, pero qué cabronazo eres. —Patch ignoró por completo su mentira. Sonreía feliz, parecía que incluso le hacía ilusión.

—Joder, ¿qué pasa contigo? ¿Acaso no me has oído? No he hecho nada de nada.

—¡Y una mierda!

—¿Ahora eres vidente o qué?

—No, lo que pasa es que, en ese aspecto, eres totalmente transparente.

La camarera trajo el primer plato y comenzaron a comer. Roy pensó que la conversación se había terminado, pero tan solo lo hizo por unos segundos, porque Patch volvió a la carga.

—Que sepas que me matas de la envidia —le dijo señalándolo con su tenedor.

—He dicho que no...

—Bah, tío. Déjalo ya. Siempre fuiste un desastre para mentir.

Roy tomó un largo trago de agua y siguió comiendo.

—Siempre pensé que eras gay —soltó de pronto, y a Patch se le atragantó el sorbo de vino que le acababa de dar a su copa.

Tosió y cuando se recuperó, le preguntó:

—Y ¿por qué piensas eso?

—Por tus ademanes.

Patch arrugó la frente.

—Yo no tengo ademanes. ¿Crees que hay algo femenino en mí? —Se señaló desde la cabeza a los pies.

Tenía toda la razón. No, no lo había. Patch era muy varonil, pero Roy decidió no decir nada, mientras que hablasen de eso el tema del sexo con Sex quedaría olvidado.

—Entonces..., ¿no lo eres?

—Si te desvelo ese secreto, tendré que matarte —contestó con tono de mofa—. Fuera de bromas, te responderé sinceramente si tú me dices por qué lo has pensado.

—Siempre estás rodeado de mujeres, pero tus ojos miran a los hombres.

Patch sonrió.

—Veo que elegí bien el guardaespaldas para Sex, eres muy observador. Pero no soy gay. Aunque te seré sincero, lo prometí. El género no me preocupa, así que tampoco soy del todo hetero.

—¿Mujeres y hombres?

—Exacto. ¿Por qué desperdiciar las posibilidades con un solo sexo?

¿Por qué es necesario definirse? No soy ni una cosa ni otra. Tan solo soy un hombre con ganas de divertirse, de saciar su cuerpo.

—Entiende que no comparta tu forma de pensar.

—¿Acaso has probado a un hombre?

—No, ni pienso hacerlo.

—Pues tú te lo pierdes. Te aseguro que no hay nada mejor que un hombre en la cama. Si tengo que inclinarme por un género, y quizá por eso ves que miro más a los hombres, sería por el masculino.

—¡Anda ya! No se puede comparar.

—¡Qué sabrás tú!

—Por mucho que digas, no puedes comparar el tierno cuerpo de una mujer, su suavidad, su tacto...

—Me hace gracia porque no tienes ni puta idea. No sabes lo que es sentir el duro cuerpo de un hombre, los besos son más intensos, más fuertes y las caricias..., como si te pudieran arrancar la piel. —A través de los labios de Patch salió un siseo de placer.

—Entonces, si tan maravilloso es, ¿por qué follas con mujeres?

—Porque también me gusta. No tanto, pero me gusta...

La camarera trajo el segundo plato.

—Ahora cuéntame tú. —Patch levantó una ceja en un gesto casi cómico —. ¿Cómo fue con la jefa?

—No pienso contarte nada, ¿estás loco? —Lo miró como si de repente le hubiesen salido dos cabezas.

—Entonces..., ¿confirmas que algo pasó? —Una sonrisa pícara asomó a su boca.

Roy se limitó a mirarlo enarcando una de sus rubias cejas.

—Siempre fuiste un soso —le dijo Patch, y sin más se llevó un trozo de carne a la boca.

—Lo que tú digas.

—Y dime, ¿qué pasa con Lizz? —Patch mascaba la carne, pero no le quitaba el ojo de encima a su amigo.

—¿Qué pasa con ella? —Roy dejó su tenedor para observarlo con detenimiento, no entendía a qué venía meter a su exnovia en la conversación.

—No sé... —Patch se encogió de hombros—, nunca has sido de picotear, de ir de flor en flor.

Calló como si con eso la explicación estuviera completa, pero Roy no sabía a dónde quería llegar y su mirada fue tan amenazadora que Patch, tras

poner los ojos en blanco y suspirar, le dijo, como si estuviese hablando con un niño pequeño al que tienes que repetir las cosas cien veces para que te entienda:

—Tú nunca te has follado a una mujer si tienes a otra en la cabeza. Tu pequeña polla tiene exclusividad. —Su ocurrencia le hizo soltar una carcajada que consiguió enfurecer más a Roy.

—¿Y qué sabes tú?

—Te conozco muy bien.

—Quizá haya cambiado. Llevamos sin vernos muchos años y han pasado muchas cosas.

Ni Roy se creía lo que decía. Patch tenía toda la razón y eso le sorprendió. Lizz ya no era importante en su vida. Ella también había acertado con sus palabras, nunca la había amado, pues si hubiese sido así, no la habría podido olvidar tan pronto. Esa certeza, lejos de ser un alivio, le supuso un lacerante dolor porque todo ese tiempo se había engañado, había cambiado su vida por una mujer de la que en realidad nunca había estado enamorado.

No pudo evitar cerrar los ojos. La presión dentro de su pecho era molesta y se pasó un dedo por el cuello separando la corbata de él, pues lo ahogaba.

—Eh, Roy... —Patch lo miró preocupado. De pronto, estaba blanco como el mantel de hilo que había sobre la mesa—, ¿qué te pasa?

Roy se obligó a tomar una fuerte bocanada de aire, a abrir los ojos y a contestarle con toda la tranquilidad que pudo:

—Yo no tengo la polla pequeña, tú eres el que tiene un micropene.

Patch rompió a reír y, a pesar de su malestar, Roy le siguió a la zaga, intentando dejar de pensar en Lizz y en su «no amor» por ella. Más tarde, a solas, analizaría todo. Pero sin tener a Patch dispuesto a meterse en su vida.



18. Detenido

Que Patch odiaba a la pasma era un hecho que todo el mundo sabía, lo que pocos conocían era el porqué. Él lo mantenía muy oculto, pues pertenecía a un pasado que odiaba.

Así que cuando se vio envuelto en una pelea en un local al que acudía alguna que otra noche y uno de los agentes trató de reprenderlo, se puso tan violento que, al final, el policía tuvo que pedir refuerzos. Y Patch terminó tirado sobre el suelo, esposado y con un agente inmovilizándolo con la rodilla sobre su espalda, mientras otro le leía sus derechos y le asestaba un puñetazo que le partió el labio inferior.

Tuvieron que luchar para meterlo en el coche patrulla y cuando llegaron a la comisaría, tenía la camisa rota, el labio partido y una herida abierta y sangrante en el abdomen que le había hecho uno de los tipos del bar y que, con la pelea con los agentes, se había abierto más.

Patch no sentía dolor, tan solo rabia, estaba tan furioso que no se daba cuenta del lío en el que se estaba metiendo.

—Llévalo a la sala de interrogatorios —dijo uno de los policías.

—Pero está herido, señor —objetó el que lo sujetaba por el brazo derecho.

—¡No discutas mi orden!

—Está bien, señor —masculló enfadado, y lo guio hasta uno de los despachos.

Abrió la puerta y le indicó que se sentara. Patch se dejó caer sobre la silla.

Jared se volvió al escuchar el jaleo de una de las patrullas que regresaba. Según parecía, traían a varios detenidos. Cuando lo vio entrar, esposado y con el labio sangrando, el aliento se le congeló al instante. Era el tipo del club de *striptease*, ese que se le había insinuado de manera descarada, Patch.

Se acercó a Geremy, uno de los agentes que lo traían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó señalando con la cabeza a Patch, que en esos momentos era conducido a la sala de interrogatorios.

—Ese hijo de la gran puta se ha puesto violento. Se va a enterar... Estaba metido en una pelea y, al ir a separarlo, ha intentado agredirme.

—Yo lo interrogaré —dijo Jared.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, Geremy. —La voz venía del despacho del comisario. Se había asomado al oír el jaleo y, después de escuchar a Geremy, decidió sacarlo del caso—. Estás demasiado furioso para entrar en esa sala. Jared lo interrogará y tú te irás a casa.

—Pero señor...

—Obedece, Geremy. Quiero un informe de todo lo sucedido sobre mi mesa, mañana por la mañana a más tardar. Por tu bien, espero que no me llegue ningún rumor sobre violencia policial. —Fueron sus últimas palabras antes de cerrar de nuevo la puerta.

Geremy no dijo nada más, se limitó a mirar con ira a Jared, que no hizo caso de su bravuconería, a él no lo manejaba como hacía con el resto de sus compañeros. Geremy se creía el mejor de todos, pensaba que debían obedecerlo a ciegas, pero Jared no se iba a dejar manipular, y menos por un tipo que era igual que él, un simple inspector de homicidios. La única diferencia entre él y Geremy era que llevaba muchísimos más años en la comisaría.

Ya en la puerta, a Jared le sudaban las manos y sabía muy bien el porqué. Puso una de ellas sobre el pomo y la retiró para secársela en el pantalón del traje.

No iba a ser la primera vez que interrogaba a un tipo duro con ganas de pelea, pero con este estaba nervioso.

Tomó de nuevo el pomo con la mano y lo giró despacio.

Lo primero que lo golpeó al entrar, como si le hubieran dado una bofetada, fue el olor de la colonia de ese hombre. Aun mezclado con la sangre y el sudor, se sentía delicioso.

Jared cogió aire con fuerza y caminó hasta situarse detrás de él.

—Vaya, el mundo es un pañuelo —le dijo.

Patch se giró y, al verlo, los ojos se le agrandaron por la sorpresa.

—Ni que lo digas. Según parece, mi olfato ha empezado a fallarme: nunca hubiera pensado que eras un puto policía. —A su cara de sorpresa se unió una expresión de desilusión. Ese tipo le gustaba, y mucho, pero era un policía, uno de esos agentes del orden que tantas veces lo habían agredido. Ahora su visión de él debería cambiar, dar un giro, pero... ¿por qué no lo hacía?

Jared caminó despacio y se sentó sobre el pico de la mesa de interrogatorios, muy cerca de él, tan cerca que si movía su rodilla podría tocarle el pecho.

—Cuida tu lengua. Te he librado de que fuera mi compañero quien te interrogase y puedo asegurarte que es menos amistoso que yo. No hagas que me arrepienta. —Patch no dijo nada, se limitó a mirarlo con esos ojos de un marrón intenso—. ¿Cómo te encuentras? —se interesó al ver su mal aspecto.

—¿Y tú? —preguntó con descaro.

—Aquí soy yo quien hace las preguntas.

—Mal, hecho una puta mierda.

—Cuéntame, Patch... ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Acaso no es obvio? —Chasqueó la lengua, molesto—. Lo de siempre, la policía y sus métodos violentos.

—Según me han contado, has sido tú el que se ha puesto agresivo.

—Yo tan solo intentaba defenderme. Ese policía —dijo con desprecio, señalando la puerta con un movimiento de su cabeza. Jared entendió que se refería a Jeremy—, me golpeó cuando tenía las esposas puestas. El muy cabrón no fue capaz de hacerlo antes, porque es un cobarde de mierda.

—¡Basta! —lo reprendió. Quizá tenía razón en todo lo que estaba exponiendo, no era la primera vez que a Jeremy se le iba la mano con un detenido.

Entonces Jared reparó en su camisa manchada de sangre.

—¿Estás herido? —Se acercó a mirar. Con cuidado, levantó la camisa y vio la fea herida abierta—. ¡Joder! —exclamó preocupado—. ¿Por qué no has dicho nada?

Patch se encogió de hombros.

—Hubiera dado igual.

—Pues claro que no hubiera dado igual. Tienes que ir a un médico.

—Él lo sabía.

—¿El policía que te detuvo era consciente de tu herida? —preguntó asombrado.

—Sí.

Jared se levantó enfadado, caminó a grandes zancadas y salió del despacho dando un fuerte portazo.

Llegó hasta la mesa de Jeremy, que aún no se había ido a casa, se plantó frente a ella con ambas manos sobre la dura superficie y una mirada que le heló la sangre al policía, gritando enfadado:

—¿Qué coño pasa contigo, Jeremy?!

El agente lo miró sin comprender nada y Jared se explicó enseguida.

—El detenido está herido, tiene una fea y sangrante herida en el abdomen.

—No sabía nada. —Jeremy se encogió de hombros. Mentía y era evidente.

—Si hubieras mirado mejor, habrías visto su camisa manchada de sangre.

—Perdona —dijo levantando las manos con tono irónico, y poniéndose de pie se encaró a él—, estaba ocupado esquivando sus golpes.

—Creo que sí lo sabías y no dijiste nada.

—Ah, ¿sí? Pues demuéstalo.

—Quizá lo haga. Seguro que alguno de los chicos me ayudará.

Uno de los policías había prevenido a Jeremy de la herida del reo, pero seguramente no hablaría, todos temían a Jeremy y sus represalias.

—Inténtalo, novato. —Usó el mote con sorna y para recordarle que todos se pondrían de su lado, pues era uno de los policías más antiguos de la comisaría, uno de los más respetados.

Ambos hombres estaban uno frente al otro con los puños apretados y tan furiosos que Josh decidió intervenir y obligarlos a poner distancia.

—Eh, chicos, tranquilos —les dijo poniendo cada una de sus manos sobre los pechos de ambos, que subían y bajaban con rapidez.

Jared respiraba con dificultad, estaba tan cabreado que deseaba golpear la nariz de Jeremy hasta verlo sangrar. Pero sabía que debía controlarse. Según parecía, Patch ya le había dado su merecido, pues su labio estaba hinchado. Sonrió para sus adentros. «Te lo mereces por cabrón», se dijo mirándolo con desafío.

Rechinó los dientes y se giró para regresar a la sala de interrogatorios. No tenía sentido seguir allí con ese palurdo. Tenía que llevar a Patch a ver a

un médico.

—Voy a llevarlo al hospital —informó a Josh.

—OK. Estaré en el coche esperándote.

Jared asintió y, asomando la cabeza en la sala, dijo:

—Nos vamos, Patch.

El aludido lo miró sorprendido.

—¿Dónde? Quiero hablar con un abogado, no puedes...

—Cállate y levanta tu culo de la silla —lo interrumpió—, vamos a un hospital a que te miren esa herida.

Durante todo el camino permanecieron en total silencio. Patch, esposado en la parte de detrás, procuraba no hacer ningún ruido a pesar del dolor que palpitaba en su abdomen como un recordatorio constante de la pelea en la que acababa de tomar parte activa y que, gracias a la adrenalina, no había sentido hasta entonces.

Sonrió y el labio le escoció un poco. Disfrutaba peleando, le gustaba la sensación de golpear. De joven se metía en todos los líos que podía simplemente para asestar unos cuantos puñetazos y para fastidiarla a ella... Pero ahora que vivía de su cuerpo procuraba no meterse en follones. Lo que más le jodía eran los golpes en la cara porque seguro que dejarían feos moratones y tendría que usar kilos de maquillaje para poder taparlos.

En esta ocasión le había merecido la pena participar en la pelea, a pesar de que su cara había resultado malparada, no por culpa de su contrincante, sino por la del cabronazo del poli que, tras esposarlo, le había asestado un par de puñetazos, el muy cobarde...

—Entra tú solo, yo me quedaré en el coche —dijo Josh mirando a Jared nada más aparcar—. No creo que nos dé problemas.

Jared asintió, salió y abrió la puerta para dejar salir al reo. Lo ayudó para que no se golpease la cabeza y, tomándolo del brazo con más fuerza de la debida, caminaron juntos hasta la entrada del hospital.

—Necesitamos que lo vea un médico. —Jared se dirigió a la joven que, tras el mostrador de recepción, los miraba con interés.

Patch llamaba la atención incluso esposado y con el labio sangrando.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la rubia con timidez y con los ojos clavados en Patch.

—Bombón, ¿acaso no está claro? —Le guiñó un ojo y Jared, atónito con la situación, pudo ver cómo la chica suspiraba.

—Llame a un médico —espetó enfadado—. Tiene una herida en el

abdomen y está sangrando. Así que llame a un puto médico, ¡ya!

Su mirada fría y sus palabras secas la dejaron temblorosa y asustada.

—Pa-pasen a la sala de espera, por favor. —Les tendió un formulario y, temerosa, le dijo a Jared—: Tiene que rellenar esto.

Asintió y lo tomó en la mano. Caminaron juntos hasta la sala de espera.

—¿No crees que has sido un poco borde con la pobre muchacha?

Jared lo miró con los ojos entornados.

—No estamos aquí para que ligan con la enfermera.

—Eh, poli, ¿no estarás celoso? —Patch le regaló una de sus sonrisas canallas.

—Deja de decir memeces y rellenemos esto —resopló molesto.

Patch le ponía nervioso; por más que intentaba mantenerse impertérrito, su presencia le afectaba, y mucho. Disimulaba todo lo que podía porque temía que él lo notara y era muy probable que lo usara en su beneficio. No era un tipo de fiar, era un matón y sabía perfectamente valerse de su atractivo para obtener lo que quería. No lo conocía, pero a simple vista se veía lo seguro y frío que era. Pero a pesar de que era un tipo peligroso, incluso a sabiendas de que le podía meter en problemas, no podía remediarlo: se sentía atraído, deseaba conocerlo, saber más cosas de él.

Patch fue dictándole al policía todos los apartados del formulario, que rellenó en su nombre con letra limpia y perfecta.

—¿Crees que tardarán mucho? —Llevaban como quince minutos esperando y el dolor era cada vez más intenso. No se quejaba, ni siquiera ponía mala cara, pero según pasaba el tiempo su resistencia iba mermando.

—No sé. Parece que ha habido una colisión de varios coches y no dan abasto —protestó Jared molesto. Ya se había acercado a dejar el formulario y apremiado a la enfermera, pero le había dicho que acababan de llegar un par de urgencias y que los médicos estaban atendiendo a los heridos que corrían más gravedad—. ¿Quieres un café? —preguntó al ver la máquina que estaba en la sala.

—Vale.

Jared se levantó y se colocó frente al dispensador.

—¿Cómo te gusta?

—Caliente —dijo con tono seductor y se ganó una elevación de ceja del inspector.

Chasqueó la lengua, molesto, y metió las monedas suficientes para sacar dos cafés como a él mismo le gustaban: cargados y con mucho azúcar.

«Si no le gusta así, que se joda, por gracioso», se dijo.

Cuando las bebidas estuvieron preparadas, tomó una en cada mano y regresó al lado de Patch.

Le tendió la suya y cuando la cogió, sus esposas tintinearón.

Jared se dejó caer de nuevo en el asiento contiguo y le dio un trago a su café.

—¿Por qué te peleaste? —preguntó.

—No sé. —Patch se encogió de hombros.

Beber con las esposas era un tanto complicado, pero el café caliente le estaba sentando muy bien y no se resistió a darle otro largo trago.

—Quizá —prosiguió— porque necesitaba sacar de mi cabeza..., desfogarme de alguna manera.

—Intentabas meterte en líos. Te pone, ¿verdad? —Lo miró con una sonrisa en los labios y Patch se relamió los suyos.

—Tú eres el que me pone —se insinuó.

—Pues tú a mí nada. —Intentó sonar frío, pero la voz le tembló un poco, aunque para Patch resultó inapreciable y le molestó su respuesta.

—¿Estás seguro? —Quiso intentarlo de nuevo. Para un tío que deseaba de verdad, sin dinero de por medio, además de ser policía, parecía ser totalmente inmune a su atractivo—. Puedo ver cómo tragas saliva, cómo tus pupilas están dilatadas. Puedo oler tu deseo.

—¡Basta! ¡Cierra ya la puta boca! —le chilló enfadado.

Si seguía diciéndole esas cosas, ese engreído, ese petulante se daría cuenta de que en cierto modo tenía razón. Para Jared no era un hombre más, un reo al que llevaba al hospital para curar sus heridas como lo había hecho con tantos otros. Para Jared era...

«No, no, no», se gritó en lo más profundo de su mente. No pensaba decir lo que despertaba Patch en él.

—Como quieras —se limitó a decir.

Se quedaron en silencio, Patch no quería seguir presionándolo y Jared no tenía más que decir.

La cara de Jared estaba tan roja que procuró que él no la viera, sentía los pómulos arder. Ese hijo de puta había metido imágenes en su cabeza, imágenes que no deberían estar ahí. Se levantó furioso. Tiró el café, que no había terminado, en la papelera y se sacó de la máquina una botella de agua.

Desenroscó el tapón y se la bebió casi de un trago.

—No me gustan las injusticias —dijo Patch cuando él se sentó de nuevo

a su lado.

—¿Cómo? —Giró la cabeza para mirarlo y lo que vio lo golpeó con fuerza el centro del pecho, como si le hubiesen dado un puñetazo. Sus ojos permanecían cerrados y su cara ya no tenía esa expresión chulesca que siempre lucía como si fuese una máscara que no permitía ver la verdadera faz de Patch.

—Unos tipos —comenzó con voz vacilante—, unos hijos de puta se estaban metiendo con un muchacho. Un chico joven que estaba en el lugar y en el momento equivocado. Yo... —tragó saliva con dificultad—, simplemente me vi reflejado en él y no pude... —Su voz pareció quebrarse.

Entonces abrió los ojos de golpe y le dio otro largo trago a su café. Se quedaron en silencio. Jared se hacía muchas preguntas, pero en esos momentos no se atrevía a formularlas en voz alta.

—¿Por qué no te gusta la policía? —Las otras cuestiones, quizá más importantes, quedaron silenciadas por esa, tal vez porque era la más simple de contestar.

—Ya te lo he dicho, no me gustan las injusticias.

—No te entiendo.

—Mira mi labio partido, ¿crees que me lo hice yo solo? —preguntó con ironía.

Jared asintió, sabía a qué se refería y clavó sus ojos en los de él.

—No todos somos iguales.

—Te puedo asegurar que la mayoría sí lo son, y he conocido a muchos.

—Dime una cosa, ¿crees que yo lo soy? ¿Crees que soy injusto?

—No lo sé, dímelo tú. —Los dos se miraban, frente a frente, con sus alientos golpeándose la cara—. ¿Lo eres?

Jared fue quien desvió la mirada, la de Patch era tan intensa que parecía acariciarlo. Se acomodó en la silla fijando los ojos en la máquina de los cafés, algo menos peligroso para su mente que mirar a Patch.

—Nunca he encajado, eso tampoco me ayudaba... —confesó Patch en voz muy baja, parecía estar hablando consigo mismo—. Siempre fui el raro.

Jared sonrió. Él tampoco fue el chico más popular, siempre estaba metido entre libros, no le gustaba beber ni salía con amigos porque apenas tenía. Se excluía de todos los grupos, pero no pensaba contarle nada de eso a Patch. Todas esas mierdas le pertenecían a él, solo a él.

—Me cuesta creerte viendo en lo que te has transformado.

—Ahora soy espectacular. —No pretendía parecer petulante, pero su

comentario recibió la mirada inquisitoria del policía. Patch se encogió de hombros y dijo—: Pregúntale a cualquiera, este cuerpo atrae.

—Eres demasiado pedante.

Patch soltó una carcajada, pero calló de golpe al sentir un fuerte dolor en su herida abierta.

—Soy realista. —Se quedó en silencio de nuevo, pero este duró muy poco tiempo—. Ni siquiera encajaba con mis compañeros de *ballet*.

Jared lo miró asombrado.

—¿Eras bailarín profesional?

—Ajá, y de los mejores. Fui la primera figura más joven del American Ballet Theatre.

—¡Vaya! —exclamó. Conocía esa compañía y sabía que era la mejor de los Estados Unidos.

—Sé que ahora me estás visualizando con unas mallas ajustadas, muy ajustadas. —Se colocó frente a él y Jared no pudo evitar perderse en sus ojos. Tragó saliva con dificultad al evocar la imagen de las fuertes piernas del bailarín embutidas en unas mallas de *ballet*.

—Señor Patch Jacobs. —La voz de la enfermera rompió la conexión entre sus miradas, entre ellos, devolviéndolos a la realidad.

Jared se sintió como cuando estás en un sueño en el que crees volar, despiertas y notas cómo caes a tal velocidad que, al aterrizar en la realidad, das un salto en el colchón. Pestañeó un par de veces y carraspeó.

Tenía que moverse, parecía un estúpido. La enfermera esperaba y él seguía sentado en la silla intentando que la sangre regresara a su cerebro y dejase de concentrarse en su pene.

¿Estaba empalmado? Al darse cuenta de que la respuesta era afirmativa, pensó que era tan ilógico, tan absurdo tener una erección en la situación en la que se encontraba, que quizá debería pedir él también un médico, pues había perdido el juicio.

—¿Vamos? —preguntaron los gruesos labios de Patch.

—Sí, sí, claro.

Sacudió la cabeza con energía afirmando lo que debía hacer y se levantó casi de un salto.

Entraron en la sala donde el médico esperaba sentado tras su silla.

Saludó con la cabeza a ambos y le pidió a Jared que le quitase las esposas para poder examinarlo bien.

Jared obedeció. Sabía que Patch no era peligroso, no iba a intentar

escapar ni a ponerse violento. Tan solo había pasado unos breves instantes con él, pero su intuición nunca le había fallado, y ese tío era de fiar a pesar de meterse en líos estúpidos y de querer dar un aspecto de tipo malo y peligroso.

—Quítese la camisa —le pidió el médico.

—¿Él va a quedarse? —preguntó Patch antes de echarle mano a sus botones.

—Sí. —Fue Jared el que contestó, seco. Se colocó a un lado con los brazos cruzados sobre el pecho, dejando al médico trabajar, y se tragó las ganas de abofetear a Patch cuando, ante su respuesta afirmativa, le sonrió y, con los ojos clavados en él, comenzó a desabrochar botón a botón la camisa como si no tuviera prisa ninguna.

El médico le pidió que se sentara en la camilla y examinó la herida.

—No es profunda, bastará con unos puntos.

Trabajó en silencio. Patch aguantó el dolor sin expresar nada, se limitó a mantener la mirada conectada con la de Jared, que apenas podía respirar. No era la primera vez que veía coser a alguien, incluso él mismo en más de una ocasión había experimentado la sutura en su propia piel. Pero observar a Patch mientras el doctor lo cosía le produjo un extraño sentimiento de malestar, sabía que le estaba doliendo y deseaba paliar de alguna manera ese sufrimiento. Parecía tan absurdo. Nada podía hacer y se limitó a mirarlo, a apoyarlo con el calor de sus ojos.

La conexión entre ellos era tan grande, tan fuerte que, sin proponérselo, sin pensar que surtiría efecto, Patch comenzó a sentirse mucho mejor. Su mirada era como un leve sedante.

—Ya está —anunció el doctor. La conexión visual entre ellos se rompió de manera abrupta y el dolor lacerante regresó como por arte de magia.

Después de darles instrucciones de cómo hacer las curas de la herida, Patch, esposado de nuevo, y Jared abandonaron el hospital.

Regresaban a la comisaría, lo más seguro era que Patch pasase la noche en el calabozo.

El silencio otra vez reinó en el habitáculo del vehículo; el silencio y las dudas que Jared experimentaba sobre lo que él le hacía sentir de manera brutal.

Lo miró a través del espejo retrovisor y clavó los ojos en él, que parecía ser consciente de lo que le estaba haciendo. Por un segundo desvió la mirada para observar a Josh que, para su tranquilidad, estaba totalmente concentrado en la conducción y no prestaba atención a lo que allí ocurría, al torrente de

sensaciones que el simple roce de sus ojos a través de un pequeño espejo le estaba produciendo a su cuerpo, a su mente.

Deseó salir de ese coche, necesitaba separarse de Patch. Rogaba que dejase de mirarlo, porque él mismo no podía dejar de hacerlo.

¿Qué le estaba pasando? Finalmente, cerró los ojos y masculló un par de tacos. Para cuando los abrió, ya habían llegado a comisaría.

—¿Puedes llevarlo tú? —preguntó a Josh.

—Sí, claro.

Sabía que Patch lo estaba mirando y que se estaría preguntando por qué lo dejaba en manos del otro policía y no era él mismo quien lo llevaba hasta el calabozo. Era consciente de todo, pero su cordura le pedía a gritos que se alejase y así lo hizo.

Casi a la carrera y sin mirarlo ni una sola vez, Jared subió a su coche mientras que Josh se llevaba al reo a uno de los calabozos.



19. Solo una vez más

Roy andaba cargado con una bolsa que desprendía un aroma tan delicioso que provocaba que sus tripas protestasen con energía.

Había estado en Patsy's Pizzeria en busca de la comida.

Caminaba pensando en el banquete que se iba a dar con su *pizza* criolla con doble de *mozzarella*, panceta ahumada, aceitunas negras, carne picada... Se relamía de gusto.

Entró en el despacho después de avisar de su presencia dando dos golpes sobre la puerta con los nudillos.

Sex estaba bella, pero claro, para Roy ella siempre estaba perfecta, aun recién levantada y a pesar de estar despeinada, sin maquillar y con ojos somnolientos. Incluso después de salir a correr, sudorosa y con esa coleta que se balanceaba de un lado al otro, provocándolo. Sex siempre le resultaba apetecible.

Ese día en concreto llevaba una blusa de seda que se ataba con una lazada a su esbelto cuello y una falda de vuelo que le llegaba a las rodillas. Iba muy discreta, nada provocativa, pero a Roy se le secó la boca nada más verla salir, ya preparada para ir a trabajar. No le hacía falta enseñar nada para ponerle duro, simplemente con estar en la misma sala, con oler su perfume, le bastaba; incluso con pensar en ella toda su sangre corría rauda a esa zona que aparentaba estar viva y que luchaba día a día con su mente. Parecían retarse y para desgracia de Roy, era su polla y no su cerebro quien siempre resultaba vencedora.

Cerró los ojos por un instante, tomó una fuerte bocanada de aire y se alentó a caminar hacia la mesa de Sex.

Su día a día era una constante lucha por no lanzarse sobre ella, por no besarla, acariciarla, una batalla cruenta y despiadada, pero no podía hacer caso a su libido: ella era la jefa y él, su guardaespaldas. Se suponía que no debía tener ningún tipo de contacto con el cliente, se suponía que no...

Sex

—¿Qué me has traído, Roy? —Levanto la cabeza del teclado para ver qué le pasa a mi guardaespaldas.

He escuchado los dos golpes que siempre da con los nudillos en la puerta para avisarme de que va a entrar, también le he oído dar los pasos necesarios para ponerse delante de mi mesa e incluso le he escuchado tomar aire con fuerza, pero al cabo de un rato, de un buen rato, no oigo nada y, a pesar de que mis facturas corren prisa y de que voy muy atrasada con el trabajo, decido levantar la cabeza para ver qué le ocurre, para ver qué le mantiene tan callado, tan quieto que ni siquiera se le escucha respirar.

Me quedo sin aliento, está tan guapo que me cuesta tomar el aire que necesito para llenar los pulmones. Además, me mira de una manera que me calienta, me sofoca.

Lleva mi traje preferido: uno gris de algodón que se le ajusta perfectamente.

Hoy no se ha afeitado y el vello de su cara se ve fuerte y oscuro como el de su cabello. Aprieto mis muslos al imaginar sus mejillas rozando su interior. Un pequeño gemido se me escapa y él eleva la ceja derecha. Sé que siempre que no entiende algo hace ese gesto y sonrío porque me gusta, me encanta verlo confuso, me pone su elevación de ceja.

Carraspea, pestañea y se dirige a la zona donde solemos comer, al rinconcito de mi despacho habilitado para ello.

—Una Coca-Cola bien fría y *pizza* boloñesa —enumera, mientras coloca todo en la mesa supletoria.

Todos sus movimientos son perfectos, me recuerda a un gato. No, me recuerda a un tigre, uno grande que camina con elegancia, pero que desprende poder, fiereza.

Los músculos de sus brazos se contraen, se pegan a su chaqueta, se marcan. Deseo perfilarlos con mis dientes, con mi lengua.

Llevamos viviendo un tiempo juntos, incluso me folló contra la pared de

la entrada de mi apartamento, lo he visto casi desnudo, pero aún no he saboreado su piel. Me desespera, porque cuanto más me esquivo, más deseo acariciarlo, besarlo.

Sé que prometimos que solo lo haríamos una vez, pero la tensión sexual me va a matar y he decidido poner en marcha un plan para desahogarnos. No pasa nada porque en lugar de una vez, sean dos..., ¿verdad? Nuestra salud y cordura nos lo agradecerán.

—Roy... —lo llamo.

Él gira la cabeza. Ha dejado todo colocado, perfectamente alineado. Nuestra comida nos espera, pero yo tengo en mente otra cosa, necesito cubrir otra necesidad antes de alimentar nuestros cuerpos; llevo pensando en ello toda la mañana.

—¿Sí?

—¿Podrías sentarte un momento? —Le señalo la silla que hay frente a mi mesa.

Otra vez la ceja se eleva y me muero de ganas de besarlo.

Obedece sin rechistar. Esto de tener poder, en ocasiones como esta, me excita, me encanta y lo disfruto.

Mi formidable, sexi, atractivo y fuerte guardaespaldas se deja caer en la silla.

Arrastro la mía y me pongo de pie, camino despacio con mis pupilas sobre las de él.

—Señora, ¿pasa algo?

Esa ceja va a matarme.

Sonrió y me siento sobre la mesa, justo frente a él.

—Roy..., sé que prometimos que solo una vez, pero... —Mi voz suena ronca, pretendo calentarlo, hacer que me desee tanto como yo a él.

Me cruzo de piernas, pero tiro de mi falda hasta descubrir mis muslos.

Roy permanece en silencio. No deja de mirarme con esa ceja arqueada, veo cómo su pecho sube y baja rápido, su respiración está alterada y unas gotas de sudor cubren su frente. Intenta disimular las ganas, pero a mí no me puede engañar. Le pongo y mucho.

—Señora, no debemos...

Deja la frase a medias porque yo apoyo las manos sobre la mesa y abro las piernas mostrando mi culote casi transparente.

Lo veo tragar saliva con dificultad, estoy quebrando su control, lo voy a conseguir.

Arrima la silla más hasta quedar entre mis piernas. Veo cómo las aletas de su nariz se dilatan, seguro que está intentando absorber el olor de mi piel, de mi sexo caliente y deseoso de sus atenciones.

—Solo una vez más, Roy —le susurro, y comienzo a deshacer el nudo de mi blusa. Suelto la tela, que cae a ambos lados de mi cuello, dejando al descubierto un camino de pequeños botones de nácar, que desabrocho despacio. Cada porción de mi piel que queda al descubierto es admirada por esos ojos, siento como si me besasen, los percibo con tal intensidad que gimo. Mi blusa queda abierta totalmente y él está como paralizado.

—Vamos, Roy, tócame —le suplico mientras me paso una mano por el escote y los pechos.

—¡Joder! —masculla—. Tan solo una puta vez más —dice antes de lanzarse sobre mis piernas abiertas. Y mi fantasía se cumple: tengo sus mejillas raspando el interior de mis muslos y sonrío feliz.

—Sí, sí —repito una y otra vez.

Roy

Estoy sentado delante de ella. Tiene las piernas abiertas y puedo oler su sexo, su deseo. Sé que está húmeda para mí, sé lo que quiere y mi resistencia se quiebra, pues no puedo más, ante ella soy débil. Puede hacer conmigo lo que quiera.

Me pide que la toque y yo lo hago porque si no, moriré.

Desde que la he visto sentada sobre la mesa, insinuándose, he tenido una visión, un deseo: mis mejillas raspando el interior de sus muslos, y lo pongo en práctica.

Rozo y después lamo, restriego y beso. Absorbo su aroma, froto mi nariz, observo las rojeces que mi vello deja sobre su blanca piel plagada de pequeñas pecas. Suspiro y vuelvo a rozar.

Mis manos se aferran sus caderas bajo su falda y continúo disfrutando de sus tersos muslos.

La escucho gemir, jadear y me excito más y más.

Con delicadeza tironeo de su culote, deseo quitarlo, quiero que desaparezca. Ella me echa una mano y, apoyada sobre los brazos, eleva el trasero para que pueda sacarlo. Lo bajo despacio mientras me miro en sus dilatadas pupilas.

Cuando consigo deshacerme de él, le abro más las piernas y hundo la nariz en su interior. Ella grita de placer y sorpresa, y yo sonrío con la boca sobre su sexo húmedo. Lamo, lamo y me excitan su sabor, sus jadeos y los tirones que le da a mi pelo.

Creo que la escucho decir «sí, sí» una y otra vez. Pero ya nada me importa, ya no podría parar, aunque alguien irrumpiese en el despacho.

Lamo, lamo y beso. Entro con la lengua, rozo con la nariz. Tomo sus glúteos y llevo su sexo más cerca de mi boca. Parece que estoy sosteniendo entre mis manos una dulce manzana a la que voy a dar un buen bocado.

Muevo la lengua en círculos, sé que así le gusta, me lo dice su cuerpo, me grita cómo lo quiere y yo ejecuto los movimientos que sé que la van a llevar al orgasmo. Disfruto de su placer como si fuese el mío propio. Me correría tan solo de verla disfrutar como lo está haciendo.

La miro y ella me mira, mira lo que le estoy haciendo y puedo verme en sus ojos, puedo sentirlo llegar, fuerte e intenso. Se pone rígida, grita, sacude la cabeza sin romper la conexión visual y siento los latigazos de su orgasmo sobre mi lengua. ¡Dios, es maravilloso!

Deseo gritar, pero tengo la boca llena de ella, los labios, la lengua se combinan de una manera única para hacerla temblar, para hacerla sentir y se corre, se deja ir y me hace feliz. Tan feliz que mis ojos se anegan y, por un instante, tengo que cerrarlos para recuperarme.

Permanecemos quietos, yo con la cabeza apoyada sobre uno de sus muslos y ella acariciando mi cabello. Poco a poco recuperamos la respiración, poco a poco volvemos... No, no quiero regresar jamás, quiero quedarme sobre su muslo toda la vida, quiero...

—Roy. Ahora fóllame.

Levanto la cabeza para mirarla. «Fóllame» me dice, y en ella esa palabra suena tan bonita.

Veo cómo mete la mano dentro de uno de los bolsillos de su falda y saca el mágico sobre plateado.

Sonríe traviesa, lo tenía todo planeado, pero a mí qué coño me importa.

¡Joder, la deseo! Y sin pensarlo dos veces me pongo de pie, me desabrocho el cinturón y el pantalón, que dejo caer junto con mis bóxers al suelo.

—Por favor, Roy, quítate la chaqueta y la camisa, quiero tocarte.

Mi ama pide y yo obedezco.

Me quito la americana y escucho perfectamente cómo contiene el

aliento; la miro, pues no es el placer lo que hace que su respiración se paralice. Sus ojos están clavados en la pistola que llevo colgada en el arnés y me aclaran lo que le pasa. La pierdo y, sin poder remediarlo, suelto un gruñido. Sé que no le gustan las armas, le prometí que nunca tendría que ver mi pistola, así que me lo quito con rapidez, con rabia. En el preciso instante en el que el arma desaparece de su vista, se relaja y la pasión regresa a sus ojos.

Doy gracias en silencio, de nuevo la tengo y no pienso soltarla por nada del mundo. Me deshago del resto de mi ropa tan rápido como mi deseo por ella me permite.

Mi diosa se excita, se muerde el labio inferior cuando ve mi torso desnudo.

Por un instante regreso al presente: estoy en pelotas en el despacho de mi jefa, con ella sentada sobre la mesa mostrando su sexo. Pero me importa una mierda todo, tan solo quiero hundirme en esa cavidad caliente y húmeda, bombear hasta correrlos juntos.

Sex acerca una de sus mejillas a mi pecho y suspira sobre él.

—Hueles tan bien —dice mientras roza su nariz y deja besos húmedos sobre él.

Mis manos vuelan a su espalda, acaricio su cabello, meto la cabeza entre él y consigo llegar a su cuello. Lo lamo y beso, muerdo y busco su boca. Entro en ella con tal pasión que la escucho jadear. Nos quedamos sin aliento.

Sus pequeñas y suaves manos no dejan de tocarme, de acariciar mi pecho, sus dedos recorren mis abdominales y llegan a mi falo. Siseo de placer al notarlas moverse sobre él, recorrerlo con sus uñas.

—¡Joder! —sale de mi boca.

Ya no puedo más, la obligo a parar o me correré. Abro el preservativo que ha dejado sobre la mesa y me lo coloco.

Me sitúo entre sus piernas y la miro, la observo con intensidad. Una de mis manos agarra su cuello y la otra aferra mi polla.

—Hazlo, entra —pide entre jadeos y, como siempre, sus deseos son órdenes.

Guio mi erección hasta ella y me hago paso de manera firme y muy lenta. Disfruto de su estrechez, los ojos se me cierran, pero los obligo a mirarla, a observar cómo da bocanadas, cómo su pecho sube y baja rápido, jadeante.

Me agarro a sus caderas y me apoyo en ellas para pujar.

Estoy dentro y me siento pleno. Me muevo lento, muy lento, pues quiero que esto dure una eternidad.

Entro y empujo con fuerza, salgo y vuelvo a entrar.

Mis manos la sujetan fuertemente y mi boca busca la suya. Siempre con los ojos abiertos, siempre mirándonos a pesar del esfuerzo que supone mantenerlos así porque ellos luchan por cerrarse.

Mis movimientos se vuelven más rápidos, más profundos, y mis besos más salvajes. Ella tira de mi pelo, clava las uñas en mi espalda y se mueve contra mi pelvis.

Paro de golpe, respiro, ella me mira sin entender qué pasa y yo no le puedo explicar por qué lo hago. Necesito parar, necesito sentir que esto es real. Gruño, me anclo a sus caderas y entonces bombeo más y más fuerte, más y más rápido. Ya no voy a detenerme hasta quedar saciados, ya no hay vuelta atrás.

Nuestros sexos chocan de manera brutal, ella corre a recibirme y yo la busco, desesperado.

Más, más, más...

Sex grita al llegar su orgasmo y yo gruño. Sex muerde mi cuello para acallar su voz y yo me retuerzo de placer. Sex me abraza y yo la beso.

Juntos, saciados y juntos. Sonrío contra su pelo, ella no puede verme, pero es una sonrisa de felicidad.

Dejo de calcular el tiempo que permanecemos abrazados, dejo de pensar, pero la vida llega de golpe como un cubo de agua helada y de repente todo lo que no me importaba pasa a ser primordial.

Estoy desnudo, follando en el despacho de mi jefa, mi deber, mi obligación...

Me separo de ella. Me quito el preservativo, me subo la ropa interior y el pantalón. Me pongo la camisa, la corbata, el arnés, que pesa más que nunca, y, por último, la chaqueta. Y todo sin mirarla.

Sé que ella también se está vistiendo porque la escucho, porque oigo el sonido de sus manos colocando su ropa, porque siento el aroma que desprende al moverse.

Pero... su cuerpo huele a mí, a mí y a ella, una mezcla explosiva. ¡Joder!, me excito otra vez.

—Vamos a comer —la escucho decir a mi espalda. Me giro y la veo perfectamente vestida, ha peinado su cabello pasándose las manos por él. Tiene cara de satisfecha, de recién follada, de felicidad. Sonríe y yo me

pongo rojo, rojo porque no puedo tomarlo como Sex, porque no puedo hacer de esto algo normal. Sex lo normaliza todo, busca el sentido y hace que parezca algo sin importancia. Pero yo... no puedo.

Me tiende la mano y la miro con la ceja derecha levantada.

—¿Vamos? —repite—, tengo mucha hambre.

Mi cuerpo reacciona y mi mano enreda los dedos con los suyos. Ella tira de mí y me lleva hasta la mesa donde nos esperan las *pizzas*, ya frías.

Se sienta y espera hasta que yo lo hago.

—Come —dice con su perenne sonrisa en la boca y comienza a dar cuenta de una porción de su *pizza*. Suspira encantada con el sabor y le da un trago a su Coca-Cola.

Comemos en silencio. Me doy cuenta de que no me siento incómodo, de que no estoy deseando irme, de que junto a ella me siento bien a pesar de que hace tan solo unos segundos la he tomado sobre la mesa de su despacho, y todo en lo que he creído hasta ahora se tambalea.



20. Su casa

Jared llegó temprano, tenía muy claro lo que debía hacer y con ese único pensamiento en la cabeza se acercó a la mesa de Jeremy, que tecleaba como un poseso.

—Espero que estés seguro de lo que estás poniendo en ese informe —le dijo mientras se apoyaba en su mesa con las dos manos y clavaba su fría mirada en él.

—¿Qué quieres decir?

—Me entiendes perfectamente. Tan solo espero que tengas mucho cuidado con lo que escribes.

—¿Me estás amenazando, novato?

—No, solo quiero ayudarte. Intenta que esto solo quede como una simple pelea en un bar, sin consecuencias para Patch, o te juro que encontraré la manera de que salgan a la luz todos tus trapicheos.

Jeremy tenía mucho que ocultar y sabía que la amenaza de Jared no era en vano, la llevaría a cabo. Masculló, soltó un montón de tacos y siguió escribiendo a dos dedos.

—No te preocupes, nada le pasará a tu amigo —dijo con sorna.

Jared asintió y, antes de marcharse, lo corrigió:

—No es mi amigo.

Tocó en la puerta del comisario y tras escuchar un «pase», entró en su despacho. Lo saludó estrechándole la mano y se sentó al otro lado de la mesa, frente a Martín.

El comisario era un hombre muy justo y respetado. Llevaba más años que él en la comisaría, pero ambos habían ascendido casi al mismo tiempo.

—¿Cómo va todo, Jared?

—Bien, señor.

—¿Se adapta bien a su compañero?

—Sí, señor, estoy aprendiendo mucho con él.

Martín sonrió, sabía que Josh era un buen policía y que junto a Jared haría un buen equipo.

—He leído los informes. —Ojeó una carpeta que tenía sobre la mesa—. Sé que la mujer asesinada trabajaba en el club Trébol de Cuatro Hojas. —Cerró la carpeta y sus ojos regresaron a los de su hombre—. Conozco a la dueña, Sex. Si tienes algún problema, no dudes en...

—La verdad es que ha colaborado en todo —lo interrumpió.

—Me alegra, y no me cabía ninguna duda de que así sería. ¿Cómo va la investigación?

—Se está complicando. Perdemos la pista de lo que ocurrió esa noche justo en las puertas del club, cuando la chica salía de trabajar. Las cámaras muestran cómo sale sola, sin ningún cliente. No tenía familia ni se veía con nadie. Hemos interrogado a todos los que la conocían. Seguiremos investigando, señor, estoy seguro de que encontraremos al asesino.

—Yo también confío en vosotros. Por cierto, cambiando de tema. ¿Qué ha pasado con el señor Jacobs?

El cuerpo de Jared reaccionó al escuchar ese apellido, se tensó.

—¿Se refiere a Patch Jacobs?

—Sí.

—Nada, señor... —Carraspeó nervioso—. No entiendo por qué...

—Llevo tiempo escuchando rumores sobre Geremy, rumores que no me gustan.

Jared suspiró tranquilo. Temía que su acercamiento a Patch hubiera llegado a oídos del comisario, pero según parecía tan solo se trataba de Geremy y sus sucios métodos.

—No se preocupe, señor, está todo controlado.

—Bien, Jared. Ya sabe que, si tiene algún conocimiento al respecto, si Geremy usó la violencia para detener al señor Jacobs...

—Sí, señor, sé lo que debo hacer en tal caso.

Martín asintió. Algo le ocultaba, pero confiaba en Jared.

—Bueno, Jared, este sábado es el gran día. —Sonrió.

—¿Cómo?

—¿No es este sábado su boda? —Arrugó la frente.

—Oh..., sí, claro.

—Si necesita algún día para los preparativos de última hora...

—No, no —lo interrumpió—. No es necesario.

Martín lo miró extrañado por su raro comportamiento. ¿De verdad que no recordaba que ese sábado era su boda? No parecía ilusionado, ni siquiera necesitaba tiempo para tenerlo todo a punto. Se encogió de hombros, quién sabía lo que pasaba por la cabeza del detective.

Jared se levantó, necesitaba salir del despacho. El recuerdo de la boda le había producido una extraña presión en el corazón, sentía como si se ahogara y necesitaba un poco de aire.

—Suerte con la investigación.

—Gracias, señor.

Abandonó el despacho y encaminó sus pasos hacia el verdadero lugar al que había tenido intención de ir desde que había salido de su apartamento: a ver a Patch. Pero Josh lo llamó a gritos desde el otro lado del pasillo.

—Novato. Nos vamos, ya —dijo con apremio.

—¿Qué ha pasado?

—Nos ha llegado una pista. Una mujer ha llamado: dice que vio a Madeline segundos antes de desaparecer.

—¿Y es una pista fiable?

—Sí. Describió perfectamente la ropa que vestía, era la que sus compañeros nos dijeron que llevaba y que pudimos ver por la cámara de seguridad del club. —La chica había aparecido totalmente desnuda, pero, gracias a la colaboración de Sex, pudieron visualizar las últimas imágenes de la prostituta con vida.

—¿Por qué no ha hablado hasta ahora?

—Según sus propias palabras, no le había dado importancia hasta que vio en la prensa la foto y descripción de Madeline. Se fijó en ella porque iba muy «ligerita de ropa». —Josh arrugó la frente ante la expresión con que la testigo había definido el atuendo de Madeline.

Jared

Regresamos bastante tarde, pero ha merecido la pena. La mujer ha arrojado luz sobre el caso. Madeline fue vista caminando por la calle, una furgoneta se paró a su lado. La testigo no pudo ver lo que ocurría porque el

voluminoso vehículo se lo impedía, pero cuando arrancó, Madeline ya no estaba en la acera. También nos ha facilitado todos los datos que recuerda de la furgoneta: modelo, color... No es mucho, pero al menos tenemos por donde continuar con la investigación.

Ya en la comisaría, en lo único en lo que pienso es en Patch. ¿Seguirá en los calabozos? Espero que no, confío en que Jeremy me haya hecho caso y haya dejado el altercado en una simple pelea de bar.

—Eh, novato, ¿vienes? —Josh pretende ir a la cafetería de Charly a tomar algo.

—No. Tengo cosas que hacer.

—Deja un rato el trabajo y ven a tomar unas cervezas —insiste.

—No, de verdad que no puedo.

—Chico, se te va a pasar la vida, no ocurre nada por divertirse un poco. En fin, tú mismo. Estaremos en la cafetería un buen rato, si cambias de opinión.

—Gracias, Josh.

Camino hacia los calabozos, no logro integrarme del todo con mis compañeros y soy consciente de las miradas que me lanzan. Pero estoy acostumbrado, siempre he sido el raro, el solitario y el empollón. Nunca me he sentido cómodo en grupos de gente ni he tenido muchos amigos. Jamás me he emborrachado ni me he metido en una pelea fuera del trabajo. Las reglas para mí son importantes, siempre respeto las normas.

Sí, sé que soy un bicho raro, una especie de insecto con tres antenas. Asumo lo que soy y la verdad es que no me importa la opinión de los demás.

—Eh, Jared. —Petre, el policía que está a cargo de los calabozos, me llama en cuanto me ve entrar.

—Hola, Petre. ¿Qué tal va eso?

—Bien, bien. Mucho trabajo, pero así se pasa el día más rápido. Ya me queda menos para jubilarme, tengo unas ganas.

No me importan mucho los asuntos de los demás, tan solo he pretendido ser educado. Pero Petre se aburre mucho y me cuenta su vida mientras yo me limito a tamborilear con los dedos sobre su mesa y a decir «ajá» sin enterarme muy bien de lo que me está contando.

—... Por cierto, tu chico se ha dejado sus cosas. —Dejo mi mundo para bajar a la tierra y por fin prestarle atención.

—¿Mi chico?

—Sí, ese tipo con el que has hecho de niñera.

—¿Te refieres al señor Jacobs?

—Sí, ese. El de carita de niño bueno, pero menuda pieza debe de ser. En cuanto le dijeron que se podía ir, salió como alma que lleva el diablo. Se llevó la cartera y las llaves, pero se dejó el resto de las cosas.

—¿Qué se dejó?

—Pues vas a alucinar. —Petre se volvió y cogió de un armario una bolsa de plástico transparente—. Entre otras cosas, el móvil. ¿Puedes creerte que alguien se vaya sin su teléfono?

—Pues sí que es raro.

Tomo la bolsa en la mano. Dentro hay un reloj con pinta de ser bastante caro, un par de pulseras de cuero y un iPhone. ¿Quién deja su iPhone?

—Petre, yo se lo llevaré.

—No sé... No creo que...

—No habrá ningún problema, Petre, te lo garantizo.

Duda y me mira un poco raro, pero al final cede.

—Anda, firma aquí.

Hago mi rúbrica y con la bolsa me dirijo a...

«¿Qué coño estoy haciendo?» me pregunto, porque la verdad es que no sé qué pretendo llevándome las pertenencias de Patch. Bueno, si soy sincero, sí sé lo que pretendo. Es sencillo: tener una excusa para volver a verlo. Pero la verdadera cuestión es: ¿por qué quiero volver a verlo? Esa paso de responderla porque me produce escalofríos.

Me meto en el coche y cierro los ojos con fuerza. Me los presiono con dos dedos e intento serenar el latido de mi corazón. Joder, voy a conducir hasta... Tengo su dirección memorizada, ¡creo que tengo un serio problema! Un suspiro sale de mi boca, arranco y conduzco mi coche hasta la dirección donde vive el hombre que puede poner mi mundo patas arriba.

Durante todo el trayecto dejo mi mente en blanco. Si no lo hago, estoy seguro de que voy a terminar pisando el freno y dando la vuelta.

Llego al barrio donde vive Patch. Es una zona residencial de casas con jardín.

¿Sabrá toda esta gente a lo que se dedica el vecino del número veintitrés? Me hace gracia pensar en eso y comienzo a reír a carcajadas. La verdad es que me viene genial un poco de risoterapia, me destensa.

Aparco frente a la casa. Camino los pocos metros que me separan de la puerta con la bolsa fuertemente cogida en una mano, como si fuera un presente que le llevo a un nuevo vecino.

Sudo, y no es por el calor. Llevo un dedo al timbre y... «¿Qué coño haces?», me digo. «Bah, esto es una gilipollez», me reprendo. Así que me doy la vuelta para irme.

—Hola, poli. —Oigo su voz y huelo su aroma, está detrás de mí.

Me giro con rapidez y está tan pegado a mi espalda que casi me topo con su nariz.

—Ho-hola.

—Vaya, no te esperaba por aquí. ¿Cómo has sabido dónde vivo? —Se da cuenta al instante de lo estúpido de su pregunta, cierra los ojos y ríe, y parece tan joven al hacerlo—. Ya, ya, mi ficha, ¿verdad?

—Exacto.

—Y dime —me mira de arriba abajo como si fuese el postre de un menú—, ¿a qué se debe tu visita a mi humilde hogar?

—Te traigo esto. —Interpongo la bolsa entre nuestras caras.

—Oh, vaya... —Parece sorprendido—. Con razón no encontraba mi teléfono.

Toma la bolsa de mi mano y roza mis dedos.

—Nos pareció extraño... ¿Cómo pudiste olvidarte el teléfono?

—Estaba deseando irme de allí. Cogí la cartera y las llaves. Lo demás... ni me acordé de todo esto. —Abre la bolsa y saca su reloj, se lo coloca en la muñeca derecha y las pulseras de cuero en la izquierda—. He pasado una noche de mierda allí encerrado... Tengo fobia a los sitios cerrados y oscuros. —Veo cómo su nuez sube y baja al tragar saliva, seguro que está recordando la sensación tan horrible que ha tenido que ser para él pasar la noche en una pequeña celda con otro tipo al que no conocía de nada.

Asiento con la cabeza y lo compadezco, ha tenido que ser una tortura.

—Bueno, pues..., yo ya me tengo que ir. —Me siento tan estúpido.

Lo esquivo y empiezo a caminar hacia mi coche.

—Eh, poli, espera. —Cometo la estupidez de girarme y me quedo sin aliento. A pesar de haberlo tenido delante mis narices, los nervios y el no poder dejar de contemplar sus ojos me han impedido reparar en su aspecto. Ahora lo veo en todo su esplendor. Parece que viene de correr, tan solo viste con un pantalón corto y su camiseta está sobre su hombro derecho. Suda, todo su cuerpo está cubierto de sudor y, por un instante, cierro los ojos. ¡Joder!, mi mandíbula está tan apretada que temo por mis dientes.

Miro el esparadrapo que cubre la zona donde fue herido y me sorprende. ¿De qué está hecho este tío? ¿Cómo es posible que salga a correr con una

herida tan reciente?

—¿No te apetece tomar algo? Te invito a una cerveza como agradecimiento. —Interrumpe mis pensamientos y a duras penas logro balbucear.

—No, no hace falta.

—Anda, poli, pasa. Prometo ser bueno.

¿Lo será?, lo dudo. Pero caigo en la trampa del lobo y entro en su morada.

Lo sigo hasta el salón. Es acogedor y todo está sorprendentemente ordenado. En mi imaginación Patch es totalmente caótico, pero, según parece, las apariencias engañan.

—¿Cerveza, entonces? —pregunta.

—No, tengo que conducir, mejor un poco de agua.

Enarca las cejas y ríe.

—¿Tú siempre cumples las normas?

—Siempre —recalco para que lo tenga muy claro.

—Anda, siéntate. Voy a darme una ducha rápida para quitarme el sudor.

«¿Cómo?, no, no».

—OK.

Me dejo caer sobre el sofá. Es cómodo. Veo cómo desaparece al subir las escaleras y por fin puedo respirar tranquilo. Tomo aire con fuerza, pero... ¡Joder, su olor sigue aquí!

Escucho el correr del agua de la ducha.

Jugueteo con mi corbata. La coloco y tiro de los puños de mi camisa; no es que me importe mi aspecto delante de él, la verdad es que esos gestos son un tic nervioso que tengo siempre que estoy estresado y ahora lo estoy, y mucho.

La espera se me hace eterna y me tienta largarme, pero no sería educado.

¿Qué hago aquí sentado en el sofá de un *stripper* que se mete en líos, que no respeta las normas y que revoluciona mi mundo? No tengo tiempo de responderme cuando lo veo bajar. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta azul, va descalzo y su pelo está mojado.

—¿Qué, poli? ¿Hace la cerveza? —insiste.

—Vale —cedo. Una cerveza no me hará ningún mal.

Patch

No me lo puedo creer. El policía, Jared, está delante de mi casa.

Parece tenso y creo que ha estado más de una vez a punto de salir corriendo.

He tenido tiempo para observarlo, me he recreado en su espalda. Lleva un traje azul oscuro que le queda como un guante.

Se le ve nervioso, casi tanto como yo lo estoy.

¡Joder, estoy hecho un asco! He sudado y debo oler a rayos. Camino despacio hacia él y me sitúo justo a su espalda. Absorbo su aroma. No me planteo por qué está delante de mi puerta, no me importa, pero él me da una explicación un tanto absurda. Sonrío. Creo que, si se ha molestado en traerme mis cosas, es porque no le soy tan indiferente como quiere hacerme y hacerse creer.

Y lo más sorprendente de todo es que mi lengua se desata, no sé por qué coño le cuento lo de mi fobia. Jamás he hablado a nadie de mi miedo a la oscuridad, tan solo lo conocen Lizz y el psicólogo que me ha tratado durante tantos años. Ni siquiera Sex sabe nada, y eso que es mi amiga. Así que no logro entender por qué he tenido la absurda necesidad de contarle a este... «¡Joder, es un puto poli!», me reprende mi mente. Ni tan siquiera lo conozco, no sé nada de él.

Logro que entre en casa y subo corriendo al baño. Necesito una ducha, quizá una muy fría. No quiero que se me escape por nada del mundo.

Me enjabono a la carrera, paso las manos con rapidez por mi cuerpo, pero no puedo dejar de pensar en que él está a escasos metros de mí. Ufff, será mejor que ponga el agua mucho más fría.

Creo que nunca he tardado tan poco tiempo en ducharme y vestirme, ni siquiera me paro a secarme bien.

Bajo con premura las escaleras y no puedo remediar soltar un fuerte suspiro cuando lo veo. ¡No se ha ido!

Ya en la cocina, consigo sonreír mientras saco de la nevera dos botellines de cerveza. Es un tipo peculiar, distinto a mí, tan sumamente diferente que me atrae. Soy como el polo opuesto de un imán que se llama Jared.

Entro de nuevo en el salón con las dos cervezas y le tiendo una.

—¿Cómo va tu herida? —pregunta tras darle un trago a la suya.

—Bien. No es nada. Estoy... —Cierro la boca de golpe, he estado a

punto de decirle que estoy acostumbrado al dolor, a las heridas. No puedo contarle eso, no puedo hacerle otra confesión de mi puto pasado.

Ahora soy yo quien le da un largo trago al frío líquido que refresca mi garganta seca.

—No deberías hacer ejercicio hasta que no esté curada del todo.

Suelto una carcajada. Si él supiera la cantidad de veces que con heridas abiertas he bailado, si supiera lo bien que sé disimular el dolor...

—Retiraron los cargos. —Imagino que ya lo sabe, pero quiero cambiar de tema.

—¿Sí? —Vaya, pues, según parece, no lo sabe.

—¿Tuviste algo que ver? —Esa pregunta me ha estado taladrando la cabeza. Sé que el otro poli me tenía ganas, le di un cabezazo, lo herí y me dijo que me iba a pasar mucho tiempo en la cárcel, así que me sorprende verme libre y sin cargos.

Jared no dice nada, simplemente desvía la mirada y con eso confirma mis sospechas.

Me dejo caer en el sofá a su lado. Está guapo, me gustaría verlo en vaqueros, seguro que le hacen un buen culo...

—¿Por qué? —Clavo mis ojos en los suyos.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me has ayudado?

—No era justo.

Trago saliva. Mis ojos se humedecen. Hace muchos años que estoy solo. Tengo amigos: Sex, Evan. Pero cuando llego a casa no hay nadie esperándome. No debería pesar tanto la soledad, pero lo hace y me emociona que él, sin conocerme apenas, me ayude, se preocupe.

—No lo eres —digo.

—¿Cómo?

—Me preguntaste si eras injusto. Pues no, no lo eres —le explico haciendo referencia a la conversación que tuvimos en la clínica.

Asiente. Nuestras miradas permanecen conectadas como si un fuerte lazo las mantuviera unidas.

Deseo besarlo, pero no me atrevo.

Veo cómo su pecho sube y baja al mismo ritmo rápido que el mío. Veo cómo se muerde el labio inferior y cómo mira mi boca con hambre y joder, me lanzo.

Tomo su cuello con una mano y rozo sus labios despacio, no quiero

asustarlo y que salga corriendo.

Escucho cómo gime, noto el preciso instante en el que se rinde y entonces es él quien asalta mi boca. Su lengua entra y recorre mi interior, saboreando mi saliva.

Se agarra a mi cuello, no me permite moverme ni separarme un solo milímetro. Jadea de tal manera que me llega dentro y mis ojos se anegan.

Recorre mis labios con fuerza, con potencia. Me ahoga, me deja sin aliento.

De repente, se separa.

—No me gustan los hombres —dice con rabia.

—Ni a mí los polis.

Regresa a mi boca y llevo una mano a su pierna. ¡Tengo tantas ganas de tocarlo! Voy despacio, sé que ahora mismo es tan frágil que en cualquier instante se quebrará, saldrá por la puerta y no lo volveré a ver.

Llego a su erección dura, muy dura. Abro los ojos para mirarlo, estoy asustado, no quiero que me deje.

Él tiene los suyos cerrados con fuerza. Quizá no quiera verme. Eso me entristece y, como si pudiese ver dentro de mi alma, de repente los abre y veo sus pupilas dilatadas, veo su deseo, sus ganas de más.

Desabrocho su pantalón, me deja y suspiro de alivio. Entonces hace algo que me asombra, aunque creo que el más sorprendido es él, porque sus ojos están confusos. Por su mirada, parece asustado, pero estoy seguro de que no puede evitarlo y empuja mi cabeza hasta su entrepierna.

¿Quiere que se la chupe? No pienso cuestionarme nada y recibo lo que deseo, lo que anhelo desde hace tiempo.

Lamo, paso la lengua y lo miro a los ojos.

—Nunca me han gustado. —Su voz suena furiosa y sus ojos tienen una chispa de rabia.

Me la saco de la boca para replicar.

—Ni a mí tampoco.

De nuevo me lanzo, pero esta vez me la meto toda. Uso los labios y los dientes para dar más fricción y, con la lengua, dibujo círculos a su alrededor.

Sisea, gruñe, jadea y me tira del pelo.

¡Nunca he sentido nada igual! Llevo mi mano a mi polla, necesito tocarme. Me gustaría tanto que lo hiciese él, pero no puedo pedirle más, se está adaptando. Poco a poco, ya llegará el momento en el que...

Joder, solo de imaginarlo casi me corro.

Llevo el mismo ritmo con la boca que con la mano. Me siento conectado a él, a su placer, a su rabia.

Me alienta a ir más rápido, más adentro, y acelero.

Noto cómo su polla se pone más dura, se va a derramar y yo junto a él.

He estado con muchos hombres, con muchas mujeres, pero juro que jamás he sentido esta conexión tan intensa, este placer tan absoluto.

—¡Joder! —grita con fuerza. Siento el chorro caliente entrando en mi boca, golpeando mi paladar. Su esencia y su sabor me vuelven más loco y sacudo mi erección con tal intensidad que también me corro.

No grito porque tengo la boca llena de él. Pero la garganta me escuece y el aire me falta. Creo que me voy a marear.

Me lo trago todo, todo, y cuando la saco de mi boca, me relamo.

—Jared —le digo al verlo con los ojos vidriosos. Me preocupa, está pálido—. Jared, ¿estás bien?

Niega, mueve la cabeza en una negación.

—Yo..., no sé. —Está confuso y es normal. Lo entiendo.

—No pienses, Jared. Lo has disfrutado, te ha gustado y eso es bueno.

Sigue negando. Tiene los ojos muy abiertos y parece tan asustado.

—Nunca he...

—Lo sé. —Acaricio una de sus mejillas—. Está bien, esto está bien.

Sé lo que siente, yo mismo lo experimenté la primera vez que estuve con un hombre.

—Quiero irme.

Se levanta. Se arregla la ropa y se apresura hasta la salida.

—¡Jared! —le grito. Pero él no me oye, ya se ha ido.

Me dejo caer sobre el sofá, abatido. Espero no haberle perdido para siempre.



21. La llamada

El sexo con Roy era increíblemente placentero y la *pizza* de Patsy's tan deliciosa que, después de saborearla y tras el coito, Sex sintió tanto sueño que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Roy había devorado su *pizza*, recogido todo y la había dejado sola sin apenas mediar palabra.

La volvía loca, loca de ganas, loca de necesidad. «¿Será adictivo?», se cuestionó. Antes no pensaba en el sexo por placer, tan solo era trabajo, pero últimamente su mente dibujaba escenas calientes cada vez que cerraba a los ojos. Incluso Roy se había metido en sus sueños, le robaba el aliento cada vez que estaba a su lado, cuando lo sentía caminar tras ella.

Suspiró. Le dio un trago al café expreso que acababa de hacerse en su nueva cafetera e intentó regresar a su tarea.

Una melodía inundó el despacho, Sex buscó la procedencia de ese sonido. Se levantó y miró bajo el sofá. Se colocó de rodillas y vio el objeto del cual surgía con estruendo la música. Era un móvil. Estiró la mano y lo cogió.

Era el teléfono de Roy, lo reconoció nada más verlo. Seguramente, se le había caído del bolsillo después de la sesión de sexo sobre la mesa de su despacho.

La llamada procedía de un número desconocido y decidió no cogerlo. Roy en esos momentos no estaba, lo avisaría de que lo habían llamado cuando regresase.

Caminó con el móvil en la mano y lo dejó sobre la mesa. Regresó a su trabajo, pero el maldito cacharro comenzó a sonar de nuevo con insistencia.

Sex dudó y al final decidió contestar. Quizá fuese algo importante, tal vez era el mismo Roy que llamaba buscando su móvil.

—¿Hola? —dijo nada más pulsar el botón de respuesta.

—¡Hola! ¿Quién eres? —Era la voz de una mujer y Sex arrugó la frente. Ahora tenía curiosidad, no sabía mucho de su guardaespaldas.

—Soy Sex, ¿y tú?

—Lizz.

Sex abrió mucho los ojos, recordó que Roy le había contado sobre su exnovia, Lizz, que se había casado con otro. Podría ser otra persona con el mismo nombre, pero ella no creía en las casualidades. De repente, la odió sin conocerla, la detestó con toda su alma porque le había hecho daño a su guardaespaldas.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono seco y cortante.

—¿No es este el número de Roy?

—Sí, lo es. Pero ahora no está. Si me dices lo que quieres, yo se lo diré a él.

—La verdad es que... preferiría hablar con él.

¡Maldita, asquerosa, put...! ¿Para qué coño llamaba? Una furia intensa golpeó el pecho de Sex.

Tras dos toques en la puerta, Roy entró al despacho y arqueó la ceja al verla con lo que parecía su teléfono en la oreja.

Lo había estado buscando por todas partes.

—¡Cariño! —exclamó casi gritando, sin apartar el móvil de su boca. Roy la miró con cara de sorpresa al escucharla llamarlo así—. Te dejaste el móvil y te llaman.

Se lo tendió y él lo tomó de su mano.

—¿Sí?

—¿Roy?

Al escuchar la voz de Lizz, Roy cerró los ojos y soltó un «joder» con los dientes apretados. Clavó las pupilas en Sex y su mirada de furia la hizo retroceder.

Se giró y se encaminó dando grandes zancadas hasta su propio despacho, dejándola sola y muerta de... ¿celos? Sex no conocía el significado de esa palabra hasta que lo vio salir por la puerta con ese puto móvil en la oreja y hablando con su exnovia, esa que lo dejó por otro y que parecía que aún lograba alterarlo.

Roy se dejó caer sobre su silla. No esperaba volver a saber nada de Lizz, la última vez se despidieron con un «hasta nunca».

—¿Qué quieres, Lizz?

—Vaya... Ya veo que me has olvidado pronto. —Su voz tenía cierto toque de ironía—. ¿Quién es ella?

—No creo que deba importarte.

Pasó un buen rato hasta que Lizz volvió a responder.

—Perdona... Tienes toda la razón, es solo que...

—Lizz..., di lo que tengas que decir y dejémonos de más tonterías. Estoy muy ocupado.

—¿Me odiarás toda la vida? —preguntó, y su voz pareció quebrarse.

—Nunca te he odiado, Lizz... ¡Joder, no sé a qué viene esto ahora!

—Roy, lo siento tanto.

—Todo está bien, Lizz. Yo estoy bien. Así que deja de sentirlo y ve al grano. ¿Por qué me has llamado?

Roy escuchó un profundo suspiro.

—Tu padre ha tenido un accidente.

La mano con la que sostenía el móvil tembló con fuerza.

—¿Está...? —Temía pronunciar la palabra muerto, pero tenía asumido que algún día lo llamarían para darle esa terrible noticia porque su padre era un alcohólico y su enfermedad le hacía ser descuidado.

—No. Está grave, pero...

—Vale, bueno... Gracias por avisar. Yo... iré... —Un suspiro de alivio salió de su boca. Su voz se quebró y carraspeó para mantener la compostura.

—Llama cuando llegues. Me hubiera gustado verte, pero no creo que esté...

—No te preocupes, Lizz. Con avisarme, ya has hecho suficiente.

Colgó sin más. Tenía un fuerte nudo en la garganta y sus ojos brillaban. Hacía mucho que su padre no era nada más que un pobre borracho que tan solo se ocupaba de su *whisky*. Hacía tanto que Roy había dejado de sentirlo como un padre y se había transformado en una obligación, en un enfermo que cuidar. Pero, al fin y al cabo, era su padre...

Apoyó los brazos sobre las rodillas y se llevó las manos a la cabeza. Tenía que ir, tenía que hacerlo.

Se levantó con determinación. Se recompuso, no quería que ella notase nada.

Esta vez entró sin tocar, abrió con tal fuerza que la puerta rebotó contra

la pared y se cerró de golpe.

Sex levantó la cabeza al verlo y tragó saliva con dificultad, tenía un aspecto terrorífico y caminaba hacia ella como un toro enfadado.

Cuando llegó a su mesa, se apoyó con ambas manos sobre la superficie y clavó los ojos en ella.

—¿Qué coño pasa contigo, Sex?!

Ella quedó noqueada. El aire se le escapó de golpe de los pulmones y sus ojos se abrieron como los de un búho. ¡La acababa de tutear y llamar por su nombre! Era la primera vez que lo hacía. Lástima que lo hiciera para reprocharla.

—¡Dime! —gritó de nuevo—, ¿por qué lo has hecho?!

—Yo... tan solo quería ayudarte.

Roy elevó las manos al cielo.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme dices? ¿Cómo se supone que me ayudas llamándome cariño? ¿Por qué tenías que darle a entender que entre nosotros hay algo más que...?

—Lo siento. —Sex bajó la mirada. Él tenía razón, dos polvos no quería decir que hubiera nada entre ellos—. De verdad que no quise meterte en líos. Solo pretendía darle su merecido.

—No necesito que me ayudes, Sex, no quiero que te metas en mi vida personal.

—Está bien, tienes razón. Si quieres le aclararé todo..., la llamaré y le diré que tan solo soy tu jefa.

—No, déjalo.

Se sentó en la silla y trató de serenarse.

—Tengo que irme —soltó al cabo de un rato.

—¿Cómo? ¿Dónde? —Sex palideció. ¿Irse con ella? Una aterradora angustia comenzó a crecer dentro, muy dentro.

—Será solo por unos días.

—¿Vas a volver con ella?

Roy la miró y suspiró.

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

—Sí, lo sé. Pero... no quiero que te haga daño.

—¡Ese es mi puto problema! —rugió.

Sex comenzó a cabrearse. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Ella tan solo pretendía ayudar.

Se puso de pie y le señaló la puerta.

—Nada te retiene, Roy. Vete, lárgate.

El guardaespaldas se levantó de la silla y caminó hasta la salida.

—Evan me sustituirá. Él cuidará de ti mientras yo no esté y Landon se quedará al mando de la seguridad —dijo, y cerró la puerta.

Sex se dejó caer sobre la silla. Temblaba de rabia y de... ¡joder!, putos celos.

Cerró los ojos y trató de recuperarse, no iba a llorar por él, no lo merecía. Ni él ni ningún hombre.

A partir de ese momento Roy era única y exclusivamente su guardaespaldas, no volvería a follar con él ni a pensar en él ni a desearlo. Por ella, se podía ir a la mierda junto con su ex y su marido. Que se fueran los tres a la mierda...

Roy

De nuevo en mi moto, otra vez corro por la carretera con mi máquina, regreso al punto de partida.

Odio dejar a Sex en manos de otro. Evan es bueno, pero yo soy el mejor y ella necesita lo mejor.

¿Y si le pasa algo mientras no estoy?, me asalta un temor irracional. Bueno, no tan irracional, Sex está en el punto de mira de un puto mafioso ruso con tantos antecedentes que no sé cómo coño no se está pudriendo en la cárcel desde hace años.

Si no fuera porque tengo un mal presentimiento con respecto a mi padre, juro que no me separaría de ella ni por un instante.

Estoy tan paranoico que incluso he pensado en llevarla conmigo, pero... No somos nada más que jefa y empleado, no tengo ningún derecho a meterla en mis mierdas.

Miro la carretera que me lleva derecho al lugar donde nací, donde crecí. Me lleva a mi pasado, a cosas que quiero olvidar.

Por mi mente pasa el recuerdo de Lizz, pues allí fue donde por un tiempo fuimos pareja, donde la sentí mía. Pero todos esos sentimientos son historia, mi corazón ya no late al pensar en ella.

«Nunca me has amado». Sus palabras, esas que me dijo la noche en la que, desesperado, fui a su casa para intentar recuperarla, me golpean, me hacen pensar. No, creo que jamás la amé.

«Sabrás que lo que sientes por mí no es amor cuando lo encuentres en otra», esa frase de ella se grabó a fuego en mi alma. ¿Y si...? No, niego con la cabeza.

Una fría lluvia me golpea, se mete en mi cuerpo hasta mis huesos. Pero me da igual, he dormido al raso cientos de veces, mojado y con tanto frío que me castañeteaban los dientes y no me ha importado. Pero el frío que siento hoy es diferente, distinto, no es producto de la mala climatología, de la lluvia fina ni de que voy en moto, es producto de que me alejo de ella... Cuando soy consciente de ese hecho, lanzo un montón de tacos al aire de la noche. Nadie me puede oír, pero necesito desahogarme porque soy un gilipollas que se está enamorando de su jefa, un imbécil que no sabe mantenerse alejado de las mujeres y un idiota que se ha ido sin darle explicaciones a la única persona que de verdad las merece, la única que le importa.

No puedo seguir adelante, y tan solo me quedan veinte kilómetros para llegar, pero tengo que decirle... Tengo que contarle la auténtica razón por la que me he tenido que ir.

Paro la moto en el arcén. Me voy a calar, pero qué me importa.

Saco el móvil y la llamo.

—¿Roy? —Suenas somnolienta.

Chasqueo la lengua, es de madrugada, seré...

—Perdona por despertarte, no me di cuenta de la hora.

—¿Pasa algo?

—No, no, tan solo quería... Quería decirte los motivos por los que me he tenido que ir...

Callo porque me cuesta abrir de nuevo mi corazón, porque tengo miedo.

—No hace falta, Roy. No es necesario, al fin y al cabo, no somos nada. Te descontaré estos días de tu sueldo y ya está. Tómate el tiempo que necesites.

Me quedo paralizado. ¡Seré idiota!

«¿Pensabas que ella caería rendida a tus pies?», me reprocho.

—Me parece bien —digo molesto. Si es lo que piensa...

—No quiero que te confundas, Roy. Ni yo tengo derecho a meterme en tu vida ni viceversa. No pienses que dos polvos nos dan derecho a nada.

Habla con un tono tan frío, tan seco, que me duele.

—Claro, claro.

—¿Quieres algo más?

—No.

—Buen viaje, Roy.

—Adiós.

Cuelgo sin esperar su despedida.

«¡Gilipollas!», me insulto y vuelvo a la carretera.

Sex

«¿Por qué estoy llorando?», me pregunto al darme cuenta de que ha colgado y de que amargas lágrimas corren por mis mejillas.

Nunca me he sentido tan vacía como ahora que no lo tengo al lado. En la otra habitación, la que ocupaba mi guardaespaldas, está Evan. Es un buen chico, muy capacitado para el trabajo, pero... pero no me siento tan segura como con Roy.

Me ha dejado sola, no le ha importado mi seguridad, se ha ido tras esa... Y encima tiene la cara de llamarme para darme explicaciones. No las quiero, ya no, y menos después de cómo me habló.

Me giro en la cama y decido pasar página. ¿Pasar página?, qué absurdo, ni siquiera he empezado el libro con él ni tengo intención de hacerlo. Más bien, decido olvidarme de él. Estoy mejor sin hombres, siempre me he valido por mí misma.

Joder, no me puedo dormir. Sé que soy muy injusta, al fin y al cabo, jamás nos prometimos nada, fueron solo dos polvos, solo dos... Mi mente continúa elucubrando hasta que caigo en un profundo sueño.

Al sonar el despertador me levanto agotada. He dormido muy pocas horas y cuando lo he hecho ha sido para tener pesadillas, sueños feos en los que veo a Roy con otra, en los que folla sobre mi mesa con ella y yo los miro, y mi corazón se parte, se quiebra.

«¡Malditos hombres!», gruño. Estoy mejor sola, siempre lo he estado. No necesito a nadie a mi lado.

Los días pasan lentos sin él. Llevo tres largos y terribles días sin saber nada de mi guardaespaldas. He estado tentada de llamarlo, pero no cedo.

Evan me sigue a todos lados, pero no me mimas como él. No me trae tarta de manzana ni levanta la ceja cuando no entiende mi comportamiento, no toma el café por las mañanas sentado a mi lado ni me mira como si fuese la mujer más bonita del mundo ni... Evan no es Roy y yo lo añoro.

Necesito salir del club, necesito estar sola. No puedo soportar más estar aquí metida y no quiero que Evan me siga.

Busco la manera de esquivarlo, de salir sin que me vea.

Conduzco sin saber el destino que voy a tomar, sin pensar a dónde quiero ir y, cuando me doy cuenta, he llegado frente a la tienda de mi amiga Rina. Necesito hablar con alguien y ella es buena para eso.

Es tarde, pero aún está abierta. Así que aparco, bajo del coche y entro como una exhalación.

Rina me mira extrañada.

—¿Habíamos quedado?

Niego con la cabeza.

—¿Te apetece tomar una copa? —le pregunto.

Necesito desahogarme, hablar con alguien porque si no me volveré loca.

—Cierro y nos vamos. —Parece feliz con la perspectiva de tomar algo juntas. Pobre, no sabe lo que la espera.

Entramos en un local de moda, uno de esos donde la gente guapa va a buscar ligue, y la miro con recelo.

—¿De verdad? ¿En serio que vamos a sentarnos en este local?

—Me encanta este sitio.

—Si lo sé, no te deajo elegir.

Rina quiere guerra y yo tan solo que me escuche.

Tomamos asiento y pedimos dos copas de vino, pero al final nos quedamos con la botella, quiero emborracharme para olvidar.

Los moscones revolotean a nuestro alrededor. Rina tiene ya sus añitos, pero es una mujer muy atractiva y, según parece, las maduritas, como suele definirse ella, están muy cotizadas.

—¿Dónde está tu guardaespaldas?

Ella es la que saca el tema y yo aprovecho para desahogarme tras beberme de un trago mi primera copa de vino.

—No me hables de Roy —digo muy cabreada y soltando la copa con tal ímpetu que casi me la cargo—. El muy cabrón se ha largado detrás de una exnovia...

—No me digas. —Le da un largo trago a su vino. Me mira con recelo cuando me sirvo otra copa. Pero le puede el chismorreó, se acerca más a mí y espera a que comience a darle explicaciones.

—¿Te lo puedes creer? Esa desgraciada lo deja tirado, se casa con otro, pero lo llama y el muy memo pierde el culo por ir a verla.

Rina rompe a reír a carcajadas y yo la miro como si de repente le hubiera salido un cuerno en la frente.

—Creo que estás celosa. ¿Te lo has tirado ya?

Pongo los ojos en blanco.

—Ni estoy celosa ni... —Me lo pienso mucho, no creo que deba mentirle a mi amiga.

—¿Lo has hecho? —Abre mucho los ojos, parece un búho y me da la risa.

—No voy a decir nada al respecto.

—Lo has hecho. —Asiente con una gran sonrisa en la boca.

—Eso no viene al caso. Lo importante es que se ha ido tras esa p...

—¿Putas? —me interrumpe ella entre carcajadas.

—Y me ha dejado sin protección.

—Claro, y tú, para que vea lo desprotegida que estás, vienes sola hasta mi tienda y me traes a tomar unas copas.

—Yo no te he obligado a venir y puedo ir sola donde me dé la gana.

Ahora es Rina la que pone los ojos en blanco.

—Cariño, creo que ese tío te gusta mucho, tanto, que temes que se quede con esa fulana, y eso te hace sentir celos, unos molestos y desagradables celos.

—¿Celos? ¿Yo, celosa? —Río de manera histérica, pero de repente me quedo muy seria—. Odio a los hombres. Bueno, no, odio a ese hombre, a Roy, a mi guardaespaldas.

—Ay, mi niña, por fin sabes lo que es el amor y estás confusa, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien.

—Anda, paga y vete a casa. Deja de hacer tonterías, ya eres adulta.

Se levanta y veo cómo se aproxima a la salida.

—¡Eh, ¿por qué tengo que pagar yo?! —le grito, pero no me escucha, ya está en la calle.

Me voy a casa, ya me he desahogado... a medias, aunque no creo que mi amiga me entienda porque ni yo misma lo hago.

Estoy un poco bebida, han caído unas cuantas copas de vino. Entro en mi coche y sopeso la idea de dejarlo allí e ir en taxi, mi casa está bastante lejos y creo que no estoy en condiciones de conducir. Decido hacerle caso a mi sentido común, me bajo y llamo para pedir un taxi. En escasos minutos tengo uno.

Le doy las señas a las que tiene que llevarme y me amodorro en el

asiento trasero. Miro al taxista a través del espejo retrovisor, es un hombre de unos cincuenta años, nada que ver con Roy. Suspiro porque lo echo mucho de menos y me parece absurdo porque tan solo lleva tres días fuera, tres eternos y larguísimos días.

Me deja frente a mi casa y me preparo para la reprimenda que Evan me va a dar, y con razón. Sé que no ha estado bien lo que he hecho, sé que el pobre ha tenido que estar muy angustiado, pero... Abro los ojos asombrada cuando lo veo. ¡No puede ser! Es Roy, es mi guardaespaldas.

Está apoyado en su moto. Tiene las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, los brazos sobre el pecho y una mirada de furia que haría temblar a cualquiera, menos a mí. Sé que nunca me haría daño, sé que jamás me pondría la mano encima.

Camino despacio, sé el motivo por el que está tan furioso.

—Hola, Roy. ¿Qué tal el viaje? —digo de manera casual.

¡Madre mía! ¡Qué guapo está! Lleva una cazadora de cuero y unos vaqueros que se le ajustan como un guante.

Se pone de pie y camina hasta ponerse frente a mí.

—¡¿Dónde coño te has metido?! —me grita, e invade mi espacio vital. Intenta amedrentarme, pero va listo.

—He estado con mi amiga Rina.

—¡Eres una loca irresponsable! —Mueve las manos y eleva una ceja. Me lo comería a besos, es más, tengo unas ganas locas de lanzarme a su cuello y decirle lo mucho que lo he añorado—. ¡¿Sabes lo preocupados que nos has tenido a todos?!

—Lo siento, pero... necesitaba... —Lo miro con vergüenza. Creo que esta vez me he pasado y me arrepiento mucho.

—Ese es tu puto problema, Sex. —Me señala con un dedo inquisidor, pero yo solo me fijo en que me ha llamado, de nuevo, por mi nombre y eso me encanta—. Tan solo piensas en lo que *tú* necesitas. —Comienza a caminar dando vueltas como un lobo encerrado—. Joder, estaba loco de angustia, desesperado. Cuando me ha llamado Evan, venía de viaje y he puesto la moto a tal velocidad que me he saltado todas las normas de circulación.

Me retuerzo las manos, no sabía que podría ocasionar que Roy, el contenido y perfecto Roy, hiciera algo ilegal por mi culpa. Ahora me siento muy mal. ¿Y si le llega a pasar algo?

—Lo siento de verdad. Pero...

—No te atrevas a pedir perdón, Sex, no te atrevas a pensar que con un simple lo siento se arregla todo.

—Tú... —Me pongo roja—. ¡Tú me dejaste sola! —grito. No hay mejor defensa que un buen ataque.

Eleva más la ceja y ríe de manera socarrona.

—Eres... ¡Joder, Sex! ¡Eres una puta loca! —De nuevo eleva los brazos, solo que esta vez se los lleva a la cabeza y, de manera nerviosa, echa su pelo para atrás. Sé que lo hace por mantenerse activo, porque está tan nervioso que su sangre debe estar al punto de ebullición—. ¿Te has pirado porque me he marchado? ¿Te has puesto en peligro porque he tenido que irme?

Me muerdo el labio y creo que estoy más roja que antes, pero esta vez de vergüenza.

—Suenas muy mal, ¿verdad? —No puedo mantener su mirada y agacho la cabeza.

—Sí, suena fatal.

Levanto los ojos con temor y en los suyos veo un fogonazo, una chispa de humor.

—¿Estás muy enfadado? —Lo miro con cara de buena chica y me acerco a su cuerpo hasta que siento el calor que emana y que me envuelve.

—Sí, Sex, estoy muy enfadado.

Pongo una mano sobre su pecho y pestañeo, coqueta.

—Y si te digo que te he echado de menos, ¿se te pasará el enfado?

Arruga la frente, veo en sus ojos que duda, pero el marine regresa. Se separa de mí y me dice:

—Vamos a casa.



22. Sentir

Roy

Dejo la moto en el garaje y subo al apartamento. Estoy agotado, estos días han sido muy duros.

No me he separado de mi padre, no lo he dejado solo. Aunque no merecía mi piedad, mi conciencia me impedía pasar página y dejarlo tirado.

Ya se ha ido, se ha marchado sin hacer ruido, sin ni siquiera despedirse. Sé que, en su último aliento, en su último segundo, ha abierto los ojos y me ha reconocido. Por primera vez, me ha visto. Por primera vez en mi vida, sabe que existo, que soy su hijo y que dejará un vacío muy grande a pesar de que nunca se comportó como un padre.

Sé que mis ojeras me delatan y, por la forma en la que me mira Sex, ella también se ha dado cuenta de mi mal aspecto. Pero no dice nada, no le doy tiempo a hacerlo porque estoy tan enfadado que la hubiera azotado en ese bonito trasero que tiene.

Cuando Evan me llamó y me contó que Sex no aparecía por ningún sitio, casi me da un infarto. Estaba de regreso, volvía de pasar tres duros y largos días, estaba triste, cansado y hambriento. Pero todo dejó de tener importancia y en mi pecho se abrió un profundo hueco que se llenó de miedo y angustia.

Corrí desesperado, la busqué por todos sitios y finalmente decidí ir al apartamento con la esperanza de que ella regresara.

Entro en el piso, dejo la cazadora y el casco sobre la mesa del comedor. La escucho trasteando en la cocina.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Sí, mucha. —En estos tres días apenas he probado bocado.

Se acerca a mí, me mira y acaricia una de mis mejillas.

—Tienes mala cara.

Tomo su mano y la obligo a apretarse más contra mi mejilla, cierro los ojos para disfrutar de su caricia, necesito ese contacto.

—Estoy bien —digo intentando quitarles importancia a mis negras ojeras.

—Roy, lo siento de verdad, nunca pensé...

Asiento, me separo de ella y me dejo caer en una silla.

Le mando un wasap a Evan para informarle de que Sex se encuentra bien y después me limito a observarla mientras prepara algo de cena para los dos. Dejo que me cuide, me dejo mimar, creo que me lo he ganado.

—Roy... —Duda, lo veo en sus ojos.

—¿Sí?

—Sé... sé que no tengo ningún derecho, pero... me gustaría saber qué...

—Cierra la boca y sigue preparando unos bocadillos fríos.

—¿De verdad quieres saberlo?

Se gira y asiente.

—Pues claro que quiero saber, ¿cómo puedes dudarlo?

—Te llamé y no quisiste escucharme.

—Soy una tonta, estaba enfadada porque me habías dejado para irte con...

Me pongo de pie, la obligo a dejar los bocadillos y a mirarme a los ojos.

—¿Pensabas que me iba para estar con Lizz? —pregunto sorprendido.

Se limita a asentir.

Me alejo de ella y me siento de nuevo. Por mi cabeza pasan un millón de cosas, entre ellas, que tiene celos, pero eso no es posible, ¿verdad?

—Nunca regresaría a su lado. —Si hay algo que he sacado en claro de este viaje a mi pasado, es que Lizz ya no forma parte de mi vida—. ¿Sabes qué? —no espero su respuesta—, dejé los marines por ella.

—Oh. —Por su mirada confusa, adivino que no sabe qué decir.

—Pensé..., creí que con eso se arreglaría nuestra relación. Lizz siempre se quejaba de mi trabajo. —Intento sonreír, pero me sale una extraña mueca—. Lo dejé por ella y ella me dejó a mí por otro. Tiene gracia, ¿verdad?

—No, no la tiene.

Me mira muy seria y se acerca hasta colocarse entre mis piernas

abiertas. Levanto la cabeza para verme reflejado en esos preciosos ojos. Sus manos acarician mi pelo revuelto, siento su aliento sobre mi boca y me besa.

Me besa y me muero por más, más de ella.

Mi corazón se va a salir de mi pecho. Lizz tenía razón, esto sí es amor, con ella nunca fue igual.

Me aferro a sus caderas y la aproximo más a mi cuerpo. La siento cerca, pero necesito más, más.

La ayudo a acomodarse sobre mis piernas, su falda de vuelo ayuda, pues se puede abrir de piernas, y se coloca de tal manera que nuestros sexos se acarician. Comienza a bailar, a restregarse, a rozarse.

Sus labios saben a fresa, a dulce de leche, a caramelo. ¡Dios, me muero de gusto!

Con mis manos, a ciegas, pues solo tengo ojos para los suyos, busco el final de su blusa, que está metida bajo la cintura de su falda. Tironeo de ella hasta que la saco. Intento desabrocharla, pero pierdo la paciencia, tiene un millón de putos botones tan diminutos, que se escapan entre mis gruesos dedos. Percibo cómo ríe sobre mis labios al notar mi desesperación. Retira mis manos y es ella misma la que se desprende de la blusa.

Por primera vez, rompo el contacto de nuestras bocas, deseo mirarla. Lleva un sujetador fucsia con mucho encaje. Me quedo sin respiración al ver su pecho vestido con esa bella prenda.

Ella es tan bonita que los complementos tan solo la ayudan a brillar más y ese sujetador es perfecto, tan perfecto como Sex.

Dibujo con un dedo, fascinado con su suavidad, el contorno del sostén.

Me seduce la manera en la que su pecho sube y baja con cada rápida respiración, la manera en la que pequeños jadeos salen de sus labios, la forma en la que sigue con su mirada vidriosa el recorrido de mi dedo.

De repente, aprecio una pequeña cicatriz cerca de su corazón y la delinea con el dedo.

—¿Qué te pasó? —Quizá no sea el momento de descubrir nuevas cosas de su vida, pero necesito saber qué le causó esa herida.

—¿De verdad quieres que te lo explique? —Parece molesta, sé que está excitada, yo también lo estoy, pero puedo esperar—. ¿Ahora? —recalca.

—Sí, ahora.

Suspira y se acomoda.

—Un cliente me apuñaló. —Cierro los ojos porque parece que, de repente, me han vaciado los pulmones.

—Dios, Sex. —La miro y ella me observa; no está triste ni molesta, y eso me sorprende.

—Fue hace mucho, ya ni lo recuerdo. No ha condicionado mi vida, así que no quiero que pienses en ello. Lo he superado, estoy viva y eso es lo que importa.

Acaricio sus mejillas con mis manos. La admiro, Sex es tan fuerte, tan intensa. La beso porque se lo merece, porque es mi diosa. Saboreo su boca, me quema su lengua, me abrasan sus caricias.

—Necesito esto —digo entre resuellos, la excitación ha regresado a mi cuerpo tras el *impasse* de su confesión. Mi voz ha sonado tan ronca que me sorprende incluso a mí—. Sé que prometimos que nunca más, pero te necesito, Sex.

Clavo los ojos en los suyos y sonrío.

—Yo también te necesito.

—Sex... Creo que es una estupidez poner límites a... —Nos señalo.

Sé que la excita escucharme decir su nombre y yo deseo repetirlo una y otra vez.

Sex, Sex, Sex... Mi diosa del sexo, mi dueña y ama.

—Fuera límites.

—¿Estás segura?

Asiente con energía.

Sonrío, a pesar de todo lo que ha pasado en estos días de locos, mi boca logra esbozar una sonrisa sincera.

Necesito olvidar, hundirme en ella y sentir que es real, que está a mi lado.

No sé a dónde se dirigen nuestros pasos y la verdad es que ya no me importa. Perder a mi padre me ha hecho darme cuenta de que cada segundo cuenta, de que no puedo perder más tiempo, de que la vida pasa y de que deseo poseer a esta mujer más que a nada en el mundo.

Dejo de darle vueltas a todo, suelto amarres y también su sujetador. Me encanta, pero me gustan mucho más sus pechos.

Los observo, con una mano cubro el derecho. Su piel es tan blanca que hace un gran contraste con mi mano bronceada. Las pequeñas pecas que se dibujan por todo su cuerpo la hacen más perfecta, más apetecible.

Mientras mi mano masajea uno de sus senos, mi boca desciende hasta el otro y saboreo la dulzura de su pezón.

Tiro con los dientes de él y ella gime, lo lamo y beso hasta que ambos

perdemos el poco control que nos queda.

—Espera. —Se levanta de mi regazo y protesto, intento alcanzarla, pero ella es rápida, toma su bolso, lo abre y saca el sobre plateado que más nos gusta. Corre de nuevo a mi regazo.

Antes de sentarla sobre mí, me quito el pantalón y los bóxers, que quedan a mis pies. Casi le arranco el preservativo de la mano, estoy tan impaciente. Me lo coloco y mis ojos regresan a mi diosa.

Está de pie, frente a mí, se ha desprendido de su falda de vuelo y tan solo lleva sus braguitas de seda.

Llevo las manos a sus piernas y las voy subiendo mientras acaricio sus muslos, luego a sus braguitas, engancho los dedos en la cinturilla y poco a poco las bajo. Me mira presa del deseo y se limita a levantar primero un pie y luego el otro, para facilitarme la labor de quitárselas.

La acomodo en mi regazo, pero esta vez una de mis manos conduce mi polla hasta su interior.

Se deja caer con todo mi falo dentro de ella, con un suspiro de placer que me pone el vello de punta.

Da pequeños botes, entra y sale muy despacio. La ayudo, ella quiere acelerar, pero yo deseo ir despacio, saborear el momento.

Nuestros sexos se golpean, se rozan, y la fricción es tan placentera que ambos gemimos. Mis manos en sus caderas guían sus movimientos y mi boca recorre su garganta y besa sus labios.

—Te he necesitado tanto, Sex —digo en uno de sus oídos.

—Aquí me tienes. —Su voz entrecortada me da una pista de que su orgasmo está próximo.

—Joder. —A través de mis dientes apretados se escapa el aire. Ha sido tanta la necesidad que he tenido de ella que no creo que dure mucho. Lo bueno: Sex también está a punto.

—Sex. —La provoco con tiernos bocados a sus labios, con lametazos en su cuello—. Juntos, Sex, juntos.

No necesita que le diga nada más y obedece, juntos nos corremos, juntos experimentamos el placer supremo.

Poco a poco nuestros latidos se hacen regulares, recuperamos la respiración. Sé que debería moverme, pero... me siento tan cómodo.

Aún sigo dentro de ella y por mí estaría así toda la vida. Percibo su aliento sobre mi hombro y escondo la cara entre su roja melena.

Nos abrazamos, estamos unidos, muy unidos y felices.

Suspiro e intento retirarla de mi cuerpo. Quiero mirar sus ojos verdes, quiero ver sus mejillas sonrosadas y sus labios llenos e hinchados por mis besos.

—¿Estás bien? —pregunto retirando el pelo que se le ha pegado a la cara por el sudor.

—De maravilla —contesta con voz somnolienta.

Sonrío y me sale de manera natural, sin forzar. Hacía mucho que no sonreía tanto.

La obligo a levantarse y siento cómo salgo de su interior. No me gusta esa sensación y protesto.

Sex permanece de pie, pero se tambalea. Está en pleno momento postcoital, me río al verla tan plena, tan rebosante de felicidad. Yo también siento el maravilloso estado en el que nos sumimos tras un magnífico polvo.

Me quito toda la ropa, que dejo tirada en el suelo, y tiro el preservativo a la basura, todo bajo la atenta mirada de mi diosa de cabellos de fuego.

La tomo entre mis brazos y camino hasta su habitación.

—Va siendo hora de hacerlo en una cama —le digo.

Ella asiente y se coloca en el centro del colchón. Su mirada está llena de pasión, de deseo, y me enciendo para ella.

Me coloco entre sus piernas abiertas.

Cierro los ojos y disfruto del contacto. ¡Por fin, piel contra piel! Es suave, hundo la nariz entre su pelo, olisqueo su cuello.

—Me vuelve loco tu aroma —susurro mientras muerdo el lóbulo de su oreja derecha.

Escucho cómo un jadeo se escapa de su boca. Sus manos se envuelven en mi nuca. Acaricia con suavidad mi cabello. Busco sus labios y nos besamos.

Disfruto de su boca, la saboreo y le regalo todo tipo de besos: húmedos y pasionales, suaves y deliciosos, lentos y profundos...

Quiero disfrutar de su piel, recorrer cada pequeña peca.

Sujeto sus caderas para obligarla a dejar de rozarse contra mí, quiero ir despacio, muy despacio.

Con los labios y la lengua, voy bajando por su cuerpo hasta llegar a sus pechos.

Los contemplo con hambre y los devoro. Sex responde a mis caricias con gemidos, tira de mi pelo, acaricia mi piel y me pide más.

Sonrío con uno de sus pezones entre mis labios. Me gusta su entrega, la

pasión que pone en cada encuentro.

Sigo descendiendo por su cuerpo hasta llegar a su sexo. Su sabor me vuelve loco, creo que es adictivo. Me confieso un adicto a Sex.

Disfruto tanto dándole placer, me gusta tanto sentir cómo se corre en mi boca... Muevo la lengua deprisa sobre su clítoris. Hago movimientos circulares, soplo sobre él. Sex se retuerce, me mira, jadea, tira de mi pelo, eleva su pelvis hasta obligarme a continuar con el contacto de mi boca sobre esa parte de su anatomía en la que se concentra todo su placer.

Percibo que se va a correr y disfruto de cada oleada de gozo que la llena y la golpea con fuerza.

No me retiro hasta que la siento laxa.

Regreso a su boca y la beso. Su sabor se mezcla en nuestras bocas, es tan erótica esta sensación que de repente necesito yo también descargar mi deseo.

Sex me empuja y caigo sobre el colchón.

—Ahora te toca a ti —anuncia con esa sonrisa juguetona y sensual en los labios que tanto me gusta.

«¡Dios!», susurro en voz muy baja cuando noto su lengua jugando con uno de mis pezones. Sigo extasiado con mi mirada su descenso hasta mis abdominales. Toca y besa. ¡Joder!, ¡qué bien se siente! Cierro los ojos y suspiro, pero cuando su lengua recorre mi polla, los abro, quiero mirarla.

Es lo más erótico y bonito que he visto en mi vida.

Sex entre mis piernas, con mi erección entre sus manos, su lengua lamiéndome y sus verdes ojos mirándome.

Siseo de placer.

—¡Joder, Sex! —exclamo.

Entonces se la mete en la boca y sube y baja apretando los labios de tal forma que la fricción es más intensa.

Enredo las manos en su melena y retiro los cabellos que me pueden impedir ver sus ojos. Muevo la pelvis, que corre a recibir su boca.

Cuando siento su lengua en mi glande, sé que estoy perdido, que me derramaré sin poder contenerlo.

Sex acelera sus movimientos. ¡Joder, llega! Intento retirarme, pero ella niega con la cabeza y me permite correrme en su boca.

Me vacío entero y miro extasiado cómo traga sin expresar asco.

El último espasmo de placer me golpea y tengo la necesidad de abrazarla. Tiro de su cuerpo y la obligo a ponerse conmigo de rodillas en el

colchón. La abrazo y beso.

—Gracias, gracias —le digo con mis labios sobre los de ella.

Siento la humedad en mis ojos, pero me obligo a contener las lágrimas. Ahora, todo lo que he sufrido estos días cae sobre mí como una losa. Parece que al correrme esta segunda vez he desatado un río de sensaciones que estaba retenido por una presa.

La tristeza me golpea, me noquea. Me falta la respiración y, aunque parece una locura, necesito abrazarla, pero también necesito estar solo. Mi cuerpo lucha, mi mente también, pero disimulo. No tengo ganas de soltar mis mierdas, no quiero hablar, así que la tumbo sobre la cama y me acuesto a su lado. Tengo suerte y cae dormida al instante.

Me despierto sudoroso y agitado. He tenido una pesadilla. Miro a mi lado y veo a Sex. Su respiración pausada me dice que está profundamente dormida. Me permito contemplarla sin ser observado y me recreo en su belleza. Sonrío al ver las pequeñas pecas que adornan su nariz respingona y trago saliva al fijarme en sus labios entreabiertos.

Esa mujer ha conseguido que durante unas horas olvide lo que he vivido, el lugar en donde he estado y a la gente a la que he visto.

Gracias a la angustia que he pasado al no saber dónde se encontraba, a la pasión que hemos compartido y a su calor, he logrado olvidar mi pesar.

Al abrir los ojos y verla por un segundo he olvidado, pero de repente un nudo se aprieta en mi estómago y los recuerdos regresan.

Me levanto despacio sin hacer ruido. Camino hasta mi habitación y me dejo caer sobre mi cama.

No intento dormir, sería imposible con todos los pensamientos que inundan mi cabeza y me limito a dejarlos fluir.

Aunque parezca absurdo, lo que más me preocupa es que sé que debería estar más triste de lo que estoy, sé que su pérdida tendría que pesar, pero él me enseñó a no quererlo, a vivir sin su cariño.

En mi defensa, para no parecer una mala persona, diré que nunca fue un padre, jamás se comportó como tal.

Me giro en la cama y abrazo mi almohada.

Sigo sintiendo el mismo vacío que cuando era tan solo un niño. Es el mismo de siempre, nada tiene que ver con su muerte, el vacío es exactamente igual.



23. La visita. Viernes

—¡Voy! —gritó Patch, llamaban a la puerta con insistencia.

Abrió y se encontró con un sonriente Evan que le tendía seis latas de cerveza.

—Eh, tío, ¿qué pasa?

—Hola, Evan, ¿cómo va eso?

Entraron juntos a la casa.

—Mételas en la nevera —le dijo señalando el *pack*.

—No tenías que haberte molestado, tengo cervezas y están frescas.

—Bueno —se encogió de hombros—, así no te quedarás sin existencias.

—Siéntate y te traigo una.

Evan caminó por el salón ojeándolo todo. Eran amigos desde hacía unos meses, pero nunca había estado antes en su casa.

—Toma. —Patch le tendió una lata fría. Acababa de llegar de la cocina —. ¿Te gusta mi hogar?

—¡Ya te digo, menuda casa!

Patch sonrió y le señaló el sofá.

—Siéntate.

Ambos se acomodaron.

—¿Cómo te va en el trabajo? —preguntó Patch.

—Joder, tío, gracias por darme esta oportunidad —contestó con entusiasmo—. La verdad es que me gusta. Roy es un tipo muy legal y la señora Sex es una mujer encantadora. Pero menuda putada me hizo...

—La verdad es que fue muy irresponsable por su parte. —Sabía que se refería a su escapada. Ya la había reprendido con severidad, no podía jugar con su seguridad de forma tan irresponsable.

—Creía que a Roy le iba a estallar la vena del cuello cuando lo vi aparecer en el club.

—Menos mal que todo terminó bien.

Evan asintió y, de repente, se puso rígido.

—¡Hostia, tío! —exclamó y se puso de pie.

Anduvo hasta una foto que colgaba de la pared. Abrió muchos los ojos por la sorpresa y se giró hacia Patch, que permanecía sentado en el sofá dando cuenta de su cerveza.

—No sabía que eras bailarín —dijo con entusiasmo.

Patch dejó la lata casi vacía sobre la mesita del salón, junto a la de Evan, y se acercó a él. Observó la foto, parecía verla por primera vez y eso que llevaba colgada en su pared desde hacía mucho..., mucho tiempo.

En ella se le veía realizando un salto. Parecía volar. Los músculos de sus piernas se marcaban a la perfección a través de la tela de las mallas, al igual que los de su torso desnudo. Sus brazos se estiraban hacia el cielo y su cara sonreía.

—Lo fui. —En su voz sonó la nostalgia, se hizo tan patente que incluso Evan la pudo sentir.

—Ya decía yo que bailabas de puta madre. Te he visto en alguno de los espectáculos. Debías ser el mejor, de eso no me cabe duda.

Patch suspiró. El baile era lo mejor que tenía, lo único que ella no le había robado. Pero también por un tiempo fue su cárcel, la prisión de la que no podía escapar.

—Al menos, lo intenté.

—Dime una cosa, ¿por qué lo dejaste?

—Me pudo la presión. —No era la verdad completa, pero sí parte de sus razones para dejar el baile profesional—. Llevaba en *ballet* desde niño y la disciplina es tan dura que con los años pasa factura.

Durante un buen rato ambos permanecieron de pie observando la foto.

—Pues menudo cambio debió ser. De bailarín a *stripper*.

Patch se limitó a sonreír. Si él supiese..., pero no quería hablar de su pasado e intentó cambiar de tema.

—Te traeré otra cerveza —propuso Patch.

Evan asintió y se dejó caer sobre el mullido sofá.

—¿A qué hora entras? —le preguntó cuando regresó con otra lata en la mano.

—A las diez. ¿Y tú?

—Tengo una actuación a las once de la noche. Nos da tiempo de sobra a tomarnos unas cuantas cervezas.

—Genial. —Sonrió Evan—. Debe ser muy bonito tener algo tuyo.

—¿Cómo?

—Quiero decir... esta casa...

—¿No tienes casa?

—No. Vivo de alquiler y nunca estoy mucho en el mismo sitio.

—¿Por qué?

—Me muevo según me salen los trabajos.

Evan le dio otro largo trago a la cerveza, suspiró con fuerza y dijo:

—Yo quería ser médico. —Patch lo miró asombrado. Si él siempre había sido reservado con su vida, Evan lo superaba con creces y esa tarde de viernes parecía querer confesarse.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido.

Evan se encogió de hombros.

—Quería curar a mi madre.

Un pesado silencio se apoderó del salón. Patch dejó la cerveza a medio camino a su boca.

—¿Y qué pasó? —Le daba miedo preguntar porque temía la respuesta.

—Murió y mi sueño se rompió. Sin dinero, huérfano... —Dejó de hablar por un instante, carraspeó—. Pasé un tiempo con familias de acogida, hasta que alcancé la mayoría de edad, entonces... —Calló de golpe, volvió a carraspear y Patch lo dejó estar.

—Nunca es tarde. Puedes...

—Ese tren ya pasó. —Evan se puso de nuevo en pie, un par de fotos habían llamado su atención. Tomó la primera con una mano. En ella, se veían tres niños de unos diez años.

—¿Son familia? —preguntó en un claro intento de cambiar de tema.

Patch sonrió. Esa foto era un buen recuerdo de uno de los pocos momentos felices de su niñez.

—Este soy yo —dijo señalando al más pequeño de los tres niños—, este es Roy...

—¿El jefe? —lo interrumpió.

—El jefe.

—Así que os conocéis desde niños —afirmó, y Patch asintió con la cabeza—. ¿Y ella? —Puso el dedo sobre la niña con largas coletas que sonreía.

—Lizz. —Suspiró, la añoraba tanto. Era la única persona que lo comprendía, que lo aceptaba tal como era. Soltó una carcajada y Evan lo miró sin comprender qué le hacía tanta gracia—. En esta foto ya se aprecia su gran altura, nos sobrepasaba a ambos —explicó—. Siempre le acomplejó...

Dejó la foto sobre la repisa y tomó la otra. Era un retrato de un niño de unos tres años.

—¿Eres tú? —le preguntó mostrándosela.

Patch se acercó y posó los ojos sobre la foto.

—No. Ese era mi hermano.

—Anda, no sabía que tenías un hermano. ¿Dónde está ahora?

—Murió. —La pena se reflejó en sus palabras.

Por un momento, a pesar de no estar solo, se permitió el lujo de recordar a Rem. Apenas lo había conocido porque cuando nació, él ya estaba inmerso en el mundo del *ballet*. Las giras, los ensayos y su tiempo de estudio en un internado inglés lo separaron de su hermano.

—¿Cómo...?

—Un día... —Aún tenía los ojos cerrados y estaba lejos, muy lejos de aquel salón, lejos de Evan—. Un día mi madre vino a verme al internado en el que estudiaba y me dijo que Rem había muerto. Ni siquiera me dejaron ir a su entierro, tenía actuación... —La tristeza se transmitía en todas y cada una de sus palabras.

«Para ella era más importante mi carrera de bailarín que despedirme de mi hermano», se dijo. Pero no en voz alta, eso no lo quería compartir, ni con Evan ni con nadie.

—Yo... —Evan lo miró con tristeza. Parecía querer decirle algo, pero no podía, no le salían las palabras—. Quiero... —El sonido del timbre lo interrumpió.

—Yo abriré, tú ve a por las cervezas —dijo Patch. Caminó cabizbajo a paso rápido hacia la puerta y abrió a quien llamaba con insistencia.

La boca se le secó cuando lo vio. Llevaba, como siempre, un impecable traje con la camisa y la corbata a juego. Parecía salido de un anuncio de Hugo Boss.

—Jared —salió de su boca—. Vaya, qué sorpresa. No te espera...

—Yo... —lo interrumpió—, no sé qué hago aquí.

Esquivó el cuerpo de Patch, que se había quedado petrificado aferrado al marco de la puerta, y entró en el salón.

Pero su mirada se clavó en Evan, que regresaba de la cocina dándole un

trago a su cerveza y con otra en la mano para Patch.

Jared se mostró molesto. Dudó, se llevó una mano al pelo y, tras un largo suspiro, dijo:

—Creo... Tengo prisa. Tengo que irme. Adiós.

Corrió hasta la salida, sobrepasó a Patch, que continuaba quieto como una estatua, y bajó los tres escalones que lo separaban de la acera dispuesto a subir a su coche y salir de allí sin mirar atrás.

—¡Espera! —gritó Patch cuando logró salir de su aturdimiento.

Corrió tras él y lo alcanzó antes de que abriese la puerta de su coche.

—Eh, eh —dijo mientras le sujetaba el brazo con fuerza y tiraba de él, obligándolo a volverse y mirarlo a los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Yo... —Esquivó su mirada—. No me pasa nada, solo tengo que irme.

Patch puso una de sus fuertes manos sobre una de las mejillas de Jared.

—Es solo un amigo.

—No tienes que darme ninguna explicación.

—En eso tienes toda la razón, pero lo hago porque me da la gana.

Por su mirada, Patch supo que estaba empezando a quebrarse. Sus ojos le hablaban de la lucha interna que estaba librando, de sus dudas, de sus miedos.

—Joder —soltó tras un largo intermedio—, soy un...

—Sé claro, Jared. No tengas miedo. Esto —los señaló juntos—, esto es bueno. Es muy bueno.

—No lo sé..., yo... —Sus ojos brillaban y tragaba saliva con dificultad—. Lo siento, tengo que irme.

Patch soltó su brazo y, con pena, dejó caer la mano que le acariciaba la mejilla. Había perdido la batalla, lo había perdido.

No servía de nada retenerlo, no merecía la pena obligarlo a ver más allá de sus prejuicios estúpidos. Si Jared no se abría, si no aceptaba lo que sentía, lo que deseaba, nada se podía hacer.

—¡Abre los ojos de una puta vez! —le gritó con fuerza cuando lo vio subir en el coche y sintió que arrancaba el motor.

Patch se quedó parado en la acera mientras el coche se alejaba. «Maldito cabezón».

Caminó con las manos en los bolsillos de su desgastado vaquero y, al entrar en casa, se topó con la imagen de Evan sentado en su sofá bebiendo cerveza. Se había olvidado de que él estaba todavía allí.

Jared le hacía perder la noción del tiempo, le hacía olvidarse de todos y

de todo.

«¡Maldito poli!», pensó enfadado.

—¿Quién era? —preguntó Evan señalando a la puerta por la que había salido Jared.

—Nadie. No es nadie.



24. Lo siento

Roy

Entro en la cocina y ella ya está sentada con un café entre las manos.

—Muy buenos días —dice con una radiante sonrisa, pero hasta ahí llega nuestra conversación porque yo me limito a soltar un «buenos días», me sirvo un café y me sitúo en el otro extremo de la mesa.

No intenta tocarme ni yo a ella. No me mira de ninguna manera especial, parece cómoda con la situación, como si nada hubiera pasado, como si anoche no hubiera tenido mi polla entre sus labios. Con sinceridad, su indiferencia me molesta, jode mi ego, sobre todo, porque yo sí tengo en mi cabeza las imágenes de anoche, porque yo sí siento cosas a las que no quiero ponerles nombre.

Intento disimular mi malestar, más que nada porque la sonrisa de ella es radiante.

Incluso sube al coche y se coloca en el asiento trasero sin discutir.

¡Joder! Dijimos que no nos pondríamos límites, que nos dejaríamos llevar. Y, por lo que veo, para ella tan solo soy sexo. Según parece, se refería a follar cuando le dé la gana, cuando le apetezca.

Creo que a los ojos de cualquiera podría parecer irónico el cambio de roles, pero a los míos ni puta gracia me hace.

Llegamos al club y cada uno se dirige a su puesto.

A eso de las doce salgo al Starbucks y regreso con café para los dos.

—*Caffè Mocha* y dos *muffins*; uno de manzana y otro de vainilla y chocolate —enumero mientras dejo todo sobre la brillante mesa de cristal de

su perfecto despacho de dueña todopoderosa.

—Gracias, Roy. —Al menos me sonrío, algo es algo.

—Espero que no tengas que salir de repente y a escondidas. —No sé por qué coño digo eso, tal vez intente llamar su atención o tal vez necesite discutir, el caso es que su sonrisa de anuncio sigue intacta y con voz melodiosa me la devuelve.

—Oh, no te preocupes, no tengo que ir a ningún sitio. Tan solo espero que no te llame alguna de tus amiguitas, tengas que volver a irte y descuides tus deberes.

Parece divertida y a mí me va a reventar la yugular. No tiene ni puta idea de por qué me fui de esa manera tan repentina y sé que se arrepentirá de echarme en cara mi partida. De momento, se apunta el tanto, pero el siguiente punto será para mí.

La dejo sola, por supuesto, doy un portazo al salir y me meto en mi pequeño espacio. Le doy un largo trago a mi capuchino y mordisqueo uno de mis Wrap Brunch.

Sex

Cuando me he levantado esta mañana y he visto que estaba sola en la cama, en un principio he pensado que todo lo que ocurrió anoche fue un sueño, más que nada porque tengo que confesar que estaba un poquito bebida.

Durante unos minutos he necesitado concentrarme, pensar y recapacitar, y he llegado a la conclusión de que he estado otra vez en el paraíso, en los brazos de Roy y de que me he sentido tan bien que me hubiera gustado levantarme con sus manos sobre mi cuerpo somnoliento.

Me meto en la ducha preguntándome por qué se ha ido, por qué no se ha quedado a dormir conmigo. Tras frotarme el pelo, enjabonar mi cuerpo, aplicarme la mascarilla, secarme y ponerme crema, también he llegado a la conclusión de que está bien tener sexo, de que me gusta que sea con Roy, pero que no necesito un hombre en mi cama ni en mi vida porque lo único que hacen es complicarlo todo, poner mi mundo del revés y conseguir que me preocupe por cosas tan absurdas como la llamada de una exnovia. Jamás me he enamorado, tan solo he usado a los hombres para mi beneficio, y pienso seguir así.

Me miro en el espejo ya preparada para enfrentarme a Roy y salgo al mundo con una sonrisa de oreja a oreja. «Sin límites», nos dijimos, pero yo los voy a marcar. Nada de sentimientos, solo sexo.

«Eso no te lo crees ni tú» me dice mi conciencia, pero le saco la lengua y me río en su cara. «¡Solo sexo!», recalco.

Así que bajo a desayunar con esa convicción, pero al verlo llegar, mi boca se seca y mi corazón dispara sus latidos.

¡Mierda!, con ese traje, esa barba de dos días y ese aroma a canela y limón, no hay quien piense de manera racional.

Lucho por mantenerme alejada, nada de contacto, es lo mejor. Intimidad nula. No lo mires, no lo mires...

Me sorprende cuando me trae el café en el club y sin pedírselo. Además, acierta, sabe lo que me gusta. Pero parece molesto y busca bronca, así que le echo en cara el haberme dejado sola. Ya sé que no fue por seguir el rastro de su exnovia, pero mi boca habla sin rasero ninguno y le reprocho lo irreprochable. Me mira de una manera extraña, mezcla de cabreo y una chispa de misterio. Algo me oculta y no sé qué es, pero lo averiguaré.

Me quedo a solas y no me bebo el café, más que nada por despecho, porque la verdad es que me apetece un montón.

—Hola, mi bella dama. —Patch entra en el despacho sin ni siquiera llamar, coge el café de mi mesa, ¡mi café!, y se deja caer sobre una silla. Con un suspiro, le da un largo trago.

—Mmm, buenísimo —gimotea saboreando ¡mi café! De repente, me mira con aire enfadado y me increpa—. Y, por cierto, me reitero. ¡Menudo susto nos diste!

—Que sí, pesado... Ya me lo dejaste claro en los mensajes que me mandaste anoche —digo poniendo los ojos en blanco.

—No te pongas encima chulita. Eso no se hace, Sex.

—Vale, vale, ya aprendí la lección.

—Más te vale. —Me señala con un dedo—. Roy estaba tan desesperado que condujo como un loco...

—Ya, ya, por favor, déjalo. —Cada vez que me imagino a mi guardaespaldas corriendo con su moto sobrepasando la velocidad permitida, poniéndose en peligro por mi culpa, me siento como una mierda...

Patch parece tener compasión y deja el tema.

—¿Cómo está? —pregunta.

—¿Cómo?

—¿Que cómo está Roy?

—Creo que bien, trabajando...

—¿Ha venido al trabajo? —Parece sorprendido y yo comienzo a perder la paciencia.

—¡Pues claro que ha venido!

Patch se levanta de la silla con cara de estar enfadado.

—Joder, Sex, ya le podías haber dado el día libre.

—No te entiendo. —Arrugo la frente, estoy perdida.

—¿No te lo ha dicho? —pregunta sorprendido.

—¿Decirme qué?

Nervioso, se pasa los dedos por el cabello, se frota la cara. Parece incómodo, como si le costase hablar.

—Roy se marchó porque su padre estaba grave en el hospital y, al final, ha fallecido.

La boca se me descuelga, a la par que mis ojos se abren. Niego una y otra vez.

«No puede ser verdad, ¿no?», me pregunto.

Dios, he sido tan... estúpida, necia. He sido peor que una mala pécora, una arpía, una...

—Sex. —Patch corre a mi lado, me toma una mano entre las suyas y me susurra—: Sex, respira, respira...

¿No lo estoy haciendo? No, creo que dejé de hacerlo cuando mi amigo pronunció la palabra *fallecido*.

Debo estar más blanca que la pared que tengo enfrente. Decido cerrar la boca, los ojos y respirar obedeciendo a Patch, que parece muy preocupado.

—¡Dios mío, Patch! —Mi voz suena rara, creo que es por la falta de saliva, de oxígeno—. Soy la peor persona del mundo...

—Pero ¿por qué dices eso? —Me acaricia el pelo.

—Debo... —Me levanto de la silla y comienzo a caminar por la sala—. Tengo que ir con él, tengo que pedirle perdón, darle el día libre, cuidar de él, debo...

Patch me mira sorprendido con mi reacción, claro que él no sabe nada de nada.

—Lo siento, Patch, tengo cosas que hacer. —Sin disimulo, lo empujo hasta la salida de mi despacho. Él no deja de observarme con ojos curiosos. No le explico nada más, pero creo que me entiende. Patch siempre sabe lo que me pasa, lo que siento, parece un vidente.

Asiente, me besa la frente y, con una sonrisa, se marcha.

Nada más ver cómo se cierra la puerta, corro hasta la del despacho de Roy. Antes de entrar y enfrentarme a él intento recomponerme. Giro la cabeza para destensar mi cuello, me seco la mano con la que voy a tomar el pomo en mi falda a cuadros y, sin más, entro sin ni siquiera llamar.

Lo veo de pie, frente a los monitores que vigilan las salas. Está cerciorándose de que estén todos bien situados. Al escuchar mis pasos me mira sobre su hombro, pero tan solo lo hace por un instante, porque enseguida regresa a los monitores.

Camino despacio, tan solo veo su espalda, su descomunal espalda, cubierta por la chaqueta de su traje azul oscuro.

No pienso lo que hago, tan solo deseo cuidar de él, velar por él, ayudarlo a superar su pena. Me aferró con mis manos a su cintura y aplasto mi cuerpo sobre su espalda. Noto cómo se tensa, no esperaba que hiciese eso y menos después de las últimas palabras que le he dirigido.

Poco a poco, siento cómo se va relajando, mi contacto lo ayuda a ello. Toma mis manos entre las suyas y suspira.

—¿Te lo ha dicho Patch? —pregunta.

—Sí.

Por un largo rato nos quedamos así, con mis brazos rodeándolo, con mis manos escondidas entre las suyas. No puedo evitar que un sollozo salga de mi boca.

—Perdóname, por favor —susurro.

En un rápido movimiento, Roy me gira y, de repente, me encuentro entre los brazos de mi guardaespaldas.

—Shhh. —Besa una de mis sienes—. No pasa nada, todo está olvidado.

Elevo la mirada y busco la suya.

—He sido una...

Pone un dedo sobre mis labios y niega con la cabeza una y otra vez.

—Merezco que te regocijes. He metido la pata, yo...

—¡Basta, Sex, para! —me reprende muy serio.

Asiento, tiene razón. En vez de llevar a cabo mi plan de cuidarlo, de darle calor y cariño, estoy intentando disculpar mi metedura de pata.

Me toma de la mano y me conduce hasta su sillón. Se sienta y me pone sobre sus rodillas. Me acomodo, es tan grande que me siento envuelta por su cuerpo. Suspiro de placer, de felicidad, este es mi sitio, el lugar perfecto para sentirme bien, en paz.

Apoyo la cabeza en su pecho y escucho el sonido maravilloso de su corazón.

—Todo está bien, Sex. —Su voz suena baja, suave.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Yo... —Lo escucho suspirar, sé que es costoso para él hablar de sus sentimientos, es tan hermético—. Nunca tuve una relación normal con mi padre. Él... —Hace una pausa y traga saliva con dificultad, me duele sentir lo que está sufriendo—. Él era alcohólico. No tengo recuerdos de mi padre sobrio. De niño, era yo quien cuidaba de él y de mí... No me ha unido ese nexo especial padre e hijo.

Levanto la cabeza de su pecho y lo miro. ¿Cuánto habrá padecido? Lo imagino de niño, solo, sin el apoyo y el cariño de su padre, y se me rompe el corazón.

—Yo no conocí a mi verdadero padre. —No tengo ni idea de por qué le cuento esto. Creo que tengo la necesidad de desvelar un secreto, ya que él lo acaba de hacer—. Pero no lo necesité porque tenía a mi madre. Ella valía por dos y se ocupó de proporcionarme un montón de padres.

—¿Cómo? —Eleva una ceja y yo, tras sonreír, se la acaricio; me gusta tanto ese gesto.

—A mi madre le gustaban mucho los hombres y tuvo muchos amantes.

—Eso sería duro para ti.

—No, ella me enseñó a aceptar lo que teníamos. Mientras estuviésemos juntas, todo estaba bien.

Roy sonrío y mi corazón se desboca.

—Tu madre supo hacerlo bien.

—Sí. Tenía sus cosas malas, pero me enseñó a vivir con lo que tenía, a aceptar y a luchar. La echo tanto de menos. Sé lo que es perder a un ser querido...

—Yo no. —Lo miro con asombro.

—Pero...

—No, Sex, no puedo hablar de amor hacia mi padre ni hacia una madre que apenas conocí.

—Es triste. —Acaricio una de sus mejillas.

—Sí, mucho.

Nos miramos y me besa, pero no es uno de esos besos que nos llevaría a un polvo rápido. Es uno de esos que te llenan el corazón, te calientan el alma y te hacen suspirar.



25. Huye. Sábado

Phoenix, el *wedding planner* que April había contratado, además de ser el más caro, según la revista *Be Loved*, era el mejor.

Había llegado a primera hora a la mansión de Charlotte, donde se iba a celebrar la boda, y, tras él, un ejército de personas que no paraban de trabajar bajo sus estrictas y severas órdenes.

El jardín era un ir y venir de gente extraña y tanto Charlotte como Jared se sentían incómodos. Se habían quedado dentro de la casa, huyendo de los gritos del organizador y del trasiego de mesas, sillas y demás enseres.

April había dispuesto todo junto con Phoenix, no habían escatimado en nada pues Charlotte, además de ser una mujer con mucho dinero, también era generosa con todo lo que se refería a su hijo y les dio carta blanca a la hora de gastar.

Jared no se había interesado por ningún detalle y permanecía al margen. Pero viendo todo el despliegue de personal y menaje que traían en grandes furgonetas, se dio cuenta de lo que su madre iba a gastarse en esa boda.

—¿Cómo se lo has permitido? —Jared estaba de pie con una taza de café entre las manos. Miraba el jardín y resoplaba, contrariado.

—No todos los días se casa un hijo. —Charlotte estaba sentada y observaba a su hijo con preocupación.

—Esto es excesivo. —Se giró para mirarla—. No quería que te gastases tanto dinero.

Charlotte sonrió, se levantó de la silla y caminó hasta él.

—No hay nada que no haría por ti. —Le acarició una de sus mejillas y la notó fría. Jared no tenía buen aspecto.

—Pero yo no quería esto. —Señaló el exterior: las mesas, la gigantesca fuente que acababan de instalar, las flores que adornaban el jardín, toda esa opulencia lo incomodaba.

Charlotte sabía que a su hijo nunca le había gustado llamar la atención, jamás mostraba lo rico que era; él siempre había vivido de manera sencilla, en un apartamento pequeño y con un coche de gama media.

—Pero, cariño, ¿por qué no lo dijiste antes? Le diste permiso a April para planificar toda la boda y esto es lo que ella quería.

—Tú lo has dicho, mamá: lo que ella quería. —Se encogió de hombros—. En fin, ya está hecho. Será mejor que suba a cambiarme, se hace tarde.

Charlotte se quedó mirando cómo su hijo atravesaba la cocina, cabizbajo y triste, y la pena la golpeó. Jared no era feliz, pero no entendía por qué se empeñaba en casarse con April cuando no la amaba. Su corazón se lo gritaba y ella no podía hacer nada, tan solo mirar cómo su único y querido hijo caminaba hacia un futuro que le llevaría directo a la infelicidad, a la tristeza.

Suspiró y se dirigió a su habitación, ella también tenía que arreglarse.

Jared

El sol brilla, ni una sola nube ensombrece el azul del cielo. Es un día perfecto para casarse.

Me miro en el espejo para examinar mi aspecto, para verificar que nada está fuera de lugar, que todo está impecable.

Llevo un chaqué negro con chaleco gris. Tiro de las mangas de mi camisa blanca para ajustarlas al largo de las mangas. Coloco mis gemelos y de nuevo observo el conjunto. Calzo unos Oxford negros de cordones que brillan. Recoloco el nudo de mi corbata gris y el pañuelo blanco que complementa mi atuendo.

Todo está perfecto, todo menos... Mis ojos se ven apagados, su azul nada tiene que ver con el del cielo que esta mañana nos acompaña, más bien parece el de un día de tormenta.

Tocan a la puerta.

—Pasa —digo sin apartar la mirada de mi reflejo.

—¡Vaya! —exclama mi madre al verme.

Me vuelvo. Está preciosa, lleva un sencillo traje, elegante y discreto,

muy ella. Siempre que pienso en ella la recuerdo perfecta, maquillada y peinada. Sea la hora que sea, pase lo que pase, mi madre es una mujer elegante, con estilo, y lo demuestra incluso recién levantada.

Me sonrío y yo intento corresponderle, pero de mi boca sale una mueca extraña.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada, y se coloca a mi lado.

—Es solo..., tan solo estoy nervioso —miento.

—Jared... —Coge mis manos entre las suyas, se la ve preocupada—. Estás a tiempo.

Mi boca se abre por el asombro. ¿Qué propone?, no lo entiendo.

—Pero... mamá... —Intento parecer molesto.

—Cariño —una de sus manos se coloca sobre mi mejilla derecha—, mi corazón me grita que no la amas, que vas a cometer un error, y yo...

—¡No digas eso! —la interrumpo.

—¡Alguien tiene que decirlo! —me grita. Está enfadada, muy enfadada—. Hay un coche esperando en la parte de atrás. Sube a él..., vete lejos. Yo hablaré con April y con los invitados.

La miro como si de repente le hubieran salido dos cabezas. Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto loca?

—No quiero hacer nada de eso —digo ofendido, molesto—. Amo a mi futura esposa y esta mañana voy a casarme. —Mis palabras suenan reales, como si lo sintiese de verdad. Quiero sentirlo de verdad...

Mi madre parece triste, sus ojos se anegan.

—Por favor, Jared... No lo hagas, no...

—¡Basta! —Levanto una mano para que pare, necesito que lo deje porque me estoy quebrando por dentro, me rompo—. He dicho que voy a casarme con April.

De repente, la melodía de mi móvil suena con insistencia y mi madre me mira con expectación. Me indica con la cabeza que lo coja y sale para dejarme a solas con quien sea que me llama.

—Te veo abajo, Jared —dice antes de cerrar la puerta y dejarme solo.

Tomo mi teléfono de la mesilla. Seguramente, será April. Ella está en la planta de arriba, vistiéndose en el cuarto de invitados, pero como es tan tradicional, no quiere que la vea hasta que no estemos en el altar frente al juez.

—Dime —contesto sin mirar la pantalla para cerciorarme de que es ella.

—Hola, poli. —Cierro los ojos y suelto un jadeo. La voz alegre de Patch

me golpea como si estuviese en la orilla del mar, como si una ola chocara con mi cuerpo y su fuerza me llevara hasta el fondo, revolcándome por la arena.

—Hola. ¿Cómo has sabido mi número? —logro balbucear.

—Yo también tengo mis métodos. —Ríe de forma nerviosa y continúa hablando—. Necesitaba explicarte... Solo quería decirte que no me arrepiento de lo que pasó. Me gustaría que nos volviésemos a ver y estaba pensando... —Lo noto indeciso y eso, viniendo de una persona como él que parece tener siempre el control de todo, me da a entender que le importo de verdad y que teme meter la pata—. Estaba pensando... ¿Qué te parece si quedamos esta noche? Trabajo, pero después podemos...

—No —lo interrumpo con sequedad.

—¿Sigues molesto? Ya te dije que era solo un amigo, además...

—No estoy molesto —lo interrumpo de nuevo—. Me importa una mierda si te lo follas.

Escucho cómo Patch gruñe al otro lado de la línea, no quería sonar tan borde, pero...

—Pues mira, quizá lo haga, quizá me lo folle a él y a todo el que se me ponga por delante. ¿Sabes por qué? Porque un tipo vino a mi casa y me calentó, me puso cachondo y luego salió corriendo.

Cierro los ojos, molesto, y a mi cabeza acude la imagen de su boca sobre mi polla, lamiendo, chupando.

—Eso fue... —Sé que mi voz suena ronca; las imágenes, sin yo quererlo, me han calentado—. Eso fue un error que no volverá a pasar.

Otro gruñido me llega a través del auricular.

—Eres un gilipollas, un imbécil que no acepta lo que es. ¿Te crees más que yo? ¿Crees que eres superior a mí? Escúchame bien, poli: no lo eres, eres exactamente igual que yo.

—¡No, no lo soy! —grito desesperado.

Oigo su risa, ríe y me dan ganas de colgar, pero no lo hago porque quiero escuchar su voz... En algo tiene razón: soy un gilipollas.

—Somos iguales —repite de nuevo recalcando cada palabra—. No pienses si es hombre o mujer, que no te importe el género, solo tu corazón. Haz caso a lo que él te dice, escúchalo...

Nos quedamos en silencio. Mi mente corre a cien por hora. ¿Qué futuro puedo tener con él? ¿Qué vida me espera si me centro en mis deseos y no en lo que debo hacer?

—Me dice que me aleje de ti.

«Hago bien, hago muy bien», me repito una y otra vez. Pero... entonces..., ¿por qué me siento estúpido? ¿Por qué noto un enorme vacío en mi pecho?

—¿Estás seguro? —Su voz suena apagada. ¿Se está dando por vencido? Me entristece pensarlo...

—Sí —contesto con firmeza.

—Pues hazlo. Hazlo, poli. Pero hazlo con todas las consecuencias. No vuelvas a buscarme.

Ha colgado, lo sé porque escucho el pitido molesto del teléfono.

Me tambaleo, creo que me estoy mareando. Me aproximo a la butaca que hay al lado del ventanal de mi habitación, esa que ocupaba cuando vivía con mi madre. Me dejo caer y cierro los ojos. Tengo que recuperar mi vida, tengo que regresar al camino y olvidarme de él.

Mi vida ahora está junto a mi mujer, mi trabajo, y no necesito ninguna distracción.

No me gustan los hombres. Arrugo la frente y a mi mente vienen imágenes de Patch, de su cuerpo, de sus labios, de sus ojos.

¡Mierda!

—¡Jared! —Es la voz chillona de Phoenix, que suena molesta al otro lado de la puerta.

Abro enfadado.

—¿Qué coño quieres? —le gruño y él retrocede, asustado.

—Es la hora —responde con voz temblorosa.

Asiento e intento relajar mis facciones, sé que puedo resultar aterrador. Tengo mal carácter.

Camino despacio, sin prisa. Trato de ganar tiempo para convencerme de que hago bien, de que hago lo que debo, lo que se espera de mí.

Mi madre sale a mi encuentro. Está triste y eso me rompe el corazón.

Llegamos al jardín y veo muchas caras observando cada paso que damos. Algunos no sé ni quién coño son. Me cabreo, le dije a April que no quería una boda con muchos invitados, pero, según parece, no ha tenido en cuenta mi sugerencia y, como siempre, ha hecho lo que le ha dado la gana.

—Esto es lo que quiero, mamá —le susurro al oído. Me siento en el deber de hacérselo saber.

Ella se ha agarrado a mi brazo y caminamos juntos hasta el altar improvisado que el organizador ha colocado sobre el césped.

La miro y ella intenta sonreír, pero percibo que está incómoda.

Me deja frente al juez que nos va a casar y se retira hasta su asiento. En todo momento siento sus ojos sobre mí, pero rehúyo su mirada, sé que no podré esconder lo que en realidad siento.

Los acordes de la música que mi futura esposa y Phoenix han escogido, una que no he oído en mi vida, suenan y todos dirigen su mirada hacia el fondo del jardín, por el que aparece la novia.

Está deslumbrante, preciosa. Su vestido roza el suelo al andar. Lleva el pelo recogido y unas flores pequeñas lo adornan.

Me mira y sonrío feliz. Mi boca intenta dibujar una sonrisa resplandeciente como la de ella, pero no puedo.

Siento cómo una gota de sudor cae por mi cuello y recorre toda mi columna. Las manos me tiemblan, así que cojo una con la otra. Tengo la necesidad de mover la corbata, de alejarla de mi cuello, pues parece apretarme la nuez y amenaza con asfixiarme. Con disimulo, interpongo un dedo entre la tela de mi camisa y mi cuello, ahora me siento algo mejor.

April llega del brazo de su padre, lo besa y se coloca a mi lado.

—Estás preciosa —le digo y ella sonrío, radiante.

Oigo un rumor lejano, palabras que no entiendo y sigo al pie de la letra lo que se supone que tengo que hacer. Todo pasa rápido y cuando me doy cuenta, mis labios toman la boca de mi mujer, sellando con un beso el compromiso. Ya está hecho, April es mi esposa de manera oficial y la corbata me ahoga de nuevo.

Todos nos felicitan, nos hacen fotos, nos piden besos y yo, como si fuese un autómatas, me dedico a hacer todo lo que se me solicita sin rechistar.

Vivo este día como si estuviera dentro de un sueño, como si no fuese yo el novio. Sé que hablo con la gente, que río e incluso que abro el baile con mi mujer, pero no soy consciente de nada.

Bailo con ella, nos movemos por el suelo de manera ligera, con pasos firmes. Siempre hemos hecho buena pareja de baile.

—Te amo —me susurra.

—Yo también —le respondo de manera automática, porque es lo que debo decir.

Lo mejor del día: el momento en el que todo se termina, en el que nos vamos a nuestra habitación y por fin me puedo quitar la corbata.

¿Qué me pasa?, siempre llevo una, estoy tan acostumbrado que forma parte de mí, pero últimamente parece molestarme.

—¿Te sientes bien? —April está frente al espejo tratando de deshacerse

de la infinidad de horquillas que sujetan su moño.

—Sí —contesto mientras poco a poco me desnudo. Prenda a prenda, me deshago de la ropa que me ha pesado tanto durante el largo día que acabo de vivir.

—Ha sido maravilloso, ¿no crees?

—Creo que invitaste a demasiada gente.

April se pone de espaldas y con un gesto me pide que la ayude a desabrocharse el vestido.

—Estaban los que debían estar.

—Pues yo creo que muchos sobran. Te dije que...

—¡Basta! —El vestido cae a sus pies y se gira para mirarme—. Tú no has colaborado en nada, quizá si te hubieras implicado un poco, si me hubieras ayudado...

—Para eso pago a ese tío, a... Phoenix, y te aseguro que no ha sido nada barato.

April me mira enfadada.

—¿Cómo puedes tener tanta cara? El tener un organizador de bodas no quiere decir que no haya que hacer nada. Él tan solo me ha guiado, ha sugerido cosas, pero las decisiones eran mías, mías solamente porque tú no has estado ni un solo momento dispuesto a ayudar.

—Tú eras la que quería una boda pija, con tanto tul, flores y caviar. Con gente a la que ni siquiera conocemos, pero claro, son influyentes y famosos...

Los ojos de April brillan de furia, se pone frente a mí con los brazos cruzados y una expresión entre perpleja y cabreada.

—Si no querías casarte, ¿por qué lo has hecho?

Pestaño, confuso. No sé qué responder y hago lo más sensato, lo más correcto.

—Joder, April, perdona. —La abrazo y ella acomoda su cabeza sobre mi pecho—. No me hagas caso, ¿vale? —Dejo un beso sobre su nariz respingona—. Todo ha sido genial, me ha gustado mucho.

Miento, pero no quiero seguir siendo injusto con ella.

—Venga —le tiendo una mano y ella la agarra—, vamos a dormir, ha sido un día muy largo y debes estar cansada.

—¿No quieres...? —Se pone colorada, todo lo referente al sexo siempre le ha hecho sentirse incómoda. Incluso a pesar de los años que llevamos juntos, la desnudez de nuestros cuerpos le avergüenza.

—No. —La abrazo de nuevo y ella parece suspirar de... ¿alivio?—. Será

mejor que descansemos, tenemos toda la vida por delante...

Nos acostamos de lado. Acomodo un brazo sobre su cintura y siento su cuerpo pequeño, demasiado frágil para mí.

No quiero plantearme nada, no quiero pensar en que a ella no le apetece hacer el amor, que a mí tampoco y que, en mi cabeza, durante todo el día he tenido a otra persona. Tan solo deseo dormir, descansar y seguir con la vida que he planeado desde niño. Una vida tranquila, normal.



26. Me rindo. Una semana después. Sábado

Hora punta en Trébol de Cuatro Hojas. La sala empezaba a llenarse mientras el personal de seguridad permanecía alerta, siempre vigilante. Roy se encontraba frente a los monitores, observando a cada una de las personas que entraban en el club con detenimiento.

Sus chicos estaban bien situados en la sala: Evan en la puerta principal, Landon ocupando la salida trasera y el resto de sus hombres colocados en los puntos exactos para vigilar los rincones más oscuros.

En el escenario, Patch y dos chicas bailaban, se tocaban, besaban y ejecutaban un trío bajo la atenta mirada de un público ansioso de sexo.

La sala se calentaba con cada actuación y el resto del personal aprovechaba para conseguir clientes.

Sex entró sin llamar y se colocó al lado de su guardaespaldas. Adoptó la misma postura que él, con las manos sobre la mesa, la mirada en los monitores y las piernas todo lo separadas que le permitía su falda lápiz.

—¿Alguna novedad, capitán? —preguntó con sorna e intentando imitar la voz de un hombre.

Roy apartó la mirada de los monitores y la centró en ella. La observó de arriba abajo. Estaba para comérsela, y eso que en esa ocasión vestía muy discreta. Llevaba una blusa anudada al cuello que no permitía ver nada de su piel y una falda rosa, pero esa sí que era sexi, pues se ajustaba a sus caderas.

La forma en la que Roy la contemplaba le produjo escalofríos y la calentó. Pero su mirada siempre la derretía. Suspiró. Traviesa y provocadora, se mordió el labio inferior.

—¡Joder, Sex, no hagas eso! —le dijo con voz ronca y, tras soltar un

gruñido, la tomó de las caderas, la atrajo hasta su cuerpo y la besó—. Mira lo que me haces —susurró sobre su boca, y tomando una de sus manos, se la llevó a la entrepierna para que notase lo duro que estaba.

Con un suspiro, la separó de su cuerpo.

—Sex, me distraes —la reprendió, y señalando la puerta, le pidió—: Vete, si estás a mi lado, no puedo trabajar.

Sex hizo un puchero y él soltó una carcajada.

—Espero que después me compense, señor —dijo muy seria.

La relación que mantenían a la vista de todos era simplemente la de jefa y guardaespaldas, pero cuando estaban solos daban rienda a su pasión. No habían puesto nombre a lo que tenían, no hablaban de amor, se limitaban a sentir. Cada noche tenían el mejor sexo que jamás habían experimentado y una amistad que les permitía hablar de todos los temas, incluso de los más íntimos.

Pasaban horas en la cama, pero también frente a un café. Sex había descubierto que Roy era más divertido de lo que parecía a simple vista y Roy, que Sex era más sensible de lo que mostraba.

—Lo prometo, señora —contestó cuadrándose y haciendo un saludo militar.

A Sex le hubiese gustado comérselo a besos, estaba tan mono cuando hacía el papel de marine.

Corrió hacia él y le dio un largo beso. Después se dio la vuelta para marcharse, pero antes de hacerlo fijó la mirada en una de las pantallas.

—¡Oh, Dios mío! —Roy la miró asustado. De repente había perdido el color.

—¿Qué has visto?

Él miraba el monitor y no veía nada extraño. Tan solo personas tomando una copa y disfrutando del espectáculo, pero estaba claro que, entre toda esa gente, Sex había distinguido a alguien que la perturbaba.

—Nikolay. —Señaló uno de los monitores y Roy acercó la cámara hasta el punto que indicaba Sex con un dedo. Un hombre rubio y de gran tamaño estaba sentado en uno de los reservados más cercanos a la pista. Tenía un vaso entre las manos y seguía el espectáculo sin apartar la mirada de los bailarines. A su lado, una mujer vestida de manera elegante, que también tenía la vista clavada en el escenario. Una de sus manos estaba sobre la pierna de él, parecía acariciarlo, y con la otra sostenía una copa de champán.

—Mierda, es cierto, es Nikolay Vorobiov.

Tomó el pequeño *walkie-talkie* que usaba para hablar con el personal de seguridad.

—Evan. —Soltó el botón PTT^[1] y se escuchó el inconfundible «bip» que indicaba que cortaba y esperaba respuesta. Pero esta no llegaba—. Evan, ¿estás ahí? —La respuesta se hizo esperar y a Roy le dieron ganas de lanzar el *walkie* por los aires.

«¿Dónde mierda se ha metido este imbécil?», se preguntó con los dientes apretados.

—Sex, ¿estás bien?

Como Sex no respondía a su pregunta, Roy dejó de mirar el monitor para posar sus ojos sobre ella, que asintió.

Parecía asustada y su piel, ya de por sí blanca, tenía un tono enfermizo.

—Tengo que hacer algo... —susurró entre dientes.

—Joder. —Roy sabía que ese tipo no había ido al club buscando sexo o un espectáculo diferente, su intención era dar problemas. Estaba al tanto de lo que había pasado en el despacho de Sex, era consciente de que si él estaba allí, trabajando para ella, era por culpa de ese indeseable—. No puedes dejar que se quede.

—Me está probando. Le dije que no quería verlo más por mi club y él...

—Lo sé.

—Roy —lo miró con desesperación—, tengo que ser yo quien lo eche. Ese individuo menosprecia a las mujeres. No puedo permitir que te metas en esto.

Sex tenía miedo de cómo pudiese reaccionar su guardaespaldas. Por norma general, los hombres tendían a intentar solucionar sus problemas como si fuese una delicada flor, pero Sex siempre se había cubierto las espaldas ella sola. Aprendió, de la forma más cruel, a luchar sus propias batallas. Pero era consciente de que Roy era un hombre protector, uno que nunca la dejaría sola ante ninguna situación; como militar, temía que quisiera tomar el mando y eso nunca sucedería, y menos en su club.

Para su asombro, él asintió.

—Jamás te quitaría autoridad. Este es tu local y yo tan solo soy tu guardaespaldas. Haré lo que me mandes. Estaré a tu lado, apoyándote. Tan solo intervendré si intenta ponerte un dedo encima. Nunca he tenido problemas para aceptar la autoridad de una mujer, pues he estado al mando de alguna en el ejército, y jamás he desobedecido una orden.

Los ojos de Sex se anegaron. Si en ese mundo en el que trabajaba ya era

difícil encontrar a un hombre que no la mirase solo como a un trozo de carne apetecible, encontrar uno con el sentido tan arraigado del deber, con el respeto hacia su sexo y con la consideración de que era una igual parecía un milagro, pero ella lo tenía enfrente y la miraba con esos ojos tan azules, tan brillantes y bonitos que la volvían loca.

—Soy muy afortunada —acarició una de sus mejillas—, he encontrado el mejor guardaespaldas del mundo.

Roy sonrió.

—Y yo a la mejor jefa, pero basta ya de sensiblerías, tenemos que ir a echar a ese indeseable. Ten en cuenta que no estará solo, seguro que viene acompañado de alguno de sus hombres. No darán la cara si no es necesario.

Roy conocía a la perfección la manera de actuar de tipos como Nikolay; por norma general, eran tan cobardes que siempre llevaban escolta y jamás se enfrentaban con las manos vacías. Tendría que vigilarlo muy de cerca por si intentaba sacar un arma.

Caminaba tras ella hacia la sala. Tomó el *walkie* y de nuevo apretó el PTT.

—Landon. —Esperó contestación, y esta vez sí la obtuvo.

—¿Jefe?

—Necesito que me cubras. Colócate en el reservado vip, el que está frente al escenario. Llévate a un par de los chicos.

—OK, jefe. —Se escuchó al otro lado.

—Landon... ¿Sabes dónde se ha metido Evan?

—Debería estar en la puerta de entrada, ese era su puesto.

Roy arrugó la frente. Le resultaba extraño que Nikolay hubiese atravesado la puerta del Trébol sin que Evan le hubiese parado los pies. Todo el personal tenía la orden estricta de restringirle la entrada. Pero lo que más le preocupó y le hizo temer por el muchacho era que no contestaba al *walkie*.

Sex estaba atenta al intercambio de palabras entre los dos hombres y, a pesar de que su tono era rudo, autoritario y sin ápice de sentimiento, se relajó. Estaba en las mejores manos, él no permitiría que nada malo le pasara, no dejaría que Nikolay le tocara ni un pelo.

Estaban ya cerca del reservado. Roy dio un paso al frente, acertó la distancia hasta la espalda de Sex, tomó uno de sus brazos entre sus fuertes manos y, acercándose a su oído derecho, le susurró:

—Lo vas a hacer muy bien. Estaré en todo momento a tu lado.

Sabía que con tipos como esos había que tener mano dura y sangre fría.

No podía recular ni un milímetro.

La soltó de manera inmediata y, con un leve empujón, la alentó a seguir caminando hasta que llegaron al reservado.

Sex se colocó frente al ruso y lo miró con dureza.

—Señor Vorobiov, creo que fui muy clara la última vez que nos vimos.

Nikolay dejó de contemplar el espectáculo, quitó la mano de la preciosa mujer que lo acompañaba, y que acariciaba su entrepierna de manera distraída, y se puso de pie.

—Vaya, qué alegría verte de nuevo, Sex. —La miró de arriba abajo de manera obscena, pero Sex no reculó y clavó los ojos en él—. Estás preciosa.

Sex podía sentir a su guardaespaldas casi pegado a ella. Incluso su furia le llegaba en oleadas intensas que la hacían sentirse más fuerte y poderosa. Roy disimulaba muy bien su ira, era un profesional y no demostraba sus sentimientos. Le aterraba ver a Sex frente a ese individuo que la había amenazado, pero no dejó que sus gestos ni su mirada lo delataran.

—Tengo que rogarle que se marche —dijo Sex con voz firme y sin hacer caso a sus miradas ardientes.

—¿Por qué? —El muy cabrón parecía confuso.

—Ya le dije que no quería verlo por mi club.

—Pues la seguridad no es muy buena por lo que veo, porque he pasado sin ningún problema. —En esa ocasión la mirada del ruso se clavó en el guardaespaldas, que soltó un gruñido.

A Roy le cabreaba, pero Nikolay tenía razón: había fallado. Nunca, bajo ningún pretexto, ese tipo debería haber entrado en el local y él tendría que haberlo visto primero, y no Sex.

—Mi personal es muy competente. —No pensaba permitir de ninguna manera que se insultara a sus chicos, y menos a Roy.

—Eso es discutible.

—No, no lo es.

Landon y uno de los chicos se colocaron a cada lado de Nikolay, lo alentaban a marcharse de una manera silenciosa.

Roy miró a su alrededor. «¿Dónde coño se ha metido Evan?», se preguntó.

—Creo que dirigir el club se te queda demasiado grande, Sex. Deberías dejar estas cosas para los hombres... —Su sonrisa irónica la estaba poniendo enferma—. Según me han contado, incluso una de tus chicas ha aparecido muerta. Eso es terrible, deberías haberla protegido...

¿Qué estaba insinuando? ¿Había formado parte del asesinato de Madeline?

—¡Hijo de puta! —Sex escuchó el rugido de Roy a su espalda y se estremeció.

—¡Salga de mi local ahora! —le gritó enfadada.

Nikolay sonrió con ironía. Miró a ambos lados, observando las dos moles que se habían colocado junto a él.

—Creo que no necesito escolta.

Sex se temía lo peor, pero respiró tranquila cuando el ruso empezó a caminar hacia la salida.

La mujer, que hasta entonces había permanecido en silencio y sentada, se levantó y caminó tras Nikolay con la cabeza baja. De cerca no se la veía tan elegante y bella. Estaba delgada en exceso y su cabello, recogido en un discreto y alto moño, parecía no tener brillo ni vida. Al pasar por el lado de Sex levantó la cabeza, la miró, y sus ojos expresaban pena, dolor, parecían pedir socorro. Pero inmediatamente bajó la mirada al suelo y, con paso rápido, se colocó tras Nikolay.

—¿Está usted bien, señorita? —Roy la había interceptado, ya que también había reparado en su mirada y no podía dejarla marchar sin saber si se encontraba bien.

Ella asintió, pero sin mucha convicción. No dejaba de mirar la espalda de Nikolay, parecía temerosa de que el ruso se diese cuenta del intercambio de miradas que había tenido con Sex y Roy.

—No tiene por qué irse con él —Roy la tomó de un brazo—, yo la protegeré, aquí estará a salvo.

—No, no, por favor, suélteme. Déjeme ir. —La mujer estaba aterrada y no paraba de negar con la cabeza.

—¿Pasa algo, Olga? —Nikolay se acababa de girar y clavó su fría y dura mirada sobre el cuerpo tembloroso de la pobre chica, que no paraba de tirar de su brazo intentando soltarse de la fuerte mano de Roy.

—Todo está bien —dijo con voz temerosa y mirada suplicante hacia el guardaespaldas.

Roy la soltó, no podía hacer nada por ella si rechazaba su ayuda.

—Sex —Nikolay se dirigió a ella con rabia—, dígale a su perro que no toque a mi chica.

El insulto no fue lo que detonó la reacción de Roy, pero sí el ver cómo el ruso se aproximaba a Sex invadiendo su espacio vital.

—Dé un paso atrás —le ordenó con tono frío. Nikolay no se movió—. ¡Le he dicho que dé un paso atrás!

Obtuvo igual resultado. Sabía que lo estaba provocando, pero ya no había vuelta atrás. Se interpuso a empujones entre Sex y él.

—Salga de aquí —le gruñó Sex y pareció que iba a obedecer, incluso comenzó a caminar hacia la salida, pero de repente se giró e intentó asestarle un puñetazo a Roy, que estaba preparado para eso y evitó el impacto en su cara. Ya hacía un buen rato que sospechaba que Nikolay no iba a salir del club sin provocar una pelea. Había venido a buscar bronca, quería demostrar a Sex que eso podía suceder siempre que a él le apeteciera. Nada de lo que hubiera dicho o hecho cambiaría el resultado.

Entonces, el caos reinó en el local. Las peleas entre la seguridad del club y los hombres que discretamente habían acompañado a Nikolay se sucedían por toda la sala mientras que la gente salía despavorida gritando.

La música cesó, se escuchaban con claridad los golpes, los gruñidos de dolor.

Roy peleaba contra dos tipos y parecía no necesitar ayuda, pero Patch bajó del escenario y golpeó a uno de ellos hasta llamar su atención y así hacer la pelea más ecuánime.

Sex y la mujer de Nikolay se alejaron todo lo que pudieron de la maraña de hombres que se golpeaban. Se acurrucaron en una esquina y Sex la abrazó intentando serenarla, estaba tan asustada que no paraba de llorar de manera histérica.

Antes de que el sonido de las sirenas de la policía llegase a sus oídos, los chicos de Nikolay comenzaron a alertar a sus compañeros y se escabulleron a toda prisa dejando a su paso un rastro de sofás, mesas y sillas rotas.

En un segundo no quedaba ni un hombre de Nikolay, tan solo estaba el personal del club.

—¡Pero ¿qué coño...?! —Evan entró en la sala. Se sujetaba un pañuelo en la nuca y miraba sorprendido la sala vacía de público y a alguno de sus compañeros sangrando.

—¿Dónde te has metido? —le reprochó Landon en cuanto lo vio aparecer.

—¡Eso digo yo! —Roy se acercó a él dando grandes zancadas. Una mancha roja en su camisa llamó la atención de Evan, la nariz le sangraba y su jefe se la cubría con un trozo de tela que, por el aspecto de su camisa, había arrancado de los faldones que caían sueltos fuera del pantalón—. ¡¿Dónde

coño te has metido?!

Al ver la expresión furiosa de Roy y la mirada airada de Landon, Evan retrocedió y corrió a dar una explicación:

—Venía hacia la sala cuando alguien me golpeó por la espalda. —Le mostró el pañuelo manchado de sangre que llevaba en la nuca.

Sex soltó a Olga, que había permanecido a su lado, abrazada a ella, como si fuera un salvavidas. No se había marchado con los hombres de Nikolay, pese a que este la llamó de manera incesante. Pero estaba tan aterrada que no había sido capaz de moverse, parecía como si sus piernas no la obedecieran.

Sabía que eso le enfadaría, que si regresaba a su lado, se lo haría pagar. Pero había tomado una decisión. Llevaba tiempo pensando en huir y ese era el mejor momento para hacerlo.

—Todo saldrá bien —le dijo Sex al notar cómo se tambaleaba cuando la soltó.

Sex se aproximó a Evan, tomó una de sus fuertes manos entre las suyas y le preguntó, preocupada:

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Intentó sonreír—. Tan solo me duele mucho la cabeza. —Evan miró a Roy, sus ojos brillaban—. Lo siento, me pilló desprevenido, no lo vi venir. Lo siento tanto. —Bajó la mirada, parecía avergonzado, como si hubiese fallado a sus compañeros y a sus jefes.

—Tranquilo. —Roy habló calmado. Él también había fallado, no había cumplido con su trabajo y Sex, por su ineptitud, había estado en peligro—. ¿Crees que necesitas que te cosan? —preguntó señalando su nuca.

—No, no. Ya no sangra. Tan solo..., creo que me desmayé, el golpe fue muy fuerte.

Roy asintió y dejó de presionarse la nariz, que también había dejado de sangrar. Miró a Sex preocupado, que le sonrió intentando tranquilizarlo y vocalizó un «Estoy bien», al que él asintió. Deseaba más que nada en el mundo acercarse a ella, abrazarla y sentir que de verdad estaba bien, pero se resistió a hacerlo, pues su sentido del deber se lo prohibía y se limitó a observarla de arriba abajo en busca de alguna herida.

—¿Quién es ella? —Evan acababa de reparar en la preciosa morena que se abrazaba a sí misma y que no paraba de llorar y temblaba de tal forma que todo su cuerpo se movía.

—Alguien que necesita ayuda —contestó Sex. Le tendió la mano y Olga

se aferró a ella.

Evan arrugó la frente.

Olga negó con la cabeza, quería hablar, deseaba contarles todo, pero... no podía. En esos momentos, las pocas fuerzas que le quedaban no le permitían nada más que llorar y temblar.

—No hace falta que digas nada. —Sex se dirigió a ella con voz suave—. Olga se queda con nosotros. La cuidaremos y protegeremos. —Miró a los dos hombres que tenía enfrente con determinación, nada le haría cambiar al respecto.

Roy supo entonces que las cosas se les iban a complicar más con esa chica de por medio. Nikolay no dejaría que ella se le escapara; no sabía los motivos, pero Olga era importante para él. Que ella se quedara era una declaración de guerra. Cerró los ojos por un instante, era un soldado preparado siempre para la batalla, pero no quería exponer a Sex al peligro ni dejar a Olga en manos de un desgraciado que seguramente la maltrataba. Esa pequeña morena tenía aspecto de haber sufrido mucho.

—La entregaremos a la policía —sentenció Roy.

—¡No, por favor! —gritó Olga. Las lágrimas caían por sus mejillas y temblaba.

—Nada te va a pasar, tú solo... —Sex intentó tranquilizarla, pero ella no parecía querer escucharla, tan solo negaba con la cabeza y sollozaba.

—Por favor —la interrumpió—, si me entregan a la policía, moriré. Me van a matar... —El temblor de su cuerpo se volvió más violento y Sex la abrazó intentando darle la seguridad que necesitaba. Olga se dejó, no opuso resistencia, hacía tanto que no sentía el calor de la piedad, el consuelo...—. Nikolay tiene mucho dinero, él... él ha comprado a la policía. Tiene un contacto dentro de la comisaría, un policía corrupto que lo ayuda en todos sus trapicheos —confesó en voz tan baja que tan solo la escuchó Sex.

—Yo conozco al comisario y sé que es un buen hombre, él...

—Él no podrá hacer nada por mí —volvió a interrumpirla.

Sex chasqueó la lengua, contrariada.

—Nada de policía —sentenció con los ojos clavados en Roy, que por supuesto comprendió que si daba esa orden, que los ponía a todos en peligro, debía tener buenas razones. Sabía perfectamente que cuando estuviesen a solas, Sex le contaría qué le había dicho la muchacha en voz baja. Se llevó la mano al pelo con nerviosismo y tomó la mejor decisión, con la poca información y tiempo de los que disponía.

—Evan... —Tenía que tomar cartas en ese asunto, tenía que tomar decisiones rápidas y así lo hizo—. Llévate a Olga de aquí. En nada va a entrar la policía. —Escribió una dirección en un papel—. Las llaves están en el primer cajón de mi despacho, cógelas y vete. Aquí estará segura. No te separes de ella. No hables con nadie ni intentes contactar conmigo, seré yo quien lo haga. Solo yo, ¿entiendes?

—Sí, señor. —A pesar de no comprender nada, Evan no dudó ni un instante en obedecer.

—¡Vamos, marchaos ya, la policía está a punto de entrar!

Evan tendió la mano a la muchacha que, reticente y tras la mirada tranquilizadora de Sex, la tomó y ambos salieron casi a la carrera.

—¿Sabes que estamos metidos en un buen lío? —preguntó mientras los veía desaparecer por la puerta trasera.

—Sí.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Que uno de los policías está comprado. Nikolay no la dejará marchar...

—Lo suponía.

—Yo, no... no podía..., tenía que ayudarla... —Estaba tan asustada, no sabía cómo terminaría aquello, pero tenía un mal presentimiento.

—Has hecho bien. Yo hubiera actuado igual. Esa chica es tan joven... y se ve..., se nota que ha sufrido mucho. Nadie...

Su frase quedó interrumpida por la irrupción violenta de los policías que gritaban y los apuntaban con sus armas, ordenándoles que levantasen las manos en señal de rendición.

Patch

No doy crédito a lo que está ocurriendo. Hemos tenido que parar de golpe al escuchar los gritos, los golpes y las carreras de gran parte del público hacia la salida.

—¡Corred al camerino! —les grito a mis compañeras que, asustadas, no paran de llorar.

La música cesa de repente de manera abrupta y mis ojos se clavan en mi amigo Roy, que pelea contra dos gigantescos matones. No me lo pienso dos veces: me lanzo del escenario y golpeo a uno de ellos.

Nos enzarzamos en una pelea dura y el muy cabrón me golpea en mi punto débil, la herida que aún palpita en mi abdomen. Me doblo de dolor, pero soy fuerte y me recupero con rapidez, y antes de que el muy cabrón llegue a darme una patada en la cabeza, le agarro la pierna y lo desestabilizo. El grandullón cae al suelo como un fardo pesado.

Pero entonces ocurre algo que me paraliza. Un olor intenso a lilas golpea mi pituitaria.

Creo que mi mente me está jugando de nuevo una mala pasada porque al aroma, que provoca en mí las típicas náuseas que tengo siempre que lo huelo, se une la imagen clara de una mujer.

«No, no, no...», grita mi mente asustada, aterrada. «No puede ser...». Pero la distingo perfectamente, puedo ver su espalda, ya que por su altura sobresale entre la gente. A mi mente acude el recuerdo de su gran tamaño a pesar de ser una mujer, de la fuerza que tenía, y comienzo a temblar.

Distingo a la perfección su pelo rubio con un corte antiguo, uno que ya no se lleva y que odio, y sus ropas, esos pantalones anchos y esas camisas de cuadros grandes y rojos.

Creo que si salgo corriendo hacia los camerinos, no me verá. Tengo que intentarlo.

En mi cabeza vuelvo a ser un niño aterrorizado y huyo. Corro desesperado hasta mi camerino, dejando atrás las voces de mis amigos, que siguen peleando. Debería quedarme y ayudar, pero no puedo; mi instinto de supervivencia frente a ella me obliga a huir, a olvidarme de todo, tan solo me preocupo por mí. El pasado ha regresado, ahora estoy de nuevo solo...

Entro en mi pequeño camerino e intento recuperar el aliento, pero de repente la luz se apaga. Me quedo a oscuras y un sudor frío comienza a caer por mi espalda desnuda. Tanteo la pared, desesperado por encontrar el interruptor, pero no lo localizo... Me cuesta respirar, necesito salir, el espacio se ha hecho demasiado pequeño, parece que las paredes van cerrándose en torno a mi cuerpo, como si estuviese metido en una caja cuyos lados se van juntando poco a poco. Golpeo la pared desesperado, ¿dónde mierda está?!

Entonces lo intento con la puerta, necesito salir, la empujo, pero no se abre. ¡¡No se abre!! Me desespero y le doy un fuerte puñetazo con el que solo consigo dañarme el puño; vuelvo a empujar, uso toda mi fuerza, pero no se mueve.

¿Por qué no se mueve? Se cierra con llave por fuera, pero yo siempre la tengo abierta, ¡siempre!

Ha sido ella, ha vuelto, ha venido a por mí...

Me falta el aire, me ahogo, boqueo desesperado. Noto cómo mi sangre corre rauda, cómo mi corazón galopa desesperado y cómo mis pulmones se cierran. ¡¡Voy a morir!! Lo sé. Ella lo ha conseguido.

Me dejo caer al suelo y, como cuando era niño, intento refugiarme. Me agarro las piernas con los brazos en un intento de protegerme a mí mismo. Escucho su risa, la oigo al otro lado de la puerta. Quiero gritarle, quiero insultarla, pero no puedo, nunca pude...

—Nunca te librarás de mí —dice con su inconfundible acento inglés.

Ella gana, ha ganado, lo ha conseguido.

Me rindo.



27. La primera vez

Cuando Jared se enteró de que varias patrullas salían camino del club Trébol porque les habían llegado muchas llamadas alertando de un altercado en la sala, no se lo pensó dos veces y, junto a su compañero Josh, se subió a uno de esos coches alegando que uno de los casos en los que estaban trabajando tenía relación directa con ese club.

Nadie se cuestionó sus motivos, nadie les preguntó, pero él necesitaba recordarse que iba por trabajo, tan solo por trabajo, y que nada tenía que ver que Patch trabajase allí, que él estuviera bailando en esos momentos y que estaba totalmente aterrado pensando que algo le pudiese suceder.

Jared entró junto al resto de los policías en la sala. Temía lo que se podría encontrar. Las llamadas que recibieron hablaban de tiroteos, de heridos, incluso de algún muerto.

Por eso la intervención fue rápida y entraron con las pistolas en la mano, pero todos se quedaron quietos al ver una sala casi vacía. Sí era cierto que los destrozos les indicaron que había tenido lugar una pelea, pero no había señal de ningún herido grave. Tan solo algún que otro ojo morado, nariz rota o labio partido.

Sex fue quien tomó el mando de la situación y suspiró aliviada al reconocer a Sleint. El comisario Martín era muy amigo suyo y le había hablado tan bien del detective que confiaba en él sin apenas conocerlo.

Se aproximó a él, había decidido que solo hablaría con el detective y lo expresó en voz alta y clara. Josh no puso ninguna pega. Mientras se dedicaba a tomar declaración al resto de los presentes y a evaluar a los heridos, Sex le

confesaba a Jared todo lo que había sucedido. Incluso le habló de la amenaza de Nikolay.

—¿Crees que pudo ser él quien asesinó a Madeline?

—Eso ahora es asunto de la policía, Sex. Nosotros investigaremos y... —Jared no dejaba de mirar a su alrededor, no paraba de buscar a Patch. Estaba tan nervioso que apenas podía atender a la declaración de Sex y eso que era muy importante, pues quizá acababan de encontrar al asesino de Madeline.

—¿Te ocurre algo, detective? —le preguntó extrañada al ver que Jared había dejado de hablar.

—¿Dónde está Patch? —Decidió preguntar directamente, había perdido la paciencia.

Sex se extrañó y lo miró confundida. ¿De qué lo conocía? Patch odiaba a la policía y no creía que fueran amigos. Pero sus dudas quedaron en segundo plano al recordar que Patch había estado bailando, luego lo vio pelear contra un tipo y después... Todo se había vuelto confuso, pero no recordaba haberlo visto desde la pelea.

—No lo sé —dijo preocupada.

Jared arrugó la frente. Necesitaba encontrarlo. ¿Y si le había pasado algo? Comenzó a caminar por la sala, movió sillas y miró en todos los rincones mientras Sex, Roy y Josh lo seguían muy de cerca.

—Vi cómo iba a su camerino —comentó una de las chicas que había bailado con él.

Los cuatro corrieron hacia allí. El primero en llegar fue Jared. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Quién tiene la llave? —preguntó a Sex.

—Patch.

—Pero está cerrada por fuera.

—Quizá no esté en su camerino.

Golpeó varias veces mientras gritaba su nombre, pero no obtuvo respuesta.

Su sexto sentido le decía que Patch estaba dentro y que lo necesitaba, así que decidió derribarla.

Pegó una patada y la puerta se tambaleó, pero no cedió; le dio otra y entonces la madera crujió; con la tercera, se abrió de golpe hasta chocar con la pared con un fuerte estruendo.

Jared se quedó paralizado en la entrada. Tuvo que sujetarse al marco,

pues las piernas le temblaban.

La habitación estaba tan oscura que solo pudo distinguir un cuerpo gracias la luz que entraba a través de la puerta abierta.

Buscó el interruptor con desesperación. Cuando lo encontró, lo pulsó y se hizo la luz, y todos pudieron ver a Patch con más nitidez. Estaba en el suelo en posición fetal, aferrado a sus rodillas. Apenas se movía.

—¡Dios mío! —La boca de Jared se secó. Parecía muerto...

—¡Patch, Patch! —Sex lo apartó sin ningún tipo de miramiento y corrió a su lado. Intentó moverlo, pero sujetaba con tal fuerza sus piernas que no fue capaz. Miró a Jared suplicándole ayuda.

—¿Qué ocurre?! —Josh tomó a Jared del brazo para llamar su atención. Estaba fuera de la habitación y el cuerpo del agente le impedía ver dentro.

—Necesito... —¡Joder!—. Por favor, cúbreme, tengo que... —No sabía cómo explicarle lo que necesitaba a su compañero, pues ni siquiera sabía él mismo cómo reaccionar. Pero lo que tenía claro era que Patch no necesitaba más espectadores.

—¿Me estás pidiendo que mire hacia otro lado?

Jared no contestó y bajó la mirada. Desconocía lo que le había pasado al bailarín. Sabía que tenía fobia a la oscuridad y a los espacios pequeños. Ese camerino era muy reducido y, cuando llegaron, estaba tan oscuro que apenas pudo distinguirlo. No tenía ni idea de cómo ayudarlo, pero su instinto le repetía una y otra vez que debía protegerlo, algo estaba mal. Su prioridad en ese momento era cubrir a Patch.

—Me debes una —dijo Josh mientras clavaba un dedo en el pecho del detective. Sabía que Jared era tan legal que lo que le estaba pidiendo le debía estar resultando incluso doloroso, pues se estaba saltando todas las normas. También sabía que si le pedía algo así, sería por un buen motivo, así que aceptó. Confiaba en él.

—Gracias. —Intentó sonreír, quería quitarle hierro al asunto, pero en esos momentos lo que más le preocupaba era el bienestar de Patch, averiguar cómo podía ayudarlo a salir del trance en el que parecía encontrarse.

—Yo lo acompañaré —se ofreció Roy. Conocía a Patch, sabía mucho sobre su pasado, pero no le correspondía a él contarle a Sex por qué su amigo se encontraba en esa situación. Lo mejor era dejarlos solos. Además, si ese poli se interesaba por Patch hasta el punto de cometer irregularidades, quería decir que su amigo estaba en buenas manos.

Jared clavó sus pupilas azules en él y asintió agradecido. Entonces,

ambos hombres se dieron la vuelta y se marcharon por el pasillo camino de la sala, dejándolos a solas.

—Patch... Patch. —No sabía cómo había llegado hasta allí, había pasado de estar de pie mirando cómo su compañero se iba a encontrarse de rodillas al lado de Patch con una de sus manos acariciando su cabello revuelto y susurrando su nombre en uno de sus oídos.

Sex sollozaba asustada y lo miraba buscando una respuesta que Jared no podía darle. No sabía qué era lo que le pasaba.

—¿Estás herido? —preguntó acercándose más a él.

Entonces, ambos suspiraron al ver cómo la cabeza de Patch se movió negando. Poco a poco abrió los ojos y los clavó en Jared, que suspiró al descubrir la mirada vidriosa y aterrada con la que Patch lo miraba.

—Ella... —balbuceaba— ha estado aquí.

—Patch... Todo está bien... Ya pasó, estoy contigo —susurró Jared. ¿De quién hablaba? Lo desconocía.

Poco a poco empezó a relajarse y a soltar sus rodillas.

Se lanzó a los brazos de Jared con desesperación; la sorpresa hizo que cayera al suelo, pero no lo rechazó, lo estrechó con fuerza e intentó consolarlo con palabras de aliento.

Sex los miraba sorprendida. No tenía ni idea de la relación que los unía, pero era casi evidente que entre ellos existía algo más que una simple amistad. Decidió dejarlos solos, Patch necesitaba espacio, y salió sin hacer ruido.

Jared

La imagen de Patch en el suelo aferrado a sus rodillas me sacude como si una corriente me golpease por todo el cuerpo.

Recuerdo su fobia a la oscuridad, a los lugares pequeños y oscuros, y un escalofrío recorre mi espalda. ¿Cuánto tiempo llevará encerrado? No puedo ni imaginar lo que ha tenido que suponer para él enfrentarse a lo que más teme. Aunque, viendo el estado en el que se encuentra, puedo hacerme una idea.

Se aferra a mí como si yo pudiese borrar todo su temor, como si fuera la cura a su fobia, y lo aprieto contra mi cuerpo porque necesito ayudarlo, porque de forma egoísta deseo sentir su calor.

Sé que tenemos una espectadora que seguramente nos mira con la boca abierta. Lo primero porque no sabe de qué nos conocemos, y lo segundo, y más importante, porque Patch odia a la policía y yo pertenezco a ese cuerpo.

No me importa, me da igual. ¡Que mire! Solo quiero consolarlo y siento, conforme su cuerpo se va relajando, que estoy consiguiendo mi objetivo.

Poco a poco deja de temblar y su respiración se va acompasando, va dejando de ser tan errática.

Necesito sacarlo de aquí, tiene que estar tranquilo para terminar de recuperarse.

Lo ayudo a levantarse. Se tambalea, pero por nada del mundo lo dejaré caer.

Lo ayudo a vestirse, tan solo lleva sus mallas puestas. Con manos temblorosas consigo meterlo dentro de unos vaqueros, una camiseta y le abrocho las zapatillas.

Salimos del camerino, con mi brazo rodeando la cintura de Patch y con él apoyado en mí, y caminamos torpemente hasta encontrarnos con Sex, que parece haber estado esperándonos.

—Me lo llevo —digo clavando mis ojos en los de ella. Soy consciente de que mi tono no admite réplicas.

Sex asiente.

Nos acompaña hasta la puerta de atrás y recorreremos esos pocos metros en silencio.

No dejo de observarlo, de mirar todas y cada una de sus escasas reacciones. Ha permanecido todo el tiempo con la mirada baja. Tan solo la ha desviado un segundo cuando Sex se ha despedido de nosotros.

Un «te llamo», sale de la boca de Sex y un «de acuerdo» sale de la de Patch.

Sé que la dueña del club se muere por saber qué le ha pasado a su chico. Sé que no entiende nada, pues según veo, a pesar de la relación de amistad que los une, él no le ha contado lo de su fobia. Me siento especial porque en quien ha confiado ha sido en mí, y eso que soy policía y que nos conocemos desde hace muy poco tiempo. No puedo remediarlo y me hincho como un pavo, la satisfacción de sentirse único es una reacción humana y no pienso flagelarme por ello.

Lo ayudo a entrar al coche e intento ponerle el cinturón de seguridad, pero aparta mi mano.

—Puedo solo, gracias. —Aún parece perdido en su mundo y cuando

entro en el sitio del piloto, veo que de nuevo se abstrae mirando por la ventanilla.

En la radio suena *7 years*, de Lukas Graham, y Patch parece dormir.

—¿Dónde me llevas? —Me sobresalto al escucharlo.

—A mi apartamento.

Asiente.

—¿No te da miedo?

Lo miro confundido.

—¿Miedo?

—Sí, poli, miedo. —Retiro por un momento la mirada de la carretera para posarla sobre Patch—. Miedo a quedarte a solas conmigo. Miedo a no poder resistirte.

Asiento con una sonrisa, el Patch de siempre regresa, y eso es bueno. Mis sentidos vuelven a la carretera, me concentro en la conducción.

—Por lo que veo, otra vez eres el mismo capullo de siempre.

Sé que sonrío, no puedo verlo porque mis ojos siguen atentos al coche que va delante, pero puedo sentir su sonrisa acariciándome.

Llegamos. Aparco en el garaje y caminamos juntos hasta el ascensor.

—¿Por qué me traes a tu casa?

Me encojo de hombros, la verdad es que no sé por qué me creo responsable de él ni por qué he elegido mi apartamento y no su casa. Busco una excusa y la encuentro.

—Creo que alguien ha intentado hacerte daño. Cuando se dé cuenta de que no ha tenido éxito, quizá vaya a tu casa y yo no llegue a tiempo de salvarte.

—Podrías haberme dejado con Sex.

—Sí, podría. —Ante ese argumento nada puedo decir a mi favor.

Abro la puerta. En todo momento he procurado no mirarlo a los ojos y lo he conseguido, eso sí, con mucho esfuerzo.

Me aparto y le indico con una mano que entre. Lo sigo y, con disimulo, observo sus reacciones al estar en mi apartamento, en el hogar en el que he pasado los últimos años, uno que construí gracias a mi trabajo y en el que procuré poner mucho de mí. Mi refugio, el único sitio donde me siento protegido, a salvo. Donde soy yo mismo, sin máscaras.

Patch mira cada rincón del salón, cada cuadro. Pasa un mano por el sofá, lo acaricia.

—¿Te apetece tomar algo?

No tengo muchas cosas aquí, aunque seguro que algo encuentro en la nevera. Ahora esta casa permanece vacía porque vivo con mi esposa en una vivienda unifamiliar, con un gran jardín, piscina y una habitación destinada al hijo que tanto desea April.

A pesar de todo he conservado mi apartamento tal y como estaba, no me he llevado nada de él, ni tan siquiera mis fotos, mis cuadros; tan solo parte de mi ropa llena el armario de la casa que comparto con April.

En mi apartamento está todo tal cual lo dejé porque me gusta pasar por aquí y disfrutar de la soledad, de la paz... April me lo ha echado en cara, dice que lo hago porque tarde o temprano tengo intención de regresar, de abandonarla y ocupar de nuevo mi piso. Intento convencerla de que está equivocada, esgrimo millones de razones, pero dentro de mí siento que quizá tiene razón, que tal vez mi mente nunca haya salido de entre estas cuatro paredes.

Patch niega con la cabeza en respuesta a mi pregunta.

—Tan solo necesito descansar. Las crisis... me dejan hecho polvo. —Su aspecto demacrado y sus ojos medio cerrados dan fe de sus palabras.

—Ven, te indicaré dónde puedes dormir.

Lo guio hasta la que era mi habitación y le señalo mi cama cubierta con las sábanas que yo mismo escogí, con la colcha blanca que yo compré. Todo está como lo dejé: colocado, limpio, en orden. He contratado a una mujer para que lo mantenga siempre perfecto.

Patch no dice nada, se limita a quitarse el pantalón, las zapatillas, la camiseta y, cubierto tan solo con las mallas, se sienta sobre mi cama sin ni siquiera quitar la colcha.

Por un buen rato me quedo hipnotizado mirando sus movimientos, observando cómo su pecho sube y baja con cada respiración; y en el instante en el que se tumba me paraliza, siento un pinchazo fuerte en el corazón, uno que me obliga a dar un respingo.

—¿Te ocurre algo? —pregunta. Seguramente, mi tez está más pálida de lo normal.

—No, no... —Niego con vehemencia.

Camino hasta la persiana y cuando voy a bajarla, él se levanta y me grita:

—¡No! Déjala así, por favor.

Me reprendo por mi poca delicadeza, soy un estúpido, ¿cómo he podido olvidar su miedo a la oscuridad? Cierro los ojos y me insulto.

Salgo precipitadamente de ese cuarto que de repente se ha llenado con el aroma de Patch, con su delicioso e inconfundible perfume.

—No cierres la puerta —me dice, y quitó la mano del pomo tras entornarla.

Regreso al salón y camino de un lado a otro intentando racionalizar lo que me está pasando.

Tengo a un *stripper* metido en mi cama, uno que está relacionado con un altercado en el que he tomado parte como policía. No sé nada de él, apenas lo conozco, pero... pero me hizo una mamada y la disfruté más que todo el sexo que he tenido en toda mi vida. Me atrae, deseo besarlo, tocarlo... ¡No soy gay, no lo soy!

¡¡Dios, qué locura!! Quizá sea mejor que no le dé más vueltas a mi actual situación.

Me dejo caer en el sofá y me llevo las manos a la cabeza, que reposa sobre el respaldo. Estoy metido en un buen lío y no tengo ni idea de cómo solucionarlo. Mi móvil suena, es Josh. ¡Joder, me he marchado sin decirle nada! Patch me vuelve descuidado, meneo la cabeza y rectifico: mis sentimientos me vuelven descuidado.

—Hola, Josh.

—¡Pero ¿qué coño pasa contigo, novato?! —vocifera—. ¡¿Te piras y no me dices nada?! Una cosa es cubrirte las espaldas sin ni siquiera conocer tus motivos, y otra largarte sin avisarme.

—Lo sé, lo sé. Te juro que ha sido por una buena causa...

—Ya, supongo, pero algo tendré que poner en el informe. No puedo alegar que mi compañero me dejó solo por una buena causa. —Su tono irónico me hace reír y sé que la situación no tiene ninguna gracia, así que cierro la boca para cortar mi carcajada.

—No te preocupes, yo lo redactaré. —Como siempre, pero esa coletilla me la guardo.

Lo oigo suspirar.

—Con eso contaba. Ya veremos cómo maquillas todas las irregularidades que se han cometido en este caso.

—Te aseguro que nada te va a salpicar.

—Eso espero, novato, más te vale. —Josh se pone muy serio, pero sé perfectamente que seguirá cubriéndome hasta el final. Es un buen policía, pero ante todo es un buen hombre.

Cuelga y me quedo como un estúpido escuchando el silencio al otro lado

del teléfono. Suelto el móvil y cierro los ojos, yo también necesito descansar, es muy tarde, está a punto de amanecer y no he dormido apenas en los últimos días. La boda, mi nueva situación, tener a una mujer cada noche en mi cama cuando no estoy acostumbrado a ello —pues April jamás se quedaba a pasar la noche—, está terminando con mis fuerzas.

Siempre estaba solo al amanecer, pero ahora me giro en la cama y la tengo pegada a mi cuerpo; me agobia y termino en el sofá dándole vueltas a la razón por la que no puedo ser como los demás hombres y desear a mi esposa. ¿Por qué no me apetece hacerle el amor?

Si dejase a mi mente responder a esa pregunta, sería clara y concisa: Patch. Pero la obligo a callarse, aparto toda esa mierda y continúo buscando la manera de desear a mi mujer. Quiero más que nada disfrutar con su contacto, hundirme en su interior y correrme sin tener que pensar en otra persona: en Patch.

Miro mi anillo, ese que me recuerda que estoy casado, que ya no soy libre y que tengo que amar sobre todas las cosas a April. Lo muevo en mi dedo, me lo quito y lo observo. Es una sencilla alianza de oro, la típica, por supuesto escogida por April, comprada con el dinero de mi madre y colocada en mi dedo como si de unas esposas se trataran.

«¡Basta!», le grito a mi mente.

Decido dormir, me coloco la alianza de nuevo en donde debe estar y cierro los ojos.

Pero mi mente no quiere descansar y millones de dudas me asaltan. ¿Por qué teme Patch a la oscuridad? ¿Cómo llegó a estar encerrado y sin luz en su camerino? La puerta estaba cerrada por fuera, alguien lo había hecho, alguien que sabía de su terror a la oscuridad, que quería hacerle daño. Cuando Patch dijo «Ella ha estado aquí», ¿a quién se refería?

Me levanto, no puedo obligarme a dormir y necesito averiguar todo lo que pueda sobre Patch.

Tomo mi portátil, que está sobre la mesa del comedor. Ni siquiera eso me he llevado, cada vez se confirma más la triste teoría de April.

Suspiro con fuerza porque me siento un estúpido que intenta engañarse y engañar a los demás.

Sacudo la cabeza y enciendo el ordenador.

¿Por dónde empezar?

Tecleo el nombre completo de Patch, lo leí en su ficha y se quedó en mi memoria: Patch Jacobs.

Aparecen páginas, pero todas referidas a su faceta como *stripper*.

«Piensa, piensa» me digo, y a mi cabeza acude un recuerdo: Patch me contó que fue el bailarín más joven del American Ballet y eso tiene que estar registrado en alguna página de internet.

Primera figura más joven del American Ballet, tecleo.

Y empiezan a llegar páginas y páginas. Pincho en la primera opción y veo una foto de Patch en primer plano, con menos años y el pelo más largo. Su mirada expresa tristeza a pesar de que su boca sonrío. «¿Qué te ocurrió?». Sé que es una estupidez, pero no puedo resistirme a preguntarle a la foto.

Patch Williams debuta en el prestigioso American Ballet, reza el titular y por fin descubro su verdadero apellido. ¿Por qué se lo habrá cambiado?

Continúo leyendo:

«Con tan solo dieciocho años, Williams se ha convertido en el bailarín más joven al debutar el día veinticinco de enero en el Metropolitan Opera con la obra *El corsario*.

Williams ha demostrado su gran valía y su perfecta técnica, dejando a críticos y espectadores boquiabiertos.

Su carrera ha sido meteórica, pero como él mismo nos dijo en una entrevista, todo lo ha conseguido gracias a horas de entrenamiento, sudor y mucho esfuerzo.

Su andadura comenzó a la temprana edad de cuatro años. En aquella época complementaba sus clases de baile con duros entrenamientos en una de las más prestigiosas academias de gimnasia».

Dejo de leer y observo las fotos que complementan el artículo. En ellas se ve a un pequeño niño ejecutando una pirueta bajo la atenta mirada, desde las sombras, de una mujer.

Me froto la cara. «¡Solo cuatro años!», grita mi mente enfadada. ¿Cómo es posible que una madre someta a su hijo a tan duros entrenamientos con solo cuatro años?

Continúo mirando noticias, pincho en varias páginas donde se habla de la decadencia de Patch. Detenciones por drogas, borracheras, peleas. Denuncias por escándalos públicos. Cotilleos sobre sus relaciones con hombres, mujeres... Mi cabeza se satura de información, de imágenes de Patch comprometidas.

No me gusta lo que leo y descarto muchas páginas, hasta que una llama mi atención: *El prestigioso bailarín Patch Williams deja el ballet.*

—Cada vez que subía al escenario, sentía que moría poco a poco. Me desgasté como artista, el calor del público terminó por quemarme.

Escucho su voz a mi espalda, no me giro porque sé que su confesión le está haciendo mucho daño y temo lo que pueda ver en sus ojos.

Me siento desleal, sucio, pues he estado fisgando en su vida a sus espaldas.

No me muevo, apenas respiro y el tiempo pasa. Sé que continúa detrás de mí. Puedo sentir el calor que su cuerpo irradia y que parece golpear mi espalda como si de un látigo se tratara, pues desgarrar mi corazón y mi piel arde.

—Todas esas cosas te las podría haber contado yo. —Su voz suena triste, ya no escucho la ironía que impregna en cada una de sus palabras.

—Yo... —Me atraganto con mis propias excusas, cierro los ojos y me gustaría regresar al pasado cercano, ese en el que abro el ordenador, ese en el que entro a hurtadillas en sus recuerdos, sin su permiso y de forma un tanto mezquina. Si pudiera hacerlo lo cerraría, lo apagaría antes de mirar ni una sola página.

—Tú... —gruñe—. Eres como los demás.

Me giro despacio, muy despacio y me atrevo a mirar sus ojos. Parecen dos teas ardientes.

—Tan solo quiero conocerte. —Sé que mi mirada no es como la suya, la mía seguramente estará teñida de desesperación.

—¿Conocerme?! —grita su pregunta.

Tan solo lleva sus mallas y puedo observar cómo cada músculo de su cuerpo permanece tenso.

—Sí —digo tan bajo que ni siquiera yo mismo he logrado escucharme.

—¿Por qué quieres conocerme?

Me encojo de hombros. No sé qué contestar o, más bien, no deseo saber mis razones, pero tengo tantas preguntas por hacer. Es todo tan enigmático,

que me decido:

—¿Qué es lo que te ha pasado?

Escucho los pasos de sus pies descalzos. Ahora está a mi lado, apoyado en la mesa. No me atrevo aún a mirarlo directamente y mis ojos continúan sobre la pantalla del ordenador, donde se ve una foto de él en un momento de la rueda de prensa en la que comunicó al mundo que dejaba el *ballet* profesional. Su semblante triste y sus ojos apagados me embrujan, a pesar de ser tan solo un instante. Sé que, si quiero, con tan solo mover un poco la cabeza, podré ver a Patch en carne y hueso. Pero en estos momentos creo que los dos preferimos no mirarnos a los ojos.

—Para que lo entiendas tendré que remontarme a... —Puedo escuchar cómo traga saliva, casi creo oír sus pensamientos.

Siento que cambia de postura, parece nervioso.

—No quiero que me cuentes nada si no te apetece hacerlo.

—Eso que lees... —parece ignorar mis palabras y continúa hablando. Veo su mano, que señala la pantalla del ordenador— no es toda la verdad, simplemente son las palabras de los periodistas contando lo que les da la gana. Muchas de esas noticias son mentiras, invenciones para crear morbo. Nadie se preocupaba de constatar la realidad, a nadie le importaba el verdadero Patch, y lo más irónico de todo es que si la verdad estuviera en esos artículos, si los periodistas se hubieran preocupado de conocerme un poco, podrían haber llenado planas y planas con jugosos y muy morbosos escándalos. Cosas mucho más escalofriantes que mis borracheras...

—A mí sí me interesa conocer a Patch, el de verdad.

Continúo sin mirarlo, escucho cómo suspira.

—El verdadero Patch está muy jodido. Destrozado por dentro. No creo que te gustase.

Se coloca a mi lado y sus dos manos aparecen en mi campo visual cuando comienza a teclear en el ordenador.

Se abre una página y señala la foto en la que se le ve con una mujer. En ella debe tener unos diez años. Lleva una camiseta sin mangas y unas mallas. La mujer parece estar dándole instrucciones y él tiene la mirada baja, parece avergonzado.

Eva y Patch Williams, pone bajo la foto.

—Ella se encargó de terminar con el niño, con el adolescente, y de marcar al adulto para toda la vida.

—¿Quién es? —pregunto.

—Mi madre.

Me paralizó, ¿su madre es la culpable de sus fobias?

Noto cómo se vuelve a apoyar en la esquina de la mesa.

—Eva, solo su nombre me provoca terror. —Suelta una risa irónica—. Soñaba con ser bailarina, deseaba ser la mejor, pero era tan alta, tan grande, que ninguno de sus compañeros podía realizar un *porté* sin hacerse daño. Así que su sueño se vio truncado.

»Cuando se quedó embarazada, rezó por tener una niña porque se había jurado que su hija sería primera figura. Así podría vivir su sueño, aunque fuese a través de los ojos de otra persona. Pero nació yo. Un chico. Apenas tuvo trato conmigo porque me rechazó desde el principio y la frustración la hizo caer en una fuerte depresión.

—¿Y tu padre?

—Tan solo fue un pelele al que manejaba a su conveniencia. Mientras que él vivía y respiraba por ella, Eva lo ignoraba, lo utilizaba. Murió solo y enamorado de una mujer que solo se quería a sí misma.

Me quedo callado, qué puedo decir ante tanto dolor. Me froto la frente, las mejillas y por fin recupero el habla:

—Has dicho que tu madre estaba enferma.

—Su mente era la que estaba enferma. Estuvo ingresada en un psiquiátrico durante un tiempo. ¡Ojalá lo hubiera estado toda la vida!

»Pero salió y decidió que haría todo lo posible porque yo cumpliera sus deseos. Era un chico, pero alguien le recordó que los hombres también hacían *ballet*, así que sus ilusiones regresaron con más fuerza. Yo tenía cuatro años y entonces fue cuando comenzó mi calvario.

No puedo remediarlo y por fin levanto la cabeza, lo miro. Sus ojos permanecen cerrados, sus dedos se aferran a la madera de la mesa y sus largas y musculosas piernas están estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos.

—Entonces, Eva se quedó de nuevo embarazada con la esperanza de que esta vez fuese una niña. Pero de nuevo se equivocó. Otro varón.

»Y mientras, yo, a pesar de mi corta edad, empezaba a despuntar en el *ballet*. Ejecutaba piruetas complicadas que asombraban a mis maestros. Tenía un cuerpo hecho para bailar, flexibilidad, equilibrio y todas las cualidades necesarias para ser primera figura.

»Con cuatro años, además de clases diarias de *ballet*, a mi madre se le ocurrió la brillante idea de llevarme a una academia de gimnasia, así

fortalecería mis músculos y tendría más flexibilidad. Cuando el resto de los niños estaban en el parque jugando, yo estaba dolorido porque me habían obligado a pasarme horas dando clases. Cuando los niños de mi edad lloraban porque se habían caído y sus madres los reconfortaban, yo lo hacía porque me dolían los pies, porque los tenía llenos de heridas y mi madre me encerraba en un cuarto a oscuras durante horas hasta que dejaba de llorar. Incluso una vez que me negué a bailar, lo hizo durante días.

Retengo el aliento, me he quedado paralizado. Patch me cuenta sus vivencias como si no sintiese nada, pero sé que le duele, lo noto en la forma en la que sus dedos aprietan la madera, como si la fuese a arrancar.

—Por eso tienes fobia a la oscuridad.

—Gracias a ella, es la herencia que me ha dejado —susurra.

Tengo ganas de gritar, me gustaría incluso poder golpearla. Lo escucho respirar con dificultad y mi odio por esa mujer se duplica.

—Cumplí su sueño a costa de destrozar mi niñez. Llegué a ser primera figura, pero me rompí por dentro y, después de tener que dejarlo porque cada día que subía al escenario moría un poco, decidí que estaba cansado de vivir la vida de otros.

De nuevo teclea en el ordenador y me indica con la mano que mire la pantalla.

El niño malo del ballet detenido por posesión de drogas.

Patch Williams pasa la noche en la comisaría por escándalo público.

Otra condena para Williams, esta vez por participar en carreras ilegales.

Detengo su mano, ya he visto suficiente.

—Ningún policía fue justo conmigo, era el chico malo... Sufrí vejaciones, violencia, palizas... Y así fue como llegué a odiar a la policía...

—Esto último lo dice con ironía.

Ahora entiendo todo, lo veo, veo quién es en realidad, y me retuerzo de rabia al conocer todo el dolor y el sufrimiento que ha vivido.

Se levanta de su asiento improvisado, se acerca a mi silla y se coloca frente a mí. Mi mirada se posa en su vientre firme y duro porque para mirar sus ojos debo elevar la cabeza y apenas tengo fuerzas para hacerlo.

Le señalo unas finas cicatrices que lo recorren, lo cubren.

—El maquillaje las tapa... —me explica—. Son un regalo de mi madre, me negué a ensayar porque estaba agotado y me golpeó con un cable hasta hacerme sangrar —explica.

Entonces observo marcas en el interior de sus muñecas. No me había fijado hasta ese momento en ellas, a pesar de ser más visibles que las de su vientre; ni siquiera me di cuenta cuando le quité las esposas. Las recorro con los dedos.

—Con quince años intenté suicidarme. Mi madre me encontró, se enfadó tanto... No pude actuar durante un tiempo, me dijo que jamás me lo perdonaría.

Sé que debe tener muchas marcas más, cicatrices que cubren su cuerpo y que le hacen recordar todos los días lo que pasó, lo que vivió junto a esa mujer. Pero ya no puedo más...

Ahora lo que más deseo es reconfortarlo, ayudarlo a olvidar, a superar lo que su madre desnaturalizada le hizo y mi cuerpo es quien toma el mando, llevo una de mis manos hasta sus abdominales y los acaricio. Me hipnotiza la dureza de sus músculos, la perfecta forma que tienen, y los recorro sin apenas darme la opción de plantearme lo que estoy haciendo.

—Estoy cansado. —Mi respuesta le descuadra, lo sé porque siento cómo su abdomen se expande con un fuerte suspiro.

—¿Cansado? —pregunta con sorna—. ¿Cansado de qué?

Mi mano cambia su posición y, acompañada de la otra, se aferra a sus firmes glúteos. Lo escucho suspirar de nuevo, pero esta vez es por la excitación, por la sorpresa, lo sé y sonrío porque creo que ya he conseguido que perdone mi intromisión en su pasado.

Lo obligo a acercarse más atrayéndolo hacia mi cuerpo, que, impaciente, tiembla; necesito su contacto y ya no puedo esperar más.

Abro las piernas y él se coloca entre ellas, se deja llevar porque él también necesita caricias. Me sorprende mi conocimiento tan profundo de cada susurro, de cada respiración y movimiento de Patch, parece que he hecho un curso intensivo de él.

Ahora lo tengo tan cerca que puedo oler su piel y lo hago, tomo aire con fuerza y me empapo de ese aroma especial y único.

Froto la nariz por la superficie caliente de su piel. Jadea y me vuelvo más intrépido, poso los labios y beso su piel. Mis manos continúan sobre sus glúteos, pero ya no están quietas, ahora los aprietan, los amasan y disfruto de

su tacto.

—¿Qué haces, poli? —pregunta con voz entrecortada.

—Lo que llevo deseando hacer desde que te conocí, lo que llevo negándome... —Lamo su piel caliente—. Ya no puedo más.

Patch tira de mi cuerpo y me obliga a ponerme de pie. Estamos frente a frente, nuestras miradas arden de deseo. Patch es quien toma el mando, me besa, devora mi boca y ese beso me sabe a gloria.

Me gusta no tener que agachar la cabeza para llegar a sus labios, me encanta la sensación de dureza cuando lo acaricio, me pone recorrer sus musculados brazos. Esto es lo que he estado buscando toda mi vida, lo que me he negado desde niño, y ahora pienso disfrutarlo, saborearlo, y después... No sé qué va a pasar, no conozco el futuro y, la verdad, en estos momentos me importa una mierda.

Patch

Toda esta noche ha sido una auténtica tortura, mis miedos, mis fobias me han golpeado sin piedad, con fuerza...

Ella ha regresado, sé que parece una locura, pero la oí reír, la vi, la oí, me habló y me encerró, como cuando era niño, a oscuras y en un pequeño espacio donde nadie podía oírme gritar, donde pasaba horas, días, a solas... Pero hoy sucedió algo diferente a todas esas veces. Hoy Jared me ha sacado de la oscuridad, me ha abrazado, consolado y llevado a un lugar seguro. A su hogar, su refugio.

Me siento especial, como cuando subía al escenario y bailaba, como cuando mis zapatillas pisaban los mejores teatros del mundo. Solo que esta vez no todo termina al bajar de la tarima. Ahora, cuando abro los ojos y lo veo, continúo sintiéndome especial y único. Él me hace sentir así.

En este momento lo tengo entre mis brazos, mis labios lo besan, mi lengua recorre el interior de su boca y, aunque apenas puedo respirar, no deseo que pare.

Mi cabeza da vueltas, mi corazón late con fuerza y por fin mi mente se ha librado del terror, de la angustia de revivir mis miedos más intensos.

He olvidado, he dejado de pensar, tan solo siento su cuerpo apretado contra el mío, sus manos que acarician mis brazos, mi espalda, y que, de repente, se sujetan con fuerza a ambos lados de mi cara para profundizar en

un beso que me calienta hasta el alma.

Nunca he sentido nada parecido a esto y quiero más, lo quiero todo.

—Todo —susurro pegado a su boca.

Me separa de su abrazo y niega con la cabeza, confundido, dándome a entender que no sabe a qué me refiero.

Retiro el pelo de su cara con manos temblorosas. Recorro sus labios con un dedo, él entreabre la boca y jadea de placer. Sé que estoy sonriendo porque me siento muy bien, feliz, dichoso.

—Lo quiero todo de ti, lo quiero todo contigo.

Dejo de respirar por un segundo pues, después de soltar esas palabras, me da miedo su reacción. Creo que me he precipitado y que saldrá corriendo, o tal vez esta vez no sea así, quizá me eche, al fin y al cabo, estoy en su apartamento.

—Yo también. —Su sonrisa ilumina el salón.

—¿De verdad? —Ahora es él quien recorre los rasgos de mi cara con una de sus manos.

Asiente con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nunca le he dicho esto a nadie.

—Yo tampoco. Pero contigo es diferente.

—¿A pesar...? —Cierro los ojos y trago saliva. No quiero decirlo, pero debo, tengo que recordarle sus miedos—. ¿A pesar de ser un hombre?

Asiente de nuevo y me besa, esta vez con ternura, de la manera más parecida al amor que he sentido nunca.

Ya no hay vuelta atrás, solo nos queda sellar nuestro futuro y eso es precisamente lo que vamos a hacer ahora mismo, sin dilación.

Lo tomo de la mano e intento separarme de su boca, pero es más fuerte que yo y pelea por no dejarme marchar.

—Vamos a la cama —logro balbucear entre gemidos, sobre sus labios, entre susurros.

Consigo moverlo a duras penas. Caminamos sin separarnos, chocamos con las paredes; unas veces soy yo quien está sobre él, apretando su cuerpo contra la pared, y otras es él.

Golpeamos los muebles, un marco con una foto cae al suelo, un jarrón lo acompaña y se hace añicos. Sonrío sobre sus labios porque, según parece, no le importa nada.

Desde fuera, si alguien nos pudiese observar, estoy seguro de que pensaría que nos estamos peleando. Es como si nuestros cuerpos quisieran

tomar el mando y ninguno pensara cederlo por nada del mundo.

Entramos a trompicones. Yo tan solo llevo las mallas y Jared me las quita sin delicadeza usando una mano, pues con la otra intenta desabrocharse el pantalón de su traje, mientras que yo lucho con los botones de su camisa. Ni siquiera puedo recordar si llevaba la corbata, creo que se la quité, pero mi mente está nublada por la pasión.

En todo el proceso de desnudarlo, nuestros labios han permanecido unidos, no se han separado ni un solo instante. Tengo ganas de reír, parecemos dos locos intentando arrancar su ropa, como si de repente ardiera en llamas y le pudiera quemar la piel.

—¿De qué te ríes? —pregunta alejándose de mis labios por primera vez. Según parece, no solo he pensado en reír, lo he hecho.

—No lo sé... Es todo una loc...

Pone un dedo sobre mis labios y niega con la cabeza.

—No, no lo es —dice muy serio, y aporta así tal veracidad a sus palabras que me lo creo. Quizá todo esto sea posible, tal vez lo nuestro pueda seguir adelante.

Me arroja sobre la cama de un empujón y se tumba encima de mí. Nuestros cuerpos desnudos se tocan por primera vez y la piel de ambos parece arder. Jadeamos al unísono, es una sensación tan deliciosa que quiero sentirla todos los días del resto de mi vida.

Jared parece abrumado, sorprendido, y sus ojos brillan, en cierto modo, asustados.

—Todo está bien —intento tranquilizarlo. Ahora parezco yo el que está seguro de todo cuando, en realidad, creo que soy el que más miedo tiene.

Sé que para Jared lo que está sucediendo es nuevo, incluso soy consciente de que jamás pensó que esto le podría ocurrir. Pero para ser su primera vez parece estar más seguro de lo que está pasando, de lo que está haciendo, que yo, a pesar de que ya lo he hecho muchas veces.

Quizá mis dudas se deban a que, en el fondo, para mí también este momento está plagado de primeras veces, pero sin dudar lo más importante es que es la primera vez que lo hago con alguien por el que siento... No sé cómo definirlo... o puede que no me atreva a hacerlo porque la palabra que usaría sería demasiado grande, demasiado fuerte y, para un tipo como yo, demasiado imposible.

—Lo sé —dice sonriendo—. Tan solo estoy abrumado, las sensaciones... —Cierra los ojos, hace que nuestros cuerpos se froten el uno

contra el otro y, tras un gemido, los abre y fija sus pupilas dilatadas sobre las mías, que probablemente estén igual—. ¡Joder, es todo tan intenso!

Soy consciente de lo que siente porque ambos notamos lo mismo: parece que nuestra piel se ha vuelto tan sensible que el simple roce del aire puede llegar a ocasionar el orgasmo más intenso que jamás hayamos experimentado.

Lo beso y me como otro profundo gemido cuando llevo una mano hasta su erección y le acaricio el glande despacio, muy despacio.

Se coloca a horcajadas sobre mí y desde esa postura, en la que sé que puede observar todo mi cuerpo y deleitarse con mi mano sobre su polla, me mira con tal pasión que siento cómo una pequeña gota de semen resbala por la mía.

Él la mira y hace algo que me deja sin respiración: la toma en su boca. Me retuerzo de placer al sentir sus labios recorriendo mi dura erección. No puedo apartar los ojos de él, estoy como hipnotizado mirando el movimiento de sus labios, el recorrido que hace su lengua y cómo se la introduce entera para luego sacarla despacio. Usa los dientes en el proceso con más intensidad de la debida, me provoca dolor y placer, una combinación que no seré capaz de soportar durante mucho tiempo.

Coloco las manos sobre su cabeza y tiro de su pelo. Sé que también le estoy haciendo algo de daño, pero al igual que a mí, parece no importarle. Más bien lo disfruta como yo porque ambos gemimos, incluso gruñimos; parecemos dos animales presos de un único instinto primario.

¿Quién puede decirnos que esto es pecado? ¿Quién se cree con el derecho a juzgarnos? Nadie puede impedirnos amarnos, nadie puede censurar lo que nuestros cuerpos consideran un acto de amor.

Mis ojos traidores quieren cerrarse porque mi cuerpo se está entregando de tal manera que necesito centrarme tan solo en las sensaciones que su boca me está provocando. Pero yo lucho, peleo, quiero mirarlo. Me voy a derramar y lo que más deseo es hacerlo con los ojos clavados en él.

—¡Voy a correrme! —grito desesperado. Sé que nunca ha experimentado el flujo de semen sobre su boca y sé que para algunas personas resulta desagradable. Pero él no para, no se retira, muy al contrario, la fricción que ejerce se vuelve más intensa, al mismo tiempo que sus gemidos y su respiración.

Le gusta, está disfrutando tanto como yo. Tengo ganas de llorar de alegría, de placer, de dicha. Pero me limito a seguir mirándolo, a intentar

respirar para no morir y a disfrutar del intenso orgasmo que me golpea con fuerza.

Me derramo, no puedo detenerlo más. Grito, gimo, jadeo y gruño, creo que lo hago todo a la vez.

Saborea cada gota y cuando termina, se retira y me sonrío.

—¿Qué tal lo he hecho? —Su pregunta me descoloca. Aún estoy entre nubes de algodón de azúcar y jamás pensé que me vería así. El sexo para mí no era, hasta ahora, nada más que un acto primario, pero mis barreras se han derrumbado y eso me gusta y me preocupa a partes iguales.

—Muy bien para ser tu primera vez —le contesto. Intento volver a ser el mismo Patch de estos últimos años. El descuidado, el egoísta, el Patch que no piensa en los demás. Pero con él, el verdadero, el original y único Patch sale a la superficie y lo que más deseo es tenerlo entre mis brazos. Así que el Patch enamorado se ocupa de todo, tira de la mano de Jared y lo obliga a tumbarse en la cama a su lado.

Nos abrazamos y siento que este es mi lugar en el mundo, por fin lo he encontrado. Jared es el trébol de cuatro hojas del que tanto habla Sex.

Jared

Acabo de hacerle una mamada a un hombre, estoy entre sus brazos y juro que jamás me he sentido mejor en toda mi vida.

Lo he saboreado, lo he disfrutado y he estado a punto de correrme con él.

Lo miro y dejo un beso sobre su hombro. No me siento diferente ni extraño. No me siento gay ni heterosexual, simplemente me siento feliz y eso lo he logrado entre los brazos de Patch.

Me permito cerrar los ojos y disfrutar de la paz que me transmite. Me recreo en su aroma intenso, en la textura de su piel al tocarlo con las yemas de mis dedos y en su sabor, que explotó en mi boca como si fueran fuegos artificiales.

Ahora conozco algunos de sus secretos y me siento importante para él.

Quiero más. Esa premisa viene de golpe a mi cabeza, así que abro los ojos, me levanto de la cama, con mucho esfuerzo pues él no quiere soltarme, y corro al baño.

Abro cajones, armarios y busco lo que necesito. Lo encuentro y acudo de nuevo a la cama con mi tesoro entre las manos.

—Vaya, ¿de verdad? —dice al ver el bote de aceite que le doy junto a un preservativo.

Asiento con la cabeza, no me sale la voz, no porque no esté seguro de lo que quiero, sino porque marcará un antes y un después. Tengo que abrir más mi mente, aún está un tanto cerrada a lo que va a pasar.

Me tumba sobre la cama, me dejo, sé que soy más fuerte, pero ahora no se trata de medir fuerzas, se trata de ser iguales porque ambos queremos lo mismo, deseamos lo mismo.

Rasga el envoltorio del preservativo con los dientes y me lo coloca. Es tan delicado que me provoca escalofríos. Después deja que un gran chorro de aceite caiga entre sus manos y frota una contra la otra, todo lo hace sin dejar de mirar mis ojos, que permanecen abiertos, expectantes y deseosos de disfrutar lo que está por venir.

Creo que mi corazón se va a salir de mi pecho cuando esas manos embadurnadas en aceite recorren mi polla sin dejar un solo centímetro de piel sin acariciar, mientras unta el líquido caliente y espeso. Lástima que el profiláctico no me permita sentirlo en todo su esplendor. Chasqueo la lengua, molesto, y él me mira.

—¿Te estás arrepintiendo? —me interroga.

—No, nunca. —Elevo la mano derecha para acariciar una de sus mejillas y me asombra el placer que me ocasiona sentir el vello incipiente de su barba; él cierra los ojos por un instante, sé que le conforta mi caricia.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Me molesta tener que usar un preservativo, pero yo...

—Jared, eres tan responsable, tan estricto... —Suena a reproche y en el fondo tiene razón, siempre sigo las normas—. Y en estos casos haces bien. Siempre hay que tener cuidado en el sexo y más con hombres... como yo. Pero te aseguro que estoy limpio. Siempre uso preservativo y hace poco me hice mis análisis. Jared, conmigo estás seguro.

Tengo ganas de reír, quizá hasta de llorar de emoción. ¿Le creo?, sí, sé que no me mentiría en algo así. Entre nosotros hay mucho, hay todo.

En un rápido movimiento, me desprendo del molesto plástico que cubría mi miembro.

Él sonrío y de nuevo embadurna mi erección con el líquido que antes ha calentado entre sus manos. ¡Dios!, otra vez disfruto de sus caricias, pero en

esta ocasión sin barreras que me impidan sentir más, más, más.

Cuando cree oportuno, cuando piensa que esa tarea está completada, me apremia a que me levante. Obedezco, pero solo porque sé lo que va a ocurrir y lo deseo tanto que no puedo esperar más.

Se coloca de rodillas, sobre el colchón y me mira sobre su hombro.

Nunca pensé que vería algo más erótico, más bello. Me muero de ganas, pero es mi primera vez y tengo miedo de hacerle daño.

—Ve despacio —me dice al ver mi reticencia. Sé que no es virgen y en cierto modo me jode, pero tengo que ser realista, en otros aspectos yo tampoco lo soy.

Guio mi erección con la mano y entro muy despacio. Intento contener mis ganas de apretar con fuerza, de invadirlo y bombear hasta correrme. Son tan intensas que debo parar, pues además lo escucho gemir y esto intensifica mi necesidad.

—¡Vamos! —me alienta mientras echa el trasero hacia mí para obligarme a moverme—. ¡¿A qué esperas?! Joder, Jared, ya no puedo más.

¿Ya no puede más? ¿Eso quiere decir que le está gustando? Pues claro que le gusta, y mucho, puedo sentirlo en la manera en la que respira, en la forma con la que se aprieta contra mí buscando más contacto, en sus gemidos, en la tensión de su cuerpo. Veo que con una de sus manos se acaricia y me excita verlo tocarse, tanto, que clavo los ojos en esa mano que sube y baja, que recorre su erección.

Comienzo a moverme. Bombeo despacio, me siento en la gloria. Estrecho, caliente, confortable. ¡Dios! Esto es lo mejor que he sentido nunca. Y él se toca al mismo ritmo que yo me muevo, nos acompasamos de una manera increíble, como si fuésemos dos piezas de un mismo mecanismo.

La fricción es intensa y embisto cada vez con más fuerza, quizá incluso con violencia, pues su cuerpo se desplaza y la cama cruje, protesta por el peso de los dos, por el traqueteo al que está siendo sometida, y, por un instante, temo que se rompa. Sonríe solo de pensarlo, pero un fuerte ramalazo de placer me golpea y todo lo demás deja de existir.

Bombeo, sigo y... Me corro, se corre, ¡joder!, nos corremos casi a la vez.

No puedo salir, no quiero hacerlo, pero ha sido tan intenso que me tiemblan las piernas y mis rodillas no pueden soportar mi peso por más tiempo. Así que no me queda más remedio que dejarme caer de lado sobre la cama.



28. ¿Quién es Olga?

Evan conducía como un loco. Huía del club y maldecía porque había dejado a la gente que lo estaba ayudando, a sus amigos, solos y eso no le gustaba nada.

Olga permanecía acurrucada en el asiento de cuero con la mirada baja. Lloraba en silencio, como siempre hacía desde que estaba con Nikolay; había aprendido a ser sigilosa, a no hacer ningún ruido, porque si escuchaban sus pasos o su respiración y reparaban en ella, la usaban como si fuese una muñeca, como si no doliera...

Evan no apartaba la mirada de la carretera, no estaba en una de esas carreras ilegales en las que tomaba parte, esto era la vida real y tenía que estar pendiente del tráfico, de las señales y de que la policía no los descubriera.

—¡Joder, mierda! —gritó, y Olga dio un respingo al escucharlo. Se encogió más e intentó hacerse invisible. Se atrevió a mirarlo de reojo, esperando ser golpeada como siempre ocurría. Evan soltó una mano del volante, con esfuerzo sacó de uno de sus bolsillos un papel arrugado y se lo lanzó al regazo—. ¡Mira la dirección!

—¿La dirección? —preguntó con un hilo de voz temblorosa.

—¡Sí, la dirección! —dijo señalando el papel.

Olga tomó el pequeño trozo de cuartilla y entonces comprendió lo que él le estaba pidiendo. Ese era el papel donde el gigante que protegía a la mujer del club había apuntado las señas del lugar para refugiarse.

Leyó en voz alta, pero con tan poca voz que Evan no lograba escucharla.

—¡Joder, ¿no puedes hablar más alto?! —No quería perder la paciencia, pero ya tenía suficiente presión como para que encima ella no lo ayudara.

La corbata comenzaba a ahogarlo y con una sola mano se la aflojó hasta deshacer el nudo y dejarla colgando del cuello. También se desabrochó un botón de la camisa. Por fin podía respirar con fuerza y sin esfuerzo.

Olga temblaba de terror. Quizá había dejado a un torturador para estar con otro. Tal vez esas personas no eran lo que ella pensaba.

Al verlos se hizo ilusiones, pensó que quizá ellos la ayudarían a salir de las garras de Nikolay, de su poder. La mujer del club la había protegido, la había abrazado durante la pelea, y creyó ver su liberación. ¿Se habría equivocado de lleno?

«¡Serás imbécil!», se insultó. Al fin y al cabo, no eran nada más que los dueños de otro antro, de otro club donde las mujeres se vendían por dinero. Eran mafiosos, como Nikolay. Ahora pertenecía a otro hombre y una fuerte angustia empezó a crecer dentro de sus entrañas.

El miedo la paralizó. El terror hizo que su voz se apagara y Evan, desesperado y conduciendo como un loco sin un destino determinado pues ella no le daba la dirección, por fin desvió la mirada de la carretera para clavar los ojos en la pequeña morena, que permanecía en total silencio en el asiento de al lado.

—¿Pero...? —Dejó la pregunta a medias al ver el pánico en los ojos de la muchacha.

La había asustado con sus voces. Le dieron ganas de golpear el volante, pero si lo hacía, ella se asustaría más.

—Mira... —Procuró bajar la voz. «Joder, ¿cómo coño se llama?», no lograba recordarlo—. Te prometo que no voy a hacerte daño. —«¿Sonaré convincente?», se preguntó—. Necesito que me digas la dirección, estoy conduciendo a ciegas, sin rumbo. Perdemos tiempo y yo tan solo... solo quiero llevarte a un lugar seguro. —Desvió de nuevo la mirada de la carretera para que pudiera ver la verdad en sus ojos—. Prometo protegerte, te protegeré con mi vida si hace falta.

Olga tragó saliva, la boca se le había secado. Nunca le habían dicho nada igual, y lo más asombroso de todo era que parecía decirlo de verdad. Sus preciosos ojos verdes se lo corroboraban, no la estaba mintiendo. Con él estaba segura.

Se secó las lágrimas y volvió a leer la dirección, pero esta vez con voz segura y alta.

—Gracias..., gracias —dijo, y con una rápida y segura maniobra dio la vuelta y se encaminó hacia el refugio que Roy les brindaba.

Condujo durante varias horas, estaba agotado, pero en ningún momento dejó que el sueño lo atrapara. Tenía que llegar, tenía que poner a esa chica a salvo.

Olga dormía por primera vez en su vida sin miedo. No sabía nada de ese chico, ni siquiera recordaba su nombre, pero por su mirada sabía que cuidaría de ella. Así que se dejó llevar por el confort de la calefacción, por la comodidad del asiento de cuero y por la música suave que sonaba en la radio, y cayó en los brazos de Morfeo.

—Hemos llegado. —Evan sacudía su brazo delgado intentando ser lo más delicado posible.

Abrió los ojos, pestañeó y clavó sus pupilas azules en las de él.

Se limitó a asentir y a bajarse del coche sin ayudarse de la mano que él le tendía.

Evan abrió el maletero y sacó una pesada bolsa.

«¿Cuándo la ha metido?», se preguntó Olga. No recordaba haberlo visto, cuando salieron del club a toda prisa, portando nada.

Evan se la colgó al brazo y, con un gesto de la cabeza, le indicó que lo siguiera.

Caminaron hasta un alto bloque de apartamentos. Evan tomó de su mano el papel, que ella sin darse cuenta llevaba fuertemente apretado entre los dedos, y leyó el número del apartamento al que pertenecía la llave que tenía dentro del bolsillo del pantalón.

No tuvieron problemas para entrar en el portal, pues la puerta estaba abierta.

Llegaron al ascensor, las puertas se abrieron y se apartaron para dejar salir a dos personas que, con amabilidad, los saludaron.

Evan le indicó con la cabeza que entrase y ella obedeció. Siempre lo hacía, la habían enseñado a ser sumisa ante un hombre, a obedecer sus órdenes sin plantearse nada, pues si no lo hacía, recibía un duro castigo.

El apartamento número treinta pertenecía a Roy desde que su padre había fallecido. No supo de su existencia hasta que el abogado leyó el testamento. Era el lugar ideal para que Evan y la chica de Nikolay se ocultaran, pues nadie, tan solo él y desde hacía pocos días, sabía de su existencia.

Al abrir la puerta un fuerte olor a cerrado los golpeó. Evan entró el primero y se ocupó de abrir todas las ventanas para ventilar.

Caminó por el apartamento seguido muy de cerca por Olga, que no

pensaba separarse de él ni un solo instante.

Estaba lleno de polvo, se notaba que hacía tiempo que nadie pasaba por allí.

—Tan solo hay una habitación —dijo Evan.

Entraron en ella y observaron el colchón tapado con un plástico.

—Dormiré en el suelo —explicó.

—No será necesario. —Olga permanecía con la mirada baja—. Puedes dormir conmigo en la cama.

Evan asintió.

Abrió el armario y encontró unas sábanas sin estrenar.

—Toma. —Se las tendió—. Haz la cama, yo voy a salir en busca de algo de comida. He visto un Market Basket a pocas millas...

Evan dejó de hablar al ver la expresión de terror con la que Olga lo miraba. Tenía el semblante pálido y se aferraba a la bolsa de las sábanas como si fuera su salvavidas.

—Eh... —Se acercó a ella preocupado—. ¿Qué te pasa? —Acarició su pelo en un principio con torpeza, como si acariciase el lomo de un perro, pero poco a poco la aflicción de ella le dio tanta pena que incluso estuvo tentado de abrazarla. Tuvo que contenerse, apenas la conocía y ella parecía tan asustadiza.

—No quiero que me dejes sola —sollozó.

—Shhh, tranquila. No tardaré. Además... —Se llevó la mano a la parte de atrás de su pantalón y sacó de la cinturilla una pistola—. Toma, cógela. —Se la tendió y Olga la miró como si fuese a estallar en mil pedazos, negó con la cabeza... ¿De verdad le estaba dando un arma?

Evan insistió haciendo un movimiento con la mano, pero ella siguió negándose. Había convivido entre hombres que siempre iban armados, pero jamás había tenido una entre sus manos.

—Vamos, no te va a quemar. —Evan le quitó las sábanas de las manos y le puso el arma.

—Yo no sé disparar —dijo con timidez.

—No tendrás que usarla, de eso estoy seguro, simplemente quiero que la tengas para que te sientas más segura mientras yo no estoy.

—No hará que me sienta segura. —Le devolvió el arma y tomó de nuevo las sábanas—. Solo me sentiré segura cuando regreses.

Evan asintió. Se guardó el arma y se giró hacia la puerta.

—Prometo no tardar. No le abras la puerta a nadie. ¿Necesitarás algo?

Olga negó con la cabeza. Tan solo quería que no se marchase, que no la dejara sola. Pero no dijo nada, se limitó a desenvolver las sábanas de la bolsa de plástico y a hacer la cama.

Evan cumplió su promesa y en tan solo media hora estaba de regreso cargado de bolsas.

Había comprado algo para desayunar, cepillos de dientes, pasta, gel y champú.

—Ya iré a por más cosas. De momento, tenemos que apañarnos con esto.

No sabían cuánto tiempo estarían escondidos allí, pero debían estar preparados.

—He encontrado toallas.

—Genial, podremos darnos un baño. Entra tú primero.

Olga tomó una de las toallas sin estrenar, asintió y se encaminó al baño.

—¿Cómo te llamas? —Escuchó la pregunta y se volvió para mirarlo.

—Olga. ¿Y tú?

—Evan.

Se miraron por unos segundos hasta que Evan rompió el contacto visual.

El móvil comenzó a vibrar dentro de su bolsillo. Miró la pantalla, era Roy. Recordó la orden del jefe: «No hables con nadie ni intentes contactar conmigo, seré yo quien lo haga. Solo yo».

—Hola, Roy —contestó.

—¿Estáis a salvo?

Evan esperó a escuchar que la puerta del baño se cerraba para contestar.

—Sí.

—Ese apartamento era de mi padre. No sé cómo estará...

—¿No has estado nunca en él?

—No sabía ni de su existencia.

—¿Cómo es posible?

—Eso es personal, Evan.

—Vale, vale, jefe —contestó un poco molesto.

Lo escuchó chasquear la lengua.

—Simplemente mi padre y yo no teníamos un contacto normal...

—Entiendo.

Se hizo el silencio entre los dos durante un largo espacio de tiempo.

—Si necesitas algo..., no dudes...

—Todo bien, jefe, sin problemas. Pero... me gustaría que me explicaras

por qué estoy escondiendo a Olga y quién es.

—Es la chica de Nikolay...

—¿Cómo? —lo interrumpió y después soltó una larga parrafada de insultos—. ¡Joder, estáis locos!

—No podíamos hacer otra cosa, necesitaba ayuda.

—Claro —estaba muy enfadado y su tono lo expresaba con total claridad—, y me metéis a mí en el lío. ¡Joder, ese tío es muy peligroso!

La puerta del baño se abrió y Evan dio un respingo.

Del cabello de Olga caía agua que mojaba su ropa, sus ojos estaban vidriosos y su mirada triste.

—¿Me puedes llamar más tarde? —preguntó Evan.

—Sí, claro, sin problemas.

Evan tocó la pantalla para cortar la llamada sin apartar la vista de la chica. Tenía claro que lo había escuchado todo.

Olga comenzó a caminar hacia la puerta, no sabía dónde ir, pero lo que tenía claro, después de escuchar la conversación, era que él tenía razón y era injusto meterlo en sus líos.

—Espera. —Evan le sujetó la mano cuando ella se disponía a abrir la puerta—. Lo siento, de verdad que...

Le sorprendió la mirada azul de la chica, en esa ocasión no parecía un pobre cervatillo muerto de miedo, más bien se veía como una pantera a punto de atacar.

—¡No te necesito! —gritó, a pesar de que sabía que esa afirmación era totalmente errónea.

—Vamos, Olga, quédate conmigo, ¿vale?

—No quiero meterte en problemas. —Bajó la cabeza, no podía ser injusta con él. Evan no era el enemigo, lo único que había hecho hasta el momento era intentar ayudarla, a pesar de no saber ni siquiera quién era—. Tienes toda la razón; antes de meterte en este lío deberían haberte dicho quién soy.

—Ven, Olga. —Le tendió la mano. Estaba a punto de no ceder, de abrir esa puerta y marcharse lejos, todo lo lejos que pudiera, pero la mirada de Evan le transmitía tanta paz que sucumbió a la tentación que suponía el quedarse, el no estar sola, el sentirse protegida, aunque solo fuera por poco tiempo. Así que finalmente tomó su mano y se dejó arrastrar hasta el sofá.

Se sentaron uno al lado del otro.

—Y ahora cuéntamelo todo. Quiero saber quién es en realidad Olga,

quiero saber por quién me la estoy jugando.



29. Hacerme daño

—Vamos. Todo ha pasado ya. —Sintió cómo Roy la empujaba por la espalda y la obligaba a regresar al despacho.

Caminaba guiada por su mano, de manera rápida y sin perder el paso. Se apoyaba en su hombro, en su fuerza, pues las piernas le temblaban y los tacones, a los que estaba acostumbrada, se habían vuelto inestables y la hacían trastabillar.

Sex había vivido siempre en un mundo de hombres, violento en muchas ocasiones, en el que ellos se guiaban por sus necesidades más primarias. La habían golpeado, incluso una vez sufrió una gran paliza que casi la llevó a la muerte, pero nunca había pasado tanto miedo. No había temido por ella, lo que le produjo terror fue ver a Roy envuelto en una pelea, el saber que todos esos hombres llevaban pistolas y que en cualquier momento podrían dispararle.

Se aferró a su cintura procurando serenar su respiración y su corazón, que trotaba como un potro desbocado.

Cuando la puerta se cerró dejando a los dos dentro, aislados de las miradas curiosas, Sex se lanzó a sus brazos y él la acogió como si ambos necesitasen ese contacto más que respirar.

—¡Joder, lo siento! —La furia en la voz de Roy le llegó tan intensa que pareció que la golpeaba.

—No, no. —Se apartó de su cuerpo y buscó sus ojos con desesperación —. ¡Ni se te ocurra echarle la culpa de esto! —le gritó.

—Tenía que haber... —Sus ojos expresaban impotencia, vergüenza.

—¡No! —le gritó de nuevo—. Esto no es culpa de nadie, tan solo de ese

cabrón, ese malnacido.

—¡Joder, Sex, esos tipos llevaban pistolas! —La mandíbula le temblaba. La soltó con tal ímpetu que el cuerpo de Sex se balanceó al sentirse privado de su apoyo.

Roy cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Necesitaba recuperarse, estaba a punto de estallar en mil pedazos, de romperse. Los abrió de golpe y los clavó en ella. Su mirada cristalina le transmitía cómo se sentía, esta vez Roy no mostraba su máscara. Estaba derrotado, parecía incluso perdido, y Sex tembló. No podía..., no quería perderlo.

—Si te hubiera pasado algo, yo... —Sus ojos estaban tan brillantes que parecía que de un momento a otro rompería a llorar, pero las lágrimas se quedaban retenidas como si les hubiesen prohibido salir—. Joder, Sex, muero solo de pensarlo...

Nunca había sentido tanta impotencia, jamás había sentido tanto amor hasta el punto de que incluso su vida no le importaba.

Roy se acercó a ella, con manos temblorosas aferró su cabeza y con delicadeza tiró de ella hasta tenerla entre sus brazos de nuevo. Suspiró profundamente y Sex pudo escuchar algún sollozo. Le besaba el cabello una y otra vez, lo acariciaba. Sex se dejó cuidar, apoyó la cabeza sobre su amplio pecho y dejó que él tomara el mando por una vez.

La policía se había marchado hacía tan solo unos minutos y ellos necesitaban estar a solas, ansiaban ese contacto del que se privaban en público porque aún no estaban preparados para mostrar al mundo lo que sentían el uno por el otro.

—Estoy bien —dijo entre susurros—, estoy bien.

Pero para Roy eso no era suficiente.

—Lo sé. —Se miraban como si no existiese otra cosa en el mundo más que ellos dos—. Y a partir de ahora lucharé porque siempre lo estés.

Sex arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir con eso? —Temía la respuesta, sabía que él se alejaba a pasos agigantados y no podía hacer nada.

—A partir de ahora todo va a cambiar. —La soltó. Pasó una de sus fuertes manos por su cara y cuando mostró de nuevo su faz, Sex rompió a llorar, Roy se había puesto de nuevo su máscara.

Sex negó con la cabeza una y otra vez.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó desesperada.

¿Cómo podría hacerle entender que estar juntos era la única manera de

estar protegida?

—Es lo mejor... A partir de ahora nuestra relación volverá a ser profesional. —Con cada palabra que decía el corazón de Sex latía más rápido y su estómago se encogía, parecía hacerse pequeño. Su cuerpo protestaba, no quería un distanciamiento—. No puedo tener una relación de ningún tipo contigo porque haces que no me centre en mi trabajo.

—No, no, no... —Si era necesario, suplicaría—. No puedes hacer esto...

Intentó acercarse a él, pero Roy dio un paso hacia atrás y levantó una mano dándole el alto.

—Lo único que hago es cumplir con mi deber. Tengo que protegerte y estando juntos no puedo, no funciona... —Por un segundo sus ojos regresaron a la vida y mostró vulnerabilidad—. Yo... yo lo siento, Sex.

Entonces se giró, caminó los pocos pasos que lo separaban de la puerta y la abrió, pero antes de salir la miró de nuevo a los ojos y le dijo:

—Te espero fuera... Creo que necesitas un tiempo a solas.

El semblante triste de Sex cambió al instante, ahora estaba enfadada, ahora necesitaba abofetearlo, golpearlo hasta hacerle tanto daño como él le estaba haciendo con sus palabras, con su indiferencia.

—No hace falta que seas tan considerado conmigo. —Se secó las lágrimas con furia y se obligó a sonreír—. No necesito estar a solas. Como ya te he repetido unas cuantas veces, estoy bien.

Siempre había sido buena actriz, representar un papel la había ayudado a seguir adelante, a ganar dinero. Con el único hombre con el que no había fingido sus orgasmos, con el que no actuaba a la hora de provocarlo, había sido con Roy. Con él Sex siempre era ella misma, pero ahora todo había cambiado y la actriz volvía al escenario.

Caminó con furia, atravesó el umbral y, al hacerlo, golpeó con un codo a Roy.

Los tacones sonaban con fuerza conforme Sex caminaba hacia el garaje. Sabía que Roy iba detrás a pesar de que no hacía ningún ruido y de que no se había girado ni una sola vez para mirarlo.

Tenía una férrea determinación: no volvería a mostrar debilidad ante nadie. Al fin y al cabo, ella era Sex, la mujer que comenzó siendo una pobre prostituta y terminó regentando el club más famoso e importante de todo Manhattan. Siempre había estado sola, jamás había necesitado a ningún hombre a su lado. Si le dejó entrar en su corazón fue porque sintió que él era

diferente, pero ahora le había demostrado que era como los demás. No merecía a una mujer como ella y por supuesto no la volvería a tener.

Era la jefa de Roy, le pagaba por protegerla, y a pesar de que se había enamorado de él, nunca más le demostraría afecto.

Se había terminado. Ningún hombre podía con Sex, ninguno era más fuerte que ella.

Al llegar al apartamento de Sex, ese en el que Roy tenía una habitación con baño y una gigantesca bañera en la que habían pasado horas haciendo el amor, cada uno se encerró en su cuarto sumido en sus propios miedos.

Roy se sentó sobre la cama, cerró los ojos y se tragó su inmensa pena. Todo en su vida tenía una corta duración: su madre y la paz que junto a ella disfrutó por un breve periodo de tiempo; Lizz y el sentimiento de tener a alguien que se preocupaba de él; y ahora Sex y el amor que revoloteaba dentro de su estómago. Todo lo bueno llegaba a su fin y al final estaba solo, tan solo que dolía.

Podría cruzar esa habitación, podría caminar hasta el cuarto de Sex, podría comerse sus palabras, besarla, hacerle el amor y olvidarse de todo... ¿Podría?, no, Roy no podría hacer eso porque el marine, el hombre de honor se lo impedía. Lo más importante era Sex y mantenerla a salvo era su deber. Por desgracia, no podía hacer frente a sus obligaciones si se implicaba sentimentalmente, si andaba tras ella como un animal en celo.

Ahora necesitaba tener la cabeza fría y el arma preparada. Nikolay era un hombre muy peligroso, con manos y ojos dentro de la comisaría e incluso, de eso estaba seguro, dentro del club. No podía descuidarse. Era tiempo de guerra, en la lucha no se puede tener la cabeza en nada más que en las armas y en el enemigo. Pero... ¿cómo haría para sacar a Sex de su cabeza y de su corazón?

Sex caminaba por la sala del club con los ojos llenos de lágrimas. Apenas había podido descansar después de lo ocurrido y más necesitando tanto a Roy, sintiendo que estaba a tan pocos metros de ella y odiándolo porque su frialdad le había destrozado el corazón, ese que había mantenido intacto hasta conocer al marine.

—Por primera vez en muchos años... —suspiró con tristeza mientras miraba al personal, que se afanaba por colocarlo todo—, el Trébol de Cuatro

Hojas no podrá abrir sus puertas —se lamentó.

Solo cerraban los lunes y era por ensayo; por primera vez en la vida del club, las puertas estarían cerradas un domingo por la noche y por motivos ajenos a Sex.

Roy la miraba en la distancia, sabía que para Sex volver a la sala y ver cómo había quedado después de la pelea era muy duro. Había trabajado mucho por ese club, había puesto tanto...

—Mañana estará todo listo y el martes podremos abrir —le dijo Logan y Sex le respondió con una sonrisa. Sabía que así sería porque todos estaban trabajando muy duro, pero... había perdido tanto. No solo una noche de recaudación, no solo unos cuantos dólares en todas las cosas que esos indeseables habían destrozado, lo había perdido a él.

Clavó sus ojos verdes en la figura que se mantenía alejada, en esa que ni siquiera se había sentado junto a ella para tomar un café, que había vuelto a hablarla de usted y que ni siquiera la había rozado al pasar a su lado.

«¡Maldito marine cabezón!», le gritó con la mirada. Se había jurado olvidarlo, dejar de amarlo, odiarlo...

Se sentía triste y necesitaba estar a solas, así que caminó hacia su despacho. Él la seguiría, pero se quedaría en la puerta, no entraría a menos que ella se lo pidiera, y los tiempos en los que deseaba estar a solas con él para comérselo a besos, para acariciarlo sin las miradas de los demás para juzgarlos, se habían terminado. Ahora no eran Sex y Roy. Ahora eran jefa y guardaespaldas.

Entró, cerró y ni siquiera lo miró a la cara. Se apoyó en la puerta desde el otro lado. Las piernas le temblaban y otra vez tenía ganas de llorar.

—Una mierda —dijo en voz alta—. Se terminó.

Nada de lágrimas, de lamentos, de penas. Sex era una guerrera y no se flagelaba, no se recreaba en su tristeza ni necesitaba a ningún hombre... Al menos, no lo había hecho hasta conocerlo... Roy, siempre Roy.

Golpeó la puerta con las palmas de las manos, que habían permanecido hasta entonces sobre la dura superficie.

Se enderezó y caminó hasta su mesa dispuesta a trabajar, a seguir adelante, a pasar página.

Tomó el móvil entre las manos. Tenía que hacer una llamada muy importante.

—Hola, Sex. —La voz de un somnoliento Patch le llegó desde el otro lado y la hizo suspirar aliviada. Por lo menos él parecía estar bien.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?
—Bien, bien...
—Estaba tan preocupada...
—Lo sé y lo lamento. Yo...
—No —lo interrumpió—, no es necesario que me cuentes nada, no quiero explicaciones que tú no desees darme. Esperaré a que estés preparado. Solo... solo quiero saber que estás bien.
—Lo estoy...
—¿De verdad?
Se hizo un largo silencio, tan solo interrumpido por un suspiro de Patch.
—Siento no poder ir a ayudar...
—Tranquilo, descansa y cuando te sientas con fuerzas, vuelve.
—Gracias, Sex.
—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?
—Lo sé. Yo también te quiero. —Lo escuchó suspirar—. Hablamos.
—Hablamos —respondió Sex.

Ambos colgaron a la vez.

Sex dejó caer la cabeza sobre el mullido cabecero de su silla. Suspiró con fuerza y levantó la mano derecha. Clavó la mirada en el trébol de cuatro hojas que llevaba tatuado en el interior de la muñeca. Cuando se sentía vencida, como en ese momento, mirar su tatuaje le daba fuerzas, pues recordar su lucha por encontrar ese trébol la hacía sentirse capaz de todo. La obsesionaba tanto ese símbolo que, cuando el club pasó a ser de su propiedad, cambió el nombre antiguo, The Paradise, por el de Trébol de Cuatro Hojas.

Por un tiempo pensó que el club era su trébol... ¡Qué confundida había estado! El club tan solo era algo material, las personas a las que amaba eran su verdadero trébol. Cerró los ojos. Patch era una de esas personas. ¿Por qué guardaba tantos secretos?

Roy

Entre las cuatro paredes de mi pequeño y, en algunas ocasiones, asfixiante despacho, me ocupo de doblar la seguridad.

El incidente de la noche ha hecho que todo cambie. Nos hemos metido en una guerra y el enemigo es fuerte e inteligente.

Sé que Nikolay querrá recuperar a su chica, aunque estoy seguro de que

no le importa nada, pero para él es de su propiedad. He tratado con tipos como él en muchas ocasiones. Unas veces son terroristas, otras, asesinos a sueldo y en esta ocasión se trata de un mafioso; distintos perros, pero con el mismo collar. Tipos que tan solo piensan en su bienestar, en amasar dinero. Tipos que ven al resto del mundo como simple mercancía, como objetos que pueden intercambiar para sacar beneficio.

Soy consciente de que el ruso volverá y de que cuando lo haga será para terminar lo que ha empezado. No parará hasta destruir el club, hasta terminar con Sex.

Sex... Cierro los ojos y en mi cabeza se cuelan su cabello rojo, su mirada verde y esa preciosa sonrisa que luce. Conozco parte de su vida, sé que no ha sido fácil, y me asombra la capacidad que tiene para adaptarse a cualquier situación, para no dejar de sonreír a pesar de todo y de todos. Es una mujer fuerte, una mujer llena de vida, y así tiene que seguir.

Mi mente me grita, me reprende por haberla dejado, pero sé que es la única manera de mantenerla a salvo y ahora esa es mi única prioridad.

El amor me hace débil y ahora tengo que ser el más fuerte.

Sacudo la cabeza en un absurdo intento de limpiarla de todo lo que me preocupa.

Chasqueo la lengua, tengo que seguir trabajando.

Tomo el *walkie* porque necesito aclarar algo muy importante.

—Landon. —Suelto el botón y enseguida me llega su respuesta.

—¿Señor?

—Quiero hablar contigo.

A los pocos segundos tocan a la puerta y Landon entra, ocupando con su voluminoso cuerpo el poco espacio que queda libre.

—Siéntate. —Le indico la silla que está a mi lado, frente a los monitores, y él, obediente, se deja caer en la silla.

—¿Pasa algo?

—Sí, necesito aclarar ciertas cosas que no me cuadran.

Landon me mira y espera con paciencia. No lo conozco mucho, es un tipo serio, muy formal en el trabajo, pero no sé nada de su vida. Arrugo la frente e intento analizarlo, pero es casi tan hermético como yo.

—Dime una cosa, Landon. ¿Quién estaba en la puerta de entrada?

Llevo toda la noche dándole vueltas al asunto. No es posible que el ruso tuviera acceso a la sala con total impunidad, todos los chicos estaban prevenidos y conocían a la perfección su aspecto físico.

—Evan, señor. Creo que ya se lo dije anoche.

—Sí, sí, lo hiciste, pero... —Callo, no creo que deba confiar en él, pero mi instinto me dice que Evan sí es digno de mi confianza.

—Yo estaba en la puerta de atrás y él debía vigilar la entrada.

Me recuesto en la silla. Hay algo que tengo muy claro, alguien desde dentro del club facilitó la entrada a Nikolay y a sus hombres. Alguien nos ha traicionado y me niego a pensar que sea Evan. Pero todas las papeletas están en su contra.

—Gracias, Landon, puedes seguir con tu trabajo.

Se levanta y me saluda con una inclinación de cabeza antes de salir por la puerta.

Nunca he ignorado a mi instinto porque más de una vez me ha salvado la vida, y este me dijo anoche que dejara a Olga, una pobre chica inocente y asustada, en manos de Evan. Eso nunca lo haría con alguien del que sospechase que me está traicionando.

Tocan a la puerta y uno de los chicos asoma la cabeza.

—Señor, hay una mujer que quiere verlo.

—Dile que pase.

Me tenso en el asiento a la espera de quien quiera que sea esa mujer y cuando entra, me quedo sin aliento.

—¿Lizz? —No puedo evitar que mi tono sea de asombro, no pensé que volvería a verla tan pronto.

Me pongo de pie al instante y le doy dos besos en ambas mejillas. Su preciosa mirada azul se clava en mí con cariño.

Creí que al volver a verla quizá sintiera algo..., pero la verdad es que en ella tan solo veo una amiga.

—Hola, Roy

—¿Pasa algo?

—No, no. Tan solo recibí tu wasap... —Le mandé uno nada más llegar al apartamento en el que le pedía ayuda, pues siempre ha sabido manejar las crisis de Patch y esta vez está bien jodido. No se me ocurrió nada mejor que recurrir a la única persona que conocía toda su historia, que lo entendía y que seguramente lo podría ayudar.

Mira mi pequeño despacho y sonrío.

—Así que aquí es donde trabajas...

—Pues sí. Aquí paso gran parte de mi tiempo. Si no te importa, ahora estoy trabajando. ¿Podemos quedar más tarde? —Sé que sueno borde, pero

me he jurado no tener distracciones y una visita de mi ex en el trabajo no es lo que se dice... profesional.

—No te quitaré mucho tiempo, pero estoy muy preocupada y he venido en cuanto he podido, mañana tengo que regresar a casa.

—No sabía que ibas a venir a Manhattan, no me dijiste nada. Pensé que lo llamarías al igual que has hecho otras veces.

—No tenía planeado el viaje. Pero por lo que me contaste en tu wasap, esta vez la crisis ha sido muy fuerte y he pensado que sería mejor verlo en persona.

—Nunca lo he visto tan mal... —Y eso que de adolescentes más de una vez presencié sus estados de pánico, sus bloqueos emocionales. Nunca he sabido los verdaderos motivos por los que estaba psicológicamente afectado, pero siempre he pensado que debía ser algo muy fuerte, algo que le dejó tan tocado que no era capaz de recuperarse—. Por supuesto, no está aquí. Le he mandado un montón de mensajes, pero no contesta. Había pensado acercarme a su casa...

—¿Podrías darme su dirección? Yo lo haré por ti.

—¿No la tienes?

—No, ya sabes lo discreto que ha sido siempre con sus cosas.

Sé cómo es Patch, pero me resulta extraño. Ellos son muy amigos, tanto, que en algunos momentos me sentía excluido. Incluso cuando éramos pareja parecía quererlo más a él que a mí y eso me provocó tantos celos, que se creó cierta enemistad por mi parte y por un tiempo ni siquiera pude mirar a Patch a la cara. Por eso, aún no soy capaz de verlo como a un amigo; sé que es injusto, que han pasado muchos años y que debería superar mis celos pueriles.

Escribo en un papel la dirección y se lo tiendo. Ella lo coge de mi mano, procurando no tocarme, lo mira y se lo guarda en el bolso que lleva colgado.

—Muchas gracias. Te avisaré cuando lo vea.

—Te lo agradecería, ese cabrón me preocupa.

Se acerca para darme dos besos y me abraza. En ese preciso instante se abre la puerta y entra Sex.

Nos mira a ambos y parece confundida. Nos separamos como si estuviéramos haciendo algo prohibido, incluso me hace sentir mal.

—¿Tú eres...? —le pregunta con un tono que no reconozco en ella.

—Lizz. —Extiende la mano esperando que ella la tome a modo de saludo.

—Encantada. —Mi ex la toma con ligereza, la suelta con rapidez y temo que se la limpie en su falda azul de tubo, pero no lo hace y suelto el aire que he estado reteniendo.

—No se permiten visitas al personal en horas de trabajo. —Rompe su contacto visual con ella para mirarme a mí—. Espero que esto no vuelva a ocurrir. No pienso permitirle más faltas de profesionalidad. Ya van dos, señor Hayes. Otra más y le despediré.

Sale por la puerta sin esperar mi respuesta, pero no le importa porque ya ha conseguido lo que quería: hacerme daño.



30. Libre

La luz entraba por la ventana, no tenía la barrera de la persiana para impedir que golpeará sin piedad los ojos de Jared.

Gruñó, estaba acostumbrado a dormir con la persiana hasta abajo. «¿Por qué narices entra tanta luz?», pensó molesto.

Se cubrió los ojos con un brazo y a su lado notó que la cama se hundía. April se movía, sintió cómo le acariciaba el vientre y besaba su hombro, pero... se sentía diferente. Esa mano juguetona le provocaba placer, esos labios eran más duros y carnosos.

Abrió los ojos con esfuerzo pues la luz le hacía daño y entonces todo lo que había ocurrido esa noche lo noqueó. Los recuerdos del sexo, del olor a Patch, de las veces que se había corrido y de la sensación que había experimentado al estar en su interior lo obligaron a bajar a la tierra y de golpe se encontró con la dura... Sonrió, más bien con la placentera realidad.

—¿Has dormido bien? —susurró Patch con los labios sobre su cuello.

—Como un bebé. —Se movió perezoso, se estiró y dejó su cuello más al descubierto para que él pudiera lamerlo sin ningún impedimento.

¡Se sentía tan bien!

Todo su cuerpo había despertado y a pesar de que en un primer momento pensó que la luz destruiría todo lo que habían construido, no fue así. La luz aportó la maravillosa visión de Patch, cuya barba raspaba su cuello, de ese cuerpo fibroso pegado al suyo y de sus preciosos ojos marrones entrecerrados por el sopor y el placer de estar juntos, juntos sin la oscuridad, sin el miedo a lo que podía pasar, sin el resto del mundo para juzgarlos, para censurarlos. Nadie podría meterse en su relación como si tuvieran derecho a

hacerlo, no se lo permitiría.

Jared estaba excitado y no lo ocultaba. Se giró en la cama hasta estar frente a frente y lo besó. Era uno de esos besos que te recuerdan que todo lo que pase, que todas las trabas que la vida te ponga merecen la pena. Porque Patch merecía la pena.

No saldría de esa cama por el resto de su vida. Pensaba permanecer abrazado a ese cuerpo para siempre, pero la realidad lo golpeó en forma de sonido insistente y desagradable. Su móvil desde algún lado del suelo de la habitación no paraba de sonar, sacándolo de la neblina de sopor, de placer, en la que se encontraba.

El deber le quería apartar de los brazos de Patch y Jared gruñó enfadado.

Patch se alejó, separó su boca de la de él y lo alentó con una mano para que se levantara y contestase la llamada.

—No te muevas. —Jared lo señaló con un dedo acusador—. Cuando vuelva, seguiremos por donde lo hemos dejado.

Nada ni nadie le impediría volver a esa cama, a esos brazos.

—No pienso ir a ningún sitio. —Para corroborar sus palabras, se tumbó bocarriba y, colocando sus manos tras su cabeza, lo miró con deseo. Estaba duro y se encargó de exhibir su erección para que Jared pudiera irse a contestar su llamada con esa imagen clavada en las retinas.

—Joder, Patch —protestó. Lo que más deseaba era regresar a la cama, pero...

El móvil no paraba de sonar y, finalmente, tras soltar un montón de blasfemias, lo sacó del bolsillo de su pantalón, que estaba tirado en el suelo, en el mismo sitio donde Patch se lo había quitado. Salió de la habitación, protestando y malhumorado, y, sin mirar de quién era la llamada —¡más le valía que fuera algo importante!—, contestó.

Era April. Jared maldijo en voz casi inaudible y estuvo tentado de colgar, pero conociéndola, de nada iba a servir porque insistiría, incluso sería capaz de presentarse en el apartamento. Chasqueó la lengua al recordar que aún tenía la llave.

—Hola. —Intentó que su tono fuese lo más agradable posible.

—¡Hombre, por fin! ¿Se puede saber dónde te has metido?

Jared cerró los ojos, molesto; no quería darle explicaciones, pero no le quedaba otro remedio.

—Terminé tarde de trabajar y vine a dormir a mi apartamento. No quería molestarte.

—Al menos podrías haberme llamado para avisarme. ¿Sabes la hora que es? Como no sabía nada de ti he llamado a la comisaría y me han dicho que no estabas, que has faltado al trabajo.

—Ya te lo he dicho, estaba agotado. Llevo unos días sin dormir bien y necesitaba descansar.

—Jared..., tienes que ser sincero conmigo.

—¡Lo soy!

—No, no lo eres.

Se hizo un largo silencio. Jared le mentía a ella, a Patch y lo peor de todo, a sí mismo.

—He estado..., estoy... —¿Le iba a decir por qué no había ido a casa a dormir? ¿De verdad le diría por teléfono que estaba en la cama con un hombre? Sacudió la cabeza negando. No podía hacer eso, no estaba bien.

«¡Joder, ya nada está bien!», pensó enfadado.

—¿Estás...? —lo alentó, harta de su silencio.

—Estoy cansado y... —No sabía qué decir, las mentiras crecían y pesaban—. Esta noche iré a casa y hablaremos.

—Está bien. Espero que esta vez no me mientas.

—No lo haré, te lo prometo.

La puerta de la habitación se abrió y por ella salió Patch totalmente desnudo, deseable y con una sonrisa pícara en los labios que se congeló al ver la expresión de preocupación en la cara de Jared.

—Tengo que dejarte, a la noche te veo. —Escuchó un adiós de April y cortó la llamada sin corresponder.

No podía apartar los ojos de Patch, no podía dejar de mirarlo a pesar de que acababa de hablar con su esposa y, lo más sorprendente de todo, no se sentía mal ni sucio ni pensaba que era un perverso, un desviado.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó.

—No, nada, todo está bien. Era del trabajo, tenía que haber ido hoy, pero...

La mentira tenía sabor amargo en su boca. Pero no podía ser sincero, no en ese momento, no cuando empezaba algo especial y único con Patch.

Su mentira había empezado en el momento en el que se había quitado la alianza para que él no la pudiese ver, en el preciso instante en el que la guardó en el bolsillo de su pantalón, quizá sin ser muy consciente de lo que hacía. ¡Joder!, ni siquiera recordaba cuándo se la había quitado.

Tocó su dedo libre del anillo y pensó que eso no le otorgaba a él la

libertad; aun sin él, continuaba casado; aun sin él, les debía una explicación tanto a April como a Patch.

«Lo sé. Pero hora no, ahora no puedo. Más tarde..., sí, más tarde lo haré», pensó con la mirada clavada en ese cuerpo que le volvía loco.

—Tienes mala cara —dijo Patch. Se acercó y puso un mano sobre su frente.

—Tan solo es cansancio. —Lo abrazó y besó—. Anda, vamos a la cama. Quiero pasar el día entero contigo, entre tus brazos.

Jared

Las cosas pueden complicarse de un momento a otro, la vida te puede poner a prueba y, por supuesto, la mía tiene un raro sentido del humor.

Me siento flotar, parece que de repente mis sentimientos, que han estado ocultos, atrapados, salen a borbotones como si las puertas de la exclusiva que los contenía se hubieran abierto de pronto.

Ahora, al verse libres, se han vuelto más fuertes e intensos, tanto que duele, tanto que me aterra dejar de disfrutar de lo que había guardado en un cajón para que los demás no pudiesen verlo, del verdadero Jared, el que nadie conoce.

Siempre ha sido complicado para mí sentirme distinto a los demás, el raro empollón que apenas tenía amigos. No podía soportar también sentirme diferente en el sexo, pensar que lo que verdaderamente me gustaban eran los hombres y por eso siempre lo he mantenido oculto, incluso me lo he negado a mí mismo.

Ni siquiera mi madre, la persona a la que más quiero, sabe nada de mis inclinaciones sexuales. A ella también le he negado la posibilidad de conocer al verdadero Jared.

Ahora, entre sus brazos, todo se ve de otra manera. En nuestro refugio, lejos de la mirada de los demás, me siento fuerte y capacitado para ser yo, para dejar de ocultarme.

Después de la conversación con April hemos vuelto a la cama y hemos follado otra vez. Me siento pleno, feliz...

Levanto la cabeza de la almohada y lo miro. Es perfecto, masculino, con una belleza diferente, única. Permanece tumbado bocarriba y duerme profundamente.

Yo estoy de lado y nuestras piernas enredadas llaman mi atención. Ambas musculosas, las mías cubiertas de un espeso vello y las de él suaves, sin un solo pelo, pero con músculos fuertes como maromas gruesas.

No quiero despertarlo, pero necesito levantarme. Con mucho cuidado, desenredo nuestras piernas. Suspira y se gira hacia el otro lado de la cama.

Me pongo de pie y me estiro con pereza. Miro el reloj y casi se me salen los ojos de las órbitas. Son las dos de la tarde, no hemos comido nada y lo peor de todo: no he llamado a comisaría para explicar mi ausencia. ¡Soy un irresponsable!, pero por primera vez en mi vida no me importa.

¡No me importa!, descubrir eso me hace sonreír. Siempre he sido tan responsable, tan aburrido... ¡Soy libre!

Camino hacia el baño como si fuera el rey del mundo, pero antes de cerrar la puerta de la habitación, lo miro de nuevo y me recreo. «¡¿Cómo he podido estar tan ciego?!», me reprendo.

Tanto tiempo perdido.

Me doy una buena ducha, me seco, me pongo un pantalón de pijama que siempre tengo colgado detrás de la puerta y decido pedir algo de comida.

¿Qué le gustará a Patch?, estoy tentado de despertarlo, pero al final pido *pizza*. ¡A todo el mundo le gusta una buena *pepperoni*!

Me abro una cerveza y no recuerdo muy bien cómo han llegado esas latas a mi nevera, pues no es una bebida que me guste de una manera especial. Pero no sé por qué tengo la necesidad de beberme una.

Mientras camino hacia el salón, hago una lista mental de las cosas que voy a hacer y entre ellas está emborracharme con cerveza. Aunque parezca increíble, nunca lo he hecho y creo que ya va siendo hora.

Me siento en el sofá con la lata en la mano y, antes de darle un trago, pienso en los millones de bacterias que camparán a sus anchas en la boquilla y me siento tentado de ir a por un vaso. Pero... Cierro los ojos y le doy un trago muy largo... Ríe a carcajadas por mi «audacia».

—¿Qué es tan gracioso?

Levanto la mirada de la lata y veo a Patch desnudo como vino al mundo, exhibiendo su perfecto y fibroso cuerpo de bailarín.

—No te lo vas a creer.

Se acerca hasta el sofá y se tumba a mi lado, apoyando su cabeza sobre mis piernas.

—Te sorprenderías de las cosas que puedo llegar a creer.

Su sonrisa es tan sincera, tan limpia y bonita que me hace sonreír a mí

también.

—Te reirás de mí.

—No lo haré, te lo prometo.

No le creo, pero me gusta verle reír y le digo la verdad.

—Es la primera vez que bebo cerveza directamente de la lata.

Patch abre mucho los ojos, incrédulo.

—No... ¿De verdad? —Su sonrisa cada vez es más amplia, hasta que se transforma en risas—. ¡Menuda proeza! —dice entre carcajadas.

No puedo remediarlo y lo acompaño en su regocijo.

—¿Qué temes? ¿Cortarte la lengua? —pregunta mientras se seca los ojos, que lloran por la risa.

—¿Sabes la cantidad de bacterias que puede haber aquí? —Señalo la boquilla por la que sale el líquido fresco y delicioso.

Y el regocijo se incrementa de tal forma que se tira del sofá, se deja caer sobre la alfombra y se sujeta el estómago mientras lagrimea.

—¡Dios mío! —exclama entre carcajada y carcajada—. ¿Cómo es posible que me gustes tanto? —Se coloca de rodillas a mi lado con las manos sobre mis rodillas—. El destino se debe estar riendo de mí como lo hago yo ahora. Policía, pijo, maniático... Todo lo que detesto en una misma persona, todo lo que odio. —De repente, se pone muy serio y clava sus ojos en los míos—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido embrujarme así?

Su mirada me atrae y deseo besarle, no puedo contenerme y devoro su boca. Termina sobre mi cuerpo, intenta desprenderse de mi pantalón, pero lo separo.

—Espera —digo entre jadeos. Lo deseo, pero ya habrá tiempo de hacerlo otra vez—. He pedido algo de comer. —Según lo digo, escucho cómo sus tripas se quejan y sonreímos—. Anda, ve a darte una ducha, yo prepararé la mesa y luego seguiremos con lo que hemos empezado.

Parece reticente, pero al final se levanta.

Está duro, muy duro, y no puedo apartar los ojos de su gran erección.

—Deja de mirarme así —dice señalándome con un dedo.

—Deja de exhibirte así —contesto.

—Te libras porque tengo mucha hambre, que si no...

Se gira y camina de manera chulesca, sabiendo que ahora mis ojos se recrean con su culo redondo y duro.

Me levanto con un dolor de huevos que seguramente, si le hubiese incitado un poco más, Patch habría aliviado con sumo gusto. La fina tela de

mi pantalón no impide que se vea cómo mi erección puja por ser libre. Quiere ser tan libre como yo lo soy ahora. Ese pensamiento hace que otra estúpida sonrisa aparezca como por arte de magia.

Preparo la mesa: vino, dos copas, platos y cubiertos.

Patch sale del baño, estoy luchando con el corcho de la botella y al verlo tapado tan solo con una toalla con la que envuelve su delicioso... Ummm. Sacudo la cabeza para descartar esa excitante visión, la botella se escapa de mi mano y derramo parte del líquido sobre la mesa.

—Mierda. —Odio las manchas, sobre todo las de vino, porque dejan una marca sobre el mantel que no sale de ninguna manera.

Intento solucionar el problema, pero el líquido ha traspasado la tela. Refunfuño.

—¿Qué has pedido de comer? —pregunta sin inmutarse por mi incomodidad. Ni siquiera deja de frotarse el cabello con otra toalla mientras que yo estoy desesperado.

—*Pizza*.

Eso parece llamar su atención, pues para y me mira con los ojos muy abiertos.

—No me digas que usas cubiertos para comer *pizza*.

—Es lo más higiénico. Además, no me gusta mancharme las manos.

Patch pone los ojos en blanco.

—Dios, poli, eres insufrible...

Lllaman a la puerta. Estoy empezando a estresarme, ¿qué más puede pasar?

—Será la comida. —Estoy nervioso, no me gusta ver las cosas sucias o en desorden y por eso, a pesar de que no vivo en este apartamento desde que me casé, pago a una mujer para que lo mantenga todo en orden.

Quiero ir a la cocina, tomar una bayeta húmeda y dejar limpia la mesa, pero debo abrir... Lo miro desesperado, parece darse cuenta de mi apuro y, a pesar de que con toda seguridad no lo entiende e incluso le pareceré un neurótico, se apiada de mí y, tras soltar un sonoro suspiro, me dice:

—Ve y limpia eso, poli, yo abriré.

—¡Joder, gracias, gracias! —Corro a la cocina y freno de golpe frente a la puerta, Patch va a abrir cubierto tan solo por una toalla. Si algún vecino sale de su apartamento, puede verlo y quizá piense... Sacudo la cabeza y me recuerdo que ahora soy otro Jared, uno al que no le importa nada lo que piensan los demás. Ahora soy libre.



31. La playa

Roy entró en el despacho de Sex sin ni siquiera llamar a la puerta.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —Sus ojos soltaban fuego y las venas de su cuello estaban tan abultadas que parecían a punto de estallar.

Sex alzó la mirada de la pantalla del ordenador de manera perezosa, parecía que le suponía un gran esfuerzo.

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabes perfectamente.

Sex se levantó de su asiento despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—No, no lo sé, y haga el favor de salir de mi despacho, tengo mucho trabajo. —Señaló la puerta enfadada. No elevó la voz en ningún instante y eso demostraba su poder de contención.

—Mira, Sex...

—Prefiero que me llame señora.

Roy clavó sus ojos en los de ella con tal furia que, por un instante, Sex se vio tentada a retroceder, pero no lo hizo; muy al contrario, se acercó, renunciando a la protección que le brindaba la mesa, y se colocó frente a él.

—Señora —dijo entre dientes—, ¿se puede saber por qué has pedido a Meiky que te acompañe?

Sex tenía que salir y por primera vez desde que era su guardaespaldas, no recurría a él, y eso le molestaba.

—Porque me siento más cómoda con Meiky —mintió.

—Ni siquiera has tenido el valor suficiente para decírmelo, he tenido que enterarme por él.

—No tengo que explicarle nada. Le recuerdo que yo soy la jefa y usted tan solo un simple empleado.

Para su sorpresa, Roy rompió a reír.

—Eres tan infantil, Sex, te estás comportando como una niña mimada.

Sex dio un paso al frente y otro más hasta que su pecho tocó el de Roy. Lo miró con furia y le espetó:

—Y tú como un marine desquiciado.

Roy abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza, la miraba como si la viese por primera vez.

—¿Se puede saber a qué viene esto?

—Ya le he dicho, señor Hayes, que no tengo por qué darle explicaciones...

—Sí..., sí, lo entiendo —la interrumpió—. Usted —vocalizó de manera exagerada— es la jefa y yo tan solo su humilde servidor.

—Haga el favor de guardarse el sarcasmo.

—Si no lo hago, ¿me despedirá, jefa?

—Tal vez —contestó con chulería.

Roy se pellizcó el puente de la nariz; intentaba relajarse, no quería seguir discutiendo y menos en un diálogo casi pueril.

—Vamos a dejarnos de tonterías, señora... Yo la acompañaré a donde sea...

—¡No! —le gritó.

Roy dio un paso al frente, bajó la cabeza para ponerse a su altura y, con su aliento golpeando la cara de ella, le gritó:

—¡Sí! Y no admito más tonterías. Soy su jefe de seguridad y hará lo que yo le diga.

—No lo haré —insistió cabezona. Se cruzó de brazos logrando que sus cuerpos se separasen al interponerlos entre los dos. Necesitaba distanciarse un poco del calor que emanaba y que comenzaba a hacer estragos en su libido. Le ponía tanto verlo en esa faceta de marine mandón. Se mordió el labio inferior en un intento de retener la sonrisa que estaba a punto de escaparse de su boca.

—Ya veremos —murmuró mientras, enfadado, caminaba hasta la salida del despacho con paso firme y rápido.

Al salir, por supuesto, dio un portazo, que seguramente se escuchó en todo el club.

Después de la discusión que habían mantenido ese mañana, Sex, sintiéndose vencedora, caminaba hacia el garaje seguida muy de cerca por Meiky, que, incómodo con la situación, refunfuñaba sin parar.

—¿De verdad quiere que sea yo quien la acompañe? —preguntó por décima vez.

Sex puso los ojos en blanco.

—Sí —contestó intentando ser paciente.

—Pero, señora... Sex... No quiero que el jefe se enfade. Él...

Sex frenó su caminar y se giró para fulminarlo con la mirada.

—La jefa soy yo. ¿Entendido?

—Sí, claro... —Bajó los ojos, avergonzado.

Sex comenzó a andar de nuevo hacia el coche con Meiky detrás, que resoplaba como una locomotora vieja.

—Pero señora... Creo que sería mejor...

Sex se paró y otra vez clavó su mirada furiosa en él.

—¡Basta! —resopló, soltó un par de tacos y continuó caminando.

Meiky le abrió la puerta del coche y Sex se dejó caer en el asiento, agotada. Parecía que llevaba años sin dormir, Meiky había terminado con las pocas energías que le quedaban. Así que se recostó en el mullido asiento y cerró los ojos.

Sintió cómo Meiky entraba en el auto, cómo se abrochaba el cinturón y cómo arrancaba.

Ya saliendo del garaje, notó que la luz de la tarde golpeaba sus párpados cerrados. Suspiró y se acomodó, aprovecharía el viaje, aunque no era muy largo, para echar una cabezada.

Sex abrió los ojos, desorientada. Se había quedado dormida. Miró por la ventanilla y el paisaje se le antojó extraño. Nada de altos rascacielos ni semáforos ni de gente caminado por las aceras...

¿Dónde estaba? Sus ojos se abrieron como platos al ver el mar.

—Pero... Meiky... ¿Dónde...?

No pudo seguir con su pregunta, las palabras se quedaron en su garganta al ver, a través del espejo retrovisor, que quien conducía era Roy.

—¿Ha descansado bien..., señora? —recalcó la última palabra y por un instante desvió la mirada de la carretera para clavar sus ojos en los de ella, que lo miraba con la boca abierta.

Aparcó en una rápida y limpia maniobra mientras ella permanecía en silencio con el entrecejo fruncido.

—Lléveme a casa ahora mismo. Esto es una irresponsabilidad por su parte —dijo con voz pausada e intentando contener su furia.

—De eso nada. A mi lado estás segura y no pienso separarme de ti de ningún modo.

Roy no hizo caso a sus protestas ni a los insultos que soltó por la boca cuando abrió la puerta del coche y, tomándola de los brazos a pesar de que ella puso toda la resistencia que pudo, la sacó.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó cruzándose de brazos y con la cara roja, congestionada, por el enfado que tenía.

—Creo que necesitamos un tiempo a solas y me he tomado la libertad de planificarte un pequeño descanso.

—No es el momento de descansar. —Elevó los brazos hacia el cielo, parecía implorar algo—. ¡Tengo un millón de cosas que hacer! —Su paciencia se estaba terminando y su tono, que poco a poco iba creciendo, lo demostraba.

—Pues deberán esperar. Venga, deja de refunfuñar y mira a qué lugar tan bonito te he traído. —Movi6 el brazo señalando la playa.

Sex suspiró con fuerza. Ya que estaban allí, podría echarle un vistazo.

Para ser sincera, el paisaje era hermoso. Una gran playa de arena blanca se extendía frente a ella, las olas del mar susurraban, la besaban y dejando espuma blanca sobre la arena, regresaban de nuevo al mar.

Hacía mucho que no iba a la playa, siempre tenía trabajo, apenas se había dado un respiro.

Lo miró de reojo, lo señaló con un dedo inquisidor e intentando sonar enfadada, le dijo:

—Esto no te lo voy a perdonar nunca —amenazó, pero ya casi sin fuerzas.

—Sí lo harás. —Esos hoyuelos que tanto adoraba Sex asomaron a sus mejillas cuando sonrió y entonces se sintió del todo derrotada, contra eso no podía luchar. Pues claro que lo perdonaría, sus defensas habían caído y tan solo con una sonrisa—. Vamos, caminemos por la arena.

Le tendió la mano, pero ella en un gesto de rebeldía, no la aceptó. Eso sí, comenzó a andar con la cabeza muy alta.

Roy se quedó por un momento contemplándola con la sonrisa adornando su boca. Vio cómo se quitaba los zapatos de tacón y cómo caminaba

despacio, con cuidado de no caer, hacia la orilla.

Corrió a su encuentro, pero antes de pisar la arena, se descalzó él también, se quitó los calcetines y se subió el bajo del pantalón.

Sex estaba mirando el mar con sus propios brazos envolviéndola y sus pies bañados por el agua fría. Parecía querer protegerse de algo y ese algo seguramente sería Roy. Estaba tan descolocada ante lo que estaba sintiendo. Nunca había necesitado a un hombre, jamás había experimentado el gozo en el sexo y los celos, hasta entonces, le habían sido desconocidos. Pero Roy había llegado a su mundo para descolocarlo todo. Ahora sabía lo que era tener a alguien dentro del corazón y bajo la piel. Alguien a quien necesitar, por el que luchar... Alguien que merecía la pena.

Le echó una mirada rápida simplemente para corroborar lo que ya sabía, él estaba a su lado.

En esos momentos no quería tenerlo tan cerca, necesitaba poner distancia. No soportaría que la tocara, estaba segura de que se echaría a sus brazos a la primera y no podía ceder a esa tentación porque aún estaba enfadada. Bueno, al menos eso pretendía, porque cada vez le resultaba más difícil sentirse molesta con él. Así que decidió alejarse de su radio de influencia, caminó de vuelta a la arena seca y se dejó caer.

Se acomodó con las piernas juntas a un lado de su cuerpo, pues la falda de tubo no le permitía otra postura. Con una mano, comenzó a jugar con la arena mientras se recreaba en la firme espalda de Roy.

Una sonrisa asomó a su boca a pesar de querer retenerla, pero la imagen de su guardaespaldas vestido con traje, con los pantalones arremangados, las manos metidas en los bolsillos y los pies en el mar, era un tanto extraña y atípica.

Si Roy la había llevado hasta allí no era solo para darle un respiro porque después de la pelea en el club Sex estaba muy estresada. Roy quería pasar un poco de tiempo a solas, había planeado intercambiarse con Meiky en el coche y el hecho de que ella se durmiera le vino bien para evitar una discusión. Quería contarle por qué debían estar separados, deseaba que lo entendiera, que no lo odiara. ¿A quién quería engañar con ese discurso absurdo? Cerró los ojos y, sin apenas voz, soltó un montón de insultos. Lo que Roy quería de verdad era a ella... La quería a su lado día y noche. Para siempre.

—Sex, yo... —Se giró para mirarla y su imagen lo dejó noqueado.

Estaba sentada en la arena, tan bonita que apetecía pasar horas

contemplándola, tan sexi que le hubiese hecho el amor allí mismo.

Sacudió la cabeza para recuperarse y caminó hasta sentarse a su lado. Ahora no tenía que mirarla, podía clavar sus ojos en el mar. «¡Joder!», gimió intentando que ella no lo escuchara. No veía su cuerpo, pero su aroma flotaba y le llegaba denso y delicioso para tentarlo.

—La mujer que ha venido al club es tu ex, ¿verdad? —Fue ella quien comenzó a hablar. Deseaba saber cosas acerca de esa relación, deseaba saber si aún la quería.

—Sí. ¿Eso es lo que te preocupa?

—¿Debería? —Sex contempló su perfil, su perfecto perfil. Deseaba más que nada que él la mirase, pero Roy continuaba con los ojos clavados en el agua.

—No tendría por qué hacerlo. Ella es pasado.

—Entonces..., ¿por qué la besabas?

Por fin Roy giró la cabeza para mirarla. Su expresión denotaba sorpresa, estaba un poco descolocado ante la pregunta de su jefa.

—¿Besarla? ¿Crees que la estaba besando?

—Eso fue lo que yo vi.

—¿Me viste besarla? —Soltó un bufido muy poco caballeroso. Le retiró la mirada, contrariado—. Oh, vamos Sex... —dijo sintiéndose del todo impotente—. Tan solo nos despedíamos. La besé en las mejillas, no en la boca.

La manera de hablar de Roy la hacía sentir estúpida, como si fuese una niña. Se abrazó a sí misma, las manos le temblaban y trataba de ocultarlo a los ojos de él. Deseaba llorar, pero no lo haría. Eso demostraba debilidad y Sex era muchas cosas, pero no era una mujer frágil.

Roy tenía razón: su beso, según recordaba, no fue en la boca.

«Entonces, ¿por qué me siento tan mal? ¿Por qué deseo arrancarle el pelo a tirones a esa mujer?».

—Sex... —vaciló—, estás celosa.

Esa era la palabra que ella quería evitar.

—¿Celosa? —preguntó. Pero la duda, a pesar de expresarla en voz alta, no iba dirigida a él, sino a sí misma.

Roy la entendió perfectamente y se quedó callado, dejó que fuera Sex la que rompiera el silencio cuando se sintiese cómoda. Sabía lo que era experimentar por primera vez sentimientos extraños, de esos que no logras entender porque se te antojan imposibles.

—Creo que soy yo quien te debe una disculpa —dijo al cabo de un buen rato.

—No es necesario —sentenció Roy—. Sex... —De nuevo intentaba sacar de dentro lo que le estaba matando.

Lo miró a la espera de lo que tuviera que decirle. Según parecía, era algo doloroso porque le estaba costando mucho.

—Prometo no juzgarte. —Se colocó de rodillas a su lado y lo obligó a mirarla tomando su mentón—. No soy nadie para censurar nada. Recuerda que fui puta...

Roy reaccionó, no le gustó escucharla decir esa palabra y, para demostrarlo, le puso una mano sobre la boca y negó varias veces con la cabeza.

—Roy... —protestó ella quitándole la mano—, es lo que fui, debes aceptarlo como yo lo hago.

Roy se sintió miserable, se pasó las manos por su corto pelo, se frotó la cara con una de ellas y cuando la miró, su expresión era de pena, de dolor.

—Joder, lo siento, Sex. Tú prometes no juzgarme y yo acabo de hacerlo... Perdona, lo siento tanto...

—¡Para ya, Roy! —lo reprendió al verlo tan desesperado—. No me gusta la compasión, no quiero que te sientas mal por lo que he sido. No podría soportarlo.

—Tienes razón —asintió una y otra vez.

—Ahora, habla, dime lo que querías decirme, dime la razón que te ha llevado a traerme aquí.

Sex se quedó a su lado de rodillas, de tal manera que ambos estaban frente a frente, así se podían mirar a los ojos.

—Solo pretendo que me entiendas, que me conozcas un poco más.

Su mirada expresaba tantas cosas. Roy se había quitado la máscara tras la que se ocultaba y Sex se sintió afortunada porque sabía que raras veces se desprendía de ella, que con pocas personas se dejaba ver tal como era.

Anocheía y sabía que era muy irresponsable por su parte estar desaparecida cuando el club tenía que abrir sus puertas, pero se perdió en los ojos azules de Roy, se centró en lo que él le quisiera contar, y su club, su mundo hasta que lo conoció a él, pasó a segundo plano.

—No sé por dónde empezar... —Estaba tan nervioso, nunca había sentido la necesidad de contar su historia, a nadie le importaba, pero con Sex todo era diferente. Se acomodó apoyando sus codos sobre las rodillas

dobladas, tomó aire con fuerza y continuó hablando—: Nací en el seno de una familia normal, crecí en un barrio tranquilo, en una casa unifamiliar con jardín y piscina. Mi padre era profesor en el instituto y mi madre enfermera. Los cinco primeros años de mi vida fueron felices. Mis padres se querían, me sentí cuidado, amado... —No la miraba, ahora su mirada se fundía con el mar, pero para Sex, que estaba de frente y podía disfrutar de cada gesto, de cada pestañeo de sus ojos, no le pasó desapercibida la manera en la que sus pupilas se iluminaron, en la que en su boca se formó una sonrisa soñadora. Esos eran buenos recuerdos de momentos felices, y de eso no le cabía duda.

—Todo cambió cuando mi madre enfermó. No podía cuidar de mí y mi padre no aceptaba que ella se moría y que nada podrían hacer los médicos. Decidió meterme en un internado, me alejó de ella, ni siquiera pude despedirme. —Sus ojos se oscurecieron, su sonrisa desapareció.

Sex no quería interrumpirlo, pero necesitaba que él sintiera que estaba a su lado, así que tomó una de sus manos y la acarició con cariño. Conocía por propia experiencia el dolor que suponía perder a una madre.

—Allí fue donde conocí a Patch y a Lizz, pero esa es otra historia y, para ser justo, creo que debe ser él quien te la cuente.

»El caso es que mi padre quedó tan tocado que comenzó a beber. El alcohol lo ayudaba a olvidarla, pero también gracias a él se olvidó de mí. Pasé mi infancia y mi adolescencia en el internado, hasta que el dinero se terminó y me echaron. Entonces regresé con él, lo cuidé, lo saqué de más de un lío y, cansado de ser la niñera de lo que quedaba de mi padre, me alisté en el ejército.

—¿Te hiciste marine para escapar de tu casa?

—No, no. Siempre supe lo que quería ser. Mi mayor deseo era servir a mi patria, defender a los débiles y terminar con los malos. —Eso último les hizo sonreír—. Pero he de confesarte que necesitaba alejarme de él y me vino muy bien tener un destino en la otra punta del mundo, solo que para mi relación con Lizz no fue tan bueno.

—Por lo que veo, seguiste teniendo relación con ella y con Patch tras salir del internado.

—Los tres vivíamos en la misma ciudad y continuamos viéndonos. Patch necesitaba a Lizz y yo creí estar enamorado de ella.

—Sé que no me vas a decir por qué Patch la necesitaba —Roy asintió—, pero no entiendo por qué dices que creías estar enamorado de ella.

—Antes de casarse, el día antes exactamente, fui a su casa. —Sex lo

miró horrorizada—. Estaba desesperado, creí que podría recuperarla. — Corrió a explicar—. Ella me dijo que no la amaba, que nunca lo había hecho. Me enfadé mucho. ¿Cómo se permitía el lujo de decirme lo que sentía? Pero con el tiempo he descubierto que tenía razón...

—¿No la amabas?

Roy suspiró, la contestación a esa duda pondría en evidencia lo que sentía por ella y eso le haría regresar al punto de partida.

—No. Lizz me dijo que sabría que lo que sentía por ella no era amor cuando lo encontrase en otra.

Ambos se quedaron en silencio, ambos miraban al mar tan solo por no mirarse a los ojos.

Sex tembló, Roy acababa de confesarle que estaba enamorado de ella.

«Ahora ¿qué hago?», se preguntó asustada.

—No sé... —dijo con tristeza.

—No hace falta que digas nada, Sex. Yo tan solo quería que entendieses... lo importante que es para mí que estés a salvo. Haré lo que sea por no volver a ponerte en peligro. Lo que sea...

Sex comenzó a temblar, la noche se acercaba a pasos agigantados, como lo hacían las olas al besar la playa. La temperatura descendía y sus sentimientos, su miedo al amor, la hacían vulnerable y su cuerpo protestaba.

Notó que él se ponía de pie. Vio su mano derecha delante de su cara, le pedía que la cogiera para ayudarla a levantarse.

—Creo que debemos regresar.

Sex asintió y se aferró a la mano que él le tendía. Solo entonces sus ojos se miraron de nuevo, pero Roy ya se había colocado su máscara.

Roy deseaba besarla, sellar las palabras que le acababa de decir con un dulce, largo y húmedo beso. Pero se contuvo. Vio como ella temblaba, se quitó la americana y se la echó por los hombros.

—Gracias —dijo aferrándose a la chaqueta con ambas manos y cubriendo su cuerpo.

Roy asintió y comenzó a caminar hacia el coche, seguro de que ella lo seguiría, y así fue.

El regreso al club fue en absoluto silencio y no porque Sex durmiera, sino porque ambos estaban sumidos en sus pensamientos.



32. Adivina quién viene a casa

Patch abrió la puerta pensando que al otro lado estaría el pizzero y no una mujer entrada en años, elegantemente vestida, maquillada con sutileza y con el color de los ojos exactamente igual al de Jared.

Pero no solo Patch se llevó la mayor sorpresa de su vida, Charlotte lo miró de arriba abajo con los ojos bien abiertos. ¿Quién era ese hombre?, ¿dónde estaba su hijo? Y, además, ¿qué hacía envuelto en una pequeña toalla que dejaba tan poco a la imaginación?

Dio tres pasos hacia atrás para comprobar que no se había equivocado de puerta. «309», ponía sobre ella con números dorados. Efectivamente, ese era el apartamento de Jared.

April le había dicho que su hijo estaba allí, así que... ¿Quién era ese hombre?

—Buenas tardes —dijo con educación—. ¿Se puede saber quién es usted?

—Yo... —Patch no tuvo duda desde el primer instante en el que la vio: esa mujer de cabellos grises vestida con ropas caras era la madre de Jared. Deseó desaparecer del mundo, del universo... Jamás se había encontrado ante una situación tan bochornosa. Ni siquiera esa vez que estando con un cliente en la cama, los pilló su mujer.

—¿Tienes dinero? —Jared se colocó a su lado con la cartera en la mano—. ¿Ma-ma-má? —tartamudeó al ver a Charlotte, que los observaba a ambos con los ojos muy abiertos.

Pero el sonido del timbre del ascensor, indicando que paraba en esa planta, hizo que permanecieran en silencio. Mientras que los tres se miraban

entre sorprendidos y desconcertados, el pizzero se encontró con una escena de lo más extraña, pero se limitó a entregar el pedido a Patch, que fue el único que se molestó en atenderlo, pues su chico se había quedado de piedra al ver a su madre.

Charlotte entró en la casa tras franquear el muro que suponían los dos cuerpos que se habían quedado paralizados en el umbral de la puerta. Ambos se retiraron sin pensar ni siquiera en impedirle el paso.

Alternativamente miró a uno y luego al otro.

Su hijo estaba pálido, tenía el pelo despeinado como si se lo hubiese estado tocando o como si alguien se lo hubiera acariciado, la barba asomaba en sus mejillas, esas que siempre llevaba perfectamente rasuradas, vestía tan solo con un pantalón de pijama e iba descalzo.

Su «amigo», que tan solo llevaba una toalla y por su cabello que aún goteaba seguramente se acababa de duchar, sostenía la caja de la *pizza* y Charlotte temió que la toalla se le escurriera y terminase viendo sus vergüenzas, así que, con un movimiento sutil de la mano, le indicó que dejase la caja sobre la mesa. Patch obedeció al instante y, con premura, se sujetó con fuerza la toalla.

Los miró durante lo que para ellos dos parecieron horas, pero que tan solo fueron unos segundos, hasta que Patch se decidió a hablar.

—Yo..., creo que será mejor...

—Sí, por favor, será mejor que se vista —lo interrumpió Charlotte.

Patch soltó por fin todo el aire que había estado reteniendo y salió corriendo a la habitación en busca de su ropa.

Podría parecer un cobarde, pero nunca se las había visto con la madre de ninguna de sus conquistas y no sabía muy bien cómo actuar.

Si Jared se resistía a reconocer su inclinación sexual, suponía que ni su familia ni amigos conocían su gusto por los hombres. Lo mejor era dejarlos a solas y que él le explicase todo, o quizá estaba tan asustado que le aterraba enfrentarse a una madre enfadada, decepcionada con su hijo. Ya había pasado por eso en primera persona y le había costado años de terapia.

Charlotte y su hijo, ese que hasta entonces siempre vestía de manera formal, que llevaba la barba rasurada y ni un solo pelo fuera de su sitio, se quedaron solos.

Lo miró, intentó analizarlo. Pero... ese no era Jared, no era el de siempre.

—Mamá, yo... —Bajó los ojos, avergonzado—. No quería que te

enterases así...

Charlotte no lo miró ni escuchó, entró al salón y se sentó en el sofá. Estaba totalmente desubicada, no entendía qué era lo que estaba pasando.

—Mamá, por Dios, ¿estás bien?

Jared se puso en cuclillas a su lado y tomó una de sus manos entre las suyas. Estaba tan fría que se asustó; si a ella le pasaba algo por su culpa, no se lo perdonaría nunca.

—Lo siento. Mamá, perdona, te juro que no pasará nunca más. —Le dolió mucho decirle esas palabras porque dejar de ver a Patch era como arrancarle uno de sus órganos vitales, pero por su madre haría lo que fuera.

—Estoy bien —dijo tomando aire con fuerza y con la determinación de tener por fin esa conversación que durante tantos años él había ido posponiendo con absurdas excusas—. ¡Siéntate a mi lado y deja de decir tonterías!

Su tono autoritario se le antojó extraño a Jared, nunca la había escuchado hablar de esa manera, jamás le había gritado, ni siquiera alzaba la voz cuando estaba enfadada. Fue tanta la impresión que le causó escuchar cómo lo regañaba como si fuese un niño pequeño, que obedeció y se sentó sobre la pequeña mesita, que le permitía estar frente a ella para poder mirarla a los ojos.

Se quedaron en silencio, Jared esperando a que ella dijera algo y Charlotte esperando a que el muchacho que estaba con su hijo los dejara a solas. Esa conversación era solo madre-hijo, no quería espectadores.

Patch salió de la habitación y caminó hasta colocarse delante de Charlotte.

—Tengo que irme ya... —Intentó mirar a Jared, pero temía ver en sus ojos arrepentimiento o vergüenza porque su madre los hubiese pillado juntos, no podría soportar otra vez el rechazo.

—Dime una cosa, joven. —Charlotte se puso de pie para enfrentarlo. Era tan grande como su hijo y tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

Tanto Patch como Jared la observaban expectantes y temerosos.

—Cla-claro, señora.

—¿Cuál es tu nombre? Porque parece ser que mi hijo ha perdido la buena educación que le he enseñado. —Lanzó una mirada furiosa a Jared como reproche a su falta de decoro.

—Patch, señora. Me llamo Patch.

—Encantada, Patch, yo soy Charlotte, la madre de este maleducado. — Con lo que parecía un gesto cariñoso, le tomó la mano y tiró de ella indicándole que se agachara para poder llegar a sus mejillas y asestarle un beso. Ese gesto lo dejó tan descolocado que no supo qué decir ni cómo actuar, no estaba acostumbrado a recibir ese tipo de trato.

—Encantado —contestó cuando por fin la sangre le regó de nuevo el cerebro y el habla regresó.

La verdad es que ninguno de los dos se esperaba esa reacción de Charlotte, a ambos les pilló con la guardia baja.

—Espero que nos volvamos a ver, me gustaría saber más cosas de ti. Pero sintiéndolo mucho creo que ahora será mejor que te vayas y nos dejes a solas. Mi hijo y yo tenemos mucho de que hablar.

Patch asintió. Intentó sonreír, pero estaba tan nervioso que tan solo le salió una mueca extraña.

—Claro, sin problema. Además, tenía que irme ya... —mintió, y se sintió fatal cuando Charlotte miró la *pizza* que esperaba sobre la mesa haciéndole saber que no era ninguna tonta. Cabeceó nervioso y decidió salir lo antes posible para no meter más la pata—. Todo un placer haber tenido la oportunidad de conocerla.

Charlotte le sonrió amable.

—Jared, hijo, regresa a la tierra y acompaña a tu amigo a la salida.

El aludido, que hasta entonces había permanecido sentado en la mesita mirando a las dos personas que en esos momentos más le importaban presentándose sin ser capaz de hacer nada, se puso de pie y, sin mediar palabra, caminó tras Patch hasta la puerta del apartamento.

—Te llamo —dijo Jared en voz muy baja para que su madre, sentada de espaldas a ellos, no los pudiera escuchar.

Patch asintió y abrió la puerta, pero antes de salir, Jared lo agarró del brazo obligándolo a girarse para mirarlo, después hizo algo que no se esperaba: lo besó en los labios. No fue más que un toque, un segundo, pero Patch no necesitaba más, con ese pequeño gesto le decía muchas cosas. Ese beso rápido significaba: «No me arrepiento de nada, pienso seguir adelante con esto. Intentaré que mi madre lo comprenda, ya no tengo dudas de lo que quiero...».

Jared se arriesgaba, apostaba por él, y no pensaba dejarlo marchar por nada del mundo.

Le sonrió, acarició una de sus mejillas con mucho cariño y, sin decir

nada más, se marchó.

Jared regresó al lado de su madre. Se sentó y, sin mirarla a los ojos, comenzó a hablar.

—Siento..., lamento que te hayas enterado así de lo que... —Cerró los ojos, era tan difícil. La vida no le daba tregua, era injusto. Apenas se había acostumbrado a su nueva situación, acababa de liberarse, ¿cómo iba a explicarle todo eso a su madre sin que le diera un infarto?

—¿Qué es lo que sientes?

Abrió los ojos de golpe y la miró.

—No piensas ponérmelo fácil, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa irónica en los labios.

—No soy yo quien te lo pone difícil, Jared.

—Tienes razón... —Sonrió de nuevo, pero con desgana, la situación no tenía ninguna gracia. Suspiró con fuerza y decidió que tenía que ser tan sincero como pudiese, su madre se lo merecía—. No me había dado cuenta de que me gustaban los hombres hasta que conocí a Patch.

—Ya era hora de que lo asumieses.

Jared la miró sorprendido.

—¿Ya lo sabías?

—Por supuesto que sí. Soy tu madre —dijo como si esa fuera suficiente excusa, como si las madres tuvieran un poder especial.

Jared tenía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo, pero no hizo ninguna de las dos cosas, se limitó a mirarla con los ojos y la boca muy abiertos.

—No quise que te casaras...

—Lo sé. —Recordó cuando, el mismo día de su boda, su madre le propuso fugarse en su coche—. Pero pensé que era lo que debía hacer.

—¿Lo que debías hacer? —Arrugó la frente, estaba tan sorprendida. Sabía que Jared tenía un sentido del deber muy acusado, pero respecto a los sentimientos, ¿qué sentido tenía?—. Creo que nadie te ha forzado nunca a nada y menos a casarte con alguien a quien no amas.

Jared bajó la mirada a sus manos, a ese dedo que ya no llevaba la alianza que April le había colocado.

—No eran los demás los que me forzaban, era yo.

—Qué equivocado, hijo. —Los ojos de Charlotte se anegaron. Ver sufrir a su hijo era el dolor más intenso que podía sentir y estaba descubriendo lo mucho que lo había hecho todos esos años fingiendo ser quien no era.

—¿No te importa que sea gay?

—¿Piensas que lo que me molesta de toda esta situación es que estés con un hombre?

—¿No es así?

—Pues claro que no. Lo que más me molesta es que estés casado, que no me hiciste caso cuando te avisé, que estés mintiendo a April y, aunque sé que es una mujer un tanto... insufrible, es buena chica y no se merece que la engañen. Yo no te he educado así, no te enseñé a mentir a quienes te aman.



33. Y ahora cuéntamelo todo. Lunes

Evan y Olga habían pasado dos días juntos. La primera noche ella le abrió su alma, derramó lágrimas y narró su historia, mientras que él se limitó a escucharla, sin tocarla, sin interrumpir, pero con un nudo en el estómago y en la garganta. Después Olga se durmió, tras llorar durante horas sobre su pecho, y él decidió dejarle la cama para ella sola. La tomó entre sus brazos y la depositó sobre ella con mimo y cariño. Arropó su pequeño cuerpo y él se quedó en el sofá intentando digerir lo que le había contado.

Al día siguiente, cuando la luz bañó el apartamento y la realidad los golpeó de nuevo, Olga se limitó a rehuirlo, a poner la máxima distancia que el pequeño piso le permitía. Apenas intercambiaron palabras ni miradas. Al fin y al cabo, eran dos extraños obligados a convivir en un espacio reducido, no tenían nada en común. Bueno, si eran sinceros el uno con el otro, algo sí que los unía: el dolor de un pasado que los había marcado a ambos.

Pero algo cambió la noche del domingo. El miedo a la soledad y el terror a regresar a esa vida que hacía tan solo pocas horas había abandonado llevaron a Olga a pedirle a Evan que se acostase junto a ella, que no la dejase sola en esa cama grande y fría.

Al día siguiente, Olga se despertó con un brazo enredado en la cintura de Evan y, apretada contra su espalda, parecía buscar su calor, la protección que su duro cuerpo le brindaba.

Se quedó muy quieta, incluso el aliento se le congeló en la boca. No quería despertarlo, antes de hacerlo tenía que separarse, poner distancia. Menos mal que por la forma en la que le escuchaba respirar, dormía profundamente.

Estaba acostumbrada a dormir con un hombre. Desde que Nikolay llegó a su vida, la quería siempre a su lado y no la había dejado nunca sola. Pero ella jamás había buscado su calor ni por supuesto su protección bajo las sábanas, ni siquiera de manera inconsciente.

Entonces ¿cómo había terminado abrazada a ese extraño? No lo sabía.

Recordaba que, al acostarse, ambos se habían impuesto una línea imaginaria para no tocarse de ninguna manera. También que le costó dormir, pues sentía su calor y, sin pretenderlo, su cuerpo intentaba acercarse a esa fuente de confort. Tenía tal terror a tocarlo que luchó con todas sus fuerzas por no ceder al sueño, se pegó al filo del colchón de tal manera que casi tenía medio cuerpo fuera.

Se reprendió porque finalmente había sucumbido al sueño, ahora estaba en un terrible aprieto del que no sabía cómo salir.

—Deja de resoplar. —Olga dio un respingo al escucharlo.

Intentó separarse, pero él le agarró la mano que reposaba con delicadeza sobre su abdomen, reteniéndola a su lado.

—Duerme, es pronto y debes estar cansada. Sé que tardaste en conciliar el sueño.

Olga tembló, de repente, su contacto le resultaba incómodo. No era lo mismo abrazarse a él porque su cuerpo lo buscaba, que hacerlo porque Evan la obligaba sujetándola con fuerza.

—¿Estás bien? —Evan la soltó al notar cómo se agitaba, cómo temblaba.

Se incorporó para mirarla y entonces reparó en lo estúpido que había sido.

—Perdona, lo siento.

Olga no era una mujer normal, había sufrido mucho, la habían maltratado, obligado a hacer cosas que no quería. No podía intentar retenerla a su lado y menos sujetándola a la fuerza, seguramente recuerdos de momentos vividos junto a Nikolay la habían asaltado.

—Soy un imbécil, perdona, perdona —repetía una y otra vez.

Evan intentó tocarla, pero ella huyó, no porque lo temiera, sino más bien porque en esos momentos no podía permitirse el lujo de sentir el calor de un abrazo o una simple caricia cariñosa. Se sentía tan débil que, si él le ponía una sola mano encima, se rompería en mil pedazos, quebrándose como si fuese simplemente una figura de porcelana.

—Creo que iré a comprar algo para desayunar —dijo Evan mientras se

levantaba de la cama. Lo mejor era dejarla sola, no quería hacerla sentirse incómoda.

Ni siquiera la miró cuando se puso la camiseta.

Había dormido con el vaquero puesto encima de la cama, sin arrojarse, mientras que ella se había metido entre las sábanas, pensando que así no tendrían ningún tipo de contacto. Pero su estratagema no había sido efectiva pues durante la noche Olga lo había buscado, había terminado abrazándolo por la espalda, pegando su pecho a él y aferrándose a su vientre.

Tomó de la mesilla su móvil y salió de manera precipitada. De repente, el ambiente se había vuelto tenso, incómodo.

Esta vez ella no le pidió que no la dejara sola ni él le dio su pistola para protegerse. Esta vez Olga se limitó a quedarse quieta, sentada en la cama, hasta que escuchó la puerta cerrarse.

Evan caminaba rápido por la acera. Estaba metido en un buen lío, esa chica tan solo le podía traer problemas y él no había regresado a Manhattan para meterse en la vida de nadie. Tan solo pretendía arreglar la suya, tan solo quería... Bajó la mirada evitando la de una mujer que se cruzó con él, sabía que sus ojos reflejaban pena y no pensaba mostrarla delante de ninguna extraña. Pensar en su hermano lo apenaba, pues ahora que lo había encontrado... Sacudió la cabeza descartando todos esos pensamientos que le impedían seguir adelante con su plan.

Chasqueó la lengua, enfadado con la vida, con las circunstancias que siempre se ponían en su contra. Tan solo podía hacer una cosa y era llamar a Roy, decirle que se lavaba las manos con respecto a Olga, que se ocupase él. Al fin y al cabo, Roy le había metido en ese problema sin ni siquiera consultarle.

Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y buscó entre sus contactos el del jefe.

—Evan, ¿va todo bien?

—¿Dónde estás?

—Voy de camino a la comisaría. He quedado con uno de los detectives.
¿Estás bien?

—No... No lo estoy. Yo...

—¿Ha pasado algo?

«Pero ¿qué coño estás haciendo?», se reprendió. En el fondo no podía dejarla sola, ella era su responsabilidad. Su conciencia no le permitía dejarla en manos del jefe y mirar hacia otro lado.

—No pensarás decirle nada sobre Olga, ¿verdad? —De pronto, le aterró pensar que ella cayera de nuevo en los brazos de Nikolay.

—Esa es mi intención.

—¡La pondrás en peligro! —gritó desesperado.

—Confío en el detective. Sé que él la ayudará. No podemos mantenerla toda la vida encerrada y escondida.

Un sudor frío comenzó a bañarle la espalda. Qué contradictorios eran sus sentimientos. Por un lado, deseaba deshacerse del problema que Olga suponía para sus planes, y por otro, una necesidad de saber que ella estaba a salvo se había instalado dentro de su corazón, de su cabeza y lo obligaba a hacer lo que fuese por no separarse de ella, por darle su protección como le había prometido: incluso exponiendo su propia vida.

—¿Confías en un policía? —preguntó con sorna.

—No todos son corruptos.

—¡Joder, Roy, no lo hagas, por favor!

—Pero... ¿Se puede saber qué te pasa?

—Ella tiene miedo. Ha vivido..., joder, ha vivido cosas horribles. No podemos ponerla en peligro.

—¡No pienso ponerla en peligro! Tan solo quiero ayudarla. Confía en mí, Evan, sé de estas cosas un poco más que tú. Me he enfrentado a tipos como Nikolay muchas veces en mi vida.

Evan se paró en la acera, tenía el móvil fuertemente aferrado. Tenía mucho miedo, le aterraba que a Olga le pudiese pasar algo malo.

—Está bien —cedió. Roy sabía lo que hacía, era un experto marine—, pero no me separaré de ella. Sin mí, no irá a ningún sitio. Explícale eso también a tu detective, ese en el que tanto confías.

Roy no podía prometerle nada, en cuanto entregara a Olga a la policía, ellos serían los encargados de su protección. No le gustaba mentir y menos a uno de sus chicos, pero estaba en juego la vida de una mujer y quizá si ella declaraba en contra de Nikolay, el imperio de terror, obstrucción y asesinatos del ruso llegaría a su fin...

—No hay problema, Evan, tú límitate a cuidar de ella y yo me encargaré de lo demás.

Ambos se despidieron y colgaron casi al unísono.

Evan continuó congelado sobre la acera un par de minutos más. Las imágenes del infierno que Olga había vivido junto a ese hombre llenaban su cabeza y le hacían desear matarlo con sus propias manos.

No quería tardar, ella lo esperaba en casa, pero necesitaba un tiempo a solas. Así que mientras en la cafetería le preparaban el pedido para llevar, se sentó en una de las sillas y se tomó el primer café de la mañana.

Miraba por el grandioso ventanal que tenía enfrente, pero sus ojos no apreciaban el paisaje porque su mente recordaba todo lo que Olga le había narrado con voz temblorosa:

Ella estaba sentada en el sofá, al que le habían quitado la sábana que lo cubría para aislarlo del polvo. Su mirada permanecía baja, clavada en la pequeña mesa de café que hacía juego con el mural que adornaba una de las paredes del diminuto salón.

—Y ahora cuéntamelo todo. Quiero saber quién es en realidad Olga, quiero saber por quién me la estoy jugando —le dijo él mientras se sentaba sobre esa pequeña mesa, frente a ella, con sus rodillas casi tocándose.

Olga estaba tensa, nunca nadie se había interesado por saber de ella, por conocerla. Lo miró, pero bajó los ojos al instante.

—Yo... —habló tan bajo que Evan apenas pudo escucharla. Se sentía tímida, ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¿Me tienes miedo?

Olga negó con la cabeza.

—Hace casi nueve años que pertenezco a Nikolay —confesó tras un largo espacio de tiempo en el que tan solo se escucharon sus respiraciones.

Evan abrió los ojos por la sorpresa. ¿Nueve años?, parecía tan joven.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Veinticuatro.

—¡Dios mío! —exclamó. Se pasó las manos por el cabello con desesperación. «¿De qué manera una niña de quince años termina viviendo con un mafioso?», se preguntó.

—Él me compró.

Evan no había formulado la pregunta en voz alta, pero para Olga no fue necesario; por cómo la miraba, supo perfectamente las dudas que se le estaban planteando.

—No lo entiendo... ¿Qué quieres decir con que te compró?

—Mi madre..., ella necesitaba el dinero —lo dijo como si fuera lo más normal del mundo que una madre vendiese a su hija. Como si la disculpase.

Evan se puso de pie, el tema no le resultaba para nada extraño. Caminó por la sala bajo la atenta mirada de Olga.

—¡Joder! —exclamó enfadado. Sabía lo que se sentía al ser despreciado por el ser que se suponía que más debería de amarte. A su mente llegaron imágenes de su propia madre, del desprecio con el que siempre lo había tratado, de sus ausencias, de sus delirios, de su hermano mayor... No quería dejarse llevar por sus propios sentimientos, pero estaba tan conectado a ella, tenían tanto en común, que deseó abrazarla hasta casi integrarla en su cuerpo. Necesitaba darle esperanza, calor, ayudarla a olvidar, ayudarse a borrar los malos recuerdos. Pero no podía hacerlo... Todo era demasiado intenso, raro...

Evan caminó hasta el lugar que había ocupado hacía unos instantes y se sentó de nuevo. Clavó sus pupilas en ella, no la tocó, simplemente se limitó a observarla.

—Creo que tú y yo estamos conectados por algún motivo...

Los ojos de Olga le decían que no lo entendía, que estaba confusa, y era normal, pues ella desconocía su pasado. Algún día..., quizá... le contaría lo que a él lo atormentaba, algún día le mostraría sus cicatrices. Pero ese no era el momento ni el lugar.

—Te... —Evan cerró los ojos, temía saber más sobre su relación con Nikolay. Solo de pensarlo se enfurecía de tal modo que deseaba tomar su pistola y presentarse ante el ruso para vaciar el cargador—. ¿Él te hizo...?, ya sabes...

—¿Quieres saber si con quince años abusó de mí? —No pretendía sonar fría, pues nunca lo había sido, pero se había acostumbrado a vivir en un mundo donde las mujeres eran tan solo mercancía, donde debía obedecer si no quería recibir una paliza, donde no existía la infancia, donde los hombres hacían lo que querían con las mujeres sin recibir ningún tipo de represalia si eran violentos o las hacían daño.

Evan asintió, pero no necesitó una respuesta afirmativa por parte de ella, con tan solo mirarse en sus ojos obtuvo un sí que le dolió como si le clavasen agujas en el pecho, justo en el lugar donde su corazón latía desbocado.

Su cuerpo temblaba de rabia, de asco al pensar en lo bajo que podía llegar a caer un ser humano.

—Lloré durante días, semanas... —Sus ojos se volvieron opacos, revivía el pasado, pero como un mero espectador. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a no pensar, a no sentir, a dejarse llevar para no volverse loca —. Desde entonces me quería siempre a su lado. Día y noche durante estos

eternos nueve años a su lado, sin poder escapar. Deseé morir, pero soy tan cobarde...

—No creo que seas cobarde, muy al contrario, eres la mujer más valiente que he conocido nunca. —En ese preciso instante, Evan vio por primera vez a la verdadera Olga. En ese momento, sus ojos le mostraron a la mujer que se escondía por miedo a ser golpeada o violada.

Los ojos de ella se anegaron. Hacía tanto que nadie le decía cosas bonitas, hacía tanto que nadie la cuidaba, la escuchaba, la aceptaba tal y como era. De repente su mirada cambió. Parecía aterrada y Evan se preocupó, ¿habría dicho algo malo?

—¿Estás bien? —le preguntó alarmado.

Olga asintió, tragó saliva y con voz temblorosa, dijo:

—Es solo..., me acabo de dar cuenta de que ya no sé quién soy. Durante estos años me he perdido y tengo miedo de no poder regresar.

Entonces rompió a llorar y Evan, sin plantearse si estaba bien o mal, si ella lo aceptaría o lo rechazaría, la tomó entre sus brazos.

Olga necesitaba ese contacto, lo anhelaba desde que había empezado a hablar. Sabía que se iba a romper en pedazos, pero los brazos fuertes y protectores de Evan la ayudarían a reconstruirse.

Al día siguiente de lo ocurrido en la playa, Roy dejó a Sex en el club al cuidado de Meiky.

Se encaminó a la comisaría, necesitaba hablar con Jared a solas, sin testigos.

Había concertado una cita con el detective, confiaba en ese hombre. La manera en la que actuó la noche de la pelea, la forma en la que cuidó a Patch, en la que incluso comprometió su trabajo, le decía que se podía confiar en él.

Aparcó el coche frente a la comisaría. Entró y examinó a cada uno de los agentes que en esos momentos se encontraban en su lugar de trabajo. Uno de esos hombres podía ser el soplón que ayudaba al ruso, el infiltrado que la banda tenía entre los policías y del que Olga les había hablado. Ella sabía de su existencia, pero desconocía su nombre. Podría ser cualquiera, por eso necesitaba andar con pies de plomo y, por supuesto, no confiar en nadie, tan solo lo haría en Jared.

—Buenos días —le dijo al agente que se encontraba en la entrada.

—Buenos días —contestó.

—Tengo cita con el detective Jared Sleint.

El agente se limitó a asentir, ya debía estar al corriente de esa visita. Le indicó que pasara por el arco de seguridad y le explicó cómo llegar hasta el despacho del detective.

Roy caminó con paso firme y seguro hasta llegar a la puerta de la oficina, golpeó con los nudillos y tras escuchar un «pase» de boca de Jared, entró.

Jared, al verlo, se levantó a saludarlo tendiéndole la mano. Patch le había hablado del guardaespaldas, sabía que era un exmarine que estaba trabajando para Sex, que era un hombre íntegro, uno que tan solo pretendía proteger a su clienta de un mafioso ruso al que hacía años que el departamento quería meter en la cárcel.

—Por favor, toma asiento —le pidió señalando la silla que estaba frente a la suya.

Ambos se sentaron y fue Roy quien tomó la palabra.

—Quiero darte las gracias por el trato que Patch ha recibido.

—No hace falta que me las des. Él... él es amigo...

—Lo sé. —«¿Solo amigo?», se planteó, pero a él eso no le importaba, no era de su incumbencia—. Si no hubiese sido por ti... Pero ese no es el tema por el que he venido a verte.

—Pues adelante, puedes ser claro.

Entonces Roy le habló de Olga, le contó todo lo que había pasado y le explicó las razones por las que ella permanecía escondida.

—Esa chica puede ser la clave para terminar con Nikolay, pero tan solo te la entregaré si me prometes que tendrá protección día y noche.

Jared ya sabía que alguno de los policías, uno de sus compañeros, ayudaba a Nikolay.

—¿Eres consciente de que Nikolay irá a por vosotros?

—Por supuesto, él sabe que la tenemos, que la protegemos, por eso es muy importante que os impliquéis. Si averigua dónde está, la matará y estoy seguro de que a estas alturas debe estar como loco investigando. Sé que me siguen, así que no puedo ser yo quien vaya a buscarla.

—Te prometo que iré yo mismo, me encargaré de su protección. Hablaré con el comisario y nos pondremos en marcha. Mi compañero Josh me acompañará.

Roy se puso tenso.

—No me gusta que metas a nadie más en esto.

—Te aseguro que es de fiar. La chica estará más protegida.

Roy asintió con desgana. No le apetecía que otro policía entrase en el juego.

Jared tomó el teléfono y marcó un número.

—Josh, te necesito —dijo de manera escueta y colgó.

Casi al instante, unos toques en la puerta hicieron que ambos hombres dejaran de hablar; de momento, nadie de la comisaría tenía que saber el motivo de esa reunión.

Tras los dos toques, Josh entró en el despacho. Saludó con una leve inclinación de cabeza a Roy y, después de dejar unos papeles sobre la mesa de Jared, se sentó en una silla que estaba al lado del guardaespaldas.

Ambos le pusieron al corriente de todo lo ocurrido y decidieron que saldrían lo antes posible en busca de Olga.

—La meteremos en el programa de protección de testigos. Josh, ocúpate del papeleo, por favor.

El detective asintió, se levantó de la silla y, antes de salir, se volvió para mirar a Roy.

—Encontraremos a ese soplón —prometió, refiriéndose al policía que pasaba información al ruso.

—Eso espero.



34. Atrapados

Jared

Voy en el coche camino del apartamento donde se esconde la chica de Nikolay. Es muy importante protegerla porque Olga es la clave para terminar con una organización tras la que andamos desde hace mucho tiempo.

Josh conduce y yo no puedo evitar mirarlo y preguntarme qué pensará de mí si descubre que su compañero, ese al que llama novato, es gay. La verdad es que dudo que se lo tome bien.

Las cosas han cambiado de una manera tan brusca que siento vértigo, la vida me está llevando por un camino lleno de baches, de muros altos que me costará franquear, pero estoy dispuesto a luchar por él, por mí... No me importa lo que piensen los demás, ahora es mi momento, ser yo mismo es lo más importante en mi vida.

Hace tan solo unas horas estaba en mi casa, esa que comparto con mi recién estrenada esposa. Necesitaba hablar con ella, ser sincero. Además, tras una larga charla con mi madre, decidí que debía ser la primera en saberlo y lo antes posible.

Así fue como el domingo por la noche conduje hasta nuestra casa después de pasar la noche anterior con el hombre al que amo, una de las muchas que deseo vivir a su lado y para ello tenía primero que cerrar mi anterior vida.

Si os soy sincero, estaba nervioso. No sabía muy bien por dónde empezar. No tenía ni idea de cómo afrontar la verdad de quién y cómo soy y exponerlo ante ella.

Mis manos temblaban al meter la llave en la cerradura. Al abrir, mi corazón galopaba, pero... ella no estaba en casa y por un cobarde instante, solté el aire, sentí alivio.

La llamé, pero no me contestó, así que decidí dejarle un wasap.

Hola, April. Estoy en casa tal y como te prometí esta mañana. ¿Dónde estás? Necesito hablar contigo lo antes posible. Por favor, llámame cuando puedas. Escueto y claro. Se terminaron las mentiras, fue una promesa que le hice a mi madre, a Patch, a mí.

Un sonido me alertó de la llegada de un mensaje, lo miré y era ella.

Me cansé de esperarte y ahora soy yo la que no tiene ganas de hablar. Para que te quedes tranquilo, estoy en casa de mi hermana.

Decidí no contestar a su mensaje, era mejor hablar en persona. Después de eso, llamé a Patch y quedamos en mi apartamento.

Esta misma mañana he tenido una reunión muy importante con el guardaespaldas de Sex y ahora voy camino del apartamento donde la chica de Nikolay espera nuestra protección y ayuda.

La rutina ya no lo es tanto. Mi vida ha dado un giro radical tanto sentimental como laboralmente, se ha vuelto un tanto caótica.

Miro por la ventana, ya queda poco para que lleguemos.

La melodía de mi móvil empieza a sonar y lo saco de mi bolsillo. Espero que sea April, aunque creo que no es el mejor momento para hablar. Pero, para mi sorpresa, se trata de Jeremy. Estoy tentado de no contestar, no me gusta ese tipo y además creo que es el soplón de Nikolay, pero no quiero que sospeche nada. Se nos quedó mirando cuando salíamos del despacho del comisario, me da la sensación de que se huele algo.

—Dime —contesto con tono seco.

—Jared. —Es la primera vez que me llama por mi nombre, siempre usa «novato» para referirse a mí con tono despectivo; sin embargo, ahora parece serio, respetuoso y me extraña mucho—. No le digas a Josh con quién estás hablando. ¿Crees que me puede escuchar?

«¿Qué sucede?». Miro a Josh y parece estar concentrado en conducir mientras tararea la canción que en ese momento suena en la radio.

—No, no lo creo. —Intento disimular mi desconcierto.

—Escucha con atención. Ten mucho cuidado. El comisario acaba de confirmarnos que Josh es el hombre que informa a Nikolay de todos nuestros

movimientos.

Mi corazón se para de golpe. ¿Será cierto o estará tratando de engañarme?

—Ajá —contesto de manera distraída intentando que Josh no se dé cuenta de nada.

—Os siguen dos coches con los hombres que Nikolay ha mandado para asesinar a la chica. Tienes que intentar despistarlos hasta que lleguemos nosotros.

¿Cómo sabe todo eso? ¿Será una trampa?

Con disimulo, miro por el espejo retrovisor. Varios coches van tras nosotros y uno me resulta sospechoso. Ahora se han despejado todas mis dudas, ahora sé que Jeremy no me está mintiendo.

—Vale, gracias. Ya hablaremos.

Colgamos los dos a la vez y entonces Josh me pregunta:

—¿Tu mujer?

—Sí.

—¿Problemas en el paraíso?

No le contesto y él no sospecha nada, sabe que no me gusta hablar de mi vida personal. Josh es tan solo mi compañero, pero no es mi amigo del alma.

Tengo que estar preparado y, con disimulo, tanteo el arma que llevo sujeta bajo mi brazo. Las cosas se van a poner difíciles y debo prevenir a Evan. Roy me pasó su número por si teníamos cualquier problema, así que con rapidez le envió un wasap y rezo porque lo lea a tiempo, pues Josh ya está aparcando el coche.

Dos coches aparcaron a una distancia prudencial intentando disimular lo que Jared ya sabía, que era una emboscada. Los hombres de Nikolay, armados y preparados para matar, salieron a la carrera hacia la casa. Mientras, Jared no perdió el tiempo, sacó su arma y salió del coche. Pilló a Josh desprevenido, no era tan ágil como él, pues el peso le impedía moverse con la misma rapidez, y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su revólver. No sintió pena, era un traidor y esperaba que se pudriera en la cárcel el resto de su vida.

Emprendió una carrera hacia el apartamento. Tenía que llegar antes que los hombres de Nikolay.

Subió las escaleras sintiendo que a pocos metros dos tipos lo seguían y disparaban sus pistolas.

La puerta del apartamento se abrió para permitirle el paso y, tras él, se cerró con estrépito.

—Estamos acorralados. —Evan también tenía su arma en la mano. Según parecía, había leído el wasap con el tiempo suficiente para abrirle la puerta a Jared y estar preparado para lo que pudiese pasar.

—Tenemos que resistir. Vienen refuerzos.

Ya habían llegado, los golpes en la puerta lo confirmaban.

Jared no se quedó a esperar cómo la derribaban. La madera no era muy consistente y cedería tarde o temprano.

—¡Vamos! —alentó a Evan. Ambos corrieron buscando una salida con desesperación.

En el salón, acurrucada en el suelo, donde Evan había volcado con mucho esfuerzo una gruesa mesa de madera que usaban como escudo protector, y temblando de terror, estaba Olga. Evan le había dicho que no se moviese de allí. Se acercó a ella y se colocó ocultándola con su cuerpo. Lo matarían antes que dejar que se la llevaran.

Jared se situó a su lado. No podían escapar por ningún sitio, las ventanas de atrás estaban también cubiertas por otros dos de los hombres de Nikolay, lo acababa de comprobar. No había escapatoria, debían luchar si querían vivir.

—Dispara a matar, ellos no tendrán compasión.

De repente, los disparos se sucedieron tanto por parte de los mafiosos como por parte de ellos. La mesa no era un buen escudo, pero con suerte resistiría hasta que llegase la policía.

Olga se pegaba a la espalda de Evan, se aferraba a su camiseta temblando y rezando porque todo terminara pronto. Lloraba, sufría porque se sentía tan culpable. Él estaba en peligro y todo por su intento de salir de esa vida tan horrible, pero ahora desearía dar marcha atrás y no encontrarse en esa situación. No le daba miedo morir, quizá así descansaría y él no podría volver a hacerle daño, pero le aterraba que a Evan le pasase algo.

Jared sabía que iba a ser muy complicado salir ileso. Se había visto involucrado en otros tiroteos, pero jamás había estado acorralado de esa manera. Qué estupidez había sido meterse en la casa, pero no podía dejarlos solos.

De pronto, los disparos cesaron. Jared asomó la cabeza y vio que los tres

hombres que habían estado disparándoles sin descanso se marchaban huyendo de las sirenas de la policía. Alguno de ellos había resultado herido y seguramente no llegaría muy lejos.

—¡Se van! —gritó entusiasmado Jared. Se habían librado de manera casi milagrosa.

Evan suspiró con fuerza y se limpió el sudor de la frente con la manga de su camiseta. Ahora sentía cómo la adrenalina le hacía temblar e incluso estaba un poco mareado.

Ella estaba a su espalda, se apretaba con fuerza, pero no se movía, parecía estar paralizada.

Con grandes esfuerzos, consiguió darse la vuelta y tomarla entre sus brazos.

—Ya ha pasado todo. ¡Estás bien!, te tengo, te tengo. No voy a dejar que nadie te haga daño —le susurraba mientras le acariciaba el pelo con una mano y con la otra se aferraba con fuerza a su cintura.

Olga intentaba tomar aire, pero no podía. Se ahogaba, el llanto se acumulaba en su garganta y apenas la dejaba respirar. Se agarró a él como si le fuese la vida en ello. No escuchaba sus palabras, no entendía lo que repetía una y otra vez, pues estaba en *shock*.

El pequeño apartamento se llenó de policías. Jared salió del refugio que les había prestado la mesa y vio con sus propios ojos que a duras penas había resistido. Todo estaba lleno de astillas, de maderas rotas, destrozadas por los impactos de las balas.

—¿Están todos bien? —preguntó Jeremy.

—Sí, creo que sí.

Evan se puso de pie con Olga en brazos y se acercó a los policías.

—Estamos bien —corroboró.

—Salgamos de aquí.

Caminaban uno detrás de otro hacia los coches patrulla.

—Olga irá en ese coche —dijo Jeremy señalando uno de los vehículos.

—Yo iré con ella. —Evan no admitía replicas.

Olga se abrazó a él con más fuerza, tampoco pensaba separarse de Evan por nada del mundo.

—Está bien. —Jeremy no parecía muy conforme, pero les permitió subir al coche a los dos juntos.

Jared iba a subir a otro cuando sintió como algo húmedo resbalaba por su pierna y mojaba la acera. Miró al suelo y vio cómo una mancha roja crecía

conforme pasaban los segundos. Se llevó la mano al abdomen y, al retirarla, la vio manchada de sangre, su sangre.

—Creo que estoy herido —dijo con total tranquilidad.

No sentía dolor, no había notado la bala atravesándole ni se había dado cuenta de que sangraba hasta ese preciso instante.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó Jeremy, pero Jared ya no lo oía, acababa de perder el conocimiento y cayó en la acera.



35. La duda

Patch

Lunes, día de ensayo. Podría haberme quejado o haber protestado cuando el despertador ha sonado, o tal vez haber despotricado porque no me apetece levantarme, pero... nada de eso ha ocurrido. Muy al contrario, me he levantado con una tonta sonrisa, me he desperezado, estirado y recreado en la agradable sensación que sus besos, sus caricias y el roce de su cuerpo han dejado en mi memoria.

Por un instante, me permito el lujo de cerrar los ojos y visualizarnos juntos, estallando, explotando como si fuésemos fuegos artificiales.

Jamás me he sentido tan pleno, tan feliz... Incluso he olvidado el incidente del sábado, he conseguido que por primera vez en mi vida ella no sea la protagonista de mis noches, de mis días. Ahora mi cabeza está llena de imágenes placenteras de él, de nosotros, y creo que por fin podré tener un futuro.

Llego temprano al club. No he pasado por aquí desde el sábado y todo el mundo se interesa por saber cómo me encuentro. Sé que Sex ha intentado maquillar lo que me pasó, pero esto es como un pequeño pueblo donde al final todo se sabe, y la gente dice que me atacaron en mi camerino, incluso se murmuró, según me contaron algunas de las chicas, que estaba herido, que me habían dado una paliza. Así que gran parte de la mañana la dedico a aclarar, con una pequeña mentira, lo que me pasó.

Les digo que me he ausentado porque recibí un fuerte golpe en la cabeza, perdí el sentido y que no sé cómo llegué hasta mi camerino. Todos

parecen creer mi versión y cesan de hacer preguntas.

En todo momento siento el gran apoyo de Sex, que, a mi lado, corrobora mi versión.

Creo que le debo una explicación, ya va siendo hora de que sepa por qué reaccioné así.

Ensayamos durante una hora y hacemos un descanso que aprovecho para ir al despacho de Sex. Ya me he abierto a Jared, ahora le toca a mi amiga.

Toco a la puerta y ella me da paso.

Se levanta en cuanto me ve y me abraza con cariño. Puedo sentir su amor y mi cuerpo se relaja.

—He pasado tanto miedo —me dice.

—Lo sé..., lo sé y lo siento tanto...

Se separa para poder mirarme a los ojos. Mueve su cabeza negando.

—Tú no tienes culpa de nada.

Mi amiga, mi alma gemela, la única mujer, a excepción de Lizz, a la que amo.

Me sujeto a sus hombros, suspiro y comienzo a hablar.

—Sex, sé que no he sido sincero contigo. Sé que me has pedido muchas veces que confíe en ti. —Cierro los ojos, no porque me moleste su mirada, más bien se trata de un absurdo intento de coger fuerzas. Parece idiota, pero me ayuda a centrarme, a ordenar mis ideas—. Tenía miedo, Sex —continúo a ciegas, sin abrir los ojos—, terror a descubrirte mi pasado. No podría soportar ver la pena reflejada en tu mirada.

—Jamás te miraría así, Patch. —Siento la caricia de sus dedos en una de mis mejillas—. Sea lo que sea lo que has querido ocultarme, nunca te miraré con lástima pues yo soy la primera que detesto esas miradas de piedad con las que algunos me observan al descubrir mi pasado.

Abro los ojos y veo en los de mi amiga comprensión y cariño.

—Me gustaría tanto ser como tú.

Una bonita arruga le recorre la frente.

—¿Por qué?

—Sé que tu vida ha sido muy complicada, pero nunca has dejado de sonreír. Le has hecho frente a tus miedos y has vencido. Yo... —Me desprendo de su abrazo, camino hasta la silla que se encuentra frente a la mesa de su despacho y me siento—. Yo no puedo olvidar. Mis fantasmas me persiguen, me acosan y no me permiten continuar mi camino.

Sex se acerca, se recuesta en la mesa y toma una de mis manos.

—Quizá tus heridas sean más profundas que las mías.

Levanto la mirada y la veo sonreír, Sex tiene algo especial que me hace sentirme en paz, así que también sonrío.

—Mis heridas no cierran. Lo que me pasó el sábado ha sido un recordatorio de ello... —Tomo aire con fuerza y continúo hablando—. De niño, mi madre me encerraba a oscuras cuando me negaba a bailar.

—¡Dios mío!

—El sábado creí verla, pensé que estaba en el club... Hui porque aún le tengo miedo... Corrí a mi camerino, pero de pronto la luz se apagó. Tengo fobia a la oscuridad e intenté escapar. La puerta estaba cerrada y te juro que la escuché reír... ¡Lo juro! —La miro con desesperación, parece una locura...

—Te creo, cariño, te creo.

—Pero Sex..., ella no puede ser quien me encerró, mi madre... —trago saliva, me cuesta mucho llamarla así—, ella está muerta.

De repente, el color abandona sus mejillas y tiene que sentarse.

—¿Entonces...?

—Jared cree que alguien quiere hacerme daño y se disfrazó como ella.

—Pero... ¿quién?

—Por más que lo pienso, no lo sé, Sex. Tiene que ser alguien que me conozca, que sepa todo lo que pasó. Alguien muy cercano...

—¿Cuántas personas conocen tu historia?

—Tan solo una. Mi amiga Lizz vivió conmigo muchas de las cosas que sufrí. Confío en ella, siempre me ha ayudado, ha estado a mi lado...

—¿Confías en Lizz?

—Sí, claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No me gustó nada.

—¿La conoces?

—Sí, estuvo por aquí el domingo. Habló con Roy y después se fue.

—No sabía nada. Es raro que Lizz venga a Manhattan y no se pase a verme.

—Habla con Roy, quizá él te diga qué es lo que vino a buscar.

La verdad es que nunca me he parado a pensar quién puede ser la persona que me martiriza con los recuerdos de mi pasado, pero ahora, después de hablar con Sex, la duda, la desconfianza crece. Nadie conoce mi historia mejor que mi amiga de la infancia, Lizz.

Sex no deja de observarme, sé que está analizándome, estudiando mis

gestos.

—No puedo creer que ella... —Mi garganta se cierra—. No... Joder, Sex, Lizz siempre ha cuidado de mí. Ella... ella es mi amiga...

—Cariño, no la conozco mucho, pero... Tan solo te pido que investigues, quizá haya cambiado, tal vez ya no es la mujer que conocías.

Sex es muy intuitiva, tengo que confiar en ella.

—Lo haré —digo mientras asiento—. Intentaré averiguar... Pero solo pensar que ella pueda tener algo que ver con esto... —Cierro los ojos, ¡joder, duele! Lizz siempre ha sido cariñosa. Es la única, hasta la llegada a mi vida de Jared, que me saca de mis estados de pánico y me ayuda a recuperarme. He confiado en ella, sabe todos y cada uno de mis secretos.

—Dime una cosa, Patch... —Sex recupera mi atención—. ¿Qué hay entre el policía y tú?

—Amor. —No sé por qué ha salido esta palabra de mis labios, pero ha sido casi instintivo, como una necesidad.

Sex me sonrío. Sé que me quiere y que lo único que la preocupa es verme feliz. Ella no me juzga, no me censura, y por eso la quiero, la necesito. Me abrazo a su cuerpo, la siento a mi lado.

El teléfono no dejaba de sonar. Roy estaba en su despacho ultimando los turnos con Landon. Hacía tan solo un par de horas que Jared lo había llamado para confirmarle que, junto a su compañero, iba camino del apartamento donde Olga y Evan se refugiaban.

Le hubiese gustado ir, pero no quería dejar a Sex sola o en manos de ninguno de sus chicos por mucho tiempo. El ruso estaría muy cabreado y temía que su siguiente paso fuera atacar a Sex, así que pensaba quedarse a su lado, no se separaría de ella por nada del mundo y, si era necesario, la protegería con su propio cuerpo, con su vida.

El número que lo llamaba no pertenecía a sus contactos e, intrigado, contestó.

—Hola.

—¿Jefe? —Era la voz de Evan y Roy dio un salto en el asiento.

—Sí, soy yo. ¿Desde dónde me llamas? —preguntó. Ese número que le salía en la pantalla no era el de su móvil.

—He perdido mi móvil. Se me debió caer en la huida...

—¿Huida?

—Nos encontraron, jefe, los hombres de Nikolay vinieron a buscar a Olga.

—Pero... ¿cómo? Nadie conocía dónde estabais escondidos.

—El hombre que tenía infiltrado en la policía les dio el soplo. Menos mal que según parece sospechaban de él desde hacía tiempo y tenían pinchado su teléfono. Si no llega a ser por eso... —Suspiró con fuerza—. Ahora la policía ha buscado un lugar seguro para Olga, uno con vigilancia hasta que se celebre el juicio. La han metido en uno de esos regímenes de protección de testigos. Y yo... yo no me puedo quedar con ella. No me dejan... —Parecía afectado de verdad, triste por tener que marcharse y dejarla en manos de la policía.

—Estoy seguro de que estará bien cuidada y protegida.

—Ya, jefe, lo sé.

De pronto, Roy escuchó con total claridad el sonido procedente de una megafonía, tenía el típico tono que se usa en esas comunicaciones:

—*Doctor D´Carlo acuda a quirófanos.*

—¿Se puede saber dónde estás? —preguntó preocupado.

—En el Metropolitan Hospital.

—¡¿Estáis Olga o tú heridos?!

—No, no, tranquilo, jefe. Olga tiene un pequeño corte en un brazo que se ha hecho con una astilla, nada de importancia, pero la policía la ha traído aquí para que la curen. De momento, me han permitido estar con ella. Jefe..., uno de los polis que nos ha rescatado ha resultado herido de gravedad. En estos momentos le están operando.

Roy comenzaba a ponerse nervioso y le exigió que le contase todo, sin dejarse nada en el tintero.

Poco a poco, Evan le fue describiendo lo que había sucedido en ese apartamento. Descubrir que sin él pretenderlo había puesto en peligro a uno de sus chicos y a Olga le produjo escalofríos.

—Ese policía nos salvó la vida. Me avisó por wasap, me previno.

—¿Sabes su nombre? —Por supuesto Roy sabía de quién se trataba, él solo le había dado el número de Evan al detective en el que confiaba. Pero necesitaba que Evan se lo confirmase.

—Jared, Jared Sleint.

—¡Dios! —gritó enfadado. Ese policía precisamente era un buen hombre, no era justo.

—Está muy grave, jefe, no dan muchas esperanzas.

—Espero que salga de esta —dijo Roy con sinceridad. Conocía poco al policía, pero su implicación con Patch y la ayuda que le había prestado con Olga le demostraban que tenía muy buen corazón.

—Yo también, jefe, porque si no llega a ser por él la cosa hubiese terminado de otra manera... —Solo de pensarlo se le erizó el vello—. Se arriesgó y se quedó a nuestro lado cuando no había esperanza de salir con vida.

—Mantenme informado. Evan..., cuídate y cuida de ella.

—Lo haré.

Una amarga sensación lo golpeó con fuerza cuando colgó el teléfono. Ese poli no merecía terminar así. Chasqueó la lengua, enfadado con el destino que siempre ponía en el punto de mira a los buenos, y se encaminó hacia el despacho de Sex, sabía que ella estaba esperando noticias de Evan y Olga.

Tocó en la puerta y entró.

Saludó a Patch, no lo había visto desde el incidente del sábado. Parecía cansado, pero recuperado del ataque de pánico que había sufrido. «Seguramente, la visita de Lizz le ha venido bien», pensó.

Sex vio reflejada en su rostro la preocupación y eso, viniendo de su guardaespaldas que siempre era hermético y nunca expresaba sus sentimientos, le asustó.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—He hablado con Evan...

Dos pares de ojos se clavaron en él, expectantes.

—Están bajo la protección de la policía, por suerte llegaron a tiempo... Nikolay los encontró. —Sex se llevó las manos a la boca intentando retener un suspiro de alivio.

—Hay algo más, ¿verdad, Roy? —Patch conocía muy bien a su amigo y sus ojos no reflejaban el sosiego que en esas circunstancias sería normal mostrar.

Roy asintió.

—Jared, el policía que te sacó del club..., él... ha resultado herido. Según me ha dicho Evan, está muy grave.

Patch perdió el color. Intentaba respirar, pero parecía que un puño invisible se hubiera metido dentro de su cuerpo y apretase sin piedad sus pulmones, dejándolos vacíos, sin aire.

Negaba con la cabeza, Evan debía estar equivocado, sería otro policía. Jared lo había dejado esa mañana en la cama, lo había besado, un beso de hasta pronto. No podía..., no podía ser cierto.

—¿Dónde está? —preguntó cuando recuperó la voz. Tenía que verlo. Necesitaba estar a su lado.

Se puso de pie de un salto; se pasaba las manos, que temblaban, por el cabello de manera nerviosa. Su corazón parecía a punto de salirse de su pecho.

—¿En qué hospital está?! —gritó su pregunta como si de repente hubiese perdido la cordura. Incluso tomó las solapas de la americana de Roy y lo zarandeó con desesperación.

—En el Metropolitan.

Lo soltó y, sin decir ni una sola palabra más, salió casi a la carrera del despacho.

—¡Patch, espera! —le gritó Sex—. ¡No vayas solo, Patch!

Corrió tras él y Roy la siguió, no pensaba dejarla ir. La retuvo y la apresó contra su cuerpo.

—¡Suéltame! —le exigió enfadada peleando, arañando sus brazos—. ¡Déjame ir! ¡No puedo dejarlo solo!

Pero a Roy no parecieron conmovérle sus súplicas, su lucha. No pensaba ceder.

—No dejaré que te pongas en peligro, Sex —explicó con paciencia mientras la abrazaba e intentaba esquivar sus golpes.



36. Todo está bien

La distancia hasta el hospital se le hizo eterna; parecía que cuantos más metros avanzaba, en vez de acercarse, más se alejaba.

Su corazón no había parado de bombear rápido, el nudo que apretaba su garganta se cernía de tal manera que apenas le dejaba respirar.

Llegó a la puerta del hospital, corrió hasta el mostrador y, desesperado, preguntó a la enfermera de recepción:

—Necesito saber dónde puedo encontrar a Jared..., Jared Sleint.

—Espere un momento, señor, estoy atendiendo... —trató de explicarle la enfermera. Ni siquiera había reparado en las dos mujeres que estaban a su lado y que habían llegado antes que él. En su loca carrera por saber de Jared, había dejado sus modales y su educación a un lado. El terror lo cegaba y no le permitió ver ni tan siquiera a Charlotte, que lo reconoció nada más entrar por la puerta.

La madre de Jared y April llevaban un buen rato en el hospital. Hartas de pasar horas en la sala de espera sin saber nada, se acababan de acercar a recepción, necesitaban que alguien les dijese cómo iba la operación. La enfermera les acababa de decir que tuvieran paciencia, pues la intervención iba a ser larga y hasta que el médico no saliera a informarlas ella no podía hacer nada, cuando ese hombre entró como alma que llevaba el diablo y la interrumpió.

April lo miraba con curiosidad. Era un hombre muy atractivo. Llevaba unos vaqueros que se veían muy usados y una camiseta negra también con aspecto de tener muchos lavados, pero aun así llamaba la atención.

—Perdone... —Se acercó a él, pero Patch estaba tan nervioso que tan

solo esperaba que la enfermera le contestase. April le tocó el brazo y entonces él reparó en ella.

—Lo siento, señora, pero tengo prisa ¿sabe?... —Su contacto le molestaba. Ahora no estaba para escuchar a nadie, tan solo quería saber cómo estaba Jared, eso era lo único que le interesaba.

—Disculpe —insistió April—. ¿Es compañero de Jared? —Patch sacudió la cabeza negando—. Entonces... ¿de qué lo conoce?

—Yo...

—Hola, Patch —dijo Charlotte y en ese preciso momento fue cuando él reparó en la madre de Jared. La miró sorprendido, ¿cuándo había llegado? ¿Cómo no se había dado cuenta de que ella estaba allí?

—¿Lo conoces? —April miró a su suegra y después al desconocido. No sabía por qué, pero la situación era extraña. Parecía que algo no estaba en su sitio.

—Claro, yo fui quien lo avisó —mintió—. Es un buen amigo de la familia.

April lo miró de arriba abajo. Jared no le había hablado nunca de él ni lo había visto. Pero claro, Jared llevaba mucho tiempo sin implicarla en su vida.

—Encantada. —Le tendió la mano y él la tomó—. Yo soy la esposa de Jared.

Esas palabras lo sacudieron con fuerza como si alguien lo hubiese golpeado. Le costó disimular, le costó sonreír e intentar ser cortés.

¡Él estaba casado! ¡Joder! ¡Estaba casado y no le había dicho nada!

A partir de ese momento, Patch apenas recordaba cómo había llegado a la sala de espera, ni cómo había terminado sentado al lado de Charlotte a la espera de tener noticias de cómo había ido la operación. Ni tan siquiera era capaz de acordarse de la tensa y breve conversación que había mantenido con April sobre cosas insustanciales.

En su mente tan solo había dos cosas: una, la necesidad de saber que Jared estaba bien y dos, la determinación de alejarse de la única persona a la que había amado, pero que le había mentado. Y si en este mundo existía algo que Patch no soportaba, era el engaño, la falsedad.

Charlotte estaba asustada, dolía tanto. Su hijo luchaba por su vida en un quirófano y ella se agarraba a la mano de Patch, sentía su apoyo, su calor. Apenas lo conocía, pero necesitaba tenerlo a su lado, sabía que él lo amaba de una manera desinteresada. Lo había demostrado aguantando de forma estoica la presencia de la esposa de su amante y lo hacía en silencio,

sufriendo tanto como lo hacía ella. Lo podía sentir en la manera en la que la mano le temblaba, en la forma en la que su nuez subía y bajaba nerviosa, en cómo sus ojos brillaban...

—Necesito un café —dijo April. Se levantó y los miró—. ¿Os traigo algo?

Ambos negaron con la cabeza.

Patch

Durante un buen rato, mientras que ella está distraída mirando su móvil, no puedo remediarlo y mis ojos la miran, la analizan y, ¡joder!, la odio sin motivos, sin sentido, pues ella no tiene culpa de nada. Ignora lo que he vivido con Jared y sé que es lo mejor, porque así él podrá regresar a su vida, con su mujer. Mientras, yo... Yo continuaré con mi mierda de existencia, seguiré dejándome llevar, luchando por ser quien no soy, luciendo una máscara, esa que junto a Jared me arranqué de la faz y que ahora me pondré de nuevo.

Me pregunta si quiero algo de beber, se ofrece con amabilidad a traerme un café para hacer las horas de espera más soportables y yo no puedo mirarla a la cara, me limito a negar con los ojos clavados en el suelo gris.

—No lo sabías, ¿verdad? —La voz de Charlotte me devuelve a la realidad, una de la que intento huir.

—¿Cómo? —Estoy agarrado a su mano como si eso fuera lo más lógico en las circunstancias que estamos viviendo, como si no fuésemos dos extraños unidos por un encuentro fortuito e inesperado.

Giro la cabeza y la observo; está cansada, se nota en sus ojeras, que el maquillaje intenta disimular, en el brillo de sus pupilas.

Esa mujer tiene algo especial, es como un halo que la envuelve, da paz y tengo la sensación de que la conozco de toda la vida.

—No sabías que Jared estaba casado, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, no solo negando, también porque necesito despejarme, regresar a mi cuerpo, pues mi mente está lejos.

—Me mintió —me sincero con ella.

Suspira y puedo ver como sus ojos se anegan.

—Estoy segura de que no lo pretendía.

—Tuvo muchas oportunidades de decírmelo. Debió hacerlo.

—Sí, debió. —Su otra mano, la que está libre, sube hasta una de mis

mejillas y la acaricia. Entonces soy yo quien suspira, ese contacto me está dando fuerzas, es como si me recargara de energía—. Sé que te ama, Patch, pero está confundido, perdido.

—Yo también lo estoy...

—Tú eres más fuerte.

—No, no lo soy.

Tenemos que dejar de hablar, pues April ha regresado con su café. Se sienta de nuevo y escucho cómo sorbe, cómo traga, cómo respira, y me pongo tan nervioso que me levanto y me alejo. Sé que puede sonar irracional, pero me molesta todo de ella. Creo que los celos me matan.

Pasan una o tal vez dos horas... He perdido la noción del tiempo. Paseo por la sala, estiro las piernas y, de repente, un escalofrío me recorre la espalda, una inquietud oprime la boca de mi estómago.

Veo cómo por el pasillo que da a los quirófanos camina a paso lento el que supongo que es el cirujano, pues lleva una bata verde y un gorro cubre su cabeza. Parece agotado y no me extraña, lleva muchas horas metido en ese quirófano.

No sé muy bien cómo definir su expresión. La verdad es que carece de ella y eso me altera.

No hay nadie más en la sala de espera, así que se acerca directamente a nosotros.

—Supongo que son la familia del señor Sleint. —Tanto April como Charlotte asienten y, de repente, yo me siento un extraño sin derecho a estar allí.

La madre de Jared parece a punto del desmayo, se retuerce las manos, nerviosa, y respira con dificultad. Me mira y creo que entiende mi reticencia, así que se acerca a mí y se aferra a uno de mis brazos buscando consuelo, pero seguramente también intentando retenerme para que no huya.

Le agradezco su intento de incluirme y, para demostrarlo, acaricio la mano que permanece temblorosa sobre mi antebrazo.

Ninguno contestamos, pero nos reunimos a su alrededor.

Siento la mirada de April clavada en mí. Estoy seguro de que se pregunta qué coño hago yo aquí, pero no dice nada y se limita a esperar el diagnóstico.

—Les seré sinceros... Ha sido muy complicado. Hemos tenido que reanimarle un par de veces... —a partir de aquí dejo de escuchar al doctor porque el terror se apodera de mí. Tanto Charlotte como yo nos miramos

asustados—, pero está estable... —Usa palabras técnicas, nos explica cosas que no entendemos.

¡Joder!, ¿es que este hombre quiere matarnos? Me dan ganas de darle un puñetazo.

—¡Basta! —grito, y seis pares de ojos me miran sorprendidos—. ¿Él está bien? ¿Se va a recuperar? —Charlotte agradece mi intervención con un leve apretón de su mano en mi brazo.

—Sí. Se recuperará.

Todos suspiramos aliviados.

—Pueden verlo. Pero tan solo un par de minutos. Esperen aquí y una enfermera vendrá a buscarlos.

¿Qué hago? Pienso que lo mejor será marcharme, no he sido ni seré nadie en su vida.

Intento soltarme, pero Charlotte me mira enfadada.

—Creo que debo...

—¡No! —me interrumpe, y para dar más énfasis a su orden, se sujeta a mi brazo con más fuerza.

April la mira sorprendida y después me analiza, no tengo ni idea de qué estará pensando, pero me odia al mismo nivel que yo la detesto a ella.

—Charlotte, deja que se vaya. —Entonces se dirige a mí—. Te dejo mi número de móvil y te voy informando...

—¡He dicho que no! —La amable ancianita de sonrisa dulce se transforma en una especie de Terminator con cara de mala leche. Incluso sus ojos parecen estar inyectados en sangre—. Él se queda, y no hay más que hablar. —Su expresión cambia de manera radical, vuelve a ser dulce y amable. Se dirige tan solo a mí, como si de repente su nuera hubiese desaparecido y nos encontrásemos los dos solos en ese frío hospital—. Sé que Jared querrá verte cuando despierte. No puedes irte...

Sus ojos, tan parecidos a los del hombre al que amo, consiguen convencerme. Asiento y escucho cómo April resuella enfadada y, sin decir nada, se aleja de nosotros.

Pero entonces todo se lía de nuevo, una enfermera nos informa de que ha habido una complicación con uno de los pacientes ingresados en la UCI y que hasta que no se restablezca no vamos a poder pasar. Lo que iban a ser minutos se transforman en largas horas de espera.

Ya casi de madrugada, una simpática enfermera nos acompaña hasta la UCI. Nos dice que tenemos que entrar de dos en dos y tan solo por unos

pocos minutos. April es la primera. Lo prefiero, resultaría del todo irónico que lo hiciéramos juntos. La imagen de los dos a los pies de la cama de Jared tendría hasta su gracia si no fuera porque el dolor que me embarga es tan intenso que apenas me permite respirar.

Charlotte me mira con tristeza. Sé que ve en mis ojos el miedo. Estoy nervioso y no puedo parar de moverme.

Al cabo de unos minutos, April sale cabizbaja, llora y se abraza a Charlotte. Ambas mantienen una conversación privada, yo me alejo. No creo que deba escucharlas.

—Patch —me llama Charlotte y entonces me giro.

Toma mi mano y caminamos juntos hasta la puerta que nos separa de Jared.

Ambos temblamos, ambos tememos lo que nos vamos a encontrar y la verdad es que todo pensamiento se queda corto ante la imagen que nos devuelve Jared desde la cama. Está pálido, lleno de cables y tubos, enchufado a máquinas que emiten distintos sonidos. El olor a antiséptico es muy fuerte y me mareo, revuelve mi estómago.

Tiene los ojos cerrados, parece tranquilo y ambos nos acercamos despacio, procurando no hacer ruido.

—Jared, mi amor —solloza Charlotte.

Supongo que le gustaría tocarlo, pero no se atreve porque parece tan frágil que asusta.

Con tremendo esfuerzo, veo que abre los ojos y pestañea como si la escasa luz que hay le molestase.

—Ma-ma-má —dice con dificultad.

—Shhh. No digas nada. —Con mucho cuidado, acaricia su pelo y llora.

Yo estoy escondido tras ella, no puedo dar un paso más, parece que me han colocado dos grandes pesos dentro de las botas...

—Patch... —Escucho cómo me llama y Charlotte se hace a un lado para que pueda mirarme.

No sé qué coño decir. «Hola, ¿cómo estás?», no es una opción viable. Me limito a mirarlo y a tragarme el nudo que aprieta mi garganta hasta hacerse tan insoportable que apenas me deja respirar.

Sus ojos lloran y me rompe el corazón, pero sigo sin acercarme, sin poder hablar.

—Tienen que salir ya —nos dice la enfermera.

Le escucho suspirar de manera costosa. Sabe que acabo de descubrir que

está casado y no tiene fuerzas para intentar dar una explicación a algo que es inexplicable.

—Todo está bien —le susurro con voz temblorosa. No quiero que ahora piense en nada que no sea recuperarse. No es el momento y, la verdad, ya es tarde.

Jared niega con un leve movimiento de cabeza mientras la enfermera nos insta de nuevo a salir.

Charlotte le da un beso en una de sus mejillas, le dice al oído que lo quiere y comienza a andar hacia la salida.

Yo intento seguirla, pero Jared, haciendo un gran esfuerzo que le supone una bronca por parte de la enfermera y que una de las máquinas comience a pitar de manera insistente, grita mi nombre.

Lo miro e intento sonreír, aunque mis labios apenas se curvan. Debo tranquilizarlo, quiero que se recupere, quiero que vuelva a ser el Jared fuerte, el policía.

—Todo está bien —le repito de nuevo. Me acerco y le acaricio el cabello—. Todo está bien, tranquilo. —Parece relajarse.

Se deja caer de nuevo sobre la almohada, la máquina regresa a su pitido normal y cierra los ojos. Con cuidado, limpio sus lágrimas y suspira con fuerza.

—No me dejes. —Su voz suena extraña, hablar le supone un esfuerzo tan grande que después de pronunciar esas palabras se queda dormido.

Charlotte se acerca y, con una mano, me guía hasta la salida con paciencia y cariño.

Me dejo llevar, pero claro, estoy tan roto que no puedo pensar y cualquiera me podría arrastrar incluso al mismo infierno.

Ya fuera de la UCI, April nos espera. Noto que otra vez me está analizando.

No puedo soportar más la presión que siento en mi pecho, no resisto su mirada de asco.

Abrazo a Charlotte y aprovecho el acercamiento para susurrarle al oído:

—No puedo seguir aquí. Me voy, no puedo más.

Asiente, responde a mi beso con otro que me calienta la mejilla y da un poco de paz a mi caos, y me suelta.

Le digo un adiós frío a April y ella responde de la misma manera. No la culpo, sé que algo sospecha.

Recorro los pasillos perdido, mareado y con unas intensas ganas de

gritar, de golpear. Necesito adrenalina, así que me dirijo al sitio donde puedo dejar de sentir miedo, donde puedo desprenderme de todo lo que en estos momentos me agobia y que me ayudará a sentirme vivo.



37. La despedida

La casa que la policía le había asignado era muy comfortable. Tenía una habitación, un salón bastante grande y una cocina equipada con la nevera llena de comida, así no tendría que salir en busca de alimentos. La cuestión era pasar desapercibida y permanecer segura hasta que llegase el juicio.

Evan no se había separado de ella ni un solo instante de su estancia en el hospital, pero ya no estaba y Olga se sentía tan triste.

Se asomó al ventanal que daba a la calle. Un coche de policía permanecería día y noche aparcado, vigilando cada movimiento.

Todo el tiempo que durase el juicio no podía recibir visitas ni hablar con nadie ni salir de casa, tan solo se le permitía pasear por el pequeño jardín. Se sentía como si fuese una prisionera, como si ella fuera quien había hecho algo malo y no el cerdo de Nikolay. Aunque seguramente a esas alturas él también estaría entre cuatro paredes.

Olga rezaba, oraba todas las noches pidiendo que Nikolay no saliera de la cárcel en lo que le quedara de vida. Ahora tenía un propósito, una meta, y era colaborar para cumplir ese deseo.

Evan la había ayudado a ser fuerte, a sentirse capacitada para enfrentarse a lo que más temía. No habían pasado mucho tiempo juntos, pero su forma de ser y su manera de tratarla, de actuar, le habían dado fuerza, la hacían sentir mujer y no un objeto de decoración, uno que Nikolay colocaba donde le apetecía para hacer con su cuerpo lo que le daba la gana, como si le perteneciese. Pero Evan era distinto. Le había enseñado que no todos los tipos con aspecto duro eran malos, que existían los hombres que no anulaban a las mujeres ni las maltrataban. En los escasos días que habían compartido,

Evan no solo la había salvado y protegido, sino que le había dado alas y ayudado a volar, libre y fuerte, como nunca lo había sido en toda su vida.

Evan le repitió una y otra vez que era por su bien, por su seguridad, que era necesario separarse, y ella obedeció; lo vio partir porque tan solo quería ser libre, recuperar la vida que él le había robado, y para eso era necesario un sacrificio más.

Recordó la conversación que Evan y ella habían mantenido a la salida del hospital antes de que la policía se la llevase y la alejase del único amigo que había tenido en su vida, de la única persona que la había cuidado y velado.

Se apoyó en el marco del ventanal que permanecía abierto. Disfrutó del aire fresco que entraba y mecía sus cabellos, y cerró los ojos.

En su mente lo veía: guapo a rabiar, con su pelo rizado, sus ojos verdes y esas pecas que llenaban su cara y le hacían parecer mucho más joven de lo que en realidad debía ser.

—¿Lo comprendes, Olga? —le preguntó y ella, con lágrimas en los ojos, asintió—. Ellos cuidarán de ti, no dejarán que te pase nada. —Su mirada también se veía triste, a él le dolía separarse tanto como a ella.

—Estaré bien. —Salió de su boca sin mucha convicción.

—Claro que sí y en cuanto todo esto pase podremos vernos de nuevo... Te llevaré al cine, a bailar, a... —El entusiasmo con el que narraba todos los sitios a lo que la llevaría se evaporó en el instante en el que sintió la mano en el hombro de uno de los policías, que le pedía con ese gesto que terminase ya. Se tenían que ir.

Se miraron con congoja, era la hora y a partir de ahí cada uno llevaría un camino. Quizá se reencontrasen y él la llevase a todos esos sitios de los que le había hablado, o tal vez..., tal vez no se volvieran a ver nunca más.

Habían dormido juntos, incluso abrazados, pero ahora, en el triste momento de la despedida, parecían reticentes, tímidos; querían abrazarse, pero ninguno daba el paso.

—Nos vamos —insistió el policía. A él no le importaba que ellos necesitaran más tiempo, le daban igual los sentimientos que su alejamiento les iba a provocar. Tan solo hacía su trabajo y ese consistía en llevar a la chica a un piso protegido.

Olga dio un paso atrás, le sonrió y se giró para seguir al policía. Pero de pronto Evan estaba a su lado, la tomó la mano y la obligó a mirarlo. Lo

que Olga vio en sus ojos la golpeó con fuerza en el mismo centro de su alma: Evan estaba tan perdido como ella. Se arrojó a sus brazos con presteza.

Evan no podía dejarla ir así, sin despedirse, sin sentir sus pequeñas manos abrazándolo.

Se iba, se alejaba, y obligó a su cuerpo a reaccionar. Corrió los pocos pasos que ella había dado y la tomó de la mano, entonces sus miradas conectaron de nuevo y Olga terminó entre sus brazos.

—Te echaré mucho de menos —susurraba con la cabeza apoyada en su pecho.

—Yo también a ti —le dijo él con las manos hundidas en su melena negra.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Evan. —Se separó lo suficiente como para poner una mano en una de las mejillas de él y acariciarla con cariño—. Nunca te olvidaré.

Se puso de puntillas y él se encorvó para poder sentir el suave beso en la misma mejilla que había acariciado.

Entonces se separó, de nuevo le sonrió y, tras un «adiós» susurrado al aire, caminó hasta el coche de policía con su nuevo guardaespaldas pegado a ella.

Ahora estaba sola en esa casa. Suspiró y pidió a ese Dios en el que tanto creía que la ayudase a encontrarse con Evan de nuevo.

La seguridad de Olga por un tiempo se había convertido en lo primero y único que parecía importarle. Así que ahora que no la tenía, se sentía raro, vacío.

Ella lo había sido todo, incluso había logrado que olvidase el motivo que le había llevado a trasladarse de Falmouth dejando toda su vida, sus amigos y su trabajo para vivir en una ciudad extraña como era Manhattan. Un lugar donde no conocía a nadie, donde no le importaba a nadie. Pero desde que se había enterado de que su hermano mayor seguía con vida, pues no había muerto como su madre le dijo, tenía la inminente necesidad de reencontrarse con él. Quería saber cómo era, cómo vivía...

Su madre los había separado destrozando sus vidas con miedos, mentiras y amenazas, pero eso se terminó en el preciso momento en el que falleció, ya que, por medio de un diario que ella escribía, descubrió la existencia de su

hermano. Entonces lo dejó todo, hizo la maleta y usó sus ahorros para tomar un vuelo y para sobrevivir los primeros meses que estuviera en Manhattan, al menos hasta que encontrase trabajo.

Esa mañana, los recuerdos de su hermano le llegaban intensos y fuertes. No sabía muy bien el porqué, pero algo le gritaba que lo necesitaba. Suspiró con fuerza, esa sensación la había experimentado en muchas ocasiones. Estaba tan conectado a su hermano mayor que si él lloraba o reía, Evan lo hacía también durante el poco tiempo que se les permitió estar juntos. Para Evan, su hermano era su referente, el ejemplo que quería seguir, la persona que más amaba.

Estaban unidos hasta tal punto que cuando su madre le dijo que había muerto, no la creyó; siempre pensó que le había mentado, pues su corazón le decía que él seguía con vida.

Ahora se encontraba de regreso a Manhattan. Acababa de llegar y se disponía a ir en busca de Patch, ya era hora de dar la cara, de presentarse como quien era en realidad: Rem, el hermano que él también creía muerto.



38. ¡Maldito marine!

Sex

Estoy tan molesta con él que no pienso volver a dirigirle la palabra. Ni siquiera he querido sentarme a su lado a comer y, por supuesto, no le he pedido que me acompañe a la sala cuando lo he necesitado. Se lo he dicho a Landon y ahora caminamos codo con codo por el pasillo que nos llevará a la entrada principal de la sala.

Soy consciente de que él me está vigilando, observando desde su puesto de monitores.

Al pasar veo cómo una de las cámaras sigue mis pasos, confirmando mis sospechas.

Chasqueo la lengua, enfadada, y cuando la voy a sobrepasar, me giro y en un acto de rebeldía, le enseño el dedo medio.

¡Maldito marine! Deseaba tanto haber acompañado a Patch. Tendría que estar a su lado, consolándolo, pero mi guardaespaldas ha decidido tenerme encerrada en el club. El Trébol se ha convertido en una prisión y Roy, en un carcelero.

La sala está llena, como siempre. Camino por ella saludando a algunos de mis clientes e intento sonreír, aunque me cuesta. Hace un rato he podido hablar con Patch, sé que Jared está fuera de peligro, pero también lo he notado triste, pesaroso. Algo no va bien, sé que por teléfono no me lo va a contar y necesito saber qué es, pero el cromañón de mi jefe de seguridad no me permite ir a verlo y Patch no se siente con fuerzas para trabajar.

Al fondo de la sala veo a uno de mis clientes más asiduos. Lo conozco

de hace años, de cuando yo era prostituta, y me trataba muy bien. A pesar de pagar por mis atenciones, a pesar de que nuestros primeros contactos se basaron en el sexo, con el paso de los años nuestra relación se fue transformando en amistad.

Camino hacia él con una sonrisa en los labios a la que él corresponde. Está muy guapo, como siempre. Dexter es el hombre perfecto: varonil, encantador, cariñoso, divertido y forrado de dinero.

—Vaya, vaya, pero qué tenemos aquí —dice mientras toma una de mis manos y me obliga a girar sobre mí misma para poder observarme desde todos los ángulos.

Me come con los ojos, siempre le he gustado. Incluso por un tiempo se confesó enamorado de mí.

—¿Cuándo has vuelto? —lo reprendo, pero sé que no sueno muy enfadada.

Él baja la mirada, parece avergonzado.

—¿Dexter? ¿Qué me ocultas?

—Llevo ya... como un par de años viviendo aquí.

Lo miro enfadada.

—¿Y se puede saber por qué no me lo has dicho antes? —Pongo los brazos en jarras e intento descifrar su mirada—. Con una llamada hubiera bastado.

—Vamos, Sex, joder, deja de regañarme como si fuera un chiquillo. He venido, ¿no? Pues ya está.

Asiento, sé que le habrá costado mucho regresar, conozco su historia, lo que sufrió...

—¿Has visto a...?

Niega de forma inmediata, no me permite pronunciar su nombre.

—Basta ya de hablar del pasado, vamos a tomar una copa —dice con una sonrisa. Pero a mí no me engaña, tras esa mueca, esconde algo.

Toma mi mano, tira de ella y me lleva hasta su cuerpo, choco con él. Me agarro a las solapas de su chaqueta y le sonrío.

—Está bien... Dejémoslo. —Pestañeo, coqueta, y le doy un pequeño y fugaz beso en los labios.

De pronto, siento la presencia de un voluminoso cuerpo a mi espalda. Por el aroma que desprende, sé perfectamente a quién pertenece.

Tiene sus manos sobre mis hombros y tira de ellos para obligarme a

separarme de Dexter.

—¿Algún problema? —Lo escucho resoplar, incluso creo que gruñe, y decido hacer caso de su nada sutil orden de alejarme de mi amigo porque creo que hay mucha testosterona en el ambiente y, por desgracia, conozco a lo que puede llevarnos esta situación.

—Ninguno —le contesto. Lo miro con una radiante sonrisa mientras que él parece a punto de lanzarse a la yugular de Dexter, que sin duda se estará preguntando quién es ese tipo—. Te presento a mi guardaespaldas —le explico. Él asiente y sus perfectos dientes aparecen tras una de sus bonitas sonrisas.

—No debe temer por su jefa —le dice con tono chulesco—, no soy un peligro para ella. Además, somos viejos amigos. —En su afán de marcar territorio, como les ocurre a todos los machos, me toma de la cintura y de nuevo me acerca a su cuerpo.

Roy gruñe otra vez, parece un animal en celo peleando por la hembra, y por supuesto no pienso quedarme quieta soportando tanta tontería.

—Las manos quietas —le espeta con furia y vuelve a tirar de mí.

—¡Basta! —le ordeno—. Roy, ahora no te necesito, vete. Como bien te ha dicho Dexter, somos amigos. Hace años que no nos vemos y quiero tomarme una copa con él.

Roy parece a punto de estallar en pedazos. Puedo ver, por su expresión, que tiene ganas de arrancarle la cabeza a Dexter. No tiene su máscara puesta, no disimula su enfado, y eso me sorprende porque Roy jamás baja la guardia.

—Estaré cerca por si me necesita. —Sus preciosos ojos se clavan en mí como si fuesen pequeñas agujas de acupuntura. Sé que le está costando la misma vida claudicar y dejarme con Dexter, incluso me siento un poco culpable, pero no voy a ceder. Siempre he sido una mujer independiente, odio a los trogloditas que creen ser los dueños de mi cuerpo, de mi ser. Amo a Roy, pero además de estar enfadada con él, deseo darle una lección: Sex no le pertenece a nadie, es libre y hace lo que le da la gana.

Se despide inclinando la cabeza y lo veo alejarse. Entonces mi corazón se para de golpe, me siento tonta, mala persona...

—¿Te pasa algo? —Dexter ha seguido con la mirada toda la escena, me conoce y estoy segura de que puede ver en mis ojos que algo no está bien.

—Sí. —No finjo, necesito un amigo, alguien que desde fuera me pueda ayudar.

—Anda, ven. Nos tomamos esa copa y me cuentas.

Tira de mi mano y me lleva hasta un reservado.

Nos sentamos muy juntos, me echa un brazo sobre los hombros y me atrae hasta su regazo.

Pedimos dos copas y cuando la camarera nos sirve, suspiro e intento desahogarme con Dexter, un tío que hace años que no veo.

—Vamos, pequeña, cuéntame qué te pasa. ¿Acaso no va bien el negocio?

—No, no tiene nada que ver con el club. Creo que eso es lo único que va bien. Se trata de mi vida... Desde hace un tiempo se ha convertido en un caos.

Arruga la frente, preocupado.

—¿No tendrá algo que ver tu guardaespaldas? —me pregunta.

Me limito a suspirar y él parece comprenderme perfectamente.

—Ahora lo entiendo todo. —Suelta una carcajada y como estoy apoyada en él, hace que mi cuerpo se mueva al ritmo de su risa—. Ay, mi niña, ese hombre también está loco por ti.

—¿Y tú qué sabes?

—Ha reaccionado como un hombre celoso.

—Yo creo que más bien ha reaccionado como un hombre posesivo.

—De eso nada. Si hubiese sido así, tú y yo no estaríamos sentados en este reservado, tan juntitos y, a los ojos de los demás, tan acaramelados.

Mi mente empieza a procesar lo que me acaba de decir. Quizá tenga razón. Tal vez en mi lucha por ser tan independiente no me haya dado cuenta de que él tan solo está celoso, tan solo quiere exclusividad.

Cierro los ojos y me rependo. Me acuerdo de mi reacción con Lizz y entonces sí que me siento miserable y tonta.

—Anda, ve con él —me dice comprensivo—. Voy a quedarme durante unos días. Cuando todo esté aclarado entre vosotros, me llamas y nos vemos, ¿te parece?

—Pero... —Siento como si de repente fuese pequeña, tan diminuta que temo que la gente no me pueda ver—. No sé..., no sé qué decirle.

Dexter toma mis mejillas entre sus manos y me mira de frente.

—Lo que sientes, Sex. Dile cómo te sientes.

—Nunca he sido buena para eso.

—Eso no es cierto.

Le sonrío y de nuevo dejo un beso en su boca. Siempre será mi amigo, siempre.

—Anda, pequeña, vete ya porque creo que está a punto de arrancarme la cabeza con los dientes.

Miro la dirección que me señala con los ojos y lo veo apoyado en la barra, con un brazo sobre ella. Su posición no da lugar a dudas, está muy enfadado y deseoso de estrellar el puño que tiene fuertemente cerrado en la cara de mi amigo.

Asiento, creo que tiene razón. Voy a hacerme cargo de esta estúpida situación en la que nos encontramos. No podemos seguir huyendo de lo que sentimos ni jugando al gato y al ratón.

Le doy otro pico. Sé que Roy estará furioso, pero... ¡qué se joda! Dexter sonrío porque lee mis pensamientos.

—No seas mala, Sex —me reprende.

Me pongo en pie y camino hacia el lugar donde mi guardaespaldas permanece quieto como una estatua.

Roy

Tengo las manos húmedas, por mi espalda también cae una fina gota de sudor, mi corazón parece retumbar en mi cabeza.

Lucho con mi cuerpo. Desea acercarse a ese tal «Dexter», borrarle esa estúpida sonrisa de la boca, arrancarle los brazos con los que soba a Sex y la polla, que seguramente estará dura. ¡Joder!, ¡mierda! Solo de pensarlo me dan ganas de sacar el arma que tengo bajo el brazo y vaciar el cargador.

Debería irme, no tendría que estar viendo esto. Ya se han dado un par de picos... ¡Lo voy a matar! ¡Juro que lo mataré!

Decido irme, no tengo por qué soportar esta tortura, pero cuando me voy a mover del lugar donde había establecido mi puesto de vigilancia, llega Sex.

Lo primero que me noquea es su aroma y después sus ojos verdes.

—Tenemos que hablar —me dice, y no espera respuesta, comienza a andar hacia su despacho mientras mueve las caderas, que me vuelven loco, y la sigo.

Entramos y cierra la puerta de un portazo.

Me mira y no entiendo muy bien qué expresan sus ojos, estoy un poco perdido con respecto al lenguaje corporal de esta mujer.

—¿Qué? —pregunto cabreado.

Ladea la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro y sin mediar palabra

se lanza a mi boca, a mis brazos, y yo, sediento de ella, la recibo encantado.

Me besa, digo «me» porque es ella la que toma el mando. Yo tan solo me limito a dejarme hacer. Soy un pelele en sus manos. Hasta que mi mente toma el mando, no permitiré que nadie más la bese, no dejaré que otros labios tomen lo que es mío. Entonces soy yo quien entra en su boca, quien sujeta su cara con fuerza.

—Borraré todos sus besos —le digo entre jadeos con mi boca sobre la suya.

Sex para de forma abrupta, se separa de mí y entonces sí que sé leer en sus ojos. Está cabreada, muy cabreada.

—¡Eres un idiota! —me grita mientras me golpea con los puños en el pecho—. ¡Un auténtico idiota!

Tomo sus manos con una de las mías, la obligo a parar, se terminará haciendo daño.

—Pero... ¿estás loca? ¿Qué coño te pasa?

Se revuelve hasta que la suelto, pone los brazos en jarras y me espeta:

—Me dijiste que era mejor para mí, por mi seguridad, permanecer separados. Me dijiste que así te concentrarías mejor. Pero... pero ¿no te das cuenta de que juntos somos más fuertes? ¿No ves que nos necesitamos? ¿No eres consciente de que te amo y no puedo mantenerte lejos?

Me tiemblan las piernas porque no puedo verla sufrir, porque la rabia y las lágrimas que derrama con sus palabras me hieren.

Toma aire con fuerza, va a hablar de nuevo y yo me limito a mirarla.

—Estoy cansada de resistirme, de disimular, de intentar llamar tu atención. Estoy harta de tener tal necesidad de tus besos, de tu cuerpo. Y duele. ¡Joder, Roy, duele mucho! Se acabó. —Me da la espalda y yo quiero verle los ojos, pero no me muevo—. Vete, Roy, vete... Sal de mi vida, no puedo más. Quiero volver a ser Sex. —Se gira y me mira con un odio irracional—. ¡Vete! —grita desesperada.

Pasan los segundos y ninguno de los dos se mueve del sitio. Veo cómo su pecho sube y baja agitado, al igual que el mío.

—Sex... —Mi voz suena extraña, no la reconozco—. Yo..., no sé cómo hacerlo. —Me desespero, le tiendo una mano deseando que la coja—. Pensé que era lo mejor para mantenerte a salvo...

—¿No te das cuenta de que solo estando a tu lado estoy segura?

Asiento confundido.

—Sex..., yo también te amo.

Pronuncio las palabras muy despacio, sin detenerme ni a coger aire. Es la primera vez que digo algo así, la primera que de verdad lo siento.

Esta vez soy yo quien se acerca. Con un mano, acaricio su pelo rojo como el fuego, que me quema al tenerla cerca. La paso despacio, en una sutil caricia. Ella cierra los ojos y, como si fuese una gatita, frota la cabeza contra mi mano en busca de más caricias.

—Pues si es así, no me alejes de ti —susurra en voz muy baja.

Suelto de golpe todo el aire que he estado reteniendo. Busco su cintura con mi otra mano y la acerco hasta que nuestros cuerpos se tocan.

—Lo siento. —La elevo para ponerla a mi altura y apoyo mi frente sobre la suya—. Lo siento tanto...

Ahora es mi boca la que tienta a la suya, mi lengua la que la invade y mis labios los que recorren los suyos. Nuestra relación quizá no sea de lo más convencional, pero es que nosotros no lo somos. Somos como dos trenes pesados, cargados de mercancías que, veloces, chocan una y otra vez. Nos hacemos daño, nos amamos y nos necesitamos.

He tratado de mantenerme alejado porque pensaba que era la mejor manera de vigilar, pero ella tiene razón, soy un idiota, porque aun sin tocarla, no he podido dejar de distraerme con su sola presencia. Dice que a mi lado se siente segura, pero yo creo que no le brindo la seguridad que ella necesita, pues junto a ella soy débil y no pienso. Me vuelvo irracional, pasional y nada cauto.

—Sex...

Me cuesta separarla, pero antes de continuar, necesito ser sincero.

—Sex..., creo que debo dejar de ser tu guardaespaldas.

Mis palabras parecen bloquearla y se limita a negar.

—¡No se te ocurra volver a hacerlo! —grita furiosa.

—No, no, no quiero alejarme. —Corro a darle una explicación—. Tan solo te digo que dimito de mi puesto de guardaespaldas porque quiero seguir a tu lado, como tu..., como tu...

¡Joder, la palabra novio o pareja se atasca en mi boca!

—¿Pareja?

—Sí, como tu pareja.

Suspira, se agarra a mi cuello con los brazos.

—¿Y quién será mi guardaespaldas?

—No lo sé. Evan, quizá. Yo no puedo..., lo he intentado, pero estando a tu lado pierdo la perspectiva, no me concentro y termino haciendo

estupideces como lo que acaba de pasar con ese tal Dexter.

Sé que sueno celoso y me importa una mierda, lo estoy y mucho.

—No estoy de acuerdo contigo. Siempre has sido un buen jefe de seguridad. Pero si te sientes mejor así, te despediré.

Sonríe con malicia.

—Pero ni se te ocurra volver a dejarme sin sexo.

—Nunca más —digo entre risas.

Nos fundimos en un beso que me deja sin respiración.

Sé lo que viene continuación porque no pienso dejarla escapar.



39. Ha vuelto

Lizz estaba en su salón, sentada en el sofá y él no podía dejar de mirarla.

Parecía que no habían pasado los años por ella. Seguía siendo esa jovencita de quince años con la cabeza llena de romanticismo.

Todavía tenía en la mente ese nueve de abril cuando él se marchó, lejos, muy lejos, al otro lado del mundo porque tenía que bailar. Aún sentía el dolor que le supuso separarse de ella, la tristeza de despedirse sin saber si volverían a verse.

Por aquella época, Patch tan solo tenía quince años y unas inmensas ganas de morir, de terminar con el sufrimiento, con el dolor físico que cada paso de baile le provocaba. Sus pies llenos de heridas sangraban, y Lizz lo curaba y cuidaba con tanto cariño que lo ayudaba a soportar su vida, pero si ella no estaba... él no quería seguir adelante. Estaba tan agotado, tan asqueado, que incluso más de una vez había intentado terminar con su vida.

—Lizz —susurró su nombre, no porque quisiera decirle algo en particular, sino porque le gustaba cómo sonaba teniéndola por fin después de tantos años delante.

—Roy me contó lo que pasó en el club. Estaba tan preocupada...

—Todo está bien, Lizz.

—¿De verdad?

Patch se puso de pie, no quería hablar, no le apetecía remover sus sentimientos y más en las circunstancias en las que se encontraba, después de las horas pasadas en el hospital.

—¿Te apetece algo de beber?

—¿Tienes Coca-Cola?

—Sí, claro.

Caminó hacia la cocina dejándola sola en el salón.

Preparó dos vasos con hielo y dos Coca-Colas.

De nuevo, se sentó a su lado. Le dio un largo trago a su bebida y la dejó sobre la mesa.

—¿Dónde has dejado a tu marido? —preguntó, más que nada por cambiar a un tema seguro, uno que no implicaba contarle sus problemas.

—Se ha quedado en casa. Vamos, Patch, no te hagas el tonto ni creas que yo lo soy. Intentas desviarme del tema que me preocupa.

Patch se removi6 inc6modo en el asiento.

—No tengo nada de qu6 hablar.

—Roy me dijo que tuviste otro ataque de pánico, que esta vez fue tan fuerte que estabas en *shock*.

—¡Exagera! —mintió.

—No lo hace. No intentes engañarme.

Patch chasqueó la lengua, enfadado.

—¡No quiero hablar de eso!

Lizz se entristeci6, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Antes me buscabas cuando te encontrabas mal...

—Han pasado muchos años, Lizz.

—No es cierto. Hace poco me llamaste porque creíste oler el perfume a lilas de tu madre.

Era cierto, eso no podía negarlo, pero ahora...

—¡Joder, me siento estúpido hablando de algo que es imposible que ocurriera!

Se levantó de nuevo, necesitaba moverse, no quería mirarla a los ojos porque lo que había experimentado en su camerino era tan absurdo que le avergonzaba.

—Creeré lo que me digas.

—Creerás que estoy loco. Yo mismo pienso que estoy perdiendo el juicio, que tal vez sea como mi madre...

—¡No digas eso! —lo interrumpió. Se puso de pie y caminó hasta colocarse detrás. Se agarró a su cintura y apoyó una mejilla en su espalda—. Tú nunca serás como ella.

Patch suspiró, él no estaba tan seguro.

—¿Te quedarás? —Se giró y la miró de frente esperando una respuesta. Le vendría tan bien su compañía. Quizá pudiese llenar ese vacío que sentía en

el centro de su pecho, tal vez pudiera conciliar el sueño y olvidar que la única persona con la que pasaría el resto de su vida, junto a la que renunciaría a todo, le había mentado, lo había usado como lo hacía el resto del mundo...

—¿Quieres que me quede?

—Sí, por favor. Quédate a mi lado. —Se abrazó a su pequeño cuerpo y así permanecieron un buen rato.

Quizá era tarde para ir a su casa, tal vez estaría en la cama. Sabía que no había pasado por el club, Roy se lo había confirmado tras una llamada.

Necesitaba hablar con él y no podía demorarlo más, así que subió en su moto y condujo hasta su casa en las afueras de la ciudad.

«¿Estás seguro de lo que vas a hacer?», se preguntaba una y otra vez. Demostrar que él era Rem, el hermano pequeño que había pensado que estaba muerto todo ese tiempo, le sería muy complicado. Se había cambiado el nombre y apellido con un documento de identificación falso antes de ir en su busca, necesitaba que él no lo reconociese hasta sentirse preparado para contarle la verdad, y ese momento había llegado. No le resultó difícil, porque por fortuna no se parecían en nada. Patch había heredado los rasgos de su madre, mientras que él era más parecido a su padre, al que Patch apenas recordaba.

Llegó a la casa y miró la hora en el móvil que había recuperado. No estaba perdido, como él había pensado, se le había caído en el apartamento de Roy y la policía lo había recuperado. Eran cerca de las doce. Chasqueó la lengua, demasiado tarde para una visita. Decidió marcharse a casa y dejarlo para otro momento.

Patch

Lizz ha regresado, pero la siento tan distinta. La miro y deseo con todo mi corazón ver a mi amiga, esa que siempre me ayudó, pero lo que veo en realidad es a una extraña.

Le he preparado una habitación, es pequeña, pero para pasar la noche será suficiente.

No sé por qué he insistido en pedirle que se quede, ahora me arrepiento;

creí que me ayudaría a no pensar en Jared, pero la realidad es que no puedo dejar de hacerlo y encima debo disimular, pues no quiero que ella lo sepa. Nadie debe enterarse porque mi orgullo está en juego, es lo único que me queda, mi corazón ya lo he perdido. Está aniquilado, estrujado como si fuese un trapo viejo.

Lizz hace la cena mientras yo arreglo el pequeño cuarto.

Cuando termino, ella lo tiene todo preparado: la mesa, la comida e incluso ha puesto dos copas de vino.

—No creo que deba beber, tengo que tomar mis pastillas —le explico. Hace tiempo que no las tomo, no porque no las haya necesitado, sino porque me hacían sentir como un yonqui enganchado a esa mierda. Pero después de lo ocurrido, he decidido volver a mi tratamiento. Al menos, durante una temporada.

Lizz asiente y retira la copa.

Cenamos en silencio. Cuando terminamos recogemos y, tras charlar un rato, decido irme a la cama; me siento agotado y la pastilla empieza a hacerme efecto.

Los ojos se me cierran, me siento débil y raro. El efecto que estoy notando no es el habitual.

Me pesan la cabeza y los brazos, las piernas apenas me sostienen y me meto en la cama porque estoy muy mareado.

Miro la hora en el móvil, las diez, creo que pone, pero no estoy muy seguro porque la cabeza me da vueltas.

El móvil comienza a sonar y doy gracias por tenerlo en la mano, porque con la poca coordinación que tengo, no hubiera sido capaz de contestar.

—¿Sí? —Mi voz se escucha extraña, parece la de un borracho.

—¿Patch?

—Sí...

—Hola, Patch, perdona que te llame tan tarde. Soy Elkin.

¿Elkin?, ¿quién es ese? Intento centrarme y recordar.

—¿Quién?

—Soy el exnovio de Lizz.

¿Exnovio?

—Será el marido... —Cada vez me resulta más complicado articular las palabras.

—¿Marido? No, nos llegamos a casar.

El teléfono se me cae de la mano. Escucho la voz de Elkin lejana, muy

lejana. Parece decir algo de que Lizz ha desaparecido, algo de que no saben dónde está, pero yo no puedo contestar, mi mente se nubla, mis sentidos están embotados.

De pronto, el olor que más detesto satura mi pituitaria. Lilas, lilas...

Intento levantarme, pero no puedo. Abro los ojos y creo verla. Es ella, sí, otra vez viene a por mí.

Como puedo, me arrastro fuera de la cama. Intento coger el teléfono, pero no lo encuentro y tanteo con las manos. Sigo escuchando la voz de Elkin, me llama y yo le grito.

—¡Necesi-to-to ayu...! —Mi voz se apaga, al igual que la comunicación telefónica.

Permanezco en el suelo, tirado, me giro y miro el techo. Entonces, los recuerdos me golpean.

Estoy en mi casa, mi hermano Rem duerme. Lo miro, observo cómo su pecho sube y baja acompasado. Sus rizos resaltan en el blanco immaculado del almohadón. Yo también deseo dormir, pero sé que ella vendrá, sé que me va a castigar porque hoy no he querido bailar delante de unos señores a los que no conocía.

Huelo su perfume antes de que abra la puerta, escucho sus pasos y me acurruco en mi cama buscando la protección de la sábana; pienso que si me tapo con ella, mi madre no me verá. Pero no es así, no es una sábana mágica y ella me saca de la cama de manera tan violenta que sus dedos se quedarán marcados en mis brazos durante días como surcos morados que ella maquillará para que nadie los pueda ver.

Lucho, peleo, aunque sé que de nada me vale, es muy fuerte y yo tan solo soy un niño. Mis gritos despiertan a Rem, escucho su llanto, sus gritos de miedo.

Me saca de la habitación y me arroja a la pequeña despensa. Sabe que me aterra la oscuridad, por su culpa detesto la falta de luz y lo usa para hacerme más daño.

Noto cómo pone el pestillo, cómo apaga la luz y, antes de alejarse y dejarme solo y a oscuras, me grita:

—Esto es lo que les pasa a los niños malos. A los que desobedecen.

Tengo tanto miedo que me orino encima. Le suplico que me saque, le juro que no volveré a ser malo, pero ella no me hace caso.

Regreso al presente.

—Has sido malo. —Intento abrir los ojos, es su voz, juro que lo es.

Ha vuelto, está aquí de nuevo.



40. Ya nada nos separará

Evan estaba a punto de arrancar la moto para regresar a su apartamento, cuando escuchó un grito desgarrador.

Se bajó, colocó la pata de cabra y corrió hacia la casa. La puerta, por supuesto, estaba cerrada, pero la golpeó hasta conseguir que la madera cediese.

Caminó por la casa con su arma en la mano, arrastrando los pies para no caerse de bruces, todo estaba muy oscuro y temía tropezarse con los muebles.

Aguzó el oído y escuchó sonidos procedentes de una de las habitaciones.

Pegó la oreja a la puerta, se escuchaban golpes, gruñidos.

Tenía que actuar con rapidez, abrió de golpe y se encontró con la imagen de Patch tirado en el suelo y una mujer, que por su aspecto se parecía muchísimo a su madre, inclinada sobre él con un gran cuchillo en la mano.

Su instinto le hizo recular asustado. El aroma de ella flotaba en el aire, parecía que había regresado al pasado y que estaba presenciando de nuevo los castigos que, con crueldad, le imponía a su hermano. Siempre fue más dura con él porque Patch era el mejor, el más fuerte y el más capacitado para el *ballet*.

—¡Apártate de él! —le gritó apuntándola con la pistola.

«Esa mujer viste como madre, huele como ella e incluso lleva su peculiar corte de pelo, pero no es ella, no lo es. Ella está muerta», se decía una y otra vez, intentando darse fuerzas para enfrentarla.

Se giró lentamente, sonreía. «¿Por qué coño sonrío?», pensó. Intentaba ocultar el cuchillo tras su pierna, pero Evan podía ver perfectamente cómo la hoja brillaba.

De pronto reaccionó y, con rapidez, se colocó de rodillas junto a Patch. Tomó su cabeza en su regazo y puso el filo del cuchillo sobre su garganta.

—Será mejor que te vayas —dijo con voz sosegada, como si lo que estuviese haciendo fuera lo más normal del mundo.

Patch se revolvió intranquilo en su duermaveela, intentaba abrir los ojos, moverse, pero no podía.

—No pienso irme a ningún sitio. Suéltalo o te juro que te pego un tiro. —Evan la apuntaba con los brazos extendidos. «¿Seré capaz de disparar?». Esa era una pregunta complicada, nunca había hecho daño a nadie. No lo había podido proteger de su madre, pues tan solo era un crío, pero ahora era adulto y, dentro de su corazón, era consciente de que haría lo que fuese por salvar la vida de su hermano, incluso apretar el gatillo.

Los ojos de Patch se abrieron, estaba haciendo un esfuerzo titánico.

—¿Lizz? ¿Eres tú? —Por un instante lo había engañado, pero al escuchar su voz la reconoció perfectamente—. ¿Por qué haces esto, Lizz?

El dolor de ver cómo su amiga apretaba su garganta con un cuchillo afilado era tan potente que Patch necesitó conocer sus motivos.

—Tan solo quiero que todo vuelva a ser como era... —susurró—. Tú y yo juntos...

Los párpados de Patch caían pesados, luchó por mantener los ojos abiertos. ¡Lizz se había vuelto loca!

—Pero... pero... ¿qué coño dices? —Evan la miraba sin poder entender qué era lo que pretendía.

—Si ella regresaba a tu vida, me buscarías. De nuevo estaríamos unidos como antes. ¿Recuerdas, Patch?

Patch intentó otra vez soltarse de su amarre. Lizz siempre había sido muy fuerte, aunque no tanto como él en sus plenas facultades.

—Tira ese cuchillo y levanta las manos donde yo pueda verlas. —Evan lo volvió a intentar—. No tienes escapatoria.

Pero ella no obedeció.

—¡Quieta, no te muevas! —le ordenó al ver cómo la hoja se clavaba en el cuello de Patch hasta tal punto que una fina línea de sangre comenzó a brotar.

—Tú no debías estar aquí. ¡Vete, déjanos solos! —gritó. Sus ojos inyectados en sangre se clavaron en Evan.

—¡Juro que dispararé si no lo sueltas ya!

Patch escuchaba los gritos, luchaba por moverse, por apartar esa hoja

afilada de su garganta que le hacía daño. ¡Tenía que hacer algo! Lizz se había vuelto loca. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró mover los brazos y agarrar con fuerza el que tenía ella alrededor de su cuello. Lo apretó usando todas sus fuerzas, logrando que ella chillase, dolorida, y que el cuchillo se le escurriera de la mano hasta caer al suelo.

El esfuerzo le hizo sudar, apenas le quedaban energías, pero Patch no pensaba rendirse. Lanzó un fuerte gruñido y la empujó con las fuerzas que le quedaban logrando que Lizz cayese al suelo y se golpeará la cabeza, perdiendo el conocimiento. Agotado, Patch se dejó caer al lado de la mujer como si fuese un peso muerto.

Patch

Me cuesta abrir los ojos, me pesan, parece que alguien se ha entretenido en poner pegamento en mis párpados.

Me siento desubicado, no recuerdo muy bien qué hora es, tengo tan solo un vago recuerdo de lo que ha pasado, ¿cómo he terminado en mi cama?

Lo último que recuerdo, como imágenes rápidas que pasan por mi mente, es el sonido de su cuerpo al caer.

Sé que hay alguien cerca de mí, al igual que sé que esa persona no se ha movido de mi lado en todo el rato que he estado perdido en el mundo de los sueños. ¿Por qué lo sé?, porque no ha sido un sueño profundo, agradable y reponedor, ha sido más bien un duermevela en el que lo oía respirar, moverse por la habitación, incluso arrojarme cuando me desprendía de la sábana.

Con esfuerzo, consigo abrir los ojos y lo veo. Se ha quedado dormido sentado en una butaca. Por su incómoda postura, me parece increíble que pueda estar tan cómodo como para quedarse dormido. Sus piernas están estiradas todo lo largo que es, y os aseguro que lo es y mucho. Su barbilla sobre su mano derecha intenta, casi sin conseguirlo, sujetar su cabeza. Sus rizos negros destacan sobre el fondo *beige* del butacón...

Me levanto como si un resorte se hubiese accionado al darme cuenta de que Evan me ha recordado a mi hermano pequeño Rem.

—¿Pasa algo? —Lo he despertado y me mira confuso, debo haber puesto una mueca extraña, o quizá estoy pálido, o mi boca se abre de una manera grotesca.

—Solo..., tan solo... —Mejor me callo, creo que ya es una locura

mencionarle que mi madre muerta ha intentado asesinarme, como para decirle que me recuerda a ese hermano que murió cuando era un niño.

—¿Tan solo?

—No, nada. —Me recuesto en la cama y cierro los ojos. Si ve que estoy cansado, dejará el tema—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital.

Abro los ojos y lo miro con asombro, no recuerdo cómo he llegado aquí.

—¿Te apetece tomar algo? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

Pasamos un largo rato en silencio.

—Ella..., ¿la he matado? —Me giro para mirarlo.

—No. Tan solo perdió el conocimiento por el golpe, pero no le causaste daños importantes.

Suspiro aliviado, no soportaría tener la muerte de Lizz en mi conciencia, no soy un asesino.

—Apenas recuerdo nada... Creo que alguien me llamó... —Me toco la cabeza, estoy tan confundido.

—Te drogó. Mezcló unas pastillas con tu bebida o con la comida, los médicos no lo tienen muy claro. Quien te llamó fue un tal Elkin. No dejó de insistir hasta que Roy habló con él y le aclaró todo.

Ella se empeñó en preparar la cena...

—Lizz... —susurro al darme cuenta de que la persona que quería hacerme daño, la que fingía ser mi madre para torturarme, era ni más ni menos que mi amiga Lizz.

—¿La conocías?

—Sí. Éramos amigos desde niños. —Duele, es lacerante. Lizz..., no puedo creerlo. Pero... pero ¿por qué?

—¡Pues menuda amiga!

Su naturalidad me hace sonreír a pesar de que el tema no da lugar a bromas.

—Por lo poco que recuerdo, creo que si no llega a ser por ti...

—¡Bah! —Mueve una mano en un claro gesto de quitarle importancia—. Al final, fuiste tú solito quien se deshizo de ella.

Se sienta en la butaca. Parece nervioso. Traquetea con los pies sobre el linóleo blanco que cubre el suelo y sus zapatillas de deporte hacen un ruido molesto.

—¿Te pasa algo? —Somos amigos y lo conozco lo suficiente para saber

que algo le preocupa.

Me mira, lo miro y así permanecemos por unos largos, casi eternos, segundos.

—No fue de casualidad que yo te encontrase —dice por fin.

—Ah, ¿no?

Niega con la cabeza un par de veces y desvía la mirada.

—Tenía algo muy importante que decirte.

—Adelante, te escucho. —Tomo el mando de la cama y aprieto el botón que hace que la espalda se eleve hasta dejarme en posición de sentado.

—Es complicado... —Se pone de pie y camina hasta la pequeña ventana de la habitación; se queda un rato mirando, chasquea la lengua, se sienta de nuevo y otra vez vuelve a traquetear con los pies.

—Joder, me estás poniendo muy nervioso —lo reprendo molesto. La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes.

—¿Prefieres que te lo diga a lo bestia o que sea suave?

—¿Cómo? Parece que me vas a hacer una proposición sexual.

—¡Puaj!, ni de coña. —Pone cara de asco.

—Pues dispara, que no tengo toda la vida y me quiero ir de aquí.

Se levanta de nuevo, hace ademán de ir hacia la ventana y mis nervios explotan.

—¡Vamos, coño! —Sé que he sonado desagradable, que tal vez mi tono ha sido tan elevado que me han escuchado fuera de la habitación y quizá en breves momentos una enfermera, alertada por mis gritos, entre y al final me quede sin saber qué es lo que Evan me quiere decir; así que lo aliento con un movimiento de una de mis manos.

—Soy tu hermano. Soy Rem Willians.

Creo que voy a desmayarme, lo miro con los ojos muy abiertos. Sacudo la cabeza... Joder. Y me parto de la risa. Me revuelco por la cama, lloro, me aprieto la tripa porque me duele y, de repente, paro. Me detengo de golpe, como si tuviera varios botones diferentes que manejan mis sentimientos y alguien estuviese jugando con mis reacciones, apretando cada vez uno diferente.

—No estás de coña, ¿verdad?

No, no lo está, pregunto por preguntar, porque su cara está muy pero que muy seria.

—No.

—¡No me jodas! —Con una mano me retiro el pelo de la cara y me la

foto.

—Yo también pensé que estabas muerto. Madre nos engañó a los dos. Durante un largo espacio de tiempo permanecemos en total silencio.

—Algo dentro de mí me decía que era mentira —lo digo de corazón. Durante una época creí que esa sensación era consecuencia de que mi madre no me dejó ir a su entierro, no me permitió verlo, pero ahora lo entiendo todo. Mi corazón me gritaba que mi hermano pequeño seguía con vida.

Lo miro y ahora sí que veo a Rem. Algo dentro de mí lo reconoce. Parece una locura, pero es él, mi corazón lo sabe. Mis ojos se llenan de esas lágrimas que hace años que no me permito derramar.

Se acerca reticente, temeroso, y extendiendo mis brazos hacia él.

Joder, qué bien sienta abrazar a mi hermano, cuánto lo he añorado.

Nos separamos y nos miramos sonrientes.

—Rem —le digo feliz.

Asiente y no deja de sonreír.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto con curiosidad.

—Desde que te conocí. Vine a Manhattan en tu busca.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste?

—No podía llegar, de repente, y decirte: «Hola, soy tu hermano, ese que creías muerto».

Asiento porque tiene razón.

—Cuando estuve en tu casa, la primera vez... —continúa hablando—, cuando vi la foto, mi foto, estuve a punto de decírtelo, pero llegó ese tipo y yo... No me atreví...

—No importa, nada importa ya. —Somos dos tipos duros llorando y riendo a la vez—. Lo único que importa es que estamos juntos de nuevo, ya nada nos separará.



41. Sex ha muerto. Una semana después

Poco a poco las cosas iban volviendo a la normalidad. Tras la locura de lo ocurrido con Lizz, tanto Roy como Patch intentaban recuperar su propia cordura. Incluso buscaban excusas que pudieran hacerles comprender cómo y por qué Lizz había cambiado hasta el punto de tratar de hacerle daño al hombre al que más unida había estado.

Sus mentiras, su plan trazado y su manera de actuar les confundía, pues nunca habían conocido esa cara de Lizz. Pero según parecía, siempre estuvo presente, tan solo ellos no habían sabido verlo a tiempo.

Durante un tiempo Lizz fue capaz de sembrar dudas en Roy, celos por su mejor amigo. Cuando Elkin entró en la ecuación, la mentira se había hecho una enorme bola. Intentó darles a entender que seguía enamorada de Roy, le mintió aquella noche en la que él fue en su busca, fingió tan bien lo de su supuesta boda que Roy se creyó sus lágrimas, se tragó todas las palabras que le había dicho y huyó.

Más tarde se propuso volver a unirlos, deseaba regresar al pasado, ese en el que nada ni nadie podría separarlos. Por eso le rogó a Patch que ayudase a Roy y por eso también regresó a Manhattan, con el fin de estar a su lado. Deseaba que Patch de nuevo la necesitase, así que lo acosó con el espectro de su madre. Sabía que no estaba curado, que tendría miedo y que, por supuesto, le pediría ayuda a ella, pues durante un tiempo fue la única que lograba sacarlo de ese estado de *shock* en el que lo sumía su madre.

Las largas conversaciones que los dos amigos habían mantenido en los días posteriores los ayudaron a superar otro amargo trago. Lizz se sumaba a la lista de personas queridas que los defraudaban.

Pero no todo era malo, ahora Patch había recuperado al hermano que durante tantos años había pensado que estaba muerto. Su madre había intentado separarlos con una mentira; ninguno supo del otro, ambos vivieron engañados pensando que el otro estaba muerto.

Por su parte, Roy no se separaba de Sex ni un solo instante. Iba a dejar de ser su guardaespaldas, pero lo haría cuando el juicio de Nikolay, que estaba muy próximo, se celebrase. Temía que el ruso enviase a alguno de sus hombres para hacerle daño, ya que, gracias a ella y a su afán de proteger a Olga, sus días de libertad peligraban.

Nikolay iba a ser juzgado por varios cargos, entre ellos trata de blancas, posesión de armas e incluso asesinato. Ahora todo estaba claro con respecto al caso de Madeleine, y si bien Nikolay no había tomado parte de manera activa en su muerte, sí había pagado a uno de sus hombres para hacerle daño. Roy no se fiaba de nadie con respecto a la seguridad de su chica, así que hasta que todo pasara, seguiría en nómina.

La vida del club había vuelto a la normalidad, los clientes ya no recordaban el incidente provocado por Nikolay y sus hombres, y el Trébol se llenaba noche tras noche. Sus bailarines volvían a ser los mejores de la ciudad.

Esa mañana Roy había quedado con Rem. Desde que se había descubierto quién era en realidad había dejado de ser Evan, nombre que había utilizado hasta entonces.

Dejó a Sex en su despacho entre facturas y pedidos. Protegida y segura. Allí estaba vigilada por las cámaras y por sus hombres, nada malo le podía pasar.

—Salgo un momento —le dijo a Landon.

—OK, jefe.

No pensaba tardar mucho, tan solo se tomaría un café con Rem y después regresaría al lado de Sex.

Entró en la cafetería y lo vio al fondo, sentado delante de una taza.

—¿Cómo va eso? —le preguntó mientras se sentaba en la silla de enfrente.

—Hola, jefe.

El camarero se acercó y Roy pidió un café.

—Y bien, ¿qué era eso tan importante que querías decirme? —Roy fue al grano, no quería pasar mucho tiempo lejos de Sex.

—Me voy..., bueno, la verdad es que nos vamos.

Ambos se quedaron en silencio hasta que el camarero dejó la jarra de cerveza sobre la mesa.

—¿Os vais? —preguntó tras darle un buen trago. Arrugó la frente en un claro gesto de confusión.

—Patch y yo... Hemos decidido volver a Falmouth.

—¿Por qué?

—Hablamos mucho y... Allí fue donde nacimos, tal vez encontremos una nueva vida, una segunda oportunidad.

—Eso lo podéis hacer aquí. No es necesario dejarlo todo y largaros tan lejos. —Por su tono seco, Rem dedujo que estaba molesto.

—Ya no —negó con la cabeza—, las cosas han cambiado mucho. Patch no quiere seguir viviendo de su cuerpo y yo quiero volver a respirar el aire de mi ciudad. Lo dejé todo por venir a por mi hermano y lo he encontrado, ahora quiero recuperar mi vida.

—No me gusta que os vayáis tan lejos... Aquí hay mucha gente que os quiere.

—Lo sé. Sobre todo, a Patch. La verdad es que en un principio fui yo quien dijo que se iba, no deseaba embarcarlo en mi aventura... Pero será mejor que él te lo cuente, tiene sus motivos para irse.

—Lo haré, hablaré con ese cabezota.

—Tan solo quería agradecerte todo lo que has hecho por mí. Que me dices una oportunidad cuando nadie lo hacía...

—Bah... Tonterías, fue Patch quien se preocupó.

—Patch dio un paso, pero tú apostaste por mí. Durante mucho tiempo me he sentido tan inútil... No encontraba trabajo, pero tú... —Roy intentó decir algo, pero Rem lo acalló con un gesto de la mano—. No te quites mérito porque ver cómo confiabas en mí tanto para proteger a Sex como a Olga... me hizo ver que soy útil, que puedo ayudar.

—¡Pues claro que lo eres!

—Ahora lo sé.

—Bien, eso está bien. —Le sonrió encantado.

Siempre había visto en Rem el tipo de hombre que era, uno valiente; tanto, que fue capaz de llevarse a Olga con él a pesar de no saber lo que se jugaba. Uno que se había enfrentado a Lizz, aunque ella iba disfrazada de su madre y sus heridas con respecto al maltrato al que había sido sometido por ella aún no estaban cerradas. Un hombre que no había dudado en dejarlo todo para ir en busca de un hermano, arriesgando, sin plantearse lo que habría

pasado si Patch no hubiese querido saber nada de él. No, no se había confundido con Rem.

Se quedaron en silencio durante un buen rato, hasta que Rem decidió hablar de nuevo:

—También quiero pedirte disculpas...

—¿Por qué?

—Sé que no fui de mucha ayuda el día que Nikolay entró en el club...

—Oh, vamos, te golpearon —dijo tratando de quitarle importancia.

—Ya, pero debí ser más precavido.

—No te reprocharía nunca eso, pues yo también me siento culpable. Tenía la cabeza en otras cosas y no lo vi...

—No puedes estar en todos los lados, Roy. Landon era el que tenía que haber estado más espabilado aquella noche.

—¿Landon?

—Sí, él vigilaba la entrada, no sé cómo coño se le pasó... —Rem calló al ver la cara de Roy. Estaba pálido y su boca se abría en una extraña mueca.

—¿Quieres decir que Landon era quien estaba en la puerta de entrada?

—Sí. En un principio iba a ser yo, pero me dijo que habías dado otras órdenes y que me fuera a la de atrás.

Roy se puso de pie a tal velocidad que la mesa se tambaleó al golpearla con sus piernas y su taza de café cayó al suelo, provocando tal estruendo que la camarera y el resto de los clientes se los quedaron mirando.

—¿Qué pasa, Roy? —Rem no entendía la desmedida reacción del jefe.

—Tengo que irme. —Sacó de su bolsillo un par de billetes y, sin pararse a mirar de qué cantidad eran, los lanzó sobre la mesa y salió casi a la carrera. Rem lo siguió a la zaga y susurró un «lo siento» al pasar al lado de la camarera que, con cara de pocos amigos y una fregona en la mano, se acercó a limpiar el desaguisado.

El club estaba tan solo a unos pocos metros de distancia y Roy corría desesperado.

—¡Roy! —Escuchaba cómo Rem le gritaba, pero él no aminoraba la velocidad—. ¡Joder, Roy! —Ya lo tenía a su lado y pedía explicaciones.

—¿Tienes aquí tu arma? —le preguntó sin aminorar el trote.

—No.

—Pues quédate aquí. Llama a la policía.

Habían llegado a la puerta del club, que permanecía cerrada. Roy hizo intención de abrir para entrar, pero Rem le agarró el brazo.

—¡Dime qué coño está pasando!

—No hay tiempo para explicaciones. Quizá Sex esté en peligro. —Se deshizo del amarre con un brusco movimiento. Sacó el arma y abrió la puerta—. ¿Ves esa cámara? —La señaló con un dedo y Rem asintió—. Yo ordené colocarla ahí, joder, y ahora él puede vernos. —Parecía desesperado.

—¿Quién? —preguntó Rem confuso.

—Landon, Landon es el soplón, él fue quien nos vendió y ahora está a solas con Sex.

Sin más, entró y dejó a Rem solo, parado en la acera, tan sorprendido como asustado por lo que suponía saber que todo ese tiempo Landon había estado a las órdenes de Nikolay.

Rem sacó su móvil. Marcó el número de la policía, pero de repente la onda expansiva que produjo una fuerte explosión lo lanzó contra el suelo, haciendo que el móvil se estrellara y se rompiera en mil pedazos.

—¡Roy! —gritó desesperado.

Roy

Descubrir que Landon está comprado por Nikolay hace que mis pies se muevan más rápidos que mi cabeza.

La explosión me sorprende dentro de la sala. La puedo sentir dentro de mí, parece que todos mis órganos se agitan y caigo al suelo sin poder hacer nada para impedirlo. No es la primera vez en mi vida que una bomba estalla casi a mi lado. Conozco las sensaciones que provoca la onda expansiva, sé perfectamente lo que tengo que hacer a la mayor velocidad posible.

Mi única prioridad es encontrar a Sex, así que me levanto lo más rápido que mi golpeado cuerpo me permite.

—¡Sex, Sex, Sex! —grito una y otra vez.

¡Fuego! El olor a quemado, el humo y la sensación de ahogo me golpean de lleno al llegar al pasillo donde está el despacho de Sex.

—¡Socorro, que alguien me ayude! —La escucho gritar desesperada desde el otro lado de la puerta.

—Ya voy, Sex. —Golpeo la dura madera, pero algo me impide abrirla del todo. Parece que algún objeto pesado, debido a la deflagración, ha caído de tal manera que, por más que empujo la puerta, solo logro abrirla unos centímetros.

—¡No puedo moverlo! —grita Sex.

A través de la pequeña rendija puedo verla, intenta mover el pesado objeto que le impide salir del despacho. Está atrapada y yo no puedo hacer nada.

En mi desesperación por llegar a ella, golpeo sin ninguna efectividad la hoja, que no cede.

«¡Piensa, piensa!», me digo. Ese no es el camino correcto para rescatarla, tiene que haber otro...

—Sex, escucha... —Puedo ver sus ojos verdes mirándome a través de la rendija. El terror se ve reflejado en ellos—. Te voy a sacar de aquí, confía en mí.

Ella asiente a cada palabra que sale de mi boca.

—Date prisa, Roy.

Paso una mano por el hueco y ella la toma. Tiembla y noto las sacudidas de su cuerpo en el mío.

—¿Puedes llegar a la puerta de mi despacho?

Niega con vehemencia.

—Hay fuego, todo está ardiendo, no puedo... Tengo miedo, Roy.

El humo comienza a llenar todo el espacio y se hace cada vez más difícil respirar. Tengo que llegar a ella ya.

—Tranquila. —Suelto su mano y acaricio su cabello—. Voy a buscarte, te sacaré, te lo juro. Ahora quédate agachada y muy quieta.

Intento separarme de ella, pero atrapa mi mano y se aferra a ella con fuerza.

—¡No, no! —grita desesperada—. ¡No me dejes sola!

—Nunca. Mírame, Sex, nunca te dejaría. Voy a buscarte. Voy a por ti y te sacaré de aquí como sea. —Intento de nuevo soltar mi mano—. ¿Confías en mí? —Asiente y con reticencia, me suelta.

Allí la dejo, entre lágrimas y sollozos. Miro sus ojos verdes una vez más, sé que me darán fuerzas, y las necesito. Sin pensar en nada más que en tenerla otra vez entre mis brazos, corro hacia mi despacho.

Al entrar, el humo me hace lagrimear, toso una y otra vez. Los pulmones me duelen y respirar cada vez se está volviendo más difícil.

Cuando llego a la puerta que separa mi despacho del de Sex, la golpeo con fuerza y, al abrirse, una gigantesca lengua de fuego me recibe.

Al fondo de la sala apenas puedo distinguir la figura de Sex. Permanece en cuclillas, se tapa la boca con una mano y tose.

Tengo que llegar a ella, sea como sea. Mi vida deja de importarme, solo ella, ella, ella...

Corro sorteando el fuego, abriéndome paso. Siento el calor y cuando llego a ella, la abrazo con desesperación.

—Ya está, todo va a terminar pronto. Te voy a sacar de aquí.

Asiente y me mira con esperanza.

Me quito la americana y la envuelvo en ella lo mejor que puedo. Tenemos que salir por donde he entrado y el fuego es cada vez más intenso.

La tomo entre mis brazos.

—No mires —le digo.

Corro, corro con desesperación, siento el dolor del fuego quemándome, la presión del humo asfixiándome, pero no dejo de correr.

A lo lejos, las sirenas me llegan amortiguadas por el horroroso sonido de las llamas, de la madera y de los cristales al romperse.

Sex tiembla, se aferra y confía en mí.

Tengo que ponerla a salvo, pero las fuerzas me fallan.

Sex

Todo por lo que he luchado estos años se quema.

Impotente, veo el fuego consumiendo mi club, mi Trébol de Cuatro Hojas.

Los bomberos intentan terminar con las llamas, pero ya es tarde. Nada quedará en pie.

Miro a Roy, que me abraza e intenta consolarme, pero no puedo dejar de llorar de rabia, de desesperación.

Por un segundo, retiro los ojos de las llamas y los clavo en él, en mi guardaespaldas. Le toco una mejilla con mis dedos temblorosos, llamo su atención y él también deja de mirar el fuego.

—Me has salvado —le digo. Mi voz suena extraña, el humo ha resecado mi garganta.

Roy se limita a asentir. Unos surcos recorren sus mejillas, los que han dibujado sus lágrimas. Lágrimas producidas por el humo y ahora por la tristeza.

—Sex..., yo... —Toma mi cara entre sus manos y lucha por limpiar mis mejillas de llanto, de suciedad, de pena y dolor—. ¡Joder, Sex, lo siento

tanto!

Niego con la cabeza una y otra vez.

—No tienes que sentir nada, Roy. Lo importante es que estamos a salvo.

—Pero el Trébol... —Su voz es amarga, su pena es tan grande que me golpea el corazón como lo ha hecho la onda expansiva.

—El trébol, mi trébol de cuatro hojas, eres tú —le digo intentando sonreír—. Tú, solo tú.

Roy me abraza con fuerza. Hunde la cara entre mi pelo y puedo escuchar cómo solloza.

—Ahora estamos juntos y lo demás no importa —le susurro.

—Sex... —Escucharle pronunciar mi nombre hace que algo dentro de mí se rompa.

—¡No! —grito, y él me mira, confuso—. No volveré a ser Sex.

—¿Cómo?

—Sex ha muerto en ese incendio, Sex se ha quemado junto al Trébol.

Anastasia.

—¿Anastasia?

Asiento.

—Ese es mi verdadero nombre.



42. No te rindas. Seis meses después

La tenue luz de la mañana entraba por la ventana. Roy llevaba ya un buen rato despierto contemplando a su chica dormir.

Le gustaba aprovechar los pocos días libres que su empresa de vigilancia le permitía tener. Ser el jefe y el dueño le suponía disfrutar de muy poco tiempo para él, pero cuando disponía de algún día, le encantaba pasar las horas en la cama junto a su mujer.

Su larga y roja melena cubría la almohada y un rebelde mechón le caía por la cara y se agitaba al ritmo de su respiración acompasada.

Una fina sábana cubría su desnudez y dejaba vislumbrar sus curvas. Estaba de lado, con las manos debajo de su cabeza y las piernas muy juntas.

Roy podía pasarse horas mirándola, admirándola. No se cansaba de respirar su aroma, de recorrer su cuerpo con sus manos, con sus labios, de beberse sus gemidos cuando le hacía el amor.

Cada noche, en esa cama, disfrutaban el uno del otro sin ningún tipo de restricción, sin ningún tipo de límite.

Se amaban y ya no ocultaban lo que sentían.

Sus vidas habían cambiado mucho. Ya no eran Roy y Sex, ahora eran Roy y Anastasia. El Trébol no existía, se había quemado. Landon lo había hecho estallar y después se había esfumado como el humo. La policía lo encontró cuando trataba de salir de Estados Unidos. Ya no tenía el resguardo del ruso, ahora Nikolay se pudriría en la cárcel junto a todos sus esbirros y él lo haría igual, pues a la pena impuesta por la explosión causada en el Trébol se le sumaba el asesinato de Madeline, que quedó demostrado al encontrar la furgoneta con sus huellas.

Roy, que hasta el momento había permanecido de lado y con un codo apoyado en el colchón para poder elevarse y verla dormir, se dejó caer sobre su espalda. El recuerdo de Lizz le provocaba asco, pena, dolor.

Lo que había hecho era terrible, espantoso e imperdonable.

Estaba acusada de intento de asesinato y pasaría una buena temporada en la cárcel.

Roy respiró profundamente. Le molestaba mucho pensar que en realidad los celos que había sentido por Patch no eran producto de su imaginación, sino que en realidad Lizz tan solo lo había utilizado para acercarse a quien realmente le importaba, por el que sentía adoración y un amor enfermizo: Patch.

El timbre de la puerta lo sacó de sus pensamientos.

Anastasia se movió entre las sábanas, él se acercó y le susurró:

—No te muevas, ya abro yo.

Anastasia sonrió perezosa, estaba tan cansada que se lo agradeció con un dulce beso en los labios.

Roy se puso los vaqueros, que habían terminado tirados en el suelo cuando la pasión los obligó a arrancarse la ropa el uno al otro.

Descalzo, caminó hasta la puerta de su casa y abrió.

—Hola, Roy.

—¡Vaya, Jared! —contestó sin disimular su sorpresa.

—Necesito hablar contigo. No te robaré mucho tiempo.

Apenas lo reconocía, había cambiado tanto. Estaba mucho más delgado y sus ojos se veían apagados, tristes.

—Pasa —le dijo, y se apartó de la puerta.

Ambos caminaron hacia el salón.

—¿Te apetece beber algo? —Jared negó con la cabeza—. Voy a ponerme algo... —Se señaló el torso desnudo—. Ponte cómodo.

Mientras se sentaba en el sofá, Jared lo vio subir las escaleras.

Le había costado encontrar la nueva dirección de la pareja. Se habían mudado al otro lado de la ciudad, a un residencial de casitas unifamiliares con jardín y mucha tranquilidad.

Cuando vio bajar a Anastasia, se levantó y fue a saludarla.

—Hola, Jared, qué alegría volver a verte. —Lo abrazó con cariño. Por un tiempo, hasta que se recuperó del todo, mantuvieron mucho contacto. Pero cuando se mudaron al otro lado de la ciudad, lejos de Tribeca, dejaron de verse. Tan solo se llamaban de vez en cuando.

Jared correspondió a su abrazo, a su cariño.

Cuando se separaron, ambos se observaron con mucha atención. Anastasia estaba, como siempre, preciosa. Llevaba el pelo sujeto en una coleta, sin gota de maquillaje, pues se acababa de levantar; su faz tenía un aspecto fresco, con las mejillas sonrosadas y esas pecas que le otorgaban una imagen juvenil.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación. Acarició una de sus mejillas. El aspecto de Jared la inquietó.

—Sí, sí. Ya estoy recuperado del todo...

—Sé que el médico te dio el alta, pero no me refiero a tu salud, Jared. — Sus ojos lo buscaban, pues él rehuía su mirada.

Se separó de manera brusca, caminó hasta el sofá y se sentó, dejando la pregunta de Anastasia sin respuesta.

Roy bajaba las escaleras en ese momento mientras se colocaba una camiseta.

—¿De verdad que no quieres nada? —preguntó al llegar a su lado.

—No, de verdad.

Anastasia seguía mirándolo, continuaba esperando su contestación, pero él no había venido hasta su casa para contarles sus penas, no quería que lo mirasen con lástima.

—¿Pasa algo, Jared? —insistió Anastasia.

—Tan solo... —Un nudo le apretaba la garganta y le impedía expresarse con claridad, así que carraspeó en un intento de deshacerse de él—. Lo he llamado, muchas veces.

No era necesario decir su nombre, ellos sabían perfectamente a quién se refería.

Sus ojos brillaban y su nuez subía y bajaba al mismo ritmo que sus respiraciones.

Anastasia se sentó a su lado y fijó sus preciosos ojos en los de él.

—Lo sé.

Jared la miró sorprendido.

—¿Él te lo ha dicho?

Ella asintió, no le podía mentir viendo el estado en el que se encontraba.

Los ojos de Jared expresaban tantas cosas, entre ellas esperanza. Si hablaba con Anastasia sobre él, quizá aún lo recordaba.

—Yo... —De nuevo el nudo le impedía hablar—. Necesito verlo...

Se moría por volver a verlo, aunque solo fuera por un instante, por

última vez.

—No está aquí... —intervino Roy.

—Y..., ¿y dónde está?

—Se marchó a Inglaterra.

Jared se puso de pie y caminó hasta el ventanal que separaba el salón del jardín que rodeaba la casa.

Iría a donde fuera, no le importaba la distancia; tan solo quería mirarse en sus ojos, tan solo quería decirle...

—Ya no estoy con mi mujer. Me he divorciado —confesó sin volverse.

Sintió cómo Anastasia se colocaba a su espalda y, con suavidad, posaba una de sus pequeñas manos sobre uno de sus hombros.

—Aún lo quieres —afirmó.

—Sí. No puedo olvidarlo. Tan solo deseo verlo, explicarle...

Cerró los ojos, el nudo cada vez apretaba con más fuerza y le costaba retener las lágrimas.

Cuando los abrió, vio la mano de Roy, que le tendía un papel y esperaba que él lo cogiese. Lo tomó y lo abrió con manos temblorosas.

—Es su dirección.

Jared sonrió agradecido.

—Patch es muy cabezota —dijo Anastasia—, pero no te rindas, Jared.



43. Mi vida junto a él

Jared

No puede ser. No es posible que haya viajado tan lejos pasando tantas horas metido en un avión, que haya faltado a mi trabajo y que sea esa la imagen con la que me encuentro nada más llegar a su hogar.

Cierro los ojos, cuento hasta cinco y los abro en un estúpido intento de que desaparezca.

Ahora tan solo deseo borrar de mi mente lo que acabo de ver, pero se ha quedado marcado y, por más que lucho por deshacerme de ello, creo que nunca lo voy a lograr.

Patch abraza a ese tipo... Lo conozco, es el mismo que vi la vez que fui a su casa. Me mintió, me dijo que no tenía nada con él, pero... ¡Joder, los he visto abrazados! ¡Ha viajado con él hasta Inglaterra! Si no fuera nadie, si no le importara nada, no estarían allí, juntos y abrazados donde todo el mundo puede verlos.

Y pensar que cuando estuvo en el hospital, a los pies de mi cama, me sentí tan mal pensando que le había mentido.

Recordar el dolor que sentí al saber que se había enterado de que estaba casado de esa manera me rompe el corazón. Me creí culpable por no haberle dicho nada, por haber guardado mi anillo para que no lo viese y ahora... ahora me doy cuenta de que él también me estaba engañando. Me mintió, se largó dejándome con la idea de que la falta la había cometido yo.

¡Maldito cabrón!

Me dan ganas de andar los pocos metros que nos separan y darle un

fuerte puñetazo en su bonita cara.

Todo este tiempo sintiéndome miserable y él... Joder, él liado con ese tipo. ¡Maldita sea!

Tras el abrazo, han entrado juntos en la casa. Me da asco pensar lo que van a hacer, me repugna.

No sé cuánto tiempo me quedo como un pasmarote mirando la entrada, observando los dos peldaños que llevan hasta la puerta, la valla blanca que la bordea, la fachada de piedra y esa moto que está aparcada en la acera.

Lo que en un principio han sido unas pocas gotas de lluvia, de repente se ha transformado en un fuerte aguacero que me moja y hace que mi ropa se pegue a mi cuerpo; pero no me importa, sigo mirando esa ventana, sigo mirando la casa. Su casa.

Patch

Desde que me he trasladado a Falmouth me siento muy solo. Me vine con mi hermano en busca de una nueva vida. Ambos queríamos encontrar lo que ella nos había arrebatado y pensamos que, regresando al lugar donde nacimos, donde todo comenzó, lo conseguiríamos. Pero no ha sido así. En mi caso, lo único que he encontrado es soledad.

Al principio Rem y yo vivíamos juntos, alquilamos esta casa y nos dedicamos a buscar trabajo. Pero Falmouth es una ciudad pequeña y después de buscar sin descanso, tan solo yo encontré un empleo en un hotelito donde hago un poco de todo.

Rem, sin embargo, no tuvo tanta suerte y finalmente regresó a Manhattan, donde Roy le ofreció un empleo en su nueva empresa de seguridad. Ahora Sex y él son dueños de un negocio que nada tiene que ver con el sexo y, según parece, les va muy bien.

Sé que Rem ha venido a verme con el propósito de convencerme para que regrese con él. Cada vez que viene, hace lo mismo.

Lo recibo en la puerta de mi pequeña casa. Nos abrazamos y entramos. Ha empezado a llover, últimamente detesto la lluvia. Odio este tiempo tan inestable, añoro el sol, el bullicio de Manhattan, el aire contaminado, los ruidos de los coches...

—¿Cómo fue el viaje? —le pregunto.

—Pesado y largo. Si regresaras conmigo, no tendría que recorrer tantas

millas para ver a mi hermano.

Pongo los ojos en blanco, empieza pronto a darme el coñazo.

En el fondo me da pena, pues sé que se siente culpable. Piensa que fue él quien me alentó a meterme en este agujero, pero la realidad es otra. Gracias a él, pude huir de Manhattan. En ese momento necesitaba poner distancia, tenía que olvidar..., y pensé que esta era la mejor solución. Aunque en realidad ha sido una estupidez, pues a pesar de la distancia que me separa de Jared, no ha pasado ni un solo día sin que lo añore.

Rem deja la bolsa con sus cosas sobre una de las sillas del salón y se sienta en el sofá.

—Anastasia te manda recuerdos.

—Anastasia —resoplo—, no me acostumbraré nunca a llamarla así. Para mí, siempre será Sex.

Me siento a su lado, parece cansado de verdad.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupado.

—Sí, tan solo he dormido mal. —Me sonrío, pero sé que me oculta algo.

—¿Mucho trabajo?

—La verdad es que el negocio va muy bien. Roy ha conseguido muchos clientes nuevos y ha tenido que buscar más personal. Si vuelves conmigo, tendrás trabajo seguro...

—Sabes que yo no sirvo para llevar pistola —lo interrumpo.

Rem se pone de pie, está molesto, viene siempre con la idea de convencerme y siempre se va desilusionado con mis negativas.

Se acerca al ventanal y se asoma.

—No quiero que sigas aquí, solo... Dijimos que tras reencontrarnos no nos separaríamos... —Calla de golpe, algo afuera le ha llamado la atención—. Patch... Hay un hombre fuera de la casa... Se debe estar calando. No se mueve y no deja de mirar hacia aquí.

Me levanto y me coloco a su lado.

De pronto, se me congela el aliento, mi corazón se para y mis ojos se abren para empaparme, al igual que lo está haciendo su ropa, de la imagen de Jared.

Sin darle una explicación a mi hermano, camino hacia la puerta, la abro y salgo del confort y el calor de la casa al frío de la calle, en manga corta, sin importarme la lluvia que me golpea sin piedad.

—Patch..., ¿dónde vas? —Escucho cómo Rem me llama, pero nada me importa, solo él.

Sé que me está mirando, observa sin moverse cómo me acerco. Solo detengo mis pasos cuando llego frente a él. Lo tengo tan cerca que casi no necesito extender los brazos para tocarlo, pero no lo hago.

—Jared. —Mi voz suena tan débil que parece un lamento.

Él pestañea como si de repente hubiera salido de su letargo. Lo he echado tanto de menos que me duelen las manos, quieren tocarlo, pero yo no las dejo.

—Durante todo este tiempo me he sentido culpable —comienza a hablar lento, suave. Me observa con atención. El agua resbala por su pelo, que se pega a su cara y tapa sus ojos, pero él no se molesta en retirarlo—. He pensado que merecía el dolor que me suponía estar lejos de ti, que no era suficientemente bueno para estar contigo. Me sentía sucio, ruin.

—Jared... —Intento que se calme, veo cómo su pecho sube y baja con cada inspiración.

—Te mentí... No te dije que estaba casado y guardé mi anillo para que no lo vieras. —Levanta su mano, esa en la que debería lucir la alianza, y puedo ver su dedo desnudo—. Ya no estoy casado.

Asiento.

—Pero ahora descubro que tú... —Me señala y clava con saña ese dedo en mi pecho. Suelta un gruñido y se lleva las manos a la cabeza—. ¡Joder, he venido hasta aquí para descubrir que eres un cabrón mentiroso! —grita.

—¿Cómo? —Sé que mis ojos deben expresar confusión, lo veo en su forma de mirarme.

—Te he visto. He visto cómo abrazabas a ese tipo... Ese que según tú no era nadie...

Me dan ganas de reír, ahora lo entiendo, ahora sé por qué está enfadado. Él cree...

—Te estás equivocando, Jared...

—¡Lo sé! —grita de nuevo—. Me he equivocado en venir, en añorarte, en dejar que entrases en mi vida y la trastocases hasta el punto de olvidarme de todo. ¡Cómo me he equivocado!

Se da la vuelta, quiere irse, pero no le voy a dejar. Le agarro el brazo con fuerza y lo obligo a mirarme a los ojos.

—¿Sabes qué? —Estoy tan enfadado que tan solo me falta que me salga espuma por la boca—. Él —señalo la casa para que sepa a quién me refiero—, él es muy importante para mí...

—Por favor, no lo digas... —me interrumpe. Siento su dolor y me

sacude el cuerpo.

—Déjame terminar. —Sé que mi tono es áspero, desagradable—. Es importante porque él es mi hermano, joder, es mi puto hermano. —Poco a poco he ido subiendo el tono. Me encaro a él, lo empujo con mis manos. Ambos estamos calados hasta los huesos, tiembla, pero sé que no es de frío, pues yo también lo hago.

—¿Hermano? —pregunta perplejo.

—Sí, pedazo de tonto. Mi madre nos mintió a ambos. No murió, mi hermano no murió.

Jared cierra los ojos, suspira con fuerza y cuando los abre, veo una brillante sonrisa en su boca, una que deseo borrarle de un puñetazo.

—Hermano —repite.

Con furia, lo tomo entre mis brazos. Suelto un gruñido, un fuerte suspiro de alivio.

—No podría estar con nadie —le susurro al oído—, ya no puedo estar con nadie que no seas tú.

—Yo..., joder. —Parece confuso, perdido—. Soy un gilipollas, un idiota... ¿Podrás perdonarme? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Joder, Jared, te amo. Has venido hasta aquí en mi busca y yo te amo tanto... Pues claro que te perdono. Ya lo hice hace mucho, pero mi puto orgullo no me dejaba dar el paso... —Un sollozo sale de mi boca y él de nuevo sonrío de manera abierta, feliz.

—El orgullo siempre lo estropea todo —susurra con voz ronca.

Asiento y, sin más, lo abrazo con fuerza y busco sus labios con ansia.

Soy total y absolutamente consciente de que Rem nos mira, de que es probable que mis vecinos también lo estén haciendo, pues hemos gritado mucho y aquí pasan pocas cosas interesantes. Dos hombres discutiendo y después besándose seguramente sea el cotilleo más jugoso que han vivido en años. No me importan nada sus ojos juzgando, me dan igual, tan solo quiero seguir besando esos labios, tan solo deseo pasar el resto de mis días junto a él.



44. El principio de un chiste malo. Un año después

El baile siempre había formado parte de él. El *ballet* lo había sido todo por un largo periodo de tiempo. Ella, a pesar del daño que le había hecho, no logró que lo odiara del todo, tan solo consiguió que dejase de lado la disciplina y que cuando danzase lo hiciera por y para él, solo para disfrutar.

Los recuerdos de sus años de *stripper* no le eran desagradables, muy al contrario, lo ayudaron a sentirse admirado, deseado; eran un bálsamo del que noche tras noche disfrutaba y que elevaba su ego, lo ayudaba a recuperar la fe en sí mismo. Pero ahora todo había cambiado, su vida estaba completa. No solo bailaba para vivir, sino que enseñaba a niños de corta edad a encontrar en la danza una manera de expresarse, una forma de mostrarles a los demás de lo que eran capaces.

Jamás pensó que ser maestro sería tan sumamente gratificante. Llevaba cinco meses dando clases en la prestigiosa academia de baile Marisor y le aportaba tantas satisfacciones que no pensaba cambiarlo por nada.

A esas alturas de su vida, Patch había descubierto que le gustaban los niños, que disfrutaba viendo cómo aprendían los pasos, cómo lo miraban con admiración y cómo veían en él un ejemplo a seguir.

Patch estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, los brazos apoyados en las rodillas y las manos bajo su barbilla. Observaba con una tonta sonrisa en la boca y con los ojos brillando de orgullo a la pequeña Irina mientras giraba, saltaba y hacía perfectas piruetas. Su tutú rosa palo se mecía y ella sonreía feliz.

Llevaba un par de meses dando clases extras a Irina porque sabía que tenía mucha capacidad. Seguramente, dentro de unos años sería una gran figura en el *ballet* profesional, de eso no le cabía ninguna duda.

—¡Muy bien, Irina! —le gritó entusiasmado cuando la niña realizó con una ejecución impecable varios *fouetté en Tournant*.

Se puso en pie, la pieza que había seleccionado para su baile terminaba y Patch estaba tan entusiasmado con el resultado que no podía estarse quieto por más tiempo.

Había intentado retenerse para no desconcentrarla, pero ya no podía más y cuando Irina dio su último giro, la música cesó y la niña se quedó quieta como una estatua, dando por concluido el baile, Patch corrió hasta ella, la tomó entre sus brazos y la hizo girar mientras ambos reían felices.

—¡Eres una campeona! —le gritaba entusiasmado.

La dejó en el suelo, se colocó de rodillas para ponerse a su altura y, tomando sus delgados hombros entre las manos, la miró a los ojos y le dijo:

—Llegarás muy lejos, Irina. Estoy tan orgulloso de ti.

La niña lo miraba emocionada, su maestro había sido una de las figuras más importantes del *ballet*, justo lo que ella deseaba ser.

Sus ojos brillaban, había peleado mucho, ensayado horas y horas, quizá su sueño se cumpliera.

—Maestro..., ¿crees que llegaré a ser primera figura?

—Estoy seguro de ello, Irina. Tienes todo lo que hay que tener: fuerza, constancia y ganas de trabajar. Algún día iré a verte bailar en el Metropolitan.

Los ojos de Irina brillaron de felicidad.

—¿Puedo pasar? —Una preciosa morena asomó la cabeza por la puerta entreabierta de la sala de ensayo.

—¡Mamá! —gritó Irina entusiasmada, mientras corría hacia ella.

—Pasa, Gádor, ya estamos terminando —la alentó Patch.

La estancia se llenó entonces con las risas, abrazos y besos que Irina le daba a su madre. Patch no podía dejar de observarlas con una sonrisa de oreja a oreja. Por un instante, un nudo apretó con fuerza su garganta, sus recuerdos lo golpearon. Esa imagen bucólica de madre e hija le hizo retroceder a su pasado. Jamás había experimentado nada igual, nunca recibió abrazos, no recordaba haber escuchado a su madre reír.

Era tan bonito ver el amor que ambas se profesaban, que no podía dejar de observarlas con una tonta y melancólica sonrisa dibujada en su boca.

—¿Qué tal fue hoy la clase?

Patch carraspeó antes de contestar:

—Muy, muy bien. —Se acercó a Irina y colocó las manos sobre los hombros de la pequeña—. Irina va a ser una de las mejores bailarinas. Aprende muy rápido.

Gádor se hinchó de orgullo. Que un bailarín tan famoso como Patch, un hombre al que admiraba desde niña, dijera eso de su hija, la emocionaba hasta el punto de tener que pestañear un par de veces para que las lágrimas que llenaban sus ojos no se derramasen.

Patch había llegado a sus vidas por casualidad. Anastasia era una buena amiga de su marido Iván y ella los presentó.

Nunca olvidaría el día que quedaron para cenar y de repente lo vio entrar en el restaurante que Iván regentaba. Lo reconoció al instante, pues había visto innumerables vídeos de él. Había crecido queriendo ser como él, bailar como Patch lo hacía. Le costó recuperar el habla cuando se lo presentaron y al instante entre ellos nació una relación estrecha y muy especial porque se entendían; ambos habían crecido bailando, sufriendo la dura disciplina, y sabían lo que el *ballet* significaba en sus vidas. Compartían algo maravilloso y único, algo que no todos podrían entender.

Con el tiempo, se hicieron muy buenos amigos y un día Patch le contó la razón que le llevó a dejar el *ballet*, los motivos por los que dejó de ser primera figura para transformarse en *stripper*. Gádor no lo juzgó, no lo censuró, todo lo contrario, lo ayudó a conseguir ese trabajo. Lo recomendó, lo guio e incluso le echaba una mano cuando alguno de los pequeños se ponía difícil. Patch jamás había tratado con niños y en algunas ocasiones se veía desbordado cuando alguno rompía a llorar o se negaba a hacer lo que el profesor le ordenaba, entonces aparecía Gádor y hacía su magia. Conocía tan bien la mente infantil, que era capaz de calmar a cualquier niño al instante.

—Bueno, señorita —Gádor tomó la mano de su hija—, es hora de irse a casa.

—No puedo irme, mamá, tengo que ensayar un poco más... —protestó Irina.

—De eso nada, es muy tarde y estás agotada.

Patch seguía con atención el diálogo que mantenían madre e hija. Más recuerdos llenaron su cabeza. Su madre jamás le habría dicho nada parecido, muy al contrario, a pesar de verlo llorar de cansancio, le exigía más. Lo obligaba a pasar horas ensayando sin descanso.

—Tu madre tiene razón, Irina. Mañana seguiremos.

La niña siempre hacía caso al maestro y dejó de discutir al instante.

Recogió todas sus cosas y, después de despedirse de Patch, le dio la mano a su madre y ambas salieron de la clase.

Patch

Hoy no salgo muy tarde de la academia, tengo una cita y no puedo faltar por nada del mundo.

Tengo muchas ganas de verlo, hace tanto que no quedamos él y yo solos para tomarnos un simple café... Pero por fin he conseguido que deje de lado por unas horas su ajetreada vida y venga a ver a su hermano.

Hace muy mal tiempo, el frío se me mete en los huesos y la fina lluvia que ha empezado a caer me obliga a correr hasta la cafetería en la que hemos quedado.

Empujo la puerta, entro y me sacudo el agua del pelo. Miro hacia todos los lados, lo busco y lo encuentro sentado en la barra, charlando con la camarera. Sonrío, ese es Rem, un tío de lo más sociable, siempre con la sonrisa en la boca; incluso cuando no hay nada que te ayude a ser feliz, él busca ese rayo de esperanza, lo atrapa y lo refleja en su mirada, en su sonrisa perenne.

Aún me asombra, a pesar de todo lo que ha pasado, de todo lo que ha sufrido, que le queden ganas de sonreír. Lo admiro porque sé que también está roto por dentro, pero no se refleja por fuera.

Me acerco, pero está tan concentrado en la rubia camarera que no se da cuenta de mi presencia hasta que estoy a su lado.

—¡Ya era hora de que sacases algo de tiempo para tu hermano! —le reprocho, pero lo hago con una sonrisa que ilumina mi cara. Siempre me gusta verlo y últimamente parece no tener nada de tiempo libre.

Se baja de la banqueta y me abraza. Nos palmeamos la espalda y nos damos dos besos.

—Pon otra cerveza —le dice Rem a su amiga la camarera cuando ambos nos sentamos.

—¿Y esa barba?

—Creo que me hace más atractivo. —Se pasa una mano por sus mejillas acariciando el vello que las cubre.

—Por lo menos te da aspecto de más adulto y responsable —me burlo.

—Mi etapa de carreras de coches y de follar sin preocupación pasó — dice mientras lanza un suspiro y mira de reojo a la camarera—. Ahora tengo un trabajo serio, con mucha responsabilidad, y vuelvo a usar traje.

Se acomoda las mangas de su perfecta americana gris.

—Bonito traje, por cierto —me mofo, sé perfectamente que odia ese tipo de indumentaria.

—¿Podemos dejar ya el temita? —pregunta intentando ponerse serio, aunque yo sé que es todo fachada—. ¿Qué tal está Jared?

—Genial. Aún se está adaptando a su nueva situación... —Me señalo con descaro. Rem conoce de primera mano lo que le está costado a Jared dejar sus prejuicios a un lado y aceptar que ahora está con un hombre, que vive con él.

—¿Ya te ha presentado de forma oficial?

—¡Qué va!, le cuesta admitir ante los ojos de todos que soy su pareja. — No puedo evitar que suene un poco a reproche.

—Pero ya ha pasado un año.

—Tan solo necesita tiempo, y de eso tengo mucho.

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

—¿Yo? Llevo toda mi vida esperándole, así que estoy totalmente adaptado y feliz. —Para reiterar mis palabras, pongo una gran sonrisa de dientes blancos.

Rem deja de sonreír, se pone tan serio que se le forma una fea arruga en la frente.

—¿Eres feliz de verdad?

Asiento con vehemencia.

—Mucho, muchísimo. Me siento como si durante mi vida pasada hubiera estado en el infierno y ahora el paraíso hubiera abierto las puertas para mí. Solo le queda dar el paso, y sé que tarde o temprano lo haré. Además, tengo mucha paciencia.

—Me alegro, hermano. Lo mereces.

Le da un trago a su cerveza y deja la jarra sobre la barra. Sé que sonrío, pero no puedo verlo, pues sus ojos están clavados en el asa que mueve de un lado al otro, jugueteando con ella.

—Vamos, hermano, suéltalo. —Le doy un codazo en el brazo que tiene apoyado en la barra—. Sé que algo te preocupa.

Gira la cabeza y entonces puedo ver su triste y apagada sonrisa.

—¿Tanto se me nota?

—No eres bueno para disimular.

Suelta una carcajada.

—Nunca lo fui. —Un suspiro se escapa de su boca y sus ojos regresan a la jarra—. ¡Joder, no logro olvidarla! —suelta de golpe.

—¿Olvidarla? ¿A quién?

—A Olga.

—¿Te refieres a la Olga por la que te jugaste la vida?

—Sí, esa Olga.

Esto no me lo esperaba. Hace más de un año que no la ve y tan solo compartió con ella unos días...

—¿Por qué no intentas buscarla? Jared podría ayudarte.

Que mi hermano pequeño, con el que me he reencontrado hace tan poco tiempo, confíe en mí para contarme sus sentimientos, lo que le preocupa, me hace sentir la imperiosa necesidad de ayudarlo. Deseo que él también encuentre la felicidad, lo merece.

Ante mi pregunta, se encoje de hombros y de nuevo sus ojos, que ahora veo que son exactos a los míos, me observan.

—¿De qué serviría?

—No te entiendo, ¿qué quieres decir con eso?

—Quizá la encuentre, tal vez pueda verla otra vez y después... ¿Qué pasaría después? No sé si lo que quiero es... Joder, estoy confuso. No logro pasar página, tengo su recuerdo constantemente en mi memoria, pero sé... —carraspea—, estoy seguro de que no es amor, no pretendo...

—No la puedes olvidar, pero no la amas.

—Exacto... —Parece sentirse entusiasmado de poder escuchar en palabras de otro lo que siente—. ¿Estaré loco? —Sé por su mirada perdida que no pretendía lanzar la pregunta en voz alta, pero yo la recibo como un golpe en el estómago. Locura, esa palabra es tan dolorosa para nosotros que ambos sentimos que un escalofrío nos recorre la espalda.

—¿Loco?, ¿loco por qué? —logro cuestionar cuando me recupero.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Quizá... —duda—, quizá porque no la amo, pero no logro olvidarla. Siempre está aquí... Se quedó aquí metida —dice señalando su corazón—, y aquí. —Indica su cabeza.

Recapacito, me permito el lujo de pensar sin miedo a quedarme callado y sentirnos incómodos; es mi hermano y juntos estamos tan a gusto, tan cómodos, que podemos hacer eso. Cuando por fin encuentro las palabras, cuando creo entender qué le pasa, lo lanzo, dejo que mis pensamientos se

transformen en palabras:

—No estás loco, no, no lo estás. Ambos hemos conocido la locura —lo miro a los ojos y asiente—, y tú no lo estás —reafirmo. Me resulta increíblemente importante que esa palabra nunca sea dicha junto al nombre de mi hermano y él parece entenderme, creo que le ocurre lo mismo—. Pienso que lo que vivisteis juntos fue tan intenso que os ha marcado para el resto de vuestras vidas. El miedo a morir hace que te replantees muchas cosas y tú estuviste a punto de renunciar a tu vida por una mujer a la que apenas conocías, y ahora necesitas saber si de verdad valió la pena, si se recuperó de todos sus traumas, si ahora puede ser feliz. Necesitas escuchar de sus labios que todo va bien, que todo va a ir bien. Deja que Jared la busque y habla con ella.

Su palidez me indica que algo dentro de él se ha roto, como si su mecanismo de protección, ese que creamos para superar todo lo malo y cruel que la vida nos da, hubiera estallado en mil pedazos.

—Quizá sea lo mejor, pero ¿y si ella no quiere...?

—Nunca lo sabrás si no la encuentras. ¿Quieres quedarte con esa duda?

—No, pero... Ahora no puedo, quizá un poco más adelante... — Carraspea y sé que está tan triste que sus ojos brillan, a pesar de no poder verlos porque Rem me los oculta.

—Cuando te sientas preparado, dímelo. Estoy seguro de que Jared estará encantado de ayudarte. Él la encontrará, hermano, él lo hará. —Me entristece tanto verlo así, pero nada más puedo hacer. De momento, tan solo escucharlo y ponerme en su piel.

Bebemos otra jarra de cerveza. Lo observo sin discreción ninguna.

Quién me iba a decir a mí que estaría en un bar hablando de la vida, de su vida, con el tipo con el que participaba en carreras ilegales. Lo miro, me miro y de repente me da la risa.

—¿De qué te ríes? —me pregunta totalmente asombrado con mi reacción.

—¿No te das cuenta?

—¿De que has perdido un tornillo? —Mi respuesta a esa pregunta es un chasqueo de lengua.

—No te das cuenta de lo raro que es todo esto —le explico—. Una madre loca, un bisexual y un tío que no logra olvidar a una mujer de la que no está enamorado quedan en un bar...

Rem suelta una carcajada.

—Parece el principio de uno de esos chistes malos.

Ahora ambos reímos a carcajadas.

—Bueno, hermanito, ha sido todo un placer verte, pero... tengo un poco de prisa. Mi suegra me espera —le digo tras mirar el reloj.

—La familia. —Su tono a lo Vito Corleone me divierte.



45. Delante de todos

Jared

Sentado tras mi escritorio, contemplo la oficina. No puedo evitar mirar el lugar que Josh ocupaba y en el que ahora se sienta mi nueva compañera, Ava, una texana de armas tomar con la que he conseguido una afinidad increíble.

Recordar a Josh no me es para nada agradable, me mintió, pero lo que más me molesta es que no supe ver que, tras su imagen de buen compañero, se escondía un traidor, un policía corrupto.

Ava se da cuenta de que la estoy observando.

—¿Qué? —pregunta encogiendo los hombros.

—Nada, nada, perdona.

—Pues deja de mirarme así, me pones nerviosa, parece que me estás analizando.

Chasqueo la lengua, la verdad es que con ella tengo la suficiente confianza..., bueno, la suficiente amistad para serle sincero.

—Pensaba en Josh...

—Vamos, hombre, deja ya de fustigarte... —Eleva los ojos al cielo, ya hemos hablado de este tema varias veces, incluso un día le abrí mi corazón y, entre copas, le confesé que nunca me perdonaría el no haberme dado cuenta de lo que era mi excompañero.

Deja de prestarme atención y continúa tecleando.

Sé que yo debería hacer lo mismo, pero no sé qué coño me pasa hoy que no hago otra cosa que analizar todo lo que hay a mi alrededor y ahora mis ojos se encuentran con la espalda de Jeremy. A pesar de que nuestra

relación, tras lo sucedido, se ha suavizado mucho, continúo sin confiar en él. Le debo mucho, pues gracias a Jeremy, Olga y Rem salieron ilesos de la trampa de Josh, pero no me gusta cómo trata a los reos.

—¡Sleint! —me llama. Me sobresalto, aún no me he acostumbrado a que me nombren por mi apellido. Desde lo ocurrido, todo el mundo me considera un héroe y he dejado de ser el «novato».

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—¿Te acuerdas del tipo ese que hace unos días apareció muerto en su apartamento?

—Por supuesto, es el caso que Ava y yo llevamos.

—Pues, según la prensa, era maricón —dice con mofa.

—¡No seas animal! —lo reprende Ava. Ella es la única que lo sabe todo sobre mí. Para el resto de mis compañeros, Patch es solo un buen amigo.

—¡Bah, uno menos! —Su burla me molesta. Estas son las cosas que sé que tendré que soportar si hago pública mi relación y, aunque creo que estoy preparado para afrontarlo, en el fondo soy un cobarde y el miedo me paraliza. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, siempre he intentado pasar por la vida de puntillas sin hacer ruido. No quiero que se me juzgue, pero sé que tarde o temprano esto tiene que cambiar. Patch no merece permanecer en la sombra.

—Jeremy, eres un hijo de puta —le increpo cabreado.

Entonces se gira y me mira sorprendido.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —pregunta.

Me dan ganas de darle un puñetazo, pero la vibración de mi móvil, dentro del bolsillo del traje, le libra.

—¿Sí? —contesto con tono enfadado sin ni siquiera mirar de quién se trata.

—Eh, poli, tranquilo —contesta Patch.

—Perdona —me disculpo—, lo siento...

—¿Jeremy?

—Cómo me conoces. —Suelto una carcajada. Sabe que ese tío siempre consigue sacarme de quicio.

—Sí, te conozco tanto que sabía perfectamente que ibas a olvidarte.

—¿Olvidarme?

Escucho su risa.

—Charlotte, tu madre, cena, hoy —dice como si se tratara de un telegrama.

—¡Joder! Me olvidé.

—¡¿Ves?! Lo sé, lo sé. Anda, date prisa. Te esperamos. —Suspira con fuerza y usa su tono de resignación.

Le cuelgo sin decir nada y, casi sin despedirme de mis compañeros, salgo a la carrera de la oficina. Pero antes de cerrar la puerta, escucho a Ava reír a carcajadas mientras me grita:

—Corre, Forrest, corre.

Según camino hacia el aparcamiento, me arreglo el nudo de la corbata y me coloco los puños de la camisa bajo mi americana. Al subir en el coche, me miro en el espejo retrovisor y me paso los dedos por el pelo, peinándolo hacia atrás.

Patch ha reservado en un pequeño restaurante ruso. Iván, su dueño, es amigo nuestro.

Entro e inmediatamente diviso nuestra mesa de siempre.

Patch conversa animadamente con mi madre y ella lo mira con cariño. Ambos sonríen, se ven relajados y cómodos.

Por un instante me quedo parado, observando la escena. Mis labios se curvan sin yo pretenderlo, mi cuerpo me da señales que indican que es feliz ante la imagen de las dos personas que más amo juntas.

Me obligo a seguir andando hasta la mesa.

—Lo siento, disculpadme —les digo.

—No pasa nada, cariño —me tranquiliza mi madre. Le doy un beso en una mejilla y ella lo recibe encantada.

—Estamos ya acostumbrados —bromea Patch entre risas.

Lo saludo estrechando de manera discreta uno de sus hombros. Me apetece besarlo, pero me resulta violento hacerlo delante de todos esos extraños.

Me siento a su lado y, bajo la mesa, le tomo una mano. Él la estrecha y siento su calor, que me reconforta.

—¿Habéis pedido ya?

Ambos niegan. Miramos la carta y la camarera apunta la comanda.

La comida está buenísima, el cocinero es uno de los mejores y los tres disfrutamos de la buena mesa.

En un momento determinado, entre el primer plato y el segundo, dejo de lado mi apetito y de nuevo observo lo que ocurre a mi alrededor.

Mamá y Patch charlan, me miran de vez en cuando y yo me limito a sonreír y asentir. No estoy muy metido en su conversación, pero estoy

cómodo, feliz.

Me abstraigo de todo y me centro en Patch. Lo amo como nunca he amado a nadie. Es todo lo que he buscado, lo que necesito. Somos felices juntos, nos complementamos. Sé que él está preparado para dar el siguiente paso en nuestra relación, sé que desea mostrar nuestro amor al mundo y también sé que respeta mi reticencia, que en cierto modo le hace sufrir.

Miro a mi madre. Ella también se ha enamorado de Patch. Se llevan tan bien que a veces me siento un poco extraño cuando están juntos, pues su relación es tan estrecha que me pierdo en sus bromas y en su complicidad. Pero en el fondo me gusta, me encanta verlos juntos.

Mis ojos se clavan en la pareja de la mesa de al lado. Entre plato y plato se prodigan besos, caricias, y pienso que me gustaría poder hacer lo mismo con Patch. Me encantaría caminar por la calle de su mano, besarlo en el parque, presentarle a mis compañeros como lo que es en realidad, llevarle como mi pareja a la boda de mi prima Margeritte. Pero... ¿qué pensaría la gente? Seguro que nos juzgarían, que nos mirarían mal.

—Jared..., Jared. —Sacudo la cabeza para salir de mi trance. Patch me está llamando.

—Dime.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, claro.

—Pues no lo parece, llevo un rato intentando que me contestes.

—Perdona, lo siento...

Cuatro ojos se clavan en mí con preocupación.

—Hijo...

¡No puedo seguir así!, no puedo continuar escondiéndome. Quiero ser libre, quiero ser como la pareja de la mesa de al lado y besarlo sin sentirme observado.

—¿Has contestado a la invitación de Margeritte? —Mi pregunta hace que ambos arruguen la frente. Sonrío, ya hacen hasta los mismos gestos.

—No —contesta mi madre sin entender a qué viene ese cambio de tema.

—Pues dile que iré con pareja.

—¿Estás seguro? —pregunta Patch sorprendido.

—Segurísimo.

Y entonces, con toda naturalidad, tomo su cabeza entre mis manos y lo beso. Delante de todos, lo beso.



46. No quiero que esto termine nunca

Patch

Creo que estoy soñando, más bien me encuentro en esa fase que denominan duermevela, esa en la que no sabes a ciencia cierta si es real lo que estás sintiendo o si tal vez no es más que producto de tus ganas, de tu imaginación. El caso es que una boca, su boca, recorre mi cuello, mis hombros, mi pecho, baja, baja... lenta, saboreando, y yo me aferro a las sábanas, expectante. Sé lo que va a pasar y lo deseo, mi erección se hace dolorosa, lo busca, pero él se hace de rogar. Quiero protestar, deseo alentarlos a que no me haga esperar más, pero la voz no me sale, parece que mi garganta tan solo sabe emitir gemidos.

Cuando por fin sus labios se apiadan de mí y toman mi glande, un molesto sonido me obliga a abrir los ojos y salgo de mi duermevela, de mi momento de placer, obligado por el maldito timbre de la puerta, que no cesa de sonar.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta Jared. Está entre mis piernas y me encanta la arruga que se le hace en la frente, así que con una sonrisa la toco con un dedo.

—No, sigue —lo aliento y él obedece.

Pero el timbre suena, suena... Me desespera, me cabreo y mi erección se encoje.

—¡Mierda! —protesto—. ¡Más vale que sea algo importante! —Furioso, me levanto de la cama. Me pongo un pantalón y salgo de la habitación dejando a Jared desnudo sobre las sábanas. El muy canalla se tumba y me

mira con una sonrisa de lo más sensual.

—¡No creas que vas a librarte! —lo amenazo.

Yo también sonrío al bajar las escaleras. Sé que no desea librarse, sé que está deseando lo mismo que yo porque juntos somos insaciables, el sexo es tan bueno, tan satisfactorio que parecemos dos adictos. No podemos dejar de tocarnos, de besarnos...

—¡Voy, voy! —grito a quien sea que está al otro lado de la puerta y que parece querer quemar nuestro timbre.

Abro y me encuentro con la mirada traviesa de Sex que, sin pensarlo dos veces, se arroja a mis brazos y me hace trastabillar, pues me pilla desprevenido.

—¡Sex! —le grito y mi voz suena entre enfadada y sorprendida.

—¡Anastasia, me llamo Anastasia! —me regaña y sin más entra en casa, dejándome en la puerta—. No cierres, que viene Roy.

Me niego a llamarla así, para mí siempre será Sex, mi Sex.

Deja el bolso sobre una silla, se quita el abrigo y se sienta en mi blanquísimo y cómodo sofá, uno que por supuesto he elegido yo. Tengo mejor gusto que Jared.

—¿Cómo va eso, Patch? —Roy entra cargado de bolsas que deposita sobre la mesa de cristal que hace juego con las sillas, también escogidas por mí.

—¿Sé puede saber qué coño hacéis aquí? —Hay confianza, así que no me ando con tonterías.

Ambos me miran, parecen no entenderme, pero todo se aclara cuando Jared, totalmente vestido, aparece en el salón.

—Joder, perdonadme. —Está rojo como un tomate y creo saber lo que ha pasado.

—Te olvidaste de decirle a Patch que veníamos a comer —dice Sex entre risas. Todos conocemos los despistes de mi chico.

—Soy un desastre —se disculpa, pero Sex, en vez de reprenderlo, se levanta, le da dos besos y un fuerte abrazo.

Muevo la cabeza negando y suelto una carcajada, lo adoro así, tal como es.

Decido subir, debo vestirme.

Cuando paso por su lado camino de la escalera, le doy un beso en los labios; es tan solo un contacto rápido, pero me calienta hasta el alma.

Decido ponerme una simple camiseta blanca y bajo a la carrera.

Roy está sentado con el mando de la tele entre las manos, programando no sé qué que le ha pedido mi chico. Camino hasta la cocina, pues escucho las voces de Sex y Jared.

Él está abriendo una botella de vino y mi amiga saca cuatro copas.

—¿Qué habéis traído de comer? —pregunto rebuscando entre las bolsas que Roy dejó en la mesa del salón y que alguien se ha molestado en llevar a la cocina.

—Chino —responde Sex.

¡Perfecto!, se me hace la boca agua. Soy fan del arroz tres delicias, de los tallarines, de la ternera con champiñones. Me han dejado sin mi rato de sexo, pero al menos llenaré el estómago.

No lo puedo remediar y me quedo ensimismado mirando a Jared, está tan sexi en vaqueros. Además, lleva dos días sin afeitarse y esa barba me vuelve loco.

—¿Te pasa algo? —dice al darse cuenta de cómo lo observo.

Me doy cuenta de que su pregunta es retórica pues sabe perfectamente lo que estoy pensando, me lo confirma con un guiño pícaro y yo me limito a sonreír.

—Prepara los platos —me ordena Sex, que se sienta sobre la encimera de la cocina mientras le da sorbos a su copa.

—Eres una mandona. Recuerda que ya no eres mi jefa —protesto. Sex se limita a sonreírme y yo obedezco dócilmente. Sabe que siempre consigue lo que quiere, me rindo ante ella de manera incondicional.

Ya sentados a la mesa, comenzamos a degustar la comida. Todos usamos palillos menos Jared, que es incapaz de aprender.

—¿Qué tal va la empresa? —lanzo mi pregunta, miro alternativamente a uno y a otro esperando su respuesta.

—Fenomenal. —Es Sex la que contesta—. Pensé que añoraría el Trébol, pero la verdad es que no tengo tiempo, trabajo más que cuando tenía el club.

—Cada día se necesitan más guardaespaldas —nos cuenta Roy.

Me sirvo otra copa de vino y más tallarines tres delicias.

—Y tú, ¿cómo te va en la academia? —se interesa Sex.

—Si he de ser sincero —suelto los palillos y me reclino en la silla, creo que voy a reventar de tanto comer—, al principio me costó adaptarme. No sabéis lo terroríficos que pueden resultar los niños.

Todos ríen.

—Tenía pesadillas por las noches —les cuenta Jared entre carcajadas.

—Imaginaos una clase llena de niños de cuatro a seis años llorando, protestando y, en muchas ocasiones, pasando de mí. Pero Gádor, mi ángel de la guarda, me ha ayudado mucho. Si no llega a ser por ella...

—Sabía que lo haría, es un amor —dice mi amiga.

Sex fue quien me la presentó, la quiere mucho, tanto a ella como a su marido Iván.

—Además, ahora le doy clases particulares a su hija Irina, tiene un potencial increíble. Creo que llegará muy lejos.

—¿Sabéis que Patch actuará en la función de Navidad? —pregunta mi chico.

—¿De verdad? —Asiento feliz. Sex parece entusiasmada con la idea, sabe lo importante que es el baile para mí—. Eso es una muy buena noticia. No nos lo perderemos por nada del mundo.

—Gádor me ha metido en el grupo de *ballet*. Ensayamos cuando tenemos tiempo libre, sin presiones, sin horarios estrictos. —Suelto un fuerte suspiro, a veces no puedo evitar que los recuerdos me golpeen—. Es para mí como un soplo de aire fresco. Ahora deseo bailar, quiero demostrar al mundo que el bailarín que habita dentro de mí sigue vivo y quiere mostrar todo lo que sabe hacer.

El salón se queda en silencio, todos saben lo que he sufrido, todos conocen mi historia; ahora soy libre de mentiras, de secretos.

Sex coge mi mano y la aprieta con cariño.

—Me alegro tanto. Te lo mereces.

Terminamos de comer, recogemos todo y preparo unos cafés.

Sex y yo terminamos solos en el patio de la casa, sentados en el banco de madera que hemos puesto junto a una mesa y un pequeño cenador.

Se acurruca a mi lado y nos arropamos con una manta. Hace frío, pero queremos estar un rato solos. Tanto Roy como Jared lo entienden y se han quedado en el salón, saben que necesitamos este espacio para los dos.

Coloco un brazo sobre sus hombros y la atraigo hacia mi cuerpo, que le da tanto calor que suspira encantada.

Permanecemos en silencio durante un buen rato. Disfrutamos el uno del otro. Mi mejilla, apoyada en su pelo y la suya, sobre mi pecho.

—Patch...

—¿Uhhh?

—¿Eres feliz?

—Mucho. —Beso su pelo rojo y el olor que desprende me gusta tanto

que lo olisqueo.

—Hueles a felicidad, a hogar, a paz —le susurro.

Sé que se está riendo porque siento cómo su cuerpo se mueve.

—Eres un poeta.

De nuevo nos limitamos a sentirnos, a disfrutarlos.

—¿Y tú? —Esta vez soy yo quien le pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Eres feliz?

Suspira y deja un beso sobre mi camiseta, justo en el lugar en el que mi corazón late.

—Tanto que algunas veces tengo miedo.

—Yo también lo tengo —le confieso—, ¿crees que es lo normal?

—Sí.

—¿Sex?

—Dime.

—No quiero que esto termine nunca... —Mis ojos se anegan. Trago saliva para deshacerme del nudo que de repente se ha instalado a sus anchas en mi garganta y en mi pecho.

Ella no me dice nada, se limita a abrazarse a mí. Entonces, ambos cerramos los ojos y disfrutamos nuestros latidos y de la tranquilidad de saber que no estamos solos y que nunca lo volveremos a estar.



Nota de Anastasia

Llevo más de dos horas sentada frente a la ventana. Sobre la mesa reposa una caja llena de recuerdos del pasado, de trozos de mi vida anterior que he ido revolviendo en mi afán por sentir a mi madre. Creo que tocando sus cosas, las pocas que conservo de ella, lograré notarla de nuevo.

Hoy lo necesito más que nunca, así que he bajado al sótano y he rescatado el pequeño cofre que un día me regaló y en el que guardé esos pequeños objetos que no son importantes por su valor económico, pero sí por el enorme peso sentimental. Fotos viejas, un lazo rosa, un montón de postales, una rosa seca... La tomo entre mis dedos y la observo con atención. No tiene espinas, se las quitó ella. Sonrío, recuerdo que siempre me decía que la vida nunca da rosas, sino espinas. Durante mucho tiempo eso me sirvió para dejar pasar el tiempo, para que el destino no doliera, para conformarme, pero ahora... Ahora todo ha cambiado.

Dejo la flor sobre la mesa y observo el horizonte a través de la ventana. Nieva y miro fascinada cómo poco a poco todo se va cubriendo con un hermoso manto blanco que va transformando el paisaje.

De niña me gustaba ver la nieve, jugar con ella. Siempre me ha sorprendido pensar que cada pequeño copo es distinto, que no existe ninguno igual.

La chimenea está encendida y da un calor de hogar tan agradable que me hace suspirar. Pero no siempre ha sido así... Recuerdos de mi infancia inundan mi cabeza, recuerdos de inviernos grises en los que la nieve no era sinónimo de diversión. En los que mi madre tenía que hacer auténticos malabares para poder pagar las facturas de la calefacción, en los que no nos

quedaba más remedio que acostumbrarnos a pasar frío dentro de casa porque el dinero se terminaba. Pero, contradictoriamente, no recuerdo aquella época como triste o dura, muy al contrario, una sensación de calidez inunda mi pecho, pues mi madre conseguía que viese las cosas de otra manera, que no me sintiera pobre, desdichada.

Tomo una de sus fotos. Está bella, sonrío feliz y su cabello parece mecerse por el aire que hacía el día en el que se tomó la instantánea. Casi tengo la sensación de que de un momento a otro se va a mover.

Con mi otra mano me acaricio el vientre, ese que ahora está lleno de vida de una pequeña semilla que crece protegida. Nuestro hijo, una parte mía, otra de Roy. Sonrío llena de felicidad, plena de dicha. Hoy me han confirmado la noticia y me muero de ganas de decírselo.

—La vida no solo da espinas —le digo a la foto de mamá—. Para mí llegó el tiempo de rosas.

Escucho la puerta de la calle abrirse y oigo sus pasos. Me levanto para recibirlo, estoy tan nerviosa que no puedo dejar de mordirme el labio.

—Hola, preciosa. —Las gotas resbalan por su pelo. Me besa y siento sus labios fríos.

Observo con atención cada uno de sus movimientos. Se quita la cazadora y la deja en el respaldo de una silla, se sacude el pelo. Tras desprenderse de los guantes, se frota las manos y se acerca a la chimenea en busca de calor. En todo el proceso no deja de sonreír, de contarme cómo le ha ido la tarde, las temperaturas tan gélidas que hacen en la calle, lo que me ha echado de menos...

—Roy... —lo interrumpo. Pero de pronto me siento insegura. ¿Y si él no desea a este bebé? Sé que mi temor es estúpido pues llevamos un tiempo sin usar ningún método anticonceptivo, pero de repente tengo miedo.

—¿Sí? —Deja el calor del hogar y se acerca para tomarme de la cintura.

—Yo...

—Y esto ¿qué es? —Su atención se centra en la caja de recuerdos, me suelta y, de todos los objetos, coge la foto de mamá—. Era tan bella como tú.

A lo largo de mi vida he escuchado montones de alabanzas, muchos piropos que en la mayoría de las ocasiones tenían el único fin de la conquista, pero jamás me ha gustado tanto un halago como el que Roy me acaba de hacer.

—Roy..., quizá nuestra hija sea igual de bella. —Miro sus ojos a la espera de alguna señal.

—¿Nuestra hija? —pregunta.

—Bueno, o tal vez sea un chico, uno como tú...

Sus ojos se vuelven vidriosos, su expresión denota sorpresa, alegría.

—¿De-de verdad? —interroga con incredulidad.

Asiento, tomo una de sus manos y la coloco sobre mi tripa. Él no deja de observarme con atención, con la boca abierta.

—¡Dios, Anastasia! —grita feliz y me besa con amor. Con tanto, que mi corazón se llena, se hincha.

Agradecimientos

Otro libro más, el penúltimo de la Serie Coraje está entre tus manos y, como siempre, debo dar las gracias a las personas que me han ayudado a que este gran sueño se haya cumplido.

Primero de todo, en esta ocasión haré un agradecimiento que quizá suene un tanto extraño, pues no es a una persona física, no existe, pero ella me inspiró, me susurró y me dijo que escribiera su historia. Desde *El precio del amor* Sex se coló en mi cabeza y aquí está su vida, lo que ella ha querido contar, y quiero darle las gracias porque sin ella esta novela no hubiese visto la luz.

A mi familia, pues para mí son lo más importante, mi trébol de cuatro hojas.

A mi marido, que no solo es el hombre con el que comparto mi día a día, también es quien me acompaña, quien me ayuda a cumplir mis sueños, quien sube mis libros a Amazon y se ocupa de que todo el mundo sepa que su mujer escribe.

A mis lectoras amigas: Noelia Moral Jiménez, Vanessa Valor, Mónica QSan y Charo Jordán, que siempre se implican en cada una de mis novelas. Gracias a ellas, este libro tiene más capítulos de los que en un principio escribí. Gracias, chicas, por pedir más, porque así mi obra brilla.

Gracias a Carol RZ, mi correctora, mi amiga, mi compañera de tardes de charlas, mi confidente, mi apoyo en los malos y en los buenos momentos. Siempre a mi lado.

A Marien F. Sabariego, mi portadista. Gracias de manera especial por tu buen trabajo, por saber lo que quiero sin pedirlo, por tu paciencia, por ser mi amiga.

A Ainhoa García, porque cuando le pedí una foto para la portada no dudó ni un instante y, junto a David Jordán, me organizó una sesión de fotos de lo más divertida.

A mi hija Mirian porque me prestó de nuevo su imagen para esta portada sin dudarlo ni un segundo. Eres preciosa y quiero que el mundo vea tu belleza, porque brillas, porque lo bonita que eres por dentro se ve por fuera.

A mis mosqueteras, mis soñadoras, mis amigos de Ceres Madrid, a mis compañeros de trabajo, a los blogueros, a mis cotorras, a todos esos escritores que han entrado en mi vida y cuyas historias inspiran las mías.

Tengo la infinita suerte de estar muy arropada, de sentirme muy querida, así que a todos los que me seguís, me leéis o simplemente me aguantáis cuando me pongo pesada con mis libros, también quiero daros las gracias.

Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas, disfrútalas y, por favor, recuérdalas.

Primer capítulo de la siguiente entrega de la Serie Coraje: Un lugar sobre el acantilado

Katy era una de las modelos más conocidas y cotizadas del momento. Su carisma y su belleza, unidas a su profesionalidad, hacían que los diseñadores más importantes se pelearan simplemente por verla vestida con alguno de sus modelos. Las marcas más destacadas se la disputaban, le ofrecían grandes sumas por sus fotos exhibiendo alguno de sus productos porque Katy creaba tendencia.

Había llegado un momento de su carrera en el que podía elegir cuándo, con quién y dónde trabajar. Los contratos llenaban la mesa de su mánager y aparecía en las portadas de las mejores revistas de moda.

Pero Katy no era solo una cara bonita con unas piernas de infarto, ante todo y, sobre todo, era una gran profesional que ponía todo de su parte en cualquiera de sus trabajos, ya fuese para la mejor firma del mundo o para anunciar una pequeña tienda de las afueras.

En esa ocasión iba a trabajar para una firma de perfumes que no era famosa ni vendía ingentes cantidades, pero pertenecía a una buena amiga y ella quería hacerle el favor de ser la modelo de su nuevo diseño para darle un empujón a su campaña publicitaria.

Así que había buscado un hueco en su apretada agenda, discutido con su mánager porque esa campaña no le iba a reportar dinero y madrugado para estar a las seis de la mañana de un domingo en un pequeño plató en pleno centro de Manhattan.

El equipo llevaba un buen rato trabajando, habían cubierto una parte del suelo con pétalos de flores. Un sinfín de tonalidades llenaba el espacio donde se tomarían las fotos. El aroma era demasiado intenso, incluso sofocante, tanto, que Michael, el fotógrafo que se iba a hacer cargo de la sesión, arrugó la nariz molesto. No es que no apreciara el aroma de las flores, pero ese era demasiado fuerte.

Michael había llegado a ese estudio por pura casualidad. Él no se dedicaba a hacer campañas publicitarias ni a fotografiar modelos, él era un

fotógrafo de prensa y ese trabajo en especial le venía tan grande que, por primera vez desde hacía años, estaba nervioso ante un nuevo proyecto.

Hacía tan solo un par de días que había recibido la llamada que lo había traído hasta ese punto. Israel era quien tenía que estar rodeado de pétalos de flores, aguantando ese olor a primavera y esperando a que la modelo terminase de maquillarse para empezar la sesión. Pero el muy... estaba en el hospital por su idea loca de esquiar cuando no era capaz de caminar sin tropezarse, cuando su equilibrio era nulo. Y claro, su maravillosa escapada a la montaña con su equipo nuevo —que, según él, le había costado una pasta— y las ganas de deslizarse por la ladera hicieron que terminara en urgencias con una pierna rota y la muñeca derecha fracturada.

Michael preparaba su cámara mientras recordaba la llamada de su amigo Israel rogándole que se hiciera cargo de esas fotos.

—Será sencillo —le dijo—, no vas a tener ningún problema —lo alentó.

Pero Michael se negó en rotundo, sabía lo que eran esas sesiones con modelos caprichosas que no obedecían órdenes, más que nada, porque el propio Israel se quejaba siempre, le contaba todas las confidencias y los miles de incidentes y desplantes de modelos que sufría día a día. Él estaba acostumbrado a retratar políticos, deportistas, incluso por un tiempo, realizó alguna instantánea en guerras. Pero ahora se había acomodado y lo más peligroso que fotografiaba era en algún partido de jockey donde los hinchas, en algunas ocasiones, se ponían violentos.

Así que Michael dijo un rotundo «no» a la petición de su amigo de sustituirlo en esa sesión, pero Israel podía ser muy pesado y muy convincente cuando se lo proponía y finalmente, tras una larga conversación que duró más de dos horas, y tras prometerle una suculenta suma de dinero a cambio de cubrirlo, Michael dijo «sí».

—Y ya me arrepiento —susurró en voz muy baja al mirar hacia el discreto lugar donde la modelo se maquillaba. De ella tan solo conocía su espalda y no la podía ver con claridad, pues estaba cubierta por un largo y gigantesco albornoz.

No se la habían presentado y ni siquiera la conocía...

—¿Cómo es posible que no sepas quién es Katy Brenan?! —le había interrogado Israel, como si fuese la única persona en el mundo que no estaba al corriente de la vida y milagros de la modelo.

—Estoy metido en otras cosas —le respondió, por no decirle que las mierdas de la moda no le importaban lo más mínimo.

—En un búnker es donde debes estar metido, tío, porque Katy es la mujer más bella del mundo y todo ser viviente con ojos en la cara sabe cómo y quién es.

—Pues mira, seré una ameba...

«Eso me gustaría ser, una ameba», se dijo al lanzar la tercera mirada a la espalda de Katy, que permanecía recta como si su espina dorsal estuviera formada por una rígida barra de hierro.

Miró su reloj de muñeca y chasqueó la lengua molesto, no sabía nada de esa mujer, ni siquiera el color de sus ojos o la forma de su cara, pero sí tenía clara una cosa: era poco profesional y muy impuntual.

Se cruzó de brazos y, con la puntera de una de sus botas, se dedicó a dar golpecitos en una clara muestra de impaciencia.

Llevaba desde las ocho de la mañana allí, de pie, y eran las nueve y la modelo seguía inerte como una seta mientras un maquillador se movía de un lado a otro...

—Joder, ¿qué coño le estará pintando?, ¿un puto cuadro? —masculló.

Esa sesión de maquillaje se estaba eternizando. Katy estaba cansada porque la noche anterior su mánager la había obligado a acudir a la presentación de una nueva línea de ropa que, según él, con el tiempo daría mucho de qué hablar a la prensa y eso le venía bien para su carrera de modelo. La fiesta se alargó más de lo debido, por lo que se acostó tarde y el maldito despertador había sonado esa mañana demasiado temprano. Ni un café cargado y ni una buena ducha habían logrado mantenerla despierta, así que el tiempo que permanecía de pie, con Patrick pintando su cuerpo, se le estaba haciendo eterno.

El maquillador no paró de hablar ni un solo instante, pero como su voz era agradable y suave, le estaba sirviendo para relajarse.

—Ya estás, niña —dijo cuando dio la última pincelada.

Katy abrió los ojos por fin y, tras sacar los brazos del albornoz —que permanecía abierto para que Patrick pudiese acceder a su torso y que tan solo llevaba sobre los hombros para protegerse un poco del frío—, caminó hacia el set donde el fotógrafo la aguardaba.

Michael no se lo podía creer. Israel le contó que la modelo iría un tanto ligerita de ropa.

«Ligerita..., pero si está desnuda», se dijo mientras la miraba con los ojos muy abiertos. Tan solo la cubrían los dibujos que el maquillador había realizado sobre su cuerpo y un pequeño, diminuto tanga de color carne que se

camuflaba perfectamente con el tono de su piel, de tal manera que parecía no llevar absolutamente nada. Israel estaba acostumbrado a eso, pero él..., él no.

Michael, se reprendió con severidad. Ante todo, era un profesional, debía controlarse. Tomó aire con fuerza un par de veces. «Lo mataré», con el pensamiento en la cabeza de descuartizar a Israel consiguió relajarse y cambiar su cara de bobo por la de un fotógrafo acostumbrado a ver modelos desnudas.

—Creí que el trabajo lo iba a hacer Israel —dijo ella al llegar a su altura.

Su voz era suave, aterciopelada y Michael intentaba articular alguna palabra, pero la belleza de esa mujer le tenía noqueado.

—Yo..., él... —balbuceó como un tonto—. Tuvo un accidente..., yo soy... —Cerró la boca, estaba haciendo el ridículo y... ¡coño, ya era mayorcito, le faltaba muy poco para alcanzar los cuarenta, no podía comportarse como un púber!—. Soy Michael.

—Encantada, yo soy Katy. —Le tendió la mano y él la tomó con delicadeza, como temiendo que estuviera hecha de humo y al tocarla se desintegrarse.

—Un placer —susurró con cara de lelo, y la soltó con prontitud. Su tacto era tan suave...

—Pues cuando quieras. —Otra vez las palabras encadenadas que soltó por su perfecta boca lo acariciaron.

—Claro, sí... —No quería mirar sus pechos, intentaba por todos los medios no bajar sus ojos hacia ese punto, pero no pudo remediarlo y echó una fugaz miradita.

La belleza de esa mujer era tan tangible como la cámara que tenía entre sus manos. Ahora entendía las horas que se habían invertido en el maquillaje pues llevaba pintados con total realismo sobre sus perfectos y pequeños pechos pétalos de flores exactamente iguales a los que cubrían el suelo del plató.

Si continuaba mirándola así, se le desencajaría la mandíbula, así que cerró la boca, intentó no hacer más el ridículo y la alentó con un movimiento de su mano a que se situase sobre el lecho de pétalos.

Katy se limitó a sonreírle y a Michael se le secó la garganta, esa mujer sonreía con todo su cuerpo, con sus ojos, con la expresión de su frente, de su cara. Tenía una boca pequeña, de labios gruesos y su sonrisa fue tan grande y sincera que le mostró una hilera perfecta de dientes blancos. Michael necesitaba fotografiar ese instante, esa perfecta mueca que jamás había visto

en nadie y, sin tener noción de lo que hacía, le tomó una instantánea. La pilló tan desprevenida que la hizo pestañear y arrugar la frente.

—¿Ya hemos comenzado? —preguntó sorprendida, aún no se había sentado en el suelo.

—Yo..., disculpa..., es...

¿Qué mierda podría decirle para explicar esa foto robada?, ¿que tenía una sonrisa que quitaba el aliento?, ¿que su boca era tan perfecta que sus fotos servirían para cubrir las paredes de un museo? ¿O, tal vez, que él era un gilipollas, un nulo profesional que no lograba centrarse en su trabajo porque su belleza lo había noqueado? No..., no podía decirle nada de eso porque al final ella lo denunciaría por acoso, y con toda la razón del mundo. Además, Israel quedaría fatal. Era un imbécil, lo iba a asesinar en cuanto lo viera, pero era su amigo y Michael era muchas cosas malas, pero jamás fallaba a quienes quería.

Katy se limitó a encogerse de hombros, ese tal... Michael era raro, pero ya había bregado con las excentricidades de un montón de fotógrafos.

Se sentó sobre los pétalos como si lo hiciera sobre un mullido sofá, con elegancia, con movimientos sutiles y suaves. Michael no le quitaba el ojo de encima. Su cuerpo, su cara, ella en sí lo atraía, no se cansaría nunca de observarla.

—¿Cómo quieres que me ponga? —interrogó.

—Pues..., esto... —«Pero ¿qué coño te pasa?», se amonestó. No había comenzado la sesión y ya se le iba de las manos. Bueno, más bien, en ningún momento había sido capaz de controlarla. Carraspeó, se colocó el pelo con un gesto descuidado y se prometió ser profesional, así que comenzó a dar órdenes.

En un principio su voz apenas era audible y Katy más de una vez tuvo que preguntarle porque no lo entendía bien o se perdía en sus extensas explicaciones sobre posturas imposibles. Al fin y al cabo, Michael nunca había hecho nada parecido, al político corrupto o al entrenador de los New York Rangers no les tenía que dar órdenes para posar. Pero, poco a poco y gracias a la ayuda de Katy, se fue tranquilizando y cuando la cámara tomó el mando, todo se volvió increíblemente divertido y Michael comenzó a pasarlo tan bien que pensó que se había confundido toda su vida de clientes y que quizá la moda era lo suyo.

Se vino arriba de tal manera que él mismo se asustó.

No paraba de disparar su cámara, de buscar ángulos nuevos, perfectos,

aunque la belleza de Katy lo ayudaba, porque era bonita desde cualquier posición.

Todo fluía hasta que su objetivo se centró en la mirada de gata de Katy. Estaba tumbada entre pétalos y él colocó el objetivo justo encima de su preciosa cara. Su cabello se extendía como si fuera un abanico y muchos de los pétalos se habían enredado en él. Sus labios pintados de rojo estaban entreabiertos. Era sexi, maravillosamente sexi y cuando llevó uno de sus dedos a sus labios y los rozó, Michael creyó que moriría, que explotaría, porque el objetivo de su cámara lo acercaba tanto a ella, que parecía poder llegar con sus propios labios hasta ese dedo travieso. Su aliento se congeló y se obligó a dos cosas: a respirar y a separarse.

El aroma de los pétalos lo sofocaba y la belleza de Katy lo mareaba, tenía que alejarse antes de dar un espectáculo bochornoso.

—Hemos terminado —dijo con voz estrangulada y, con paso rápido, se alejó cuanto pudo de ella, de los pétalos y de los focos con la excusa de descargar las fotos para mostrárselas al cliente.

Pero de nuevo tuvo que acercarse a ella, no le quedó más remedio que exponerse otra vez a la atracción que sentía, pues Patrick propuso hacer una foto del equipo y él no se pudo negar.

Tras la instantánea, poco a poco, todo el mundo fue dejando el plató. Katy se desmaquilló y, después de acercarse a Michael para despedirse, también lo dejó solo en el estudio.

Ella le había dado la mano y él de nuevo se la tomó con delicadeza. Aún tenía la sensación de su tacto suave y se llevó la suya a la nariz para poder oler su perfume. Cerró los ojos para disfrutarlo.

—Dios, qué mujer —dijo en voz alta sin miedo alguno, pues estaba solo.

A Katy le encantaba Manhattan, sus altos edificios, el tráfico, las gentes. Le gustaba pasear. Se escondía, para no ser reconocida, tras unas gafas tan grandes que tapaban gran parte de su cara y así, intentando pasar desapercibida, caminaba por las calles observando a cada una de las personas que se cruzaban con ella, porque entre todas esas caras siempre encontraba algún tipo peculiar, único, y le divertía imaginar a qué se dedicaban, cómo vivían. Esa era su manera de ahuyentar la soledad que cada día le pesaba más, pues por su trabajo viajaba tanto que apenas tenía tiempo para estar con los

suyos, con su familia, sus amigos.

Además, la mayoría de la gente que se le acercaba no lo hacía para conocer a la verdadera Katy, a esa chica sencilla a la que le gustaba el helado de chocolate y que fumaba como un carretero cuando estaba nerviosa. Esa que nunca usaba ropa interior roja porque pensaba que le daba mala suerte y adoraba los animales. La que se moría por tener niños, muchos niños, y por encontrar a alguien con el que compartir su vida. Esa que quería a su abuelo porque él había sido madre y padre a la vez. La Katy miedosa que tenía que tomar un tranquilizante para subir a un avión... Nadie se acercaba a conocer a esa Katy, tan solo deseaban a la modelo, a la chica delgada que se privaba de ese helado que tanto le gustaba para poder meterse en esas tallas imposibles que los diseñadores sacaban en los desfiles, a la que iba a las fiestas por obligación. Tan solo querían a la famosa para salir en las fotos y, aunque llevaba tanto tiempo en la profesión que estaba acostumbrada, comenzaba a pesar, y mucho.

Se paró delante de una tienda de juguetes, algo llamó su atención. Era un precioso tiovivo en miniatura que adornaba el escaparate y que le recordó al abuelo Colin y a su amiga Carol. Los añoraba tanto.

Tan solo hacía dos meses que los había visto en el viaje fugaz que hizo a Kirkwall. Fue en navidades, siempre se juntaban en esas fechas. Pasara lo que pasara, las dos reservaban esos días para visitar a Colin. El abuelo le regaló a Carol un tiovivo de tamaño natural. «¡Qué locura!», pensaron ambas, ¿dónde lo iban a poner? Pero así era el abuelo, un loco al que ambas adoraban. Él pretendía restaurarlo junto a Carol y la verdad era que le hacía mucha falta, porque estaba hecho polvo. Sonrió al recordar la cara de felicidad de su amiga y la de satisfacción del abuelo.

Entró en la tienda y sin pensarlo dos veces, sin importarle ni siquiera el precio, lo compró pensando en Carol, se lo regalaría la próxima vez que se vieran.

Estaba apoyada en el mostrador observándolo. La dependienta había sacado el juguete del escaparate, le había dado cuerda y la había dejado sola por unos instantes mientras iba en busca de una caja para guardarlo.

Contemplaba cómo los caballitos giraban y disfrutaba de la belleza de la música que sonaba melodiosa, cuando escuchó una voz profunda y conocida a su lado:

—Precioso —le decía.

Entonces lo miró. Michael, el fotógrafo, estaba junto a ella.

—¿De verdad te gusta? —preguntó con una dulce sonrisa.

—Me encanta —susurró con sus ojos azules puestos sobre ella y no sobre el tiovivo, que seguía girando sin descanso—. Es..., ¿es para tu hijo o hija?

—No, no... Es para una amiga, para mi mejor amiga, Carol. Tiene un significado muy importante para nosotras.

—Ah, ¿sí? Y... ¿cuál es? Si pude saberse, claro.

En otra ocasión, en otro momento en el que Katy no estuviese tan sensible, tan triste porque necesitaba a su gente, no le hubiera contado nada a un extraño, pero a pesar de que siempre había sido estricta con su vida privada, se lanzó y le abrió a ese fotógrafo de pelo rizado, de ojos azules y mirada expectante cosas que siempre se guardaba para ella.

—Mi abuelo le regaló a Carol uno igual, pero en tamaño natural estas navidades. —Al ver su mirada de sorpresa corrió a explicar—. Desde niña, a Carol le encantan los tiovivos. Un día el abuelo estuvo en una feria de antigüedades y ese carrusel estaba tan estropeado que lo consiguió a precio de saldo. La idea es restaurarlo juntos.

Pero Katy tuvo que dejar su historia a medias, a pesar de que él la observaba con total interés, porque la dependienta había regresado con la caja.

Michael la esperó, tenía un sinfín de cosas que hacer, pero al verla a través del escaparate, apoyada en el mostrador, sus pasos tomaron el mando de su cuerpo, de su corazón y le llevaron hasta su lado.

Salieron juntos y él propuso tomar un café, o quizá mejor comer algo, pues era casi mediodía. Ella aceptó. Ese hombre desgarbado, vestido de manera sencilla, la atraía sin saber por qué. No era su tipo, pero tenía algo especial. En ese momento no sabía qué era, pero más tarde descubriría que su don, lo que le hacía diferente al resto, era que él sí veía a Katy, a la verdadera Katy.

Se decidieron por un pequeño restaurante italiano que tenía mesas libres.

Él, caballeroso, retiró la silla para que se pudiese sentar. Eligieron juntos un menú degustación y un vino tinto.

—Esta ha sido la primera vez que he hecho fotos para una modelo —confesó Michael. El camarero había dejado un gran plato de *pizza* en medio de la mesa y cada uno se sirvió una porción.

—Se notaba. —La risa que soltó sonó como la más bella melodía a oídos de Michael.

—¿Tan mal lo hice? —Arrugó la frente y, si no hubiera sido por la luz que desprendía la pequeña lamparita de la mesa, Katy habría pensado que se sonrojaba.

—No, no, por Dios, no quise decir eso...

—Tranquila, te entiendo... Sé que en un principio no fui muy profesional... Me sobrepasó todo... No esperaba verte desnuda.

Entonces fue ella la que intentó disimular su sonrojo.

—Tengo que serte sincero —continuó hablando Michael—, pensé que sería tedioso, que las modelos erais todas unas caprichosas incapaces de seguir órdenes...

—¿Y has cambiado de opinión?

—Totalmente. —Michael dejó el trozo de *pizza* que estaba comiendo sobre el plato y la miró con tal pasión que Katy soltó un suspiro entrecortado—. Me ayudaste, hiciste que mi corazón volviera a latir con normalidad.

Katy tuvo que bajar la mirada, la de él era tan intensa, tan abrumadora...

—Katy —llamó su atención y ella elevó los ojos—. Cuéntame más cosas de tu familia.

—¿Qué te gustaría saber?

—No sé..., ¿tienes..., existe alguien especial en tu vida?

—¿Aparte de mi abuelo y mi amiga Carol?

—Creo que sabes a qué me refiero.

—No, no hay ningún hombre. ¿Y tú?

Michael bajó la mirada y cuando iba a responder, el teléfono comenzó a sonar.

Katy lo alentó a contestar y Michael, al ver que era ella, se excusó y salió a la calle.

Regresó al cabo de unos quince minutos, pidiendo miles de disculpas, y más al ver que Katy ya había pagado la cuenta y se disponía a marcharse.

—No te preocupes —le dijo—, veo que estás muy ocupado. Yo..., será mejor que me vaya a mi hotel.

—Te acompaño...

—No hace falta.

—Sí, sí lo hace.

Michael se sentía fatal, la había dejado un cuarto de hora sola en el restaurante y ella había dejado el plato lleno.

Caminaban sin tocarse, sin hablar apenas y él lo hacía casi sin poder respirar porque su cercanía lo anulaba hasta la necesidad de tomar aire.

—De verdad que lo lamento... Apenas has comido... —se disculpó de nuevo mientras le lanzaba una mirada de reojo.

—No ha sido culpa tuya, no debo tomar mucha *pizza*.

—¿Estás enferma? —preguntó preocupado.

—No, no —soltó una carcajada—, es la dieta.

—¿Dieta? —Se paró en la acera y la miró como si hubiese dicho una aberración—. Pero tú no necesitas adelgazar, estás..., eres tan preciosa, tan perfecta.

Estaban uno en frente del otro y Michael dio un paso para acercarse a ella. Se aproximó, invadió su espacio vital, pero a Katy no pareció importarle eso ni las miradas que la gente que los sobrepasaba les lanzaba molesta, pues interrumpían su camino.

Michael jamás había sentido una atracción tan fuerte por nadie, ni siquiera por..., por ella. Pero Katy..., Katy le dejaba sin aliento tan solo con escucharla respirar.

Acercó su boca a la de ella porque no podía hacer otra cosa, porque si no lo hacía, quizá el mundo terminaría, los mares se secarían o el sol dejaría de brillar, así que tenía la obligación de ser el salvador del planeta y besarla.

Fue un beso tierno, labios contra labios, sin más, pero ese simple toque le mostró a Michael que estaba irremediabilmente perdido, que ahora su mundo se tambaleaba y que se estaba metiendo en tantos problemas que seguramente saldría muy dañado. Pero no le importó, le dio todo lo mismo, y más cuando Katy abrió la boca para dejarlo entrar, cuando sus lenguas se frotaron y un dulce gemido salió de la boca de ella.

Ya no había marcha atrás, Michael subió a la habitación de Katy en su hotel de lujo y le fue infiel a su mujer por primera vez en su vida. Pero no fue este su único pecado, también engañó a Katy al dejar sin respuesta la pregunta que ella le había hecho en el restaurante el tiempo suficiente como para que ella se enamorase profunda e irremediabilmente de él.

^[1] (N. de la A.) Los *walkies* incorporan un botón PTT (*Push-to-talk*) que tiene que estar pulsado para transmitir y que, al soltarlo, reproduce el sonido que recibe.
